



DOCTOR WHO

EL DÍA DEL DOCTOR
STEVEN MOFFAT



Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por Scnyc.

Traducción

Traducido por:

- Takhisis_eam
- yog_sog
- Theonis
- Nicanario

Corrección

Corregido por:

- Davoir

Portada

Portada adaptada al español por Defender.

Declaración

AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC

Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.

Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

Más novelas, cómics y transcripciones de audios en
<http://audiowho.com/>



Índice

Sobre el Libro.....	5
Sobre el Autor.....	6
Capítulo 8.....	12
Capítulo 11.....	28
Capítulo 1.....	41
Capítulo 10.....	53
Capítulo 12.....	70
Capítulo 2.....	87
Capítulo 3.....	95
Capítulo 4.....	112
Capítulo 5.....	136
Capítulo 6.....	153
Capítulo 7.....	168
Capítulo 13.....	193
Reporte de errores.....	196

Sobre el Libro

Cuando todo el universo esté en juego, tres diferentes Doctores se unirán para salvarlo.

El Décimo Doctor esta cazando Zygons metamorfos en la Inglaterra isabelina. El Undécimo está investigando una grieta en el espacio-tiempo en el presente. Y otro – el hombre que solían ser pero del que nunca habla – está luchando contra los Daleks en los días más oscuros de la Guerra del Tiempo. Impulsado por los demonios y la desesperación, este Doctor con cicatrices de batalla se dispone a tomar una devastadora decisión que amenazará la supervivencia de todo el universo... una decisión que ni siquiera un Señor del Tiempo puede tomar solo.

En este día, las diferentes encarnaciones del Doctor confluirán para salvar la Tierra... para salvar el universo... y para salvar su alma.

Sobre el Autor

Steven Moffat es bien conocido por *Press Gang*, *Coupling*, la película Tintín de Steven Spielberg, por ser el guionista principal y productor de Doctor Who en los últimos años y ser el co-creador, co-guionista (con Mark Gatiss) y productor ejecutivo de Sherlock. Tiene cinco BAFTAs, dos Emmys y en 2015 recibió un premio OBE por su aportación al drama.

DOCTOR WHO EL DÍA DEL DOCTOR

Basado en la aventura de televisión *El Día del Doctor* por Steven Moffat

STEVEN MOFFAT



EL ROSTRO CAMBIANTE DE DOCTOR WHO

En la ilustración de la portada aparecen el Décimo y Undécimo Doctor y el Doctor tal como apareció durante la Guerra del Tiempo.

En memoria de Sir John Hurt, que salvó el Día

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABLE

POR FAVOR, AJUSTA LA LONGITUD FOCAL DE SER NECESARIO.

Oh, lo siento, llego temprano. Puedes saltarte este trozo.

No, realmente, te veré después del primer capítulo. Sólo pasa la página.

Mira, en serio, puse mi taza de té en el botón “ENVIAR”. Por favor, sigue adelante.

Oh, cielos, todavía estás aquí. El problema es, ya ves, que estoy escribiendo esto en vivo. Cuanto más tiempo sigas leyendo este fragmento, más tiempo tendré para seguir escribiéndolo. Estás retrasando el libro para todos.

Ah, y ahora te estás riendo. Sabía que lanzar un libro en papel psíquico era un error. Pero a este grupo les encanta el truco. Por favor, sólo pasa la página. O, si estás escuchando la versión de audiolibro, dale al avance rápido. Y aquellos de vosotros que lo leáis en esas tablets, entended que sois de las pocas especies en el universo que piensan que son una buena idea.

¡Oh, por todos los cielos! Si vas a merodear por ahí, supongo que también podría hacer algunas presentaciones. Disculpas por cualquier error tipográfico, ya que, como he estado tratando de explicar, esta sección del libro se está escribiendo en vivo y me estoy conectando con la página que tienes frente a ti a través de un enlace psíquico espacio-temporal, y por supuesto el estar manteniendo tantos cambios en las interfaces de papel cognitivos en las múltiples zonas horarias requeridas para miles de lectores individuales, puede causar estragos en la ortografía. Además derramé sorbete de limón en mi teclado, y la “R” está un poco pegajosa. Pero continuarremos a pesarr de todo, ¿eh?

Lo siento, pero ¿quién está hablando? Por favor, no hables mientras estoy escribiendo, es tremendamente grosero.

¡Gracias!

Oh, alguien acaba de cerrar el libro y volver a ponerlo en el estante. Creo que estaban en una librería. Bueno, eso no es muy alentador, justo cuando estoy comenzando. No importa, estamos mejor sin ellos. Oh, ahora están en la sección de Suspense. Probablemente más de su nivel, honestamente.

De acuerdo, el resto de vosotros poned los ojos en la página, estamos todos juntos en esto. Por favor, no saltéis ni hacia adelante ni hacia atrás, porque odio tener que repetirme. Especialmente de antemano.

Ahora, los “Documentos del Doctor”, que forman la mayor parte de este libro, no se escribirán en vivo. Solo estos trozos están vivos porque voy un poco retrasado sobre la fecha límite. De hecho, lamento informaros que os escribo desde diez años en el futuro. Sí, lo sé, muy mal, pero no hay nada como ver tu propio libro a la venta para recordarte que lo escribas.

Vamos a comenzar con el Capítulo Ocho. Poco habitual, me doy cuenta, pero esta es la historia del final de la Guerra del Tiempo, y realmente no hay un orden correcto para contarlo, y los eventos en Karn son tan buen lugar para comenzar como cualquier otro. Además, me gusta el número 8. Se tambalea, como dos gelatinas una encima de la otra.

Este capítulo se conoce como “La Noche del Doctor”. Es un documento de una fuente irrecusable, escrito por uno de los participantes en ese extraño drama. Las circunstancias de su composición son complejas y controvertidas, pero la identidad de su autor debe quedar clara al leerlo. De hecho, este es vuestro primer desafío, estudiantes. Leed con atención. Nuestro tema es la autoría. La pregunta 1 es: ¿Quién está hablando? Nos vemos luego para una discusión completa de esto, el primero de los “Documentos del Doctor”. O el octavo. Lo que sea.

Lo que sigue es la verdadera historia de cómo terminó la Guerra del Tiempo. Aunque no necesariamente en ese orden.

(Por cierto, estas páginas deberían aparecer en cursiva. Si no es así, simplemente da tres toques ligeros sobre cualquier verbo, y la página se reiniciará. Y si no te gustan los aspectos de mi estilo de prosa, dale al libro una buena sacudida. Eso debería ayudarte a superar tu irritación).

Capítulo 8

La Noche del Doctor

El día que lo maté, el Doctor era un hombre feliz. Aunque lo que lo hizo feliz fue una llamada de auxilio de una mujer aterrorizada que murió menos de siete minutos después, mi conciencia está clara.

En ese momento, él estaba en su octava y última encarnación. Mi recuerdo de su apariencia es un poco brumoso, pero tengo una impresión general de cabello oscuro, ojos azules urgentes y una selección de ropa que probablemente fue diseñada para ser de capa y espada. Creo que había unas botas largas, posiblemente un chaleco, y sin duda uno de esos abrigos con el tipo de cuello que los hombres jóvenes se levantan contra el viento con la esperanza de que alguien use la expresión “a lo lord Byron”. Él no era joven, por supuesto: nadie puede ser llamado joven el día de su muerte, cuando son tan viejos como lo serán nunca. Pero la voz que resonaba en torno a la crujiente catedral de madera de la sala de control de la TARDIS era lo suficientemente joven, y sonaba más que aterrorizada.

—Hola, por favor, hola, ¿alguien puede oírme? Esta nave se está estrellando, por favor, ¿hay alguien ahí? ¿Alguien puede oírme?

Debe recordarse que esto fue en el corazón de la Guerra del Tiempo, ese interminable y salvaje conflicto entre los Daleks y los Señores del Tiempo que amenazaba cada momento del continuo del tiempo. Es extraño reflejar que la historia del conflicto más mortífera que jamás se conocerá comenzó entre una raza de mutantes traumatizados sellados en diminutos tanques de batalla y un enclave de académicos dedicados al tiempo, que habían jurado no interferir nunca en los asuntos del universo más amplio. Sin embargo, llegó el día en que los Señores del Tiempo de Gallifrey decidieron que los mutantes Daleks representaban una amenaza para toda la realidad, por lo que intentaron usar sus habilidades de viaje en el tiempo para anular su existencia. El intento falló, y los Daleks usaron sus propias máquinas de viaje en el tiempo en un intento similar de suprimir a los Señores del Tiempo. Y así, el tiempo se convirtió en un arma en una guerra que nunca podría terminar, y el conflicto se extendió no sólo a través del espacio, sino también adelante y atrás a través de la historia. Los días se convirtieron en líneas de batalla, y un siglo siguió a otro siglo, y las corrientes divergentes del tiempo se encontraron luchando entre sí por el derecho a existir. Se decía que un soldado podía morir mil veces en un día de esa guerra y descubrir que nunca había nacido el siguiente. Y así, cuando el Doctor escuchó ese grito de ayuda, habría miles de millones en todo el universo sufriendo exactamente de la misma manera. Pero esta joven tenía una ventaja sobre todos los demás que, en ese mismo momento, también

gritaban y suplicaban por sus vidas. Ella estaba al alcance del oído de un hombre que se confundió él mismo con un héroe.

Al Doctor siempre le habían gustado las llamadas de socorro. Apelaban a su vanidad. Vivió por la emoción de entrar por una puerta y ver todas esas caras volviéndose hacia él con esperanza y asombro. El peligro también era delicioso. Más que delicioso, con el tiempo se hizo necesario. El peligro es el único verdadero paliativo para un hombre culpable. Y ciertamente la única droga lo suficientemente fuerte para el Doctor.

Dejando a un lado su té, tardó unos segundos en rastrear la señal que venía de un pequeño bombardero, cayendo hacia un planeta rojo. Había una señal de vida a bordo, y todos los motores estaban en fase crítica. Claramente, no había posibilidad de desviar el curso de la nave y un rayo tractor casi con seguridad destrozaría el casco, por lo que una extracción manual era la única posibilidad. Tendría que materializarse a bordo, presentarse lo más dramáticamente posible y meterla en la TARDIS. Ella estaría increíblemente feliz y emocionada de verlo. Se preguntó, brevemente, cómo se vería si se llevara la taza de té con él, pero decidió que el riesgo de derramar la bebida era demasiado grande.

—¡Por favor, por favor, alguien, por favor!

El miedo en su voz habría roto cualquier corazón. El Doctor sonrió. Por última vez de verdad, golpeó las palancas, hizo rugir los motores y envió a la TARDIS girando al rescate. Aunque no había nadie más para escucharlo, se rió y gritó. Si algo selló su destino, en esa hora final de su existencia, fue su risa. Yo no querría volver a escuchar esa risa.

La dueña de la voz era una mujer joven, llamada Cass Fermazzi. Ella era inteligente, valiente y estaba destinada al fracaso. En años posteriores, cuando pude devolver sus restos a lo que quedaba de su familia, me enteré de que había crecido en uno de los planetas agrícolas del cinturón de Gazrond, y que se había escondido en un carguero estelar a la edad de catorce años para ver las maravillas del universo para descubrir que no quedaban maravillas. En su lugar había una guerra que amenazaba toda la realidad. Al principio ella huyó, pero un día, ayudando a un viejo soldado a morir en un cráter lleno de serpientes de barro bajo una luna ardiente, se dio cuenta de que no había ningún lugar donde esconderse. A la mañana siguiente, el amable técnico médico que cerró los ojos del soldado sacó la bandolera del pecho del muerto y se la dio a Cass, tal vez confundiénola con una amiga o un pariente. Cass cogió la bandolera, se la apretó a su alrededor y decidió comenzar a correr en la dirección opuesta.

Tres meses después, estaba tripulando un bombardero. Cuatro años más tarde, había sobrevivido al Niño Pesadilla, llorado en la masacre de Skull Moon y luchado en las ruinas del Ulterium. En el último día de su vida, ella y su tripulación expulsaron con éxito a una flota Dalek de las colmenas del Vantross, pero luego, cuando volaban para ponerse a salvo se encontraron bajo el

ataque de uno de los cruceros de batalla de los Señores del Tiempo, ahora desatados en su matanza como los propios Daleks. Fueron arrancados de las estrellas sin una mejor razón, Cass se dio cuenta, que el que estaban bloqueando la vista de los Daleks en retirada.

Ella había sido la única que no entró en pánico. Teletransportó a la tripulación a la seguridad del planeta más cercano, y sin que nadie la pudiese teletransportar a ella, y al darse cuenta de que un aterrizaje seguro era imposible, finalmente había pedido ayuda.

–Ayudadme por favor. ¿Alguien puede oírme? Ayudadme –golpeó la consola sobrecalentada con ambos puños.

–Por favor, indique la naturaleza de su dolencia o lesión –dijo el ordenador médico.

–¡No estoy herida, me voy a estrellar! ¡No necesito un doctor! –gritó Cass.

–Una declaración clara de sus síntomas nos ayudará a proporcionarle al médico adecuado a sus necesidades individuales –apareció un rostro simulado en la pantalla e intentó una sonrisa alentadora solo marginalmente menos reconfortante que la superficie llena de cráteres del planeta que ahora llenaba la pantalla de visión exterior.

–¡Estoy intentando enviar una llamada de auxilio, dejar de preguntar por médicos!

Era una línea de pensamiento a la que difícilmente podía esperarse que resistiera el ego más hambriento del universo.

–Soy un Doctor –dijo una voz detrás de ella–, pero probablemente no sea el que esperabas –Cass giró en redondo y vio a un hombre, que estaba especialmente inclinado contra la pared. Mil preguntas se iluminaron en su cabeza, pero ya se estaba acercando a la consola–. ¿Dónde está el resto de la tripulación?

–Teletransportados lejos.

–¿Pero tú todavía estás aquí? –sus manos estaban ocupadas en los controles. ¿Verificaba que ella estaba diciendo la verdad?

–Los teletransporté.

–¿Por qué tú?

–Todos los demás estaban gritando.

Él la miró y le sonrió como si hubiera pasado una prueba:

–Bienvenida a bordo.

–¿A bordo de qué?

–¡Te lo mostraré! –y de repente él le agarró la mano (¿cuándo le dijo ella que le parecía bien?) y la arrancó de la silla de mando.

La nave aullaba y crujía, y el corredor principal se retorció y se flexionaba, por lo que sintió como si corriera dentro de una serpiente que se moviera deprisa. Había un fuerte olor a metal fundido y podía sentir el calor del suelo golpeando contra sus botas. Su cabina estaba en llamas y todo lo que había tenido había desaparecido.

—¿A dónde vamos? —se las arregló ella para preguntar.

—¡De vuelta a la nave!

—¿Por qué?

—Porque la parte delantera es la que se estrella primero, ¡piénsalo bien!

¿Una broma? ¿Estaba bromeando? ¿Estaba este hombre malgastando el aliento con bromas, ahora mismo? ¿Y de dónde diablos salió él en todo caso? Y espera, ¿eso significaba que tenía una forma de salir de la nave? Ella sintió una peligrosa oleada de esperanza. Y en ese momento, con un pisotón de hierro, el resto del corredor desapareció. Una puerta blindada se había cerrado frente a ellos, bloqueando su camino, y finalmente Cass Fermazzi supo que iba a morir.

—Oh, ¿por qué hiciste eso? —lo escuchó murmurar. Pero solo sonaba ligeramente irritado, como un hombre que trata de razonar con una pastilla de jabón fugitiva en un baño.

—Protocolos de emergencia —se descubrió a sí misma explicando, como si incluso importara ya.

Llevaba una varilla de plata en su mano, y la puso ante la puerta.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó él.

¿Estaba empezando una conversación? ¿Pensaba seriamente que ella estaba de humor para charlas?

—Cass —oh, aparentemente lo tenía.

—Eres joven para tripular un bombardero, Cass.

No, ella no le iba a contar la historia de su vida, este no era el momento.

—Quería ver el universo. ¿Siempre es así? —¿por qué estaba *hablando* con él?

—Si tienes suerte —sonrió, y luego la puerta se abrió. Cass apenas tuvo tiempo de preguntarse cómo lo había hecho, antes de que él la tomara de nuevo de la mano y se detuvieran frente a ...

¿Qué demonios era aquello?

Parecía una caja azul alta, de madera, con paneles y ventanas con barrotes. Absurdamente tenía impresas las palabras “Cabina de Llamada Pública de la Policía” encima de un par de puertas, ¿y realmente tenía una luz en la parte superior? ¡Y había algo más! Aunque Cass nunca había visto esa

caja antes, algo se movió dentro de ella como un recuerdo instintivo. Incluso un recién nacido sabe amar la luz del sol y temer a la tormenta, y con esa misma certeza ancestral, sabía lo que significaba esa vieja caja estropeada. Para ella, para todos. Era el mal más puro.

Él la empujaba hacia eso ahora. Instintivamente, ella retrocedió.

—Está bien —estaba diciendo él, yendo hacia las puertas azules—. Es más grande por dentro.

Y entonces ella entendió el miedo que sentía:

—¿Qué dijiste? Más grande por dentro, ¿es eso lo que dijiste?

—Sí, vamos, te encantará.

—Eso es... —la palabra se ahogó en su garganta por un momento. Incluso en una nave que se estrellaba, momentos antes de la muerte, era una palabra que parecía demasiado peligrosa para decir en voz alta— ¿Eso es una TARDIS?

Oh, la mirada en su rostro. Un niño herido. El recuerdo de días mejores y magia perdida.

—Sí —dijo—, pero estarás perfectamente a salvo, lo prometo.

Ella quitó la mano de la suya:

—¡No me toques!

Él comenzó a buscarla de nuevo, pero la fría expresión de sus ojos lo detuvo:

—No soy parte de la guerra —dijo—. Lo juro. Nunca lo fui.

—Eres un Señor del Tiempo —lo era, era tan obvio. La arrogancia, la presunción.

—¡Sí, pero soy uno de los agradables! —ah, y ahora pensaba que podría ser encantador. ¿Podrían ellos entender alguna vez lo que eran?

—¡Aléjate de mí!

—Mira el lado bueno. No soy un Dalek.

Ella lo miró y sintió que el universo cambiaba...

¡Pero no! Esto es demasiado. Soy vieja, y tal vez me estoy dejando llevar. A decir verdad, nadie puede saber con certeza qué estaba pasando por la mente de Cass en ese momento, pero creo que puedo adivinarlo. Para todos nosotros, hay una colina en algún lugar en el que con gusto moriríamos. Si tenemos suerte, algún día la encontraremos debajo de nuestros pies. Ese día había llegado para Cass.

—Dalek, Señor del Tiempo, ¿quién puede ver la diferencia? —dijo, y dio un paso atrás por la puerta. Ella golpeó con su mano el botón rojo y activó el sello

de intrusión. Su nave, como todas las demás, había sido probada contra los Señores del Tiempo, y ahora era el momento de ver si funcionaba. Ella lo miró a través del plexi-panel, zumbando con su varilla de plata. La puerta temblaba, pero no se abrió.

–¡Cass! ¡Cass!

–Está cerrada. ¡Ni lo intentes!

–Ábrela. Por favor, solo quiero ayudar.

¿Ayudar? ¿Cómo podría pensar que alguien lo creería?

–Vuelve a tu campo de batalla. Aún no has terminado, parte del universo aún está en pie –oh, la alegría de decir esas palabras, de verlas impactar.

–¡No voy a dejar esta nave sin ti!

Esos suplicantes ojos azules, esa hambre de confianza. Más que eso, de ser adorado, de ser venerado. Oh, querido Dios, ¿se suponía que ella debía pensar que era un héroe? Eran todos iguales, esos traviesos niños pueriles con sus dos corazones. Pero, ¿realmente se quedaría y ardería con ella? Bueno, ¡si eso es lo que quería! Cass Fermazzi sonrió y sintió el último momento de alegría que alguna vez sentiría cuando dijo:

–Entonces vas a morir aquí mismo. Las mejores noticias de todo el día.

La nave estaba chirriando y crujiendo a su alrededor. El calor y la luz se volvieron más feroces, pero ahora era emocionante.

–¡Cass! –gritaba– ¡Cass!

Sí, pensó, sonriendo a su cara tonta y angustiada, di mi nombre. Di mi nombre, Señor del Tiempo, y muere.

Que es exactamente lo que hizo el Doctor, aunque no fue la última vez ese día.

–Y aquí está por fin –alguien estaba diciendo–. ¡El hombre para terminar con todo!

El Doctor intentó moverse, intentó abrir los ojos, pero no pasó nada. No reconoció la voz, pero fuera quien fuese, tenía que estar hablando de él. Siempre era sobre él cuando la gente hablaba de esa manera.

–Hermanas, el Doctor ha regresado a Karn.

Sí, ahí lo tienes, él tenía razón. ¡Él! Se preguntó si debería abrir un ojo y hacer una broma, a la gente le gustaba. O incluso ponerse de pie con una gran sonrisa. Pero cuando lo intentó, siguió sin pasar nada.

No, espera, ¿qué dijo ella? Karn? Eso hizo sonar una campana. Decidió que probablemente debería escribir una nota, pero luego recordó que no tenía

un cuaderno. Ni un bolígrafo. Ni, de hecho, la capacidad de mover cualquier parte de su cuerpo. Decidió hacer una nota mental, pero rápidamente olvidó lo que estaba pensando. Maldita sea, ¿por qué no había escrito una nota?

La voz otra vez:

—Esto se había predicho. Siempre hemos sabido en nuestros huesos ¡que algún día regresaría aquí!

Ah, esto sonaba muy a él. ¡Un regreso largamente esperado! Probablemente una batalla profetizada contra un enemigo antiguo, surgiendo de una especie de terrible profundidad, no debería sorprenderse. Todo en un día es trabajo para el Doctor. Decidió ponerse de pie, agitar su abrigo un poco, y elegir a alguien para que le preparase un té. Pero el mundo se mantuvo oscuro, y las rocas se mantuvieron frías contra su espalda. Quizás Cass podría ayudarlo. Él acababa de salvarle la vida, ¿no? Ella probablemente estaría con él en un momento. Una buena acción se merecía otra.

Ahora, una mano acariciaba su rostro. Era una mano muy cálida. ¿O era que su cara estaba muy fría? Oh, eso era interesante. No podía recordar por qué tenía tanto frío.

La voz, ahora sonaba más cerca por el cálido aliento en su rostro:

—Qué pena que esté muerto.

Oh! Muerto, ¿verdad? Eso iba a hacer las cosas un tanto difer...

Al estar muerto, el Doctor no estaba al tanto de su último viaje a través de ese mundo estéril, y solo los cuervos de Karn lo vieron siendo llevado a la cueva donde él y yo nos encontraríamos cara a cara, al final.

¡Ay! Alguien lo había abofeteado, y había un amargo regusto en sus labios. ¡Estaba en otro lado! ¡Sentado en un suelo de piedra! El viento había cesado, así que tal vez estaba dentro de algún sitio. Una cueva, por ese sonido goteante. Hubo movimiento a su alrededor y estaba el olor a humo y el crujido de las antorchas encendidas. Ahora escuchó un leve murmullo de voces femeninas. ¿Era una de ellas Cass? ¡Por supuesto! Cass debía haberlo arrastrado a un lugar seguro después de que los rescatara a ambos de la nave estrellada. Si tan solo él pudiera recordar exactamente cómo lo había hecho. Decidió abrir los ojos tan pronto como recordó cómo.

—¡Cass! —gritó alguien. ¡Bueno! Obviamente ella estaba aquí en alguna parte, y a salvo— ¡Cass, Cass! —era la voz de un hombre, llena de desesperación, y tan rota y llena de terror que le llevó varios segundos reconocerla como propia. El shock abrió sus ojos.

Ella era vieja y estaba vestida de escarlata. Tenía el rostro arrugado y desgastado, pero su mirada brillaba mientras se sentaba en cuclillas frente a él

como un viejo simio sabio. En una fila detrás de ella, contra una roca iluminada por el fuego, había varias mujeres más vestidas de escarlata, más jóvenes, pero tan pálidas y de ojos vacíos como zombis. Cada una llevaba una copa humeante.

—Si te refieres a tu acompañante —decía la anciana—, todavía estamos tratando de recuperar su cuerpo de los restos. Tú saliste completamente ileso.

¡Oh! Los restos. Cass todavía estaba allí. Recordó la cara de Cass y cómo lo había mirado cuando supo lo que él era.

—Ella no era mi compañera —dijo.

—Es casi seguro que está muerta. Nadie podría sobrevivir a ese accidente.

—¡Yo sí!

—No.

Esa horrible palabra, tan tranquilamente expresada. Luchó por no mostrar nada en su rostro.

—Te devolvimos a la vida —continuó la anciana—, pero es una medida temporal. Tienes un poco menos de cuatro minutos.

Siempre había sido una regla del Doctor no entrar en pánico antes de tiempo. Si todavía tenía cuatro minutos, era hora de comenzar a ser el dueño de la habitación.

—¡Cuatro minutos! —protestó— ¡Pero eso son siglos! ¿Qué pasa si me aburro? Necesito un televisor, un par de libros, ¿alguien para el ajedrez? Tráeme agujas de calcetar.

—Te queda poco aliento. Gástalo sabiamente.

Mírame, pensó. Análisis rápido. Seis mujeres en la habitación, incluida la vieja. ¡Dos salidas! Una era obviamente la boca de la cueva, la otra conducía más adentro en la montaña. Espera, ¿cómo sabía él que era una montaña? ¿Había estado aquí antes? ¡Ah! Había oído un nombre antes. Ella había nombrado este planeta. ¿Y qué hay de esta cueva? Se veía un poco familiar. De acuerdo, hora de exhibir su conocimiento local, si tan solo pudiera recordar algo de eso.

—Espera, ¿sois vosotras? Lo sois, ¿no es así? Sois vosotras —por supuesto, ahora ya lo sabía— ¿Estoy de vuelta en Karn? —dijo, triunfante— ¡Sois la Hermandad de Karn, guardianas de la llama del aburrimiento total!

Los ojos de la anciana brillaron.

—Vida eterna —espetó.

—¡Eso es! —por la expresión de su rostro, le había devuelto el golpe. ¡Bueno! Hora de darle un poco más de arrogancia. Se había puesto en pie, pero cuando comenzó a moverse, pudo sentir que su cuerpo desfallecía, y el

dolor casi lo tira al suelo. Cálmate, Doctor, pensó. No va a doler por mucho tiempo.

—Búrlate de nosotras si lo deseas —dijo la anciana—, nuestro elixir puede desencadenar tu regeneración, traerte de vuelta.

Oh, interesante. ¿Estaban tratando de ayudarlo? Había historias, allá en Gallifrey, de que la Hermandad de Karn podía ayudar en la regeneración de un Señor del Tiempo mortalmente herido, pero ¿por qué iban a preocuparse por él? Y de todos modos, ¿quería volver a pasar por todo eso? Ser destruido y reconstruido en otra persona, solo para ver más del universo quemarse. Recordó a su antiguo tutor, dando conferencias en la academia, contándoles todo sobre el cambio que temían tanto. “Entrarás en una tormenta”, había dicho Borusa, “y un extraño aparecerá caminando. Y ese extraño serás tú”. Un extraño para sí mismo, una vez más. ¿Por qué? ¿Por qué seguir adelante?

La anciana hizo un gesto hacia las copas que sostenían las otras.

—La ciencia de los Señores del Tiempo es elevada aquí. En Karn, el cambio no tiene que ser aleatorio —se movió entre las hermanas, señalando una copa y luego otra—. ¿Gordo o flaco? ¿Viejo o joven?

Él casi se rió. ¡Estaba parado en la sala de ventas de sus posibles futuros!

—¿Hombre o mujer? —le preguntó ella, deliberadamente.

¿Jengibre? se preguntó, pero guardó el pensamiento para sí mismo.

Ohila lo estaba mirando, expectante ahora. Se preguntó brevemente cómo supo su nombre de repente, y se dio cuenta de que había traducido la pequeña inscripción en su pendiente izquierdo. Es bueno saber que algunas de sus habilidades todavía estaban en forma.

—¿Por qué harías eso por mí? —preguntó.

—Nos ayudaste en el pasado.

¿Lo había hecho? Apareció un recuerdo de estar atado a una estaca en el centro de esta cámara, mientras la madera estaba apilada a su alrededor y las antorchas estaban encendidas.

—¿Una buena quemadura merece otra? —decidió no decirlo, y luego se dio cuenta de que ya lo había dicho— La Hermandad de Karn nunca fue grande en gratitud.

—La guerra entre los Daleks y los Señores del Tiempo amenaza a toda la realidad. Eres la única esperanza que queda.

Oh por supuesto. Estaban asustadas. Pero ¿por qué todos esperaban siempre que el fuese un soldado?

—No es mi guerra —dijo—. No tomaré parte en eso.

—No puedes ignorarla para siempre.

¿Ignorarla? Pensó él. Nadie en el universo podría ignorar exactamente una guerra que estaba teniendo lugar en todo momento de la historia a la vez.

–Ayudo donde puedo. No pelearé.

–¿Porque estás por encima de prácticas tan sórdidas como el negocio de la guerra?

Sí, pensó.

–Sí –dijo.

–¿Porque eres el buen hombre que dices ser?

–Me llamo a mí mismo el Doctor.

–Es lo mismo en tu mente.

–Me gustaría pensar eso.

Hubo un movimiento detrás de él, y sus ojos se movieron hasta un punto sobre su hombro. Una nueva mirada apareció en su rostro. Eso era astuto, se preguntó. ¿O solo crueldad?

–En ese caso, Doctor –dijo–, atienda a su paciente.

Dos más de la Hermandad habían entrado en la cueva, y entre ellas llevaban lo que parecía un saco. Pero luego lo colocaron sobre la piedra del altar en el centro de la habitación, y por un momento no pudo encontrar palabras. Ella se veía tan pequeña. Alrededor de su pecho notó una bandolera. Era claramente demasiado antiguo para haber sido suyo originalmente, y se preguntó brevemente quién se lo había dado. Alguien que le importaba o que se preocupaba por ella. La idea lo picó.

Usó el destornillador para escanearla en busca de signos de vida, pero ya sabía que no tenía sentido.

–Estás perdiendo el tiempo –estaba diciendo Ohila–. Ella está más allá incluso de nuestra ayuda.

Lo sé, quería gritarle en su cara. En su lugar, solo dijo:

–Ella quería ver el universo –porque era la verdad y le dolía.

–Ella no perdió mucho. Casi ha terminado.

–Podría haberla salvado. Podría haberla sacado de esa nave, ella no me escuchó.

–Entonces ella era más sabia que tú. Ella entendió que no había escapatoria de la Guerra del Tiempo. Tú eres parte de esto, Doctor, te guste o no.

–Preferiría morir –dijo, y lo dijo con todos sus corazones. *No soy un soldado*, pensó. Esa fue la promesa. Nunca cruel, nunca cobarde, y nunca,

jamás un soldado. Sabía lo que había dentro de él: una ira a la que nunca se le podía dar voz. Era preferible morir.

—Ya estás muerto —dijo Ohila—. ¿Cuántos más vas a dejar que se te unan?

Forzó sus ojos a la cara de Cass. No había acusación allí ahora. Sin odio, sin miedo, nada. Solo otra niña rota. ¡Solo otra, Doctor!

—Si pudiera hablar, ¿qué diría ella?

—¿A mí? Nada. Soy un Señor del Tiempo. Todo lo que ella despreciaba.

—Si ella entendiera el hombre que eres y el poder que podrías ejercer, te pediría ayuda. Como pedimos tu ayuda ahora. El universo se encuentra al borde. ¿Lo dejarás caer?

No había desprecio en su voz. Sin crueldad, sin astucia. Apelación simple.

¿Cuántos más?, se preguntó. ¿Cuántos niños más murieron y se quemaron mientras él se mantenía al margen? Él nunca debía ser un soldado, lo sabía. Pero ahora era como un susurro en su oído. “¿Cuántos más morirán, Doctor? ¿Mientras mantienes tu alma pura y tus manos limpias?”. Sintió que se agarraba a la mesa de piedra, tratando de acallar esa terrible y prohibida voz.

—¿Qué se necesitará, Doctor? —continuó el susurro— ¿Cuántos más sufrirán y morirán antes de que actúes? —le preguntaba.

Ohila estaba moviéndose entre las copas de nuevo.

—¿Fuerte o rápido? —estaba preguntando— ¿Sabio o enojado? ¿Qué es lo que *necesitas* ahora?

Sangre y rabia tronaron en los oídos del Doctor. Para su sorpresa, notó que estaba soltando la bandolera de la forma inmóvil de Cass. ¿Estaba haciendo eso? No parecía él. Ahora estaba sosteniendo la bandolera delante de sus propios ojos, como para su inspección. Estaba más limpia que el resto de su ropa y había sido reparada muchas veces. Obviamente, había sido de gran valor para ella y la había llevado hasta el final. Alguien, en algún lugar, hubiera estado feliz de saber eso.

—Guerrero —se escuchó decir a sí mismo.

Ohila lo estaba mirando:

—¿Guerrero?

—No creo que nadie necesite más un médico. Hazme un guerrero ahora —era su voz, pero ¿cómo podían ser esas sus palabras? Se sentía como si alguien más estuviera hablando a través de él.

Ohila le estaba pasando una copa:

—Me tomé la libertad de prepararlo yo misma.

Hacía calor en sus manos, y el olor era amargo en un momento y dulce al siguiente.

–¡Fuera! –dijo él– ¡Todas!

Escuchó el ruido de los pies. Las hermanas se estaban moviendo más profundamente en las sombras.

–¿Duele? –preguntó.

La voz de Ohila parece venir a él desde una gran distancia.

–Sí –dijo ella.

–Bien –respondió él, y levantó la copa. Ahora estaba solo, pero en ese último momento, eligió recordar todas las veces que no lo había estado. Todos los amigos que lo mantuvieron a salvo—. Charley. C'rizz, Lucie, Tamsin, Molly. Fitz. Amigos y compañeros que he conocido, os saludo –miró a la chica rota en la piedra del altar—. Y Cass... lo siento.

El cáliz estaba casi en sus labios ahora. Un último adiós al hombre que había sido:

–Médico, cúrate a ti mismo.

El Doctor bebió la poción y caminó hacia la tormenta.

El desconocido se despertó. Sus manos se veían diferentes, pero sabía que eso sería lo de menos. Cuando se puso de pie, todos los nervios y tendones resonaron: mal, mal, todo estaba mal. No, no está mal, se recordó a sí mismo. Nuevo. Simplemente nuevo. Recordó respirar, e incluso eso le pareció extraño. Intentó concentrarse en la sala que lo rodeaba. Oh, el balance de color era completamente diferente una vez más. Los rojos eran un poco más verdes y los amarillos estaban fuera de control. Sabía que se acostumbraría, pero siempre llevaba un tiempo. A veces extrañaba el mundo monocromático de sus dos primeras encarnaciones. Parecía como un tiempo más simple y más limpio: pasaron muchos siglos antes de que se diera cuenta de que había sido daltónico. Miró alrededor, probando su distancia focal, y vio a una hermosa mujer mirándolo.

–¿Ya está hecho? –preguntó Ohila.

¿Lo está? se preguntó él. ¿El *qué* está hecho? Luego vio a Cass, muerta en la piedra, y verla le dolió de nuevo. Bueno, todavía tenía conciencia. Pero algo nuevo se flexionó bajo ese dolor familiar, como el movimiento del ojo de una serpiente en la oscuridad. ¿Cuál era ese sentimiento nuevo? ¿Rabia? ¿Venganza? ¿Era algo de qué preocuparse? Se pasó una mano por la cara. ¡Incorrecto, equivocado, mal!

No, no está mal, nuevo. Una nueva cara, para un hombre nuevo.

No había espejos en la cueva, pero colgando de una de las paredes de roca más lisas, había una sección de armadura muy bruñida, una antigua reliquia de batalla. Serviría.

Lo primero que notó fue que ahora llevaba la bandolera de Cass alrededor de su propio cuerpo. ¿Cuándo se la había puesto? Luego alzó la vista y se fijó en sus propios ojos.

Hay un momento, después de la regeneración, cuando el alma del anciano se asoma por los ojos del nuevo. Entonces fue el Doctor quien se miró al espejo, pero fui yo quien miró hacia atrás. Y allí estábamos, el Doctor y yo: un hombre, cara a cara, un final y un comienzo.

Mi altura no había cambiado mucho, noté. Mi cabello era un poco más corto, aunque todavía oscuro. Esos urgentes ojos azules habían desaparecido y, en su lugar, había una mirada como el invierno. Por un momento esa mirada me molestó. Pero este era un tiempo de guerra, y había renacido para la batalla. Estaba listo para mirar en un mundo más oscuro.

Volví mi cara nueva hacia un lado y luego hacia el otro. ¿Era más joven? ¿Mayor? Había algo demacrado y dolido en mí ahora, así que era difícil de decir. De pie frente a mí había un hombre que había visto el horror y que ya no iba a esconderlo. Sí, pensé, sería suficiente. Estaba bien.

Mantuve mi mirada y hablé. Las palabras llegaron en un susurro frío, una raspa de seda, una voz como un escalofrío en voz alta.

—No más Doctor —dije.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABLE

**POR FAVOR, SOSTÉN EL LIBRO RECTO Y APAGA TU TELÉFONO
MOVIL**

Muchos años después, en circunstancias demasiado escandalosas para relatarlas, le pregunté a Ohila qué había en la copa.

–Limonada y hielo seco –admitió, mientras yo encendía su cigarro–. O algo así, tenía prisa y necesitaba verse dramático.

–Pero el Doctor se convirtió en un guerrero.

–El Chico Idiota fue un guerrero toda su vida. El universo necesitaba que fuera un poco más honesto sobre el tema, así que proporcioné un momento teatral que facilitó su cambio de corazones.

–¿Alguna vez sospechó que lo engañaste?

–Él sabía que la oscuridad siempre estuvo dentro de él. Permitirle pretender que venía de otro lado era una especie de misericordia. A partir de ese momento, ya tenía bastante de lo que preocuparse y no quería añadir autodesprecio a sus muchas cargas.

–Estabas siendo amable.

–Solo práctica. El Doctor ha sido gente tan diferente, que el autodesprecio podría llevarle todo el día.

–¿Sabías lo que vendría?

–Por supuesto. Por supuesto que sí, la Hermandad siempre lo sabe. Pero no había nadie más. Simplemente, nadie más podría hacer lo que ese hombre podría hacer. Era tan especial, en muchos aspectos, el Chico Idiota.

Ah, Ohila, siempre fue una mujer hermosa, y una jugadora de dardos emocionante e innovadora. Ella está un poco inclinada a sermonearme sobre mi política sexual, pero aun así sabe hacer un té magnífico.

Ahora, la mayoría de vosotros, como entusiastas estudiantes del Doctor, también sabréis lo que le esperaba en ese momento de su vida. El Guerrero anteriormente conocido como el Doctor (o el Doctor de la Guerra, como la gente insistió en llamarlo, a pesar de sus protestas) pasó a realizar la campaña más sangrienta en la historia del universo conocido, desconocido y en parte conocido. Se dijo que sintió cada golpe que infligió, y se afligió por cada vida que tomó, pero que nada de este dolor lo detuvo, lo ralentizó o lo desvió de su propósito. Se había convertido en un guerrero para terminar la guerra, y luchó más ferozmente por esa causa que cualquier soldado conocido antes o

después. La ira del Doctor de la Guerra fue la última maravilla presenciada por los muchos miles de millones que se opusieron a él. Él tomó el mando en la matanza de Skull Moon, luchó contra la caída de Arcadia, luchó para evitar el surgimiento del Chico Pesadilla, fue testigo de las siete muertes de Davros y lideró la carga final por las laderas de Never Vault.

Y a medida que pasaron los siglos y se hizo viejo, se dio cuenta de que todo era en vano. Mientras hubiera Daleks y Señores del Tiempo vivos en este universo, esta guerra nunca terminaría. Y ahora que su propia gente se había vuelto tan vengativa como sus enemigos jurados, comenzó a ver que solo había una solución.

Como es sabido, irrumpió en las bóvedas de los Señores del Tiempo y robó el Momento, un arma poderosa de los tiempos antiguos de Gallifrey, y lo usó para aniquilar hasta el último Dalek y el último Señor del Tiempo. Un solo momento de terrible matanza, y de repente hubo paz en todas partes del universo, excepto, por supuesto, en los corazones de ese viajero solitario que una vez más se llamó a sí mismo el Doctor. Él no había esperado sobrevivir, y por eso vivía en la firme creencia de que su existencia continua era un castigo, y su propósito era el arrepentimiento.

Que se sepa que el arrepentimiento era sincero. Viajó por las galaxias y trajo paz, esperanza y bondad en todas partes donde aterrizó su TARDIS. Con el tiempo, los pueblos del universo se olvidaron de la guerra, y nadie habló ni escuchó ni una palabra en ninguna parte, excepto aquellas valientes almas que miraron a los ojos del último de los Señores del Tiempo y le preguntaron qué pasaba.

Esto todos lo conocéis bastante. Pero hay mucho más. Pasamos ahora al segundo de los "Documentos de Doctor", que solo puede describirse como el Capítulo Once. Sí, lo sé, pero como he explicado, no hay una secuencia correcta para contar esta historia. Timey-wimey, como escribió una vez un idiota. Antes de comenzar, me pregunto cuántos de vosotros os distéis cuenta de que el último documento fue escrito por el propio Doctor, incluso antes de que ese hecho se hiciera evidente. Levantad las manos, por favor. No, adelante, levantad las manos. No importa dónde estéis, puedo veros. Oh, cariño, cuántos libros se cerraron repentinamente. Mira, no es mi culpa si es ahí donde eliges sentarte a leer.

Por cierto, todos los que leáis esto en el trabajo, deberíais avergonzaros de vosotros mismos. Sí, tú. Y tú. Esconderlo debajo del escritorio no engaña a nadie, ¿sabes? Y, por el amor de Dios, déjalo, Chris, tienes mucho que hacer.

Entonces bien, estaba contando...

Oh, muchos de vosotros lo descubristeis. Bien hecho, muchas personas no lo entienden. Es una peculiaridad interesante del estilo de prosa del Doctor el que casi siempre se refiere a sí mismo en tercera persona. Raramente dice "yo", tiende a usar "él". Casi nunca dice "yo", sino "el Doctor".

Hay muchas teorías sobre esto. Mi favorito personal es que "el Doctor"—el título que eligió, más que el nombre con el que nació— es más una idea en su cabeza que una afirmación de su identidad. El Doctor es el hombre que él aspira a ser, no el hombre que él cree que es. Entonces, ¿qué vamos a hacer con sus lapsos ocasionales, porque hay muchas veces, algunas con propósito, otras aparentemente accidentales, cuando "el Doctor" se convierte en "yo"? ¿Son estos momentos, quizás, de debilidad personal o incluso miedo, cuando no ha cumplido con los estándares que hace mucho tiempo se impuso?

Además, os daréis cuenta, él está feliz de inventar monólogos interiores para otras personas, lo que delata la arrogancia tan característica en él. Para ser justos, ha sido bendecido con niveles excepcionales de empatía e incluso telepatía de bajo nivel, por lo que no deberíamos suponer que son completamente ficticios.

Con todo esto en mente, os invito ahora a identificar al autor de este próximo documento: "El Vuelo del Doctor". La autoría seguirá siendo nuestro tema a lo largo de este volumen, y no asumáis que siempre será un asunto simple. Prestad mucha atención.

Nos volvemos a reunir con el Doctor muchos siglos después del fin de la Guerra del Tiempo, cuando su memoria ha comenzado a desvanecerse, incluso para él. En esta etapa de su vida es un hombre feliz, un héroe para muchos, y casi ha olvidado su peligroso pasado. Tal vez hubiera sido prudente recordar que, para el viajero en el tiempo, el pasado nunca termina de verdad.

Capítulo 11

El Vuelo del Doctor

El Doctor era joven, lo cual, reflexionó, era un placer raro en su época de vida. Esa mañana en la TARDIS, mientras tomaban té y galletas de frambuesa, se encontró recordando su primera inspección adecuada de la cara que estaba usando ahora. Ya había sido un día ocupado, le explicaba a Clara, que estaba escuchando tan absorta como siempre. Acababa de tener otra pelea enorme con el Amo, quien había desaparecido y convertido a todos en el mundo en una copia de sí mismo (Sí, incluso tú, Clara, lástima que me haya perdido eso), ingeniosamente salvó a un viejo amigo de morir por envenenamiento por radiación, y comenzó a morir de intoxicación por radiación, se despidió de todos sus mejores amigos porque se estaba muriendo de envenenamiento por radiación, murió por envenenamiento por radiación, se regeneró, hizo una nota mental para disculparse con todos sus mejores amigos por posiblemente exagerar la situación con el envenenamiento por radiación, destruyó un cobertizo de jardín que había chocado estúpidamente con su TARDIS durante un aterrizaje de emergencia en gran medida exitoso, conoció a un nuevo amigo con cabello naranja, crema de pescado inventada, tuvo unas duras palabras con algunos globos oculares gigantes que estaban revolcándose en la Tierra sin una buena razón, y puso fin a los misteriosos planes del Prisionero Cero (planes tan misteriosos, de hecho, que nadie descubrió cuáles eran) antes de encontrar tiempo para regresar a la TARDIS y desperdiciar siete horas y media en buscar un espejo.

Encontró uno en la mano de tres dedos de un payaso robot, dormido en su mayoría, que estaba abandonado y marcando el tic en uno de los salientes densamente poblados de hiedra de las terrazas de piedra.

Se sentó en el tronco de una columna caída, y allí, entre la irregular mampostería de hiedra, se preparó para su nuevo yo. Pómulos, pensó, mirando su nueva cara. ¡Delgado! ¡Oh, rasgos afilados! De hecho, los planos de su rostro ahora parecían tan angulosos que se preguntó cómo se unían en la parte posterior. Se puso el espejo detrás de la cabeza para comprobarlo, pero entonces se dio cuenta de que ya no podía ver su reflejo. Rápidamente se giró para mirar, pero desafortunadamente también lo hizo su reflejo.

—Ah —pensó, con una gran sonrisa—, ¡soy un idiota esta vez! —eso estuvo bien, siempre le había gustado ser un idiota. Decidió dar una pequeña palmada de encanto, pero falló con ambas manos, y accidentalmente se abrazó a sí mismo. Posiblemente un poco torpe, notó, recogiendo el fragmento más grande del espejo roto, que de alguna manera había salido volando por la habitación durante su intento de aplauso.

Había mucho pelo, notó. No de color jengibre, tristemente era marrón oscuro. Oh, y espeso. Se mareó un poco mientras intentaba enfocar un tupé

gigante, que ahora se balanceaba sobre su frente. Cuando revisó su reflejo de nuevo, notó al payaso que pasaba detrás de él mientras se internaba en los claustros. Probablemente debería hacer algo al respecto algún día, pensó. Estaba a punto de decidir que podría ser demasiado guapo para su comodidad, cuando volvió la cara hacia un lado, y vio el mentón que adornaba la mitad inferior de su cara como un trampolín.

—¡Cabeza plátano! —se rió— ¡Cara bota! ¡Soy el Sr. Luna!

Oh, eso sería muy bueno, decidió. Muy él, muy Doctor. Un poco

guapo, un poco tonto, un poco como un plátano. Hizo una serie de cálculos rápidos en el polvo del suelo, y se dio cuenta de que esta era su undécima cara.

—No, no lo es —dijo una voz en su oído. Su mano se congeló en el polvo. De repente, sus corazones parecían muy ruidosos en el silencio de los claustros—. *¿Me negarías?* —susurró la voz.

El Doctor respiró profundamente, con cuidado, y luchó contra la voz. Angustia de regeneración, eso era todo.

—Undécimo —dijo, en voz alta y con firmeza. Y once, por una linda coincidencia, resultó ser su nuevo número favorito. Cuando se enderezó, consideró otro encantador aplauso, pero decidió que necesitaba un poco más de práctica con los brazos primero.

En verdad, a lo largo de los años, nunca había tenido sus brazos bajo control, convencido de que sus centros del habla habían sido conectados de alguna manera a sus manos. Ahora parecía incapaz de decir una palabra sin que ambas manos revolotearan a su alrededor, como dos pájaros que intentaran escapar de una red. Estaba bastante seguro de que la izquierda estaba intentando sincronizarse con los labios. A veces se distraía tanto con su propia gesticulación que guardaba silencio, y sus manos se congelaban en el aire. Esta peculiaridad de rendición accidental había demostrado ser una desventaja táctica en más de una ocasión. ¿Por qué sus manos no podían simplemente arreglar la pajarita, como él quería que hicieran?

Clara se estaba riendo en silencio. Él la miró y notó por primera vez que ella no estaba allí. Oh, lo había hecho de nuevo. Siempre estaba charlando con personas sin verificar primero si estaban allí. Miró con tristeza las dos tazas de té que había servido, y recordó que estaba en ese tonto trabajo que ella insistía en tener, a pesar de que había todo un universo de maravillas esperando para ser exploradas, y máquinas de vapor. Hizo un intento de enfadarse, pero terminó suspirando. Por mucho que le gustara hablar consigo mismo, era más divertido con audiencia.

Y así, en la mañana del día que cambiaría para siempre todos los aspectos de su vida, el Doctor, anteriormente conocido como el Guerrero, también conocido como el último de los Señores del Tiempo, que pensaba que las pajaritas eran geniales y que el tweed púrpura era simplemente lo más, decidió que estaba aburrido.

Momentos después, en un campo en las afueras de Londres, una vaca solitaria miró a su alrededor con sorpresa, cuando apareció una alta cabina azul de la nada. El Doctor asomó la cabeza y agarró el teléfono dentro del pequeño armario de la puerta. Había decidido, una tarde lenta, que, como su máquina del tiempo-espacio estaba atascada con la forma de cabina de teléfono, bien podía hacer que el teléfono funcionara.

—Hola, soy un tipo perfectamente normal, y me preguntaba si Clara Oswald podría salir a jugar.

El Sr. Armitage, el director de la escuela Coal Hill, puso los ojos en blanco, audiblemente:

—No, eres el Doctor, y eres un extraterrestre del espacio.

—Oh, un poco racista. Demasiado para la diversidad en Coal Hill.

—Ella puede salir cuando la escuela cierre.

—Eso no es hasta dentro de 73 años —protestó—. Oh, eso fue un incendio.

—Me refería a hoy, de hecho. Hay una reunión de personal, debería estar libre alrededor de las 17:15. ¿Fuego? ¿Qué quieres decir con fuego?

—¿17:15?? Todavía faltan años.

—¡Tienes una máquina del tiempo!

—¿Cómo lo supiste?

—El director de esta escuela es un viejo amigo tuyo.

—¿Está ocupado?

—¡Él y Barbara se van a su cuarta luna de miel justo ahora!

—Diles que esperen, que iré a verlos.

—¡No más! —suspiró el Sr. Armitage.

—¿No más qué? —preguntó el doctor.

—¿Perdón? —dijo el señor Armitage sin comprender, y luego agregó—
¡Demasiado tiempo he mantenido mi mano, no más!

—¿De qué estás hablando, manteniendo tu mano?

—No dije nada sobre mi mano —suspiró el Sr. Armitage—. Estaba diciendo que si me dices dónde estás, le pasaré la dirección a la señorita Oswald, quien, estoy seguro, podrá unirse a usted más tarde *hoy no me dejas otra opción, hoy esta guerra terminará, no más, no más.*

El Doctor agarró la consola para estabilizarla, aunque no era la consola la que estaba temblando. Esa no había sido la voz del señor Armitage, no al final. Él conocía esa voz.

–¿Doctor? –preguntó el señor Armitage.

–*No más Doctor* –susurró algo hacía mucho tiempo muerto.

¿Por qué ahora? ¿Por qué estaba escuchando esa voz ahora? Todo estaba hecho y terminado, y olvidado, y nunca más pensado en él. Cerró los ojos ferozmente, y se imaginó todos sus días secretos encerrados en un viejo cofre de roble en el fondo de un profundo mar verde. Siempre había funcionado antes, cuando su pasado se revelaba y le picaba la conciencia, pero esta vez las cadenas alrededor del cofre estaban oxidadas y rotas, y la tapa comenzaba a elevarse. Abrió los ojos con miedo y notó que la consola temblaba peor que nunca.

–Doctor, ¿todavía estás ahí?

¡Oh, el Sr. Armitage! Rápidamente dio su mejor estimación sobre su dirección actual (“¡Hay un campo, un camino y una vaca!”). Y colgó.

No, pensó, caminando de un lado a otro de la TARDIS, sus pies aterrizaron en tintineantes gruñidos en el suelo de la cámara de acero. ¡No, no, no! Algunas cosas terminaron y se quedaron fuera, y eso era todo, muchas gracias. Agarró su libro más aburrido, se sentó en su segunda escalera favorita y comenzó a leer, enojado. Era un libro de teoría temporal compleja, y ya había perdido varios días tratando de encontrar a Wally. Estaba empezando a pensar que Wally no estaba en realidad en todos los libros, pero ¿cómo podía estar alguien completamente seguro?

–*Te escondes en extravagancias* –dijo el susurro en su oído.

Se centró en las palabras aburridas, y fingió que no había nada que escuchar. Esos días habían desaparecido, esa oscuridad había desaparecido. Por supuesto, sabía que eso no era estrictamente cierto. El problema de vivir en una nave espaciotemporal era que, por muy rápido que volases, el pasado nunca se alejaba: siempre estaba esperando afuera de la puerta. Y a veces, como ahora, llamaba a la puerta.

Pero no, pensó. Iba a sentarse allí, leer su libro y esperar a Clara, y cuando ella llegase se irían y tendrían una aventura, probablemente con unos cócteles por el camino. El pasado era el pasado, decidió el Doctor, y de ninguna manera, forma o aspecto, me guarda ningún terror.

Clara Oswald llegó a la TARDIS en un rugiente y fuerte viento, evitó el manillar y se puso en pie bruscamente. Él escuchó sus pies traqueteando en el suelo mientras ella desmontaba. El Doctor, con los ojos todavía en su libro, se dio cuenta de que probablemente había venido en su moto. Pavoneándose, como de costumbre, pensó, y en represalia le dio la espalda y pasó la página.

–¡A formar! –dijo, y la escuchó chasquear los dedos. Las puertas de la TARDIS se cerraron de golpe. Le había enseñado ese truco hacía siglos, en la confiada expectativa de que le llevaría años dominarlo, pero lo había pillado

casi de inmediato, e incluso podía hacerlo con guantes, lo que siempre se le había escapado a él.

—¿Un campo y una vaca? —dijo ella con una voz con acento de Blackpool—
Suerte que pusiste un rastreador en esto.

—¿Te apetece un viaje a la antigua Mesopotamia —le preguntó—, seguido
de Marte en el futuro?

Él miró alrededor. Y allí estaba ella, quitándose el casco en un remolino
de pelo, mientras su motocicleta ronroneaba mansamente detrás de ella. Ella le
estaba echando una de esas miradas que lo hicieron sentirse agradecido de
que esos grandes ojos marrones y la sonrisa más descarada del universo
nunca pudieran tener ningún tipo de efecto en un Señor del Tiempo.

—¿Habrá cócteles? —preguntó ella.

—En la Luna.

—La Luna...

La motocicleta apenas le echó el ojo a ella cuando dio un bote y se dirigió
de lado hacia un estante, las escaleras sobre las que el Doctor estaba sentado
se arquearon sobre su cabeza, y la consola central giró sobre ellos mientras
giraban alrededor de las paredes de la sala de control como calcetines en una
lavadora.

En las profundidades de la Torre de Londres, en una habitación sin
numerar, que no aparece en mapas o esquemas de ningún tipo y nunca se
menciona en ninguna documentación, entre un laberinto de estantes, nichos,
puertas con barrotes y cámaras selladas, hay una pequeña caja azul, con la
palabra TARDIS en el frontal. En el interior, hay una serie de sobres sellados,
uno de los cuales muestra evidencias de haber sido abierto al vapor
recientemente y vuelto a cerrar. El documento que se incluye en el interior
contiene varias páginas escritas a mano y se refiere a los protocolos que
rodean el “descubrimiento de la TARDIS”. Señala que la TARDIS es la pieza de
tecnología alienígena más poderosa y peligrosa que visita regularmente el
planeta, y advierte de las nefastas consecuencias si cae en manos
equivocadas. Continúa diciendo que el Doctor tiene la costumbre de
estacionarla en lugares aleatorios, y aunque la entrada a la máquina es casi
imposible, el peligro de que alguien lo logre es demasiado grande para ser
ignorado. En caso de avistamientos de la TARDIS (se adjuntan varias
fotografías de la cabina de policía) por parte de cualquier personal de UNIT, la
ubicación debe comunicarse por teléfono al Comando Central, quien enviará
inmediatamente un helicóptero para transportar por aire la TARDIS a las
instalaciones seguras más cercanas. El Doctor será informado de su nueva
ubicación, lo cual generalmente no es problema, ya que rara vez recuerda
dónde la dejó.

Debajo del texto mecanografiado, con una escritura irregular que sugiere ira, hay una nota del Doctor que dice: “¿*Podríais por favor, POR FAVOR, POR FAVOR, verificar si todavía estoy dentro primero?*”

—¿Te molestaría llamar? —gritó el Doctor. El viento aullaba, el helicóptero tronaba y el mundo estaba patas arriba. Estaba colgando de las batientes puertas de la TARDIS, con el teléfono en la oreja, Clara sujetando sus tobillos, y el Támesis londinense meciéndose majestuosamente debajo de él.

Había adivinado lo que había sucedido en el momento en que la TARDIS había sido levantada del suelo, y se había abalanzado directamente sobre el teléfono cuando comenzó a sonar. Mientras se arrojaba por la puerta a cientos de metros por encima de Londres, había reflexionado, no por primera vez, que el cableado de su principal dispositivo de comunicaciones hacia el exterior de su nave espacial no siempre era práctico. Logró agarrar el teléfono y a Clara por los tobillos.

—Lo siento mucho —dijo Kate Lethbridge-Stewart, la directora de la UNIT¹—. ¡No sabíamos que todavía estabas ahí!

—¡Tú me llamaste! —gritó el Doctor, esperando que Clara se las arreglara para mantener el control.

—Has dado este número como tu móvil.

—Es la TARDIS, ¿qué más móvil necesitas?

—Todavía está en la TARDIS —la escuchó decir a otra persona—. Dígale al piloto del helicóptero que lo lleve directo al sitio, nos reuniremos allí con él.

—Sitio. ¿Qué sitio?

—Doctor, lo siento, pero es necesario.

—¿Necesario? ¿Qué quieres decir con que es necesario?

—Por mandato real.

—¿El *qué* real? —iba él a preguntar, pero el viento le quitó el receptor de la mano. Giró en un círculo sobre su cable y lo golpeó en la parte posterior de la cabeza.

Cuando su visión se aclaró, un par de rocosos ojos blancos lo miraban desde debajo de un gigantesco sombrero de piedra y una paloma ladeaba la cabeza. Nelson había visto días mejores, pensó, confusamente. Cuando la estatua pasó a la deriva junto a él, seguida de la vieja y erosionada columna en la que se encontraba, se dio cuenta de que lo movían, cabeza abajo, a una sección acordonada de Trafalgar Square, y que debajo de él estaba una división de tropas de UNIT, incluso ahora prestando atención y saludándolo.

1 Nota del traductor: Unified Intelligence Taskforce. Fuerzas Especiales de Inteligencia Unificada.

Aturdido, boca abajo y girando suavemente mientras descendía, el asesor científico no oficial no remunerado de UNIT intentó recuperar algo de dignidad devolviendo el saludo, y se golpeó en la cara.

Veinte metros debajo de él, Kate Lethbridge-Stewart reprimió un suspiro. Sabía que los hombres y las mujeres a su alrededor podían ver por primera vez a una leyenda de UNIT, por lo que mantuvo la cabeza alta. A su lado, Osgood apenas contenía su emoción: los grandes ojos redondos detrás de sus grandes gafas redondas estaban abiertos de par en par, y de vez en cuando incluso recordaba respirar.

–Inhalador –dijo Kate, y Osgood tomó una bocanada, sin apartar los ojos de ella. Espera, pensó Kate, él no es lo que estás esperando.

–Es un idiota –le había explicado el padre de Kate, hacía mucho tiempo. Estaban en el Instituto de Investigación de UNIT y en el extremo de un laboratorio muy revuelto, un hombre alto con una mata de pelo rizado y una voz atronadora protestaba que fue atrapado en una especie de campo de fuerza, mientras que una joven morena pacientemente desenredaba su bufanda de un par de puertas dobles. Kate se encontró mirando la bufanda. Era estúpidamente larga y multicolor. ¿Quién usaría una bufanda así? Aunque solo tenía siete años, ya había adivinado que este era el hombre aterrador y divertido que trabajaba con su padre y que a veces mantenía a salvo a todo el mundo.

–¿El Doctor?

–Sí, el Doctor –dijo su padre, que siempre parecía un poco enojado cuando hablaba de su viejo amigo. Su bigote temblaba como si estuviera irritado por su cuenta.

–Pensé que habías dicho que era un genio.

–Lo es, por supuesto que lo es. El genio más extraordinario que nadie haya conocido.

El Doctor estaba retumbando de nuevo:

–Sí, Sarah, sí –decía–, ¡pero también podría haber sido un campo de fuerza!

–Entonces, ¿no es un genio todo el tiempo? –preguntó Kate.

–No, lo es todo el tiempo –dijo su padre, con arrepentimiento fúnebre.

–Entonces, ¿cuándo es un idiota?

–Todo el tiempo.

–Eso realmente no tiene ningún sentido –dijo Kate, después de un momento de consideración.

–Sí, es más o menos así –respondió él. El Doctor caminaba hacia ellos ahora, y como siempre, su padre se enderezó y se esforzó por sonreír. Muchos años después, Kate se encontraba haciendo lo mismo.

–Doctor –dijo ella–. Me adhiero a las disculpas oficiales de UNIT.

–Kate Lethbridge-Stewart, ¡pocas palabras bastan! –dijo una versión muy diferente del mismo hombre, que ahora se estaba poniendo de pie– Como estoy seguro que tu padre te habrá dicho –continuó–, no me gusta que me lleven así.

–Eso probablemente sonó mejor en su cabeza –dijo una mujer joven y bonita, que apareció junto a él. Acababa de salir de la TARDIS, que ahora estaba parada en una plaza. Ah, sí, pensó Kate, Clara Oswald, la maestra de escuela. ¿Dónde los encuentra a todos?

–Actuaba por órdenes directas del trono –dijo Kate y le hizo un gesto con la cabeza a Osgood, quien, advirtió con súbito horror, llevaba un pañuelo estúpidamente largo y multicolor. Querido Dios, este no era el momento para ser una groupie desquiciada.

Osgood le pasó el grueso y antiguo sobre al Doctor, que estaba inspeccionando el sello de cera con lo que parecía alarma. Kate frunció el ceño: alarma, pensó, ¿o podría ser culpa? En voz alta, dijo:

–Órdenes selladas de Su Majestad la Reina Isabel Primera.

–¿La Reina? –preguntó Clara, cuyos ojos de alguna manera se habían ensanchado aún más– ¿La primera? Lo siento, ¿la reina Isabel Primera?

–La reina Isabel, la única –espetó el Doctor, que de repente ya no parecía un bufón–. A ella no le gusta ser un número, y simpatizó por completo –miró dudoso el sobre, como si no quisiera abrirlo, ni siquiera sostenerlo. Demasiado para su famosa curiosidad–. ¿Cómo sabemos que esto es genuino?

–Sus credenciales están dentro –respondió ella.

Con evidente renuencia, el Doctor comenzó a romper el sello, pero Kate le puso una mano en el brazo.

–No –dijo ella–. Dentro –hizo un gesto hacia el gran edificio ornamentado detrás de ella.

–¿Dentro de la Galería Nacional? –preguntó Clara– ¿Qué tipo de credenciales hay en una galería?

–Bonita bufanda –le dijo el Doctor a Osgood, y la dejó buscando a tientas su inhalador mientras él se dirigía hacia los escalones. Clara ya estaba corriendo para alcanzarlo.

Kate los miró irse, y mantuvo el ceño fruncido en su rostro. El cambio de humor fue bastante sorprendente.

—A veces ves al payaso —le había dicho su padre, en su enfermedad final—, a veces ves la antigua bestia —entonces él comenzó a reírse, lo que le hizo volver a toser, y ella tuvo que sentarlo y llévale un poco de agua. Cuando se recuperó, se corrigió a sí mismo—. En realidad, creo que siempre ves ambas cosas —y él le había puesto esa sonrisa que siempre la había consolado como a una niña, pero ahora solo lo hacía parecer frágil y viejo. Se habían sentado en silencio solo con el tic-tac del reloj y la lluvia en las ventanas.

—Dios, extraño a ese hombre —había dicho él por fin.

—Tal vez venga de visita mañana —le había dicho ella con su mano apretada sobre la de él.

—Quizás mañana —sonrió él, cerrando los ojos.

Ella nunca podría decidir, a lo largo de los años, si esas fueron las mejores últimas palabras o las más tristes.

El Doctor y Clara caminaban a paso lento a través de la galería evacuada, cuando Kate los alcanzó.

—¿La conocías? ¿Isabel Primera? —preguntó Clara.

—Fuerzas especiales de inteligencia unificada —respondió el Doctor.

—¿Cómo?

—Ese grupo —dijo, señalando con la mano a los diversos soldados que vigilaban el edificio—. UNIT. Investigan cosas alienígenas, cualquier cosa extraña.

—¿Igual que tú?

—Yo trabajo para ellos.

—¿Tienes un trabajo?

—¿Por qué no debería tener un trabajo? La gente tiene trabajos. Sería brillante en tener un trabajo.

—Nunca tienes trabajo.

—Sí lo tengo. Es ese. Ese es mi trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo podrías tener?

—Éste. Este mismo que estoy haciendo frente a ti —el Doctor miró por encima de su hombro a Kate.

Le costó esfuerzo, pero Kate logró no darle una bofetada. ¿Realmente nunca había mencionado nada de eso? Clara era obviamente, como mínimo, su amiga. ¿Nunca le había contado que había pasado años atrapado en la Tierra, bajo la protección de su padre, trabajando con él? Habían hecho guardia juntos por el mundo, habían sido amigos. Los mejores amigos, pensó

ella. Luchó contra el recuerdo del viejo soldado moribundo en el hospital. Quizás mañana.

Lo siento, dijo una voz en su cabeza, y casi la paralizó. Ella había sido informada sobre la telepatía ocasional del Doctor: de bajo nivel, habían dicho, y rara vez la usaba. *También lo extraño*.

Ahora no, pensó ella, tenemos trabajo que hacer. Ella sintió que sus mejillas se sonrojaban y su mandíbula se tensaba: ¡debería tener la maldita decencia de quedarse fuera de su cabeza!

Como desees, dijo el Doctor, y se apartó cortésmente. Pero cuando volví a mis propios pensamientos, me vino una imagen del padre de Kate moribundo conmigo, y la archivé para más adelante: Alistair esperándome.

—Uno debería vivir con sus propios pecados —le había dicho a un joven una vez, aunque no podía recordar quién o por qué. Clara estaba mirándome, así que seguí caminando y sonriendo, como ella esperaba. Payaso y bestia antigua: ¿eso era realmente lo que Alistair había pensado? ¿Eso era lo que Clara también pensaba? Me resistí a echar un vistazo dentro de su cabeza. Frente a nosotros se abrieron un par de puertas y obligué a mi mente a regresar al presente. ¡Trabajo por hacer! Levanté los hombros, enderecé mi pajarita, y el Doctor entró por la puerta.

En el extremo de una habitación larga y oscura, dos soldados estaban de guardia, a cada lado de una gran pintura montada en un caballete. La pintura estaba envuelta en tela, como si fuera algo prohibido. O tal vez solo estaban quitando el polvo, ¿por qué siempre pensó que tenía que ser algo siniestro? Resistió la parte de su mente que ahora estaba enumerando todas las razones en orden cronológico.

Kate se había adelantado a él y había saludado a los soldados. La cortina se retiró y una pintura al óleo iluminó la habitación como una chimenea.

Una ciudad destrozada debajo de un cielo negro y anaranjado, naves acorazadas suspendidas muy bajas sobre un horizonte ardiente, una intrincada celosía de rayos de energía punzantes, gente corriendo, congelada en sus gritos.

El Doctor podía sentir el doble bombeo dentro de su pecho. Se preguntó si todos podían escuchar sus corazones. La voz de Kate ahora, desde muy lejos:

—Las credenciales de Isabel —estaba diciendo—. Ella dejó un registro de dónde encontrar esta pintura y su significado para ti.

El Doctor no pudo encontrar su voz. Sus ojos estaban fijos en la pintura. Sintió que tomaba la mano de Clara, aunque no era Clara quien tenía miedo.

—Esta no es la razón por la que te llamaron aquí hoy. Esto es solo una prueba de que el mensaje en su mano es de la propia Isabel. Obviamente, tras todo este período de tiempo, la falsificación es una posibilidad.

Él trató de dar sentido a sus palabras sobre el rugido de la pintura, pero seguramente nadie podría. ¿Seguro que todos podían escuchar esos gritos? Y luego, desde lo más profundo de su ser, desde otro lugar y otra vida, se encontró diciendo:

–No más.

–¡Ese es el título! –dijo Kate, evidentemente sorprendida.

–Sé el título –espetó el Doctor, y tomó la mano de Clara, antes de recordar que ya la estaba sosteniendo. Estaba temblando, pero vagamente se dio cuenta de que no era ella.

–También conocido como... –no lo digas, no lo digas, ¡*no lo digas!*

–La caída de Gallifrey –terminó Kate.

El Doctor no respondió por un momento. Notó que el agarre de Clara era muy apretado, luego se preocupó de que él la lastimara y le soltó la mano. Él se obligó a hablar.

–Es la caída de Arcadia –dijo él–. La segunda ciudad de Gallifrey –dilo, dilo, *solo dilo*–. El último día de la Guerra del Tiempo.

El ultimo día. El suelo tembló a sus pies. ¿Salieron de la pintura las ondas de choque?

El ultimo día. Estaba de vuelta en Karn, tantas caras atrás, y estaba bebiendo el veneno, listo para caminar hacia la tormenta.

El ultimo día. El desierto estaba caliente bajo sus botas, y un pequeño granero brillaba en el horizonte.

El ultimo día. Isabel de Inglaterra echó hacia atrás la cara para que la besaran, pero no era realmente ella.

El ultimo día. Estaba atrapado en una celda con dos ancianos que lo odiaban, pero las sombras ocultaban sus rostros.

El ultimo día. Estaba parado en una galería, y Clara le preguntaba si estaba bien.

El último día de la Guerra del tiempo. Eso estuvo mal, de repente se dio cuenta. Porque de alguna manera todos esos días diferentes, diseminados a lo largo de su vida, también fueron el último día. De alguna manera, el último día se había convertido en millones de días, cada uno de ellos imposiblemente el último. *No hay cosa como la última*, gritó algo en su mente, riéndose de él.

Y llegó la comprensión, como una enfermedad: una verdad de la que había estado huyendo durante siglos. Hacía mucho tiempo había tomado la decisión de convertirse en un guerrero, y muchos años después había pensado que podía alejarse de aquello. Que estúpido. ¡Por supuesto que no! Se había bebido el veneno y se adentró en la tormenta, y nunca encontró la salida. Había abandonado su nombre, había ido a la guerra y, en un terrible momento

de salvajismo sin igual, los había matado a todos, Señores del Tiempo y Daleks por igual. Todos habían gritado, y luego todo se había detenido.

El asesino que estaba solo y vivo, en ese espantoso silencio, se dijo que lo que había hecho estaba justificado: esa paz valía cualquier precio, y que la guerra, al fin, había terminado.

Estaba equivocado, por supuesto. La Guerra del tiempo no había terminado. No para mí.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABLE

POR FAVOR, MANTÉN SIEMPRE EL PAPEL PSÍQUICO FUERA DE LA LUZ DIRECTA DEL SOL PARA EVITAR FATALIDADES.

Independientemente de lo que digan los autores modernos sobre el tema, llega un punto en cada historia en la que debe comenzar. Entonces, por fin, pasamos al Capítulo Uno, "La Guerra del Doctor". Si el último día de la Guerra del tiempo debe ser entendido, lo que sigue es el primer paso en ese viaje. O en el caso de este libro, el tercero. Esa es la cuestión de escribir en vivo, ya es demasiado tarde cuando te das cuenta de que te has contradicho. De todos modos, la autoría es otra vez el centro de nuestros estudios, por lo que es posible que desees quitarte el chicle de la boca. Ya es bastante difícil escribir todo esto sin que te entretengan. Sí, tú. Escúpelo, por favor, ahora, estás parando el libro para todos.

Bien, bien, ¡gracias!

Ahora, la autoría. El último capítulo fue, como estoy seguro de que te diste cuenta, escrito por el propio Doctor. Si puedo ser franco ya, casi todos los "Documentos del Doctor" están escritos por el propio Doctor, al menos en los que podemos estar seguros de la autoría. El Capítulo Nueve, "La Verdad del Doctor", es el único en el que la procedencia es incierta (por razones que serán evidentes cuando lleguemos a ella) pero aún la mayoría de los eruditos siguen convencidos de que es también de la mano del Doctor.

¡Ah! Siento que algunos de vosotros queréis pasar al Capítulo Nueve. Por favor, no, complica la transmisión en vivo. Además, es el capítulo más peligroso de este libro (ni siquiera aparece en la página de contenidos por ese motivo) y se requerirá una sesión informativa adecuada antes de su lectura...

Oh, detente, vuelve aquí. No, no todos. Quiero decir, todos. Leer este libro fuera de secuencia es muy desacertado, YA ESTÁ fuera de secuencia. Oh, si insistes... Pero si lo lees ahora (sin spoilers, enormes) vuelve directamente aquí y vuelve a unirte a nosotros en la parte superior del siguiente párrafo.

¡Muy bien! Aquí estamos todos. El Capítulo Uno está listo para rodar. Y ahora puedo revelarte, finalmente, que este capítulo, a diferencia del anterior, no está escrito por el Doctor.

Se recomienda vuestra atención. El compromiso emocional debe ser minimizado. Porque este es el día en que el Doctor os mató a todos.

Capítulo 1

La Guerra del Doctor

Ella no estaba escuchando y no pensé que alguna vez lo haría.

—Él está aquí —le dije, manteniendo el control sobre los niveles de pánico en mi voz—. Puedo escucharlo, moviéndose. Está en la Bóveda del Tiempo Cero. El Doctor está en la Bóveda del Tiempo Cero.

No hubo nada más que estática por un momento. Incluso tan abajo de la superficie, los golpes del cielo aumentaban a cada minuto. Grava y fibra viva caían sobre mí desde el techo agrietado, y las últimas luces de emergencia habían empezado a parpadear. Los Daleks estaban descargando todo lo que tenían en el mismo corazón de Gallifrey: solo podía ser el asalto final. El final no podía estar muy lejos. El comunicador chisporroteó de nuevo, y lo golpeé con mi puño. En verdad, era una maravilla que alguno de los enlaces todavía funcionara. Su voz llegó como un milagro:

—El Doctor se encuentra actualmente en Arcadia, fue visto allí esta mañana...

—Estuvo allí esta mañana —le grité—. Hizo explotar a muchos Daleks y escribió “*No más*” en el lateral de un edificio con un fusible de fusión. Sé dónde estuvo esta mañana, todos lo saben. Pero eso fue hace *horas*...

—No tenemos motivos para suponer que está en el Capitolio.

Me tienes a *mí*, quería gritar, pero mantuve mi voz tranquila:

—Ayer estaba en Skaro. Expulsó a la mayor parte de la flota del Emperador, robó un bombardero y quemó un mensaje en más de la mitad de su ciudad. ¿Sabes lo que decía? ¡*No más*! ¿Lo entiendes? ¡Se lo está diciendo a *ambos* bandos!

Hubo más chisporroteo. Cuando ella volvió a hablar, estaba claramente aterrorizada, y sus palabras sonaron ensayadas:

—El Doctor, aunque deshonesto y a menudo alarmante e impredecible en su comportamiento, está de nuestra parte.

—No ha sido el Doctor durante siglos, y ya no está del lado de nadie. Acaba de declarar la guerra a los Daleks y a los Señores del Tiempo, y ahora está en la Bóveda del Tiempo Cero. ¿Sabes qué hay dentro de la Bóveda del Tiempo Cero?

Por supuesto que ella lo sabía. Todo el mundo lo sabía, aunque nadie debía hacerlo:

—No hay señales de infracción en las Bóvedas del Tiempo.

–Y yo estoy parado fuera de las puertas, y todavía están selladas, pero sé *que él está ahí*.

–Las puertas solo se pueden abrir desde aquí.

–Lo sé, por supuesto que lo sé, ¿no crees que lo sé? ¡También sé que *él está ahí!*

–¿Cómo? –preguntó, su voz era tan baja y temerosa que apenas podía escucharla.

–Lo noto. Lo siento. Crecimos juntos, estuvimos vinculados psíquicamente toda nuestra vida. Por favor, créeme cuando digo que conozco a ese hombre, sé que está en la Bóveda, y sé lo que hará.

Por su silencio, podía decir que no me creía. Quien quiera que fuera, ella no era estúpida.

–¿Has hablado con él? –dijo, al fin.

–No necesitamos hablar con él, tenemos que matarlo –le grité–. Os ayudaré, soy bueno en matarlo, no será la primera vez. ¡Por favor, solo dile al General que está allí!

Un silencio. Entonces:

–Un momento.

Me apoyé contra la pared y sentí temblar la ciudad. Me imaginé la escena, muy arriba, en la sala de guerra. Haría a un lado al General, y al principio estaría irritado, y luego frunciendo el ceño. La Bóveda del Tiempo Cero, estaría pensando. El lugar de reposo final del Momento, también conocido como el Devorador de Galaxias: un arma tan poderosa, tan inteligente independientemente, que había sido sellada en la bóveda más profunda durante eones, y había permanecido intacta e inutilizada incluso durante esta guerra. Según la leyenda, el Momento se había vuelto tan poderoso que la Interfaz había desarrollado su propia conciencia. ¿Quién se atrevería a usar un arma de un poder tan colosal, cuando podría, si así lo deseara, juzgarlo? Justo ahora, el General se daría cuenta de que hay un solo ego en el universo lo suficientemente grande como para intentarlo. Habría pánico en sus ojos, cuando comenzó a pensar qué pasaría si el Momento se sentía en las manos de un loco. El comunicador chispeó:

–El General y la guardia de élite están de camino. Por favor, permanece en el sitio.

–¿A dónde podría ir? –espeté.

–Estoy comenzando la secuencia de apertura de la puerta, así que por favor, estate tranquilo.

Detrás de mí, las dos altas puertas de hierro se estremecieron y gimieron, cuando los mecanismos en su interior volvieron a la vida.

–El General no ha llegado todavía –protesté–. No las abras todavía.

–La Bóveda ha estado sellada durante mucho tiempo, no estamos seguros de cuánto tiempo llevará abrirlas. ¡No tenemos tiempo que perder!

–Pero estoy solo aquí abajo –grité–. No puedes dejarme aquí abajo, con él.

–Probablemente deberías ponerte a cubierto.

–¿Me estás escuchando? ¡Es él! *Es él* y tiene el arma más letal en la historia del universo. ¿Dónde sugieres exactamente que me ponga a cubierto?

–Lo siento –suspiró ella, y el comunicador se quedó en silencio. La imaginé sentada allí, traumatizada, atrapada entre los Daleks de arriba, y el demonio de abajo. Su miedo no duraría mucho, por supuesto. Ella estaría muerta muy pronto.

Según sucedió, ella estaba equivocada: las puertas no tardaron en abrirse. De hecho, ya estaban abiertas, y el calor de siglos pasados me picaba en la cara.

La sala estaba amurallada en una roca negra que goteaba, y el otro extremo se perdía en vapor y sombra. En el centro había un zócalo, aparentemente formado a partir de un enrejado de cuchillas, y sobre las cuchillas descansaba un cubo de madera adornado, de aproximadamente treinta centímetros cuadrados. Parecía una caja de rompecabezas antigua, pero cuando mis ojos se posaron en ella, me dejó sin aliento.

El Momento. El Devorador de Galaxias.

Deseé que mis manos dejaran de temblar, levanté la caja de su brillante nido y la coloqué cuidadosamente dentro de mi saco. Antes de irme, rasqué las palabras *No más* en la piedra del suelo antiguo.

El desierto estaba caliente bajo mis botas, y un pequeño granero brillaba en el horizonte. En algún lugar detrás de mí, en la ciudad en llamas, el General gritaría órdenes e incluso cuando Gallifrey caía, los Señores del Tiempo pedirían la cabeza del Doctor. ¿Por qué todavía me llaman así? El hombre que el Doctor había sido hacía tiempo estaba muerto, y por mi mano. Todo de lo que el tonto se pavoneaba se había quemado en Karn, y yo era lo que había salido del fuego. ¿Los consoló pensar que la compasión aún podía ralentizar mi mano? Si es así, hoy aprenderían mejor.

Había dejado de caminar y me obligué a empezar de nuevo... estaba casi en casa.

Aproximadamente ahora, una voz comenzaría a resonar alrededor de cada edificio que todavía estaba en pie en Gallifrey, alrededor de cada habitación Dalek en el universo conocido. Sonaría en los oídos de todos los Señores del Tiempo y Daleks todavía peleando, en cualquier lugar en el

espacio y en el tiempo. Y la voz sería la mía. No me había dado placer sino una inmensa satisfacción grabar mi último mensaje para todos.

—Señores del Tiempo de Gallifrey, Daleks de Skaro, hoy os traigo un aviso a todos vosotros. Demasiado tiempo he apartado mi mano. No más. Hoy no me dejáis elección. Hoy esta guerra terminará. No más. No más.

Me pregunté brevemente cómo reaccionarían, pero estaba demasiado cansado incluso para pensar en ello. No, no estaba cansado, sino viejo. Tan viejo como alguna vez llegaré a ser. Un acto más y se acabó. No más.

Podrían tratar de rastrear mi TARDIS, por supuesto, pero no me encontrarían, pues había caminado kilómetros y el viento habría dispersado mis huellas en la arena. Por supuesto, si alguno de ellos, de cualquier lado, tuviese la más mínima comprensión de la emoción o cómo se vive una vida, sabrían exactamente a dónde iba. Yo estaba, como cualquier guerrero debe, volviendo al principio. Solo en el comienzo uno puede encontrar el coraje para llegar a un fin. Había recorrido el círculo de mi vida, y aquí era donde el círculo se cerraría.

El granero estaba justo en frente de mí ahora. Más viejo, pero como lo había recordado. Un niño había dormido con miedo aquí, todas las noches, pero no tenía miedo ya. No más miedo. No más yo. Me pregunté si alguno de los otros seguiría allí y si reconocerían al anciano cansado de la batalla que acababa de salir del desierto. Probablemente no. En algún lugar, un lobo aullaba, y supongo que debería haberme preocupado, mientras abría la puerta, porque nunca había habido lobos en este desierto.

El interior era más brillante y más pequeño de lo que recordaba. Las moscas zumbaban, la maquinaria antigua se oxidaba bajo las lonas podridas y las hojas de sol amarillo se inclinaban a través de los huecos de la pared para descansar en puntos brillantes en el suelo de tierra.

Abrí el saco y saqué la caja de adentro. Estaba parado en la paja y la tierra, y hacía clic y marcaba y brillaba.

—¿Cómo funcionas? —dije en voz alta, pasando mis manos sobre aquello.

Cada cara era diferente, incrustada en patrones de oro y negro brillante y otra sustancia, que era cálida al tacto, y rosa, como la carne de un bebé. Era como si algo vivo se hubiera comprimido por dentro, y su piel se filtrara a través de las grietas. Me pareció que esta carnalidad no había estado allí antes, pero luché contra ese pensamiento: este no era el momento para ser descabellado. Busqué un panel de control, o cualquier tipo de interfaz, pero no había nada.

—¿Por qué nunca hay un gran botón rojo? —no pregunté a nadie en particular. El aullido vino de nuevo, como una respuesta, más cerca esta vez. Volví rápidamente a la puerta, pero cuando miré hacia afuera solo estaban el calor y el silencio lunar.

—Hola —me encontré diciendo—. ¿Hay alguien ahí, hola?

—No es nada —dijo una voz detrás de mí. Me volví, y una mujer joven estaba sentada en la parte superior de la caja—. Solo un lobo.

—¡No te sientes encima de eso! —grité, más fuerte de lo que esperaba.

—¿Por qué no? —ella inclinó la cabeza hacia mí, y el cabello rubio se revolvió alrededor de unos extraños ojos negros. “Bonita” anotó una voz en mi cabeza. Cerré una puerta y pensé que la mataría en unos pocos minutos. Me acerqué a ella, la agarré del brazo y comencé a empujarla hacia la puerta.

—Porque no es una silla —gruñí—. Es el arma más peligrosa del universo.

Mientras la empujaba afuera, se giró para mirarme, pero aun así pude cerrarle la puerta en la cara.

—¿Por qué no puede ser ambas cosas? —preguntó, detrás de mí. Giré. Ella estaba de nuevo sentada en la caja, como si nunca se hubiera movido.

—¿Cómo hiciste eso? —le pregunté. Ella era rápida, me decía a mí mismo, aunque ya sabía que tenía que ser más que eso.

—¿Por qué aparcaste tan lejos? Caminaste kilómetros. ¿No querías que ella lo viera? —me miró, tan segura de la respuesta como una niña. Era un granero pequeño, y no había nadie más allí, así que iba a ser un trabajo duro evitar esos ojos.

—¿Ella quién?

—La TARDIS —respiró, con los ojos emocionados, como si estuviera pronunciando la palabra más emocionante del universo.

Estoy en Gallifrey, me dije. La gente sabe sobre las TARDIS, incluso en las tierras baldías. Esto no era más que una suposición perfectamente razonable.

—¿No lo aprueba? —preguntó ella— Te estás escondiendo de ella, ¿estás avergonzado? —de repente ella estaba en la puerta, tan rápido que no la vi moverse, y ella estaba mirando hacia el desierto— Caminaste durante kilómetros —dijo—, kilómetros, kilómetros y kilómetros.

—Estaba pensando —le dije, aunque nunca le cuento nada a nadie.

—Te escuché —dijo, y me guiñó un ojo.

—¿Has oído qué?

—Tus pensamientos —dijo ella, con paciencia, como si hablara con un idiota.

Estaba en un planeta de telepatas naturales, pero había aprendido, durante siglos, a proteger mi mente, y nadie podía...

—¡No más! —dijo ella, y algo frío se revolvió dentro de mí— ¡No! ¡Más! —dijo otra vez, ahora marcando cada palabra, como un niño pateando charcos— ¡No! ¡Más! ¡No! ¡Más! ¡No! ¡Más! —ahora estaba marchando por todo el granero—

¡No! ¡Más! ¡No! ¡Más! –como si todo lo que había hecho no hubiese sido más que una broma. Ella se estaba burlando de mí.

No me había dado cuenta de lo enojado que había estado, por cuántos siglos, hasta que se rompió dentro de mí en ese momento.

–¡Para, para, *detente*! –grité y me puse a agarrar su brazo. En cambio, su mano de repente estaba acariciando mi rostro.

–No más –dijo, y el trueno murió en mis oídos.

Ella me sostuvo allí un momento y ladeó la cabeza otra vez, contemplando mi rostro, detalle a detalle. No era compasión ni juicio: era un microscopio. ¿Cuántos años tenía yo ahora?, me pregunté. ¿Cuán devastada estaba la carne de ella bajo su mano?

Un tictac detrás de mí. Me alejé de ella y miré el cubo de madera. Podía escuchar los engranajes zumbando y girando y los paneles deslizándose y plegándose sobre las superficies. El Momento estaba volviendo a la vida, y fuera quien fuera esta chica extraña, ella ya no era mi problema.

–Se está activando –le dije—. Vete ahora, ¡vete de aquí!

Me arrodillé ante la caja. ¿Qué se suponía que debía hacer? Toqué la incrustación de oro. Me quemaron los dedos y quité la mano.

–¿Qué sucede? –preguntó ella. Ella ignoró mis instrucciones de irse, por supuesto.

–La Interfaz está caliente –le dije.

–Bueno, lo hago lo mejor que puedo –respondió ella. Por un momento no la estaba realmente escuchando, porque había notado que las secciones carnosas de la caja habían desaparecido, casi como si algo dentro tuviese...

¿Qué dijo ella?

Giré. La miré. Me paré. Finalmente hablé:

–Dije que la interfaz estaba caliente...

–Lo hiciste.

–Y dijiste que lo hiciste lo mejor que pudiste.

–Como de hecho lo hago.

La miré fijamente. La única explicación era tan absurda como inevitable.

Era rubia, de 151 cm de altura, 54 kilos, sus ojos eran marrones (no negros como me habían parecido) y llevaba un vestido sencillo, que... busqué en mi vocabulario y descubrí que no tenía palabras para describir vestidos. No hubo repeticiones fractales ni artefactos de compresión mientras se movía, y las partículas de polvo se organizaron a su alrededor en la dinámica correcta para la densidad del aire, por lo que me incliné a descartar cualquier tipo de

holograma. Había sentido su mano en mi cara, por lo que era físicamente sustancial. O en cualquier caso, parecía serlo, aunque no podría descartar una proyección psíquica. Pero no, *sentí* su presencia, sin ninguno de los fantasmas que vienen con la manipulación sensorial. Por esos miles de millones de receptores que procesan el mundo que nos rodea y nos alertan cuando hay otro ser vivo cerca, *sabía* que había una mujer parada frente a mí. Dijeron que el Momento era poderoso. ¿Lo suficientemente poderoso para hacer cualquier cosa? ¿Para *ser* alguien? La miré. Ella era real, estaba aquí.

—Bonita sonrisa —volvió esa voz espontánea de nuevo, y la anulé. Ahora ella me miraba fijamente, expectante, y me di cuenta de que había estado en silencio demasiado tiempo.

—Entonces —dije por fin—, tú eres la Interfaz.

La IA físicamente manifestada del arma más letal en la historia del universo se encogió de hombros infantilmente.

—Debieron haberte dicho que Momento tenía conciencia —me saludó con la mano—. ¡Hola! Soy la conciencia de oficio del arma de destrucción universal conocida por ti como el Momento, conocida por la mayoría como el Devorador de Galaxias —dejó que la verdad aterrizase por un momento. Cualquier mirada que ella viera en mi rostro debe haberla satisfecho. Ella rió y, con un movimiento de su cabello, preguntó—. Entonces, querido, ¿a quién vamos a sacrificar hoy?

Tenía tantas preguntas que me encontré sin decir nada, lo que la hizo reír de nuevo.

—Oh, mírate. Atascado entre una chica y una caja. La historia de tu vida, ¿eh, Doctor?

¿Me conocía? No pensé que hubiera hablado en voz alta, pero ella respondió de todos modos.

—Te conozco —dijo—. Te escucho. A todos vosotros, sacudiendo esa vieja y polvorienta cabeza. Elegí esta cara y forma especialmente para ti, ¿te gusta? Es de tu pasado. O posiblemente tu futuro. Siempre mezclo esos dos conceptos.

Ella no era de mi pasado, estaba seguro de que la recordaría. Pero la alternativa era imposible.

—No tengo futuro —espeté.

—Creo que me llamo Rose Tyler —dijo. Busqué en mi memoria el nombre pero no había nada. Ella fruncía el ceño ahora—. No, espera. Oh, eso es interesante. ¡Un poco confuso! En esta forma me llaman... —sus ojos parecían brillar, y en algún lugar escuché ese aullido de nuevo— Lobo malo —dijo—. ¿Le tienes miedo al gran lobo malo, Doctor?

—No tengo idea de qué estás hablando, pero por favor deja de llamarme Doctor.

–Es el nombre en tu cabeza.

–No debería serlo. He estado luchando en esta guerra durante mucho tiempo, ya no soy el Doctor.

–Entonces, ¿cómo te llama la gente ahora?

Pensé en Cass Fermazzi, cómo ella había arrebatado su mano de la mía.

–Nada. Viajo solo.

Ella frunció el ceño como una niña petulante.

–Hoy no –me informó, remilgadamente–. Hoy estás viajando conmigo. La pregunta es, ¿por qué? ¿Qué quiere el Doctor de un pequeño comensal de galaxias como *moi*?

–¡No soy el Doctor! –le dije, pero ella no estaba escuchando. No a mí, en cualquier caso. Ella ladeó la cabeza, y había una mirada de débil concentración en su rostro, como si estuviera tratando de sintonizar algo justo al borde de la audición.

–Ooh, Daleks –dijo ella–. ¿Es así como se llaman a sí mismos? Ruidosos, ¿verdad? Siempre tan enfadados. Mira eso, esos colores son horribles. No había Daleks en mis días. No puedo decir que me gusten mucho –ella entrecerró los ojos, concentrándose–. Millones de ellos, concentrados alrededor del planeta. Sí, bueno, si preguntas muy educadamente y tienes una muy buena razón, me atrevo a decir que podría hacer que exploten para ti –ahora coqueteaba, moviendo los párpados en una parodia de flirteo–. ¿Pero te das cuenta de que si lo hiciera, haría estallar a todos tus pequeños amigos Señores del Tiempo también?

No dije nada. Sus ojos se iluminaron, como si le hubiera contado algo emocionante. Ella rió y aplaudió.

–Oh, esa es la idea, ¿no? Oh, ¡eso es *atrevido*! Estás muy interesado en matar a alguien que se hace llamar el Doctor.

–¡No me llamo a mí mismo el Doctor! –dije– No me he llamado a mí mismo el Doctor en mucho, mucho tiempo.

–Ooh, ¿qué es esta sensación que estoy recibiendo ahora? –dijo– Estoy diciendo que me dio una sensación, pero estoy un poco oxidado con los nombres –sus ojos se abrieron como platos–. Tristeza. Me siento triste –de repente, ella estaba demasiado cerca de mí. Quienquiera que sea Rose Tyler, estaba seguro de que aún no la había conocido. Esos no eran unos ojos que olvidaría–. ¿Por qué el hombre que solía ser el Doctor quiere matar a tanta gente? –preguntó.

–La guerra está destruyendo toda la realidad. Todo está en riesgo.

Ella se veía un poco incrédula:

–¿Y tú eres el que nos salvará a todos?

–Sí –dije, deseando que hubiera otra respuesta.

–Si alguna vez desarrollo un ego, tienes el trabajo –dijo, riendo–. Ooh, tengo sarcasmo ahora. El sentido del humor de Rose Tyler, ¿no?

–Si has estado dentro de mi cabeza, entonces sabes lo que he visto. El sufrimiento. Cada momento en el tiempo y el espacio se está quemando. ¡Debe terminar! Y lo terminaré, de la única forma que puedo.

–Y esperas que haga eso por ti, ¿verdad? ¿Una gran explosión y paz para todos?

Una voz se elevó dentro de mí, protestando, pero la estrangulé.

–Es la única manera –le dije. La única manera, *la única forma*.

–Mata, mata, mata, luego felicidad, felicidad, felicidad. Vosotros los seres vivos tenéis una conmovedora fe en esa idea, ¿verdad? Me hace preguntarme por qué estás tan entusiasmado con la vida en primer lugar, cuando pasas la mayor parte de tu tiempo tratando de acabar con ella.

–Es la única manera –repetí.

–Oh, puedo hacerlo –dijo–. Me encantaría hacerlo, es la forma en que estoy hecho. La matanza es mi actividad favorita, soy un esclavo de mis endorfinas. Es por eso que decidí hacer crecer mi conciencia. Estaba preocupado de haberme dado atracones de matanzas y, si no me cuidaba, me quedaría sin vidas que segar. Necesitas guardar algo en la despensa, ¿no crees? Pero, verás, la conciencia es un poco complicada cuando eres la IA psicótica conectada al arma de destrucción universal más poderosa en la historia del espacio y el tiempo, en ambas direcciones. Creo que podrías decir que tengo conflictos. Me temo que me puse de mal humor estando encerrado en un sótano.

–Has estado encerrada en la más profundo bóveda del tiempo, durante miles de millones de años –le dije.

–¿Encerrada? –se rio–. Oh, guisantito, ¿qué podría encerrarme a *mí*?

Ella tenía razón, así que la ignoré.

–¿Harás lo que te pido? –le pregunté.

–¡Oh, probablemente! El asesinato masivo es el mejor comienzo para mi día. Pero, ya sabes cómo son las conciencias. No puedes vivir con ellas, pero tampoco sin ellas, ¿estoy en lo cierto? Tiene que haber controles y equilibrios, así es como estoy conectado –su mirada soportó la mía, y sus ojos no eran marrones, definitivamente eran negros–. Te daré toda la matanza que quieras, pero habrá consecuencias para ti. ¿Entiendes eso? ¿Comprendes las consecuencias, Doctor?

¿Todavía ese nombre? ¿Por qué todos todavía insistían en llamarme así?

–El Doctor se fue –dije–. Soy lo que tomó su lugar. Y no deseo sobrevivir a este día.

Por un momento, pensé que ella no me había escuchado. Solo estaba su mirada de ojos negros y las moscas zumbando dentro de los rayos de sol. Luego vino una sonrisa lenta y el aire se volvió frío a mi alrededor.

–Entonces, ese es tu castigo –dijo, al fin.

–¿Castigo?

–Si haces esto, si me usas para matarlos a todos, Daleks y Señores del Tiempo por igual, entonces tengo en mente una consecuencia muy especial para ti –no tenía una sonrisa ahora, sino una mueca. Una expresión como la de un lobo. Me encontré retrocediendo un paso–. El castigo perfecto para el guerrero anteriormente conocido como el Doctor. Tú, viejo –dijo, acercándose, tomando mi mano–. Tú, antiguo guerrero... *vivirás*.

Sus palabras parecían ridículas. Absurdas. No pude darles sentido en mi cabeza. Ella estaba caminando a mi alrededor ahora, cerca, sus manos trazando patrones sobre mis hombros, su aliento era cálido en mi oído.

–Gallifrey –susurró, como una seducción–. Vas a quemarlo, a todos los Daleks con él, pero también a todos esos niños. ¿No te da escalofríos, solo pensar en los pequeños? –su mano estaba corriendo por mi cabello– ¿Cuántos niños hay en Gallifrey en este momento?

¡No! No, pensé, no puedes preguntarme eso.

–No lo sé –dije. "No es difícil de resolver", dijo esa voz dentro de mí, pero volví a cerrar esa puerta, más enojado esta vez. ¡*Cállate, Doctor!*

–Un día los contarás. Una terrible noche. ¿Quieres ver a qué te llevará eso?

–No. No, no quiero.

–¡Oh, vamos! –se rió, como si estuviera desafiándome, como si esto no fuera para ella más que un juego infantil– ¿No tienes curiosidad?

Todo lo que hizo fue chasquear los dedos. Lo primero que noté fue el viento. Cuando me volví para mirar, la pared trasera del granero había desaparecido. En su lugar, había un remolino silencioso de luz y nubes, un remolino lento y silencioso, como una espiral de humo suspendida en el agua. La tranquilidad absoluta de aquello era eléctrica. Tamborileaba a través de mis pies y crepitaba en mi piel, como una tormenta esperando en el aire.

–¿Qué pasa? –me escuché preguntar– ¿Qué es esto?

Lo sabía, por supuesto. Con apenas un vistazo, esta chica se había metido entre los planos de la realidad, arrancó un pedazo del vórtice del tiempo que existe en el vacío y lo colgó en la pared de un granero. No, *chica* no, me recordé a mí mismo, un *arma*. El arma más poderosa del universo.

–Estoy abriendo ventanas en tu futuro –decía ella–. Un lío en el tiempo a través de los días venideros, para el hombre de hoy que se convertirá en ti. ¡Estoy convocando el futuro del Guerrero antes conocido como el Doctor!

Hubo un zumbido profundo y hueco, un aullido de lobo, y algo salió volando hacia mí desde el vórtice. Instintivamente me agaché, pero se dejó caer inofensivamente a mis pies. Lo miré fijamente. Intenté darle sentido. Fallé.

–De acuerdo –dijo el arma más poderosa del universo–. No me esperaba eso.

Tirado entre la tierra y la paja, humeando suavemente después de un viaje imposible desde un futuro que nunca tuve la intención de ver, había un sombrero. Era rojo y estaba usado, del tipo generalmente conocido como fez.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABLE

**SI EXPERIMENTAS PROBLEMAS GRAMATICALES, POR FAVOR NO
TE ASUSTES, SON REGLAS ESTÚPIDAS EN TODO CASO.**

Oh, cariño, supongo que fui un poco travieso antes, diciéndoos que el capítulo anterior no fue escrito por el Doctor. Pero, ya ves, no fue así: en ese momento su vida, había abandonado tanto el nombre como las filosofías e ideales que había llegado a asociar con él mismo. Por supuesto, todos ignoraron en gran medida su decisión. De alguna manera, podría decirse que él mismo lo ignoró, pero lo veremos en capítulos posteriores o anteriores.

Sobre el tema de los capítulos, he estado recibiendo muchas quejas sobre el contenido del Capítulo Nueve. Mirad, os advertí sobre los peligros de leer un libro fuera de secuencia, relatando eventos fuera de secuencia, fuera de secuencia, por lo que realmente solo tienes que culparte. Por favor, mantened la calma y recordad que esta es la historia simple de una aventura que le sucedió a un hombre, varias veces, en el orden equivocado. Oops, esa frase se me escapó. No importa, lo mejor es mantenerse firmes y hacer lo que os digan. Y manteneos alejados del Capítulo Nueve hasta que os indiquen lo contrario. Repito: hay una razón por la que el Capítulo Nueve no figura en la página de contenidos.

Entonces, con eso en mente, pasemos al Capítulo Diez, donde volveremos a reunirnos con el Doctor en otro punto muy diferente de su compleja vida. Aquí lo encontramos mucho después de la Guerra del Tiempo, pero considerablemente antes de su convocatoria a la Galería Nacional. La autoría sigue siendo vuestro desafío, pero dejadme aclarar una cosa desde el principio: este capítulo ha sido escrito nuevamente por el Doctor, en su estilo habitual de tercera persona. Sin embargo, como todos sabéis, el Doctor no es una sola persona, sino que a través del milagro de la regeneración, es muchas personas muy diferentes. Entonces la pregunta no es “¿Quién escribió esto?” sino “¿Qué Doctor escribió esto?”

Estas próximas páginas cubren mucho material que es polémico, e incluso salaz, por lo que no será una sorpresa para ninguno de vosotros saber que el título es: “El amor del Doctor”.

Capítulo 10

El Amor del Doctor

El Doctor se encogió de hombros, lo mejor que pudo hacer dadas las circunstancias.

—Debería haber acudido a ti primero —admitió—, pero la profesora Candy sabía todo sobre las colmenas, y de todas maneras había logrado traducir los protocolos de migración, y bueno... Mira, nunca estoy seguro, contigo, si vas a... ya sabes... atenerte al tema. El asunto en la mano. No te distraigas.

—Bueno, espero haber logrado aclarar tu opinión sobre ese punto —dijo River Song desde el otro extremo del baño.

—No del todo —admitió el Doctor.

—¿El agua está lo suficientemente caliente, por cierto?

—Sí, encantadora y cálida, gracias.

—¡Oh, bien! ¿Tal vez podrías quitarte el traje entonces?

—No, no, estoy bien.

—O al menos tus zapatos.

—No puedo, llevo las uñas de los pies sin cortar.

—¿Qué tal tu abrigo?

—Siempre estoy preocupado de dejarlo olvidado en alguna parte.

—Una vive en la esperanza —dijo River dulcemente, y el Doctor se preguntó si ella lo estaba molestando de nuevo, de esa manera que siempre extrañaba en otros momentos—. Podríamos deshacernos de esas horribles zapatillas deportivas, de paso.

—Entonces —insistió él—, Zygons. Hay un nido entero a la fuga, y los he perdido...

—Los cambia-formas siempre son difíciles. Deberías intentar quedar con ellos.

—¿Ah, sí?

—¿Celoso?

—Bueno, no, nunca he querido ser un cambia-formas.

—Dice el hombre de las mil caras.

El Doctor frunció el ceño. ¿Cuántas de sus caras había visto ella? Él la había conocido hacía poco, pero ella había conocido muchas versiones futuras de él. Llevaban a cabo su –¿qué? ¿Amistad? – en orden inverso entre sí: ella lo conocía desde hacía muchos años, pero desde su punto de vista, apenas se habían conocido. Era el peligro de una relación entre viajeros del tiempo. ¿Quién era él para ella? ¿Quién sería ella para él? Ella ya lo sabía todo y él estaba haciendo su lento camino para descubrir lo que ella ya había vivido. Pero lo hizo cargado con un recuerdo que se volvió más oscuro y más pesado encima de él, hasta que su sombra se derrumbó sobre el camino: la primera vez que se encontraron, en una biblioteca abandonada hacía mucho tiempo, luchando contra el Vashta Nerada, la había visto arder y morir². En ese momento había sido la muerte de una extraña, y no podía llorar la pérdida de alguien que apenas había conocido. Pero desde entonces había tropezado con versiones más jóvenes de ella un par de veces. Inevitablemente se habían acercado más –hasta ahora, que aquí estaban, sentados juntos en un baño– y el recuerdo de su muerte le dolía más de lo que lo había hecho en el momento. ¿Cuánto más le dolería, mientras se abría paso hacia un futuro que ya era pasado para ella? No más, pensó. Él debería evitarla de ahora en adelante. El futuro no estaba escrito todavía, no para él. Tal vez, al evitarla, podría desviarla del camino mortal que no sabía que estaba tomando.

–Realmente no debes fruncir el ceño –estaba diciendo ella–. Simplemente no tienes idea de dónde están esos cejijuntos.

–Estoy interesado en los Zygons –dijo él, con la mayor severidad que pudo, completamente vestido en un baño con una hermosa arqueóloga–. En particular en la colmena faltante, de Under Wave. Sé que has rastreado Zygons antes, incluso eres un experta en el tema...

–Están en la Tierra, como sospechabas –dijo–. Un remolino temporal los retrasó unos siglos, pero ahí es donde los encontrarás.

–Gran planeta, larga historia, necesitaré un poco más...

–Toda la información que necesitas ya está en el banco de datos de la TARDIS.

–¡No, no lo está!

–Sí, lo está, la cargué yo misma antes de entrar al baño.

–Bueno, ¿por qué no me lo dijiste?

–Supongo que esperaba que pudieras quitarte el abrigo.

Él ya estaba saliendo del agua.

–Gracias, River, te lo debo –dijo él. Y a cambio, pensó, me aseguraré de nunca volver a verte, así tal vez haya una posibilidad de que vivas feliz para siempre. Y luego frunció el ceño, porque había una botella de champán que

² Ver en *Doctor Who y el Silencio en el Archivo*, disponible en toda buena realidad alternativa.

traqueteaba en un cubo de hielo, que definitivamente no había estado a un lado del baño hace un momento.

—Esperaba —dijo River, alcanzando la botella—, que te quedaras un poco más —hubo un sonido como el de una pistola y un corcho le pasó rozando la oreja. Suspiró, en parte porque ella siempre lo hacía, pero también porque River Song siempre insistía en parecer tan viva.

Estaba oscuro y frío debajo del Archivo, y debería haber sido el Doctor, no River, quien muriese para salvarlos a todos. Pero ella había tomado lo mejor de él y ocupado su lugar, y luego había ardido hasta la muerte, gritando, justo enfrente de él. No podía dejar de verlo, y el dolor se volvía más feroz cada vez que ella sonreía. Era, reflexionó, mientras ella servía el champán, toda una sonrisa. ¿Cuántas sonrisas más habría? ¿Cuánto más doloroso sería? El tiempo puede ser reescrito, se recordó a sí mismo. Tal vez su futuro podría evitarse, evitar su muerte, si se quedara fuera de esto. Y de todos modos, había unos deshonestos Zygons que perseguir, un planeta que salvar. Seguía siendo el Doctor, después de todo, había recuperado el nombre y tenía responsabilidades. Fue difícil, con esa sonrisa llenando la habitación, pero él tomó una decisión, y supo que ella podía verlo en su rostro. Él le devolvió la sonrisa, y se inclinó para darle un beso en la mejilla, antes de irse tan rápido como pudo, un poco menos de siete horas después.

La nota que ella había dejado en la consola de la TARDIS lo dirigió a Inglaterra en 1562, a la Corte Real. Los Zygons siempre se dirigían directamente a la estructura de poder más cercana, explicó ella, ya que era donde sus habilidades de cambio de forma tenían una ventaja más inmediata. Recomendó que él se infiltrara en la corte.

—“Como noble, por favor, no tiene ningún sentido ser un sirviente. Excepto cuando estás conmigo, obviamente... y trata de averiguar si alguien ha sido reemplazado por un Zygon. Normalmente se nota por su aliento, pero estarán bien camuflados en ese siglo. Honestamente, es como vivir dentro del queso. Entonces, necesitarás construir algún tipo de detector, creo. Uno de tus adorables artilugios servirá. Trata de no dejarte llevar por las apps, no necesitas descargar cómics del futuro, ni cosas de esas —terminando en una disculpa por no haber ido con él—. No te enojés, tengo una cita. Bueno, no es una cita, un trabajo. La Felman Lux Corporation quiere que vaya y revele una biblioteca gigante en alguna parte. “Conseguid un Kindle”, les dije, pero seguían preguntando y podría ser divertido. Te avisaré por papel psíquico si pasa algo. A menos que eso ya te haya pasado a ti. ¡Spoilers!” —ella se desconectó, y él la imaginó diciendo eso. Luego se sentó en el suelo de la TARDIS, apoyándose contra la consola y pasó una hora resistiéndose al brandy del armario. La vería de nuevo, por supuesto. Y otra vez, y otra más, y la sombra del pasado se alargaría sobre él. Tenía que evitarla, era así de simple: resistir cada invitación, ignorar cada llamada, girar y alejarse cada vez que la viese en una habitación, reescribir su futuro, sin él, por su bien. Ahora estaba de pie, golpeando los controles, más fuerte de lo necesario. Porque

todos murieron, él lo sabía, si sabía algo. En el fuego, como Cass, o de una enfermedad como Reinette. O en un solo acto de violencia imperdonable, como todos esos millones de niños en Gallifrey cuando se había permitido creer que había algo así como un bien mayor. La sombra detrás de él no era solo River, él lo sabía: no era solo cualquiera, eran *todos* ellos. Todos los gritos que el Doctor nunca podría superar. “Todos esos niños”, pensó. ¿Cuántos más tendría que salvar, antes de poder convencerse a sí mismo de que había sido justificado?

Recordaba la noche en que había arrasado la TARDIS, destruyendo todos los espejos que podía encontrar. Cualquiera que fuera el rostro que llevaba puesto, había estado absolutamente seguro de que nunca volvería a mirarlo. Una cara más tarde, no había cambiado de opinión.

Hizo girar la TARDIS hacia el vórtice del tiempo, y miró a la luz hirviente de la columna central. ¡Tenía que dejar de pensar antes de que lo destrozara! Lo que necesitaba, en este momento, era un problema.

Varias semanas más tarde, Isabel inclinó su cabeza hacia atrás, como para ser besada, y preguntó:

—¿Por qué estoy perdiendo el tiempo con usted, Doctor? Tengo guerras que planear.

—Tienes un picnic para comer —respondió él, y le metió una uva en la boca para desviarla de cualquier otra idea. El día era hermoso, el picnic era suntuoso y, aparte de Alison, amarrada a un árbol a unos metros detrás de ellos, estaba a solas con la Reina. Las abejas zumbaban, el cielo era azul, e incluso el balanceo de la hierba en la brisa ligera parecía inusualmente tranquilo. De hecho, si no hubiera sido por el detector Zygon zumbando silenciosamente en su bolsillo, podría haber olvidado que estaba a punto de desenmascarar a un cerebro alienígena y aspirante a conquistador de la Tierra.

—Las guerras no se ganan solas —decía ella—. Podrías ayudarme.

—Te estoy ayudando a comer el picnic.

—Pero tienes estómago para la guerra —su rostro todavía estaba inclinado hacia atrás bajo él, mientras se reclinaban juntos sobre la manta, y ahora su mano estaba en su mejilla—. Esta cara ha visto conflictos —dijo ella, estudiándolo con un ceño fruncido—. Está claro como el día.

—He tenido un conflicto como no podrías creer —le dijo—. Pero no fue con esta cara —y ahí estaba ella, pensó, exultante. ¡Nada! Ninguna reacción en absoluto, ni siquiera un parpadeo. ¡Él estaba en lo cierto!

—¿Ganaste? —le preguntó.

—No —respondió—. Viví —¡suficiente! pensó. ¡Es hora de ponerse a trabajar! Él se puso de pie—. Pero no importa, su Majestad —dijo, agarrando su mano para levantarla con él—. ¡De pie!

–¿Cómo? –dijo ella, claramente con la intención de expresar una afrenta, pero solo logrando algo entre un chillido y una risita.

–¡Levántate! –ordenó él– ¡Arriba! ¡Ya, por favor!

–Soy la reina de Inglaterra –le recordó, casi sin reírse.

–No soy inglés –dijo él.

Ella hizo una muestra de renuencia, mientras se ponía de pie, pero no fue muy convincente. Tan pronto como ella estuvo de pie, él se dejó caer sobre una rodilla, y tomó su mano reverentemente en la suya.

–Isabel –dijo–, ¿te casarías conmigo?

Ella lo miró con verdadero asombro, y por un momento el futuro de la humanidad colgó en una balanza.

Infiltrarse en la Corte Real había sido fácil. Ni siquiera se había molestado en vestirse del todo (traje ceñido y Converse, ¡no era mejorable!), y había adoptado un alias que cambiaba ligeramente todos los días porque nunca podía recordarlo del todo. Los principales principios de la clandestinidad, él siempre lo había dicho, eran encajar lo mejor posible, y atraer tanta atención hacia ti como puedas, porque esas eran exactamente las cosas que los espías nunca harían. Nadie era tan estúpido como para sospechar de un payaso espía que buscaba atención. También ayudó arrojar anacronismos flagrantes cada pocos segundos, ya que las únicas personas que podían reconocerlos como tales no podían estar allí tampoco, y esas eran probablemente las que estabas buscando.

–No existe el promedio –le había explicado una vez a una luchadora femenina en una nebulosa noche londinense–, así que cualquiera que parezca promedio está actuando casi con certeza, por lo que puedo detectar a un espía en el momento en que entra en una habitación.

Lamentablemente, la luchadora resultó ser una espía, y él pasó el resto de la noche esposado a una farola en East Cheam, pero sintió que en el asunto general tenía razón. Y de todos modos, ella era básicamente agradable, e incluso le había enviado su destornillador sónico nuevamente al día siguiente, junto con sus pantalones.

El contacto con la Reina misma había llevado más tiempo, pero no mucho. Que ella era una mujer notable era obvio de inmediato. Ella gobernaba su corte, y sus tierras, con una eficacia diamantina y una crueldad que ponía al Alto Consejo de Gallifrey a la sombra, pero fue en sus relaciones personales que se hizo evidente su verdadero poder. A la distancia, ardía. De cerca, centelleaba. El primer día que la había visto, recorriendo los pasillos, rodeada por una avalancha de cortesanos, la había tomado por alta e imperiosa, pero cuando sus payasadas en la corte llamaron la atención de ella, y se encontró convocado a su presencia, la mujer palmeaba el cojín junto a ella y era más

pequeña de lo que esperaba, burbujeante siempre con travesuras y risas, y no había ni rastro de reserva o cálculo en sus alegres ojos mientras tomaba su mano y le explicaba que obviamente él era un espía y ella estaba destinada a torturarlo para obtener información y ejecutarlo.

—Bueno, mejor ponlo en el orden correcto —dijo, y compartieron su primera risa juntos, mientras el duque de Norfolk lo golpeaba contra el suelo.

Ella fue su única visita regular durante los meses de su encarcelamiento, y aunque siempre llegaba tratando de parecer seria, rápidamente se reducía a chillidos y risitas por sus historias y, cada vez más, también el torturador.

—¡Basta, detente *ya!* —dijo él, apoyándose contra la manivela y secándose los ojos con la capucha.

—¿Parar *yo?* ¿*Yo?* —dijo el Doctor, con los ojos muy abiertos fingiendo cómica indignación, y tanto se rieron que la gente de la siguiente celda de tortura comenzó a asomar la cabeza con perplejidad, lo que no hizo más que volver a encenderlos.

A veces, era capaz de usar sus grandes ojos tristes (su mejor pareja, y los primeros marrones) con buenos resultados, y ella comenzó a abrirse a él, relatando historias de su niñez, y todos los amores que había abandonado en el nombre del deber. Una vez le contó una historia de tal intimidad y verdad evidente, que el torturador le preguntó si querían estar a solas.

—No, no —se puso nerviosa, avergonzada—, tú sigue a lo tuyo.

Él se encontró esperando sus sesiones juntos, a pesar de los constantes gritos.

Ella estaba a menudo ocupada, por supuesto, y algunas semanas pasaban sin visitas, y dada la situación de los Zygons, no podía evitar preocuparse. Así que después de un intervalo de varios meses, se sintió aliviado de verla, rosa, feliz y saludándolo con la mano, mientras él subía a la tarima de ejecución.

—Hoy estoy ante ustedes —dijo a la multitud, al poder decir algunas últimas palabras—. Más alto, creo, que nunca. ¡La gente no te dice eso sobre el potro de tortura! —la multitud rugió, y logró mantenerlos riendo durante una hora. Al final, se encontró con la voz ronca—. Lo siento, solo tengo que aclararme la garganta —dijo—. Y aquí está el hombre para hacerlo —agregó, pasando un brazo alrededor del verdugo—. Disfrútalo —le susurró, mientras la multitud vitoreaba y reía.

Arrodillándose ante el tocón de ejecución, se preguntó si ya había hecho suficiente. Si no lo hubiera hecho, no estaba completamente seguro de cómo funcionaba la regeneración en caso de decapitación. Sería fatal, sin duda, pero ¿intentarían cambiar las dos partes? Si lo hicieran, ¿seguirían coincidiendo? Eso podría causar cierta confusión cuando lo cargaran en la larga caja que había estado evitando mirar desde que llegó a la tarima.

Las tablas crujieron cuando el verdugo se puso en posición, y la multitud cayó en un silencio emocionado. Hubo un gruñido de esfuerzo y la sombra del hacha barrió el suelo. El aire frío yacía en una línea sobre su cuello desnudo y la respiración era repentinamente algo enorme, ahora que sabía que cada respiración podía ser la última.

Una respiración. Vamos, Isabel.

Dos respiraciones. A ella le gustaba, él la hacía reír.

Tres respiraciones. Él había sonreído a través de todo el dolor, había bromeado, había escuchado.

Cuatro respiraciones. ¡Por favor, por favor, Isabel!

Cinco respiraciones. ¿Lo estaban haciendo esperar, por crueldad?

Seis respiraciones. Al menos estaba bien tener miedo ahora, porque de rodillas en el tocón nadie podía ver mi cara.

Siete...

¡Pasos que ascienden al púlpito!

Un murmullo entre la multitud.

¿Isabel? Por favor, que sea Isabel. Hubo un remolino de tela dorada, luego dos ojos alegres lo miraron.

—Crees que tus bromas y tu ingeniosa lengua te han salvado, ¿no es así, Doctor? —él forzó una mirada burlona en su rostro, y esperaba que nadie pudiera oír el ruido sordo de sus corazones—. Bueno, perdón, querido, pero tu humor es el disfraz de tu inteligencia, y tu encanto es la máscara de tu naturaleza, y aún estamos decididos a cortarte la cabeza. Sin embargo, estoy segura de que no le negarías a tu Reina un último beso, mientras todavía estás de una sola pieza.

Ella lo besó suavemente en los labios y desapareció en otro remolino de oro. Él se encontró mirando la cesta de nuevo. La parte inferior estaba ensangrentada por muchos impactos, y se preguntó si sería capaz de sentirlo cuando chocase contra su rostro.

Al darse cuenta de que ahora, sin lugar a dudas, estaba a punto de morir, el Doctor se levantó dentro de sí mismo, estabilizó sus corazones, y eligió su último pensamiento con cuidado.

Los niños. Los niños de Gallifrey.

—Sin embargo —Isabel estaba diciendo, mientras escuchaba sus pies trotando por los escalones—, mientras cortarte la cabeza sigue siendo una necesidad, estamos moderadamente inclinados a pensar que es un poco más entretenida mientras todavía esté unida al resto de ti.

El silencio golpeó en los oídos del Doctor. ¿Qué? ¿Qué dijo? Tardó un momento en comprender que el ruido de acero detrás de él era el de un hacha puesta a un lado, y que la suave exhalación que oyó por todos lados era la desilusión de una gran multitud.

—Te concedemos un día de perdón, para que organices un picnic — continuó Isabel, ahora de pie abajo, y mirándolo con ojos centelleantes—. Será solo para nosotros dos, mañana por la tarde. Por favor entiende que tenemos estándares vilmente altos cuando se trata de picnics, y podemos ser volátiles cuando estamos decepcionados. Recuerda traer tu cabeza, y decidiremos en el postre quién de nosotros se la lleva a casa.

¡Oh, Isabel! Él hubiera saltado de la palestra y la hubiera besado, si no hubiera sabido que ella era una Zygon.

—¿Te casarías conmigo? —repitió porque Isabel seguía mirándolo fijamente, con una mano presionada contra su pecho, como si tratara de contener una tormenta en su interior. Era, admitió, una personificación razonable con emociones fuertes para un calamar en posición vertical.

—¡Pero si te torturé! —dijo ella.

—¿Hubo tortura? —se rió, alegre— Solo me fijé en ti.

—Ayer casi te corto la cabeza.

—Oh, no pensemos en el pasado. Isabel, de Inglaterra, te vuelvo a preguntar, por *tercera* vez de hecho, ¿te casarías conmigo?

Y las palabras estallaron de ella:

—Oh, querido, dulce amor, por supuesto que lo haré.

Él se puso de pie, triunfante:

—¡Te pillé! —gritó.

—¿Mi amor?

—Oh, olvida la obra de teatro, te tengo. Lo siento, cariño, pero tu actuación no es lo suficientemente buena. ¡Hasta Alison se dio cuenta!

—¿Alison?

—Mi yegua.

—Querido, ese caballo es macho.

—Sí, y se llama Alison. No lo encierres, es de gatillo fácil. Iba a llamarlo Gatillo, en realidad. No quería traernos a los dos aquí, pero le dije que iba a ser un picnic en defensa de la Tierra y esa es la única razón por la que nos dejó subir a los dos.

—¡Tus palabras no tienen sentido, mi amor!

—Entonces desglosémoslo, agradable y simplemente. ¡Uno! La verdadera Isabel nunca hubiera aceptado mi propuesta de matrimonio. ¡Dos! La verdadera Isabel se habría dado cuenta cuando mencioné casualmente tener una cara diferente. ¡Pero es que la verdadera Isabel no es una alienígena cambia-formas del espacio exterior! Y... ¡ding!

Se había sacado el detector Zygon del bolsillo y se colocó la antena extrañamente magnífica de reloj y teléfono inteligente detrás de la cara, y se las arregló para mantener la punta hecha de percheros en la parte posterior. Ella lo miró fijamente con lo que debió de haber sido conmoción y asombro, pero de alguna manera salió luciendo un poco como lástima.

—¿Qué es eso?

—¡Es una máquina que hace ding! La hice yo mismo, ¡se ilumina en presencia de ADN de cambia-formas! También puede cocinar en el microondas comidas congeladas de hasta seis metros y descargar cómics del futuro... nunca sé cuándo parar. No funcionó correctamente en la Corte. Demasiadas personas, todo ese aliento a queso. Pero desde que salimos aquí, ¡ha sido un sin parar!

—Mi amor, no te entiendo.

—No soy tu amor, ¡y sí lo haces! ¡Eres una Zygon!

—Un Zygon.

—Oh, basta, se acabó. Un Zygon, sí. Una gran cosa de goma roja, cubierto de ventosas. Sorprendentemente buen besador. ¿Crees que la verdadera Reina de Inglaterra simplemente decidiría compartir el trono con cualquier tipo guapo y viejo con un traje ajustado, solo porque tiene un cabello increíble y un buen caballo?

Miró a Alison mientras hablaba, pero solo había una silla de montar descartada debajo del árbol, y donde su caballo había estado parado un momento antes, una masa de algo rojo y reluciente se agitaba en la hierba. Por un momento, el Doctor se preguntó si su caballo había explotado, o si había estallado de alguna manera desde dentro, pero luego un par de pequeños ojos se abrieron de par en par entre la maraña de órganos, y una obscena cabeza como de feto comenzó a levantarse, como si se estuviera formando fuera de las vísceras hirviendo. Los huesos se unieron en nuevos lugares, los nervios y tendones se deslizaron y giraron a su alrededor, y en cuestión de segundos, una lastimosa carne, tan devastada y esquelética como una rata disecada pero más alta que un hombre, luchaba erguida sobre patas de palo. La carne se extendía, se hinchaba e inflaba a su alrededor y las ventosas empezaban a formarse en toda su piel carmesí. Lo que ahora estaba allí, como un calamar humanoide con una cabeza de bebé gigante y una pequeña cara de chimpancé, era un Zygon completamente formado.

El Doctor cayó en el hecho como un piano de cola desde una ventana alta. El caballo, *el caballo*. Su detector no había estado detectando a Isabel

para nada, era el caballo. Su propio caballo había sido el Zygon todo el tiempo. No la Reina, el caballo.

—¡Oh! —fue todo lo que dijo en voz alta, seguido por otro— ¡Oh!

Fue cuando se dio cuenta de que la mujer que ahora lo agarraba del brazo no era solo la verdadera Isabel, sino también su prometida. *Voy a ser Rey*, pensó, mientras la agarraba de la mano y comenzaba a correr.

Directamente más adelante había un viejo jardín descuidado (no, no era una locura, un período equivocado, una verdadera ruina) y un espeso bosque se deslizaba hacia la derecha. Los árboles serían una cubierta decente, pero la dispersión de la vida silvestre proporcionaría un medio fácil de rastrearlos, mientras que la ruina era menos predecible y la elección iba contra la intuición. Siguiendo los instintos de toda su vida, se dirigió directamente hacia lo que parecía un jardín.

—No entiendo —protestó Isabel—. ¿Qué era esa criatura, qué está pasando?

—Estamos siendo atacados por un alienígena del espacio exterior que cambia de forma, anteriormente disfrazado de mi caballo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que vamos a necesitar un nuevo caballo.

La arrojó delante de él, a las sombras de las ruinas. Escaneo rápido: había otras dos salidas, una pared escalable y un punto de observación utilizable con una pila cercana de rocas arrojadizas. Ella era inteligente, Isabel, podría sacar algo de esto.

—Lo entenderé, tú correrás, te esconderás o harás algo inteligente, pero mantente viva, ¡tu gente te necesita!

Él se estaba girando para irse, pero ella lo agarró.

—¡Y yo te necesito vivo para nuestra noche de bodas! —el beso fue húmedo, ruidoso y envolvente, y él se encontró pensando en la formación del Zygon— Regresaré con ayuda —gritó por encima del hombro, mientras corría por las ruinas. Él no lo dudó un segundo. De hecho, pensó, frunciendo el ceño, ella normalmente no huiría por ninguna razón, ciertamente no porque él lo hubiera sugerido, y las únicas veces que la había visto besar a alguien era para que dejaran de pensar con claridad. Se preguntó brevemente qué decía de él el hecho de que al conocer a una reina con una mente rápida y relucientes habilidades de liderazgo, él inmediatamente hubiera supuesto que era un calamar del espacio, y en ese momento decidió que estaría más cómodo siendo atacado por un extraterrestre. Pero cuando se volvió para mirar al Zygon que se acercaba, el prado estaba desierto. Una bandada de conejos corría por la hierba, pero no había otro movimiento en ninguna parte.

—“Nunca rompas el contacto visual con un cambia-formas —había dicho Borusa en la Academia—, porque es la última vez que lo verás”. O más

exactamente, lo verás dondequiera que mires, y nunca podrás confiar en nadie más.

El Doctor notó que estaba corriendo y se preguntó por qué. Oh, por supuesto, ¡los conejos! Como de costumbre, sus piernas lo habían descubierto primero. Los Zygons eran multinucleados, y había muchos relatos de ellos transformándose en bandadas de pájaros, ¿por qué no una conejera? Siempre que los núcleos dispersos permanecieran a una distancia razonable, el vínculo psíquico se mantendría viable, y el Zygon podría mantener su conciencia como en una red, en lugar de un individuo. Las ventajas tácticas para un Zygon solo en el campo eran claras, incluso si corría el riesgo de perder parte de sí mismo en un pastel. Y caramba, ¡los conejos no podían medio correr!

La bandada estaba corriendo alrededor de una colina, y el Doctor aceleró, necesitaba mantenerlos a la vista.

Uno de los conejos se había salido del grupo. Estaba olisqueando un parche de hierba más verde mientras los otros desaparecían de la vista. El Doctor disminuyó la velocidad. ¿Qué era esto? ¿El líder de enjambre? ¿Estaba siendo invitado a aumentar la apuesta?

El conejo levantó la cabeza dejando de masticar la hierba, y lo miró inocentemente. Él se detuvo y sostuvo su mirada durante un largo momento. Finalmente, en su tono más grave, dijo:

—Hola, Alison.

Para su crédito, el conejo mantuvo la calma. De acuerdo, pensó el Doctor, ¡si así es como quieres jugar!

—Lo que sea que hayas planeado —dijo—, olvídalo. Soy el Doctor. Tengo 900 años. Soy del planeta Gallifrey en la constelación de Kasterborous. Soy la tormenta que se aproxima, el portador de la oscuridad...

Se interrumpió, porque el conejo estaba masticando hierba otra vez, y había una posibilidad terrible en el fondo de su mente que intentaba llamar su atención. Él suspiró:

—Básicamente eres solo un conejo, ¿verdad?

El conejo lo miró brevemente y saltó detrás de los demás.

Si hubiera tenido algo para patear, lo habría pateado a los cielos. ¿Cómo podía ser tan estúpido? ¿Por qué estaba todo tan mal? ¡La reina! ¡El caballo! ¡El conejo! ¿Cuál era su problema? ¿Era la sombra del pasado tan profunda ahora que no podía encontrar sus pies?

Y entonces, casi antes de que él lo supiera, corría de nuevo, más rápido esta vez, por donde había venido. ¡Isabel! ¡*Maldita sea!*

Las ruinas donde él la había dejado volvían a aparecer a la vista. Rezó a todo en lo que nunca había creído y que no se había convertido en su tumba, y trató de evitar que su mente corriera.

¡El beso! Ella lo había besado de la misma manera que besaba a todos: para sacarlo de su juego. Justo cuando había fingido aceptar su propuesta, para hacerlo sentir especial.

Las ruinas estaban vacías, y cuando trepó por la pared para escanear el área, no pudo verla. De acuerdo, ella debía haberse dirigido a los árboles.

Ella no lo quería por esposo, lo quería para su gabinete de guerra y había interpretado a la perfección. Al igual que todos los demás enfermos de amor en la corte, saltando a su alrededor como un perro corgi.

¡Ahora a los árboles! Gruesos y oscuros, pero mira, ¡míralo todo! Ramita rota, voluta de oro en la rama... ¡sigue corriendo, *sigue observando*!

Y por supuesto, ella no había escapado. Se había dado cuenta de que ella, y no él, era el objetivo del Zygon, y lo estaba alejando de él, no al revés. Y no era porque le gustara, era porque ella era la Reina y era su deber.

Huella única, montón de hojas dispersas, dos pájaros que regresan a un árbol después de una perturbación reciente... *todo, Doctor, míralo todo, y corre, corre, corre*. Era mucho más fácil salvarlos, pensó, cuando no eran mucho más listos que él.

A través de los árboles más adelante surgió un movimiento horizontal dorado. Él se lanzó hacia aquello, abriéndose camino a través de las ramas. Ella yacía en el centro de un claro, inmóvil, con un brazo echado, flácido, y el cabello rojo enredado con los helechos. Cuando él alcanzó a controlar su pulso, vio que estaba respirando.

—¿Su Majestad?

Sus ojos se abrieron:

—¿Mi Doctor?

No había tiempo que perder, por lo que ya la estaba poniendo de pie. Él podría comprobar si estaba herida una vez que estuvieran a salvo.

—Esa cosa —jadeó ella— me atacó. ¿Qué es, qué quiere?

—Eso es lo que trato de averiguar. Probablemente solo tu planeta.

—¿Doctor? —dijo ella, y frunció el ceño con perplejidad, porque esta vez sus labios no se habían movido y la voz parecía venir de detrás de él. Él se giró para mirar. Otro destello de oro, e Isabel estaba caminando a través de los árboles, con los ojos fijos en la mujer a su lado.

—Aléjate de ella, Doctor. Esa no soy yo. ¡Esa es la criatura!

Él miró entre las dos. Isabel e Isabel. Ambas perfectas en cada detalle.

La Isabel de su lado miraba atónita a la recién llegada.

—¿Cómo es posible? —preguntó— Ella soy yo. Doctor, ¡ella es yo!

–Yo soy, de hecho, yo –respondió Isabel, mirándola a los ojos–. Un cumplido que no se puede extender a ti misma.

–Extraordinario –dijo Isabel–. La criatura ha adoptado mi forma exacta, esto es excepcional.

Ambas lo ignoraban ahora, dando vueltas la una a la otra, con la malvada fascinación de los gatos.

–¿Excepcional? Una reina lo llamaría impertinencia –respondió Isabel.

–Una reina se sentiría obligada a admirar la habilidad de una ejecución, antes de organizar una –respondió Isabel.

–Has copiado mi ingenio pero no mi velocidad.

–Estaba a punto de decir lo mismo.

–Pero solo un poco más tarde.

Dos de ellas, pensó el Doctor. ¿Qué pasaría si trabajaran en turnos? Él nunca tendría un día libre. Entonces recordó el equipo en su mano.

–Lo siento, señoras, si pudieran quedarse quietas por un momento, este es un control rutinario de la Reina –giró los diales, pero no pasó nada. Lo golpeó contra el tronco de un árbol–. No funciona –dijo. Levantó la mirada hacia cuatro idénticos ojos azules que ahora lo miraban como un pelotón de fusilamiento–. ¿Podría tener un minuto para cambiar la bombilla?

–Uno podría suponer que la criatura aprendería rápidamente a protegerse de cualquier medio simple de detección –comentó Isabel.

–Claramente, tú comprendes mejor a la criatura que yo. Pero entonces, tienes ventaja –replicó Isabel.

–De verdad –sonrió Isabel–. He viajado sobre su espalda.

–¡Oh, un toque inconfundible!

–¡Una simple verdad!

–No es fácil emparejar ingenios con un ser de un logro sobrenatural.

–¡Así que hay que felicitarnos! –dijeron las dos, y se rieron.

No, pensó el Doctor, no se pueden unir, ¡eso no funcionará! Una es una megalómana del espacio y la otra de Greenwich.

Cuando el viento golpeó su rostro, supo que lo había sentido antes, pero por el momento no podía recordar dónde. Era un viento cálido, demasiado cálido para Inglaterra, y olía a viejo horno de leña al sol. Él levantó la vista. Colgando increíblemente entre los árboles, había una espiral de nubes y luz que giraba lentamente, hermosa, espeluznante y silenciosa. Supo en un instante que estaba mirando una parte del vórtice del tiempo, y lo que parecía

aún más imposible era que le resultaba familiar. Como si hubiera examinado esa porción exacta de vórtice antes. ¿Pero cómo? ¿Cuándo, dónde?

Las dos Isabel exigían saber qué estaba pasando, pero ahora apenas las escuchaba. Lo que fuera que estaba pasando, era más importante que Reinas y Zygons.

—¡Atrás, vosotras dos, ahora!

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Isabel, y él no se molestó en comprobar cuál.

—Es una ruptura en el espacio y el tiempo, y te diré algo más, creo que lo he visto antes.

—¿Dónde podrías haber visto eso?

¿Dónde, de hecho? Esto era algo de su pasado, estaba seguro. Pero el problema con el pasado, cuando viajas en el tiempo tanto como él, era que todavía estaba sucediendo. A veces, como ahora, sus recuerdos se sentían más como una transmisión en vivo. Se encontró pensando en un granero. *Ese granero. Ese día.* La caja a sus pies, todas esas personas a punto de morir por su mano, todos esos niños. Pero alguien más estaba allí también. Alguien estaba parado en el granero a su lado. ¡Eso no estaba bien! Había ido allí solo, demasiado avergonzado para ser visto. Entonces, ¿quién era esa mujer que ahora reía en sus recuerdos? Ella estaba sentada en la caja, luego estaba pateando el suelo, burlándose de él. Por un breve momento, mientras se reía, su cara se volvió y la vio entre su cabello, y *no, no, no podía ser*. No la había conocido entonces, eso era antes de que se conocieran. Pero luego se rió de nuevo, y sí, era ella. Imposible, aunque lo parecía, allí estaba ella, en su memoria, sonriéndole desde el último día de la Guerra del Tiempo: Rose Tyler.

Isabel estaba pasando junto a él, acercándose al vórtice.

—Pero, ¿cómo se cuelga allí? —preguntó ella— ¡Parece completamente milagroso!

El Doctor la apartó y la empujó hacia atrás. No hay tiempo para ceremonias.

—Lo siento, Su Majestad. Solo aléjate de eso. Esa es una fisura en la línea de tiempo, se supone que no debe estar aquí.

—Tus palabras no tienen sentido —dijo una de ellas.

—Explicarás, de inmediato, qué es eso —exigió la otra.

—No puedo, es difícil. Es algo de hace mucho tiempo. Es mi pasado.

¡Rose! ¿Cómo podía estar Rose Tyler allí?

—¿Qué hay de tu pasado? —preguntaba una de ellas.

—Creo que está jugando —dijo él.

Y luego algo llegó rodando por el vórtice. Aterrizó justo en frente de él con un suave golpe en la tierra. Su estómago dio un vuelco. Por un momento, no miró para ver qué había llegado, porque no era necesario. Todo esto había sucedido antes, y ahora, de alguna manera, estaba sucediendo de nuevo. No, *todavía* estaba sucediendo. Nunca había *dejado* de suceder. El aire rugió en sus oídos, el mundo giró a sus pies, y las sombras se elevaron a su alrededor. De repente lo entendió, y el impacto de la comprensión le detuvo la respiración. Había llegado tan lejos, había salvado a tantos, había hecho su penitencia, una y otra vez, pero ni un solo día había sido real. Había estado viviendo una fantasía, el espejismo esperanzado de un asesino arrepentido. Se había alejado de la matanza de miles de millones y soñado con una redención imposible, y ahora estaba despertando para descubrir que nada de eso había sucedido. Él todavía estaba en el granero. Este era todavía el último día. La Guerra del Tiempo nunca había terminado.

Le llevaría un momento encontrar la fuerza para mirar hacia abajo, pero por supuesto ya sabía lo que vería. Acostado a sus pies, habría un viejo sombrero rojo muy usado del tipo generalmente conocido como...

Hubo un estruendo atronador, seguido de un estrépito tremendo y de todos los pájaros huyendo ruidosamente de los árboles. Algo más grande había llegado desde el vórtice de arriba, acababa de golpear el suelo del bosque con un torbellino de brazos y piernas y un fuerte “¡Uf!”

El Doctor miró con asombro. Luchando para ponerse de pie frente a él había un extraño hombre: un tintineo de miembros en tweed púrpura, una cara sobresaltada bajo un mechón oscilante, y un par de manos nerviosas revoloteando a cada lado de una pajarita como si no estuvieran de acuerdo sobre cómo enderezarlo

—¿Quién es este? —demandó Isabel.

El hombre estaba mirando al Doctor, estupefacto. Luego se rio, aplaudió y casi giró en el acto. La sonrisa en su rostro era agradable y tonta, pero había una expresión de presunción en sus ojos que molestaba intensamente al Doctor, por lo que envió lo que esperaba fuera una mirada muy similar.

—Doctor, ¿quién es este hombre y qué está haciendo aquí? —preguntó la otra Isabel.

—Justo lo que me estaba preguntando —dijo el Doctor, caminando hacia el hombre, mientras el hombre, en imagen reflejada, se acercó a él.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

SI ENCUENTRAS ALGUNA ERRATA, ERRORES DE CONTINUIDAD O AGUJEROS EN LA TRAMA, POR FAVOR, CIERRA EL LIBRO Y VUELVE A ABRIRLO.

Estamos a punto de regresar con el Doctor a la Galería Nacional, quien (si es que puedes recordar eso desde el futuro) había sido convocado por la organización militar de inteligencia conocida como UNIT, bajo las órdenes de Su Majestad Isabel I, una mujer que ahora sabemos que era más íntima del Doctor de lo que la historia documenta. Pero ya sabes cómo es la historia, que se avergüenza con facilidad.

Veo que algunos de vosotros parecéis incómodos, y uno acaba de lanzar el libro al otro lado de la habitación. Por favor, avisad cuando os veáis inclinados a hacer eso. Casi se me cae el lápiz. Sospecho que estáis preocupados por la vulgaridad con la que este libro presenta a esta querida figura histórica, conocida como el icono virginal más famoso que ha vivido jamás, pero os recuerdo que la suposición popular de su completa castidad y pureza es del todo infundada; después de todo, el Doctor tiene una nieta.

¡Venga! ¡A la Galería! El Doctor está de pie ante el cuadro de la Guerra del Tiempo, con el sobre sellado de su antigua —¿cómo debemos llamarla?... ¿compañera de juegos?— en la mano. Aquellos que queráis volver y refrescaros la memoria, por favor, hacedlo. Por favor, tened cuidado, no paséis las páginas así, que hay corriente. Y alejaos del Capítulo Nueve, si os encontráis con él. Todo a su tiempo, como diría ese viejo estúpido.

Ah, aquí estáis de nuevo. Espléndido.

Una última advertencia antes de que continuemos. Como habréis visto al final del último capítulo, entramos en una zona de la narrativa donde hay más de una versión del Doctor activa a la vez. Es común entre los estudiantes como vosotros referiros a los Doctores por números —el séptimo Doctor, por ejemplo, o el tercer Doctor—, pero él nunca hace eso. El Doctor piensa en sí mismo simplemente como el Doctor, sea cual sea la cara que lleve, así que estos documentos solo pueden referirse a él de ese modo, hasta cuando hay más de un Doctor presente en una secuencia. Para esclarecer: estáis a punto de leer material donde múltiples participantes tienen el mismo nombre y depende de vosotros averiguar cuál está hablando o a cuál se refieren dependiendo del contexto.

Por favor, prestad mucha atención, ya que proseguimos con el siguiente Documento del Doctor, Capítulo Doce, “El Salto del Doctor”.

Capítulo 12

El Salto del Doctor

—Esto no es posible —decía Clara Oswald—. ¿Cómo hace eso? —había avanzado hacia la pintura y levantaba la mano para tocar la superficie— Es un óleo —continuó—, ¡en 3D!

Hice un esfuerzo por responderle.

—Arte de los Señores del Tiempo —dijo el Doctor, enderezándose la pajarita—. Más grande por dentro, un fragmento de tiempo real. Congelado.

Clara se movía de un lado a otro delante del cuadro, observando los edificios girar bajo el cielo en llamas. Era como mirar una ciudad ardiendo por una ventana, pero las llamas estaban congeladas y la ventana estaba en un caballete en el centro de una sala.

—Ni siquiera necesitas esas gafas tan raras —dijo, asombrada.

—Él estuvo aquí —dijo el Doctor.

—¿Quién?

—Yo.

Clara lo miró.

—¿Doctor?

—El otro yo. Del que nunca hablo.

—No lo entiendo —dijo Clara, y miró a Kate.

—No estás hablando claro, Doctor —dijo Kate—. ¿Te refieres a ti mismo o a otra persona?

Sí, una pregunta sencilla, si eres un minúsculo humano con una esperanza de vida de diez minutos y una sola cara. Retrocedió ante su propia ira. ¿De dónde había salido eso? Había cerrado la puerta a esa rabia hacía mucho tiempo. ¡Mantén la calma, Doctor!

—He tenido muchos rostros —explicó—, muchas vidas.

Kate asintió.

—Sí, lo sé, lo sabemos. La regeneración. Has tenido varias formas y caras.

—Vidas —insistió—. Pero no las admito todas. Hay una vida, una cara, que he hecho un gran esfuerzo por olvidar.

Se escuchó un chillido a un lado de la estancia. El Doctor se dio la vuelta. La chica con la bufanda larga lo miraba con cara de pánico.

—Sí, bueno, mi compañera es la experta en tus caras —dijo Kate—. Se ha obsesionado bastante con ponerles número, así que si estás a punto de añadir otra, creo que hubiera preferido saberlo antes de hacerse los tatuajes.

La chica enrojeció tanto como un Zygon y agachó la mirada tan rápido que el Doctor se preguntó si la sangre había tirado de su cabeza hacia delante.

¿Zygons? ¿Por qué estaba pensando en Zygons?

—De acuerdo —dijo Clara, de nuevo con su tono de profesora—. Así que esto es un cuadro de la Guerra del Tiempo y tú estuviste ahí con una cara diferente. Ya me has contado la historia, sé lo que hiciste, pero fue hace siglos. ¿Por qué aparece ahora? ¿Por qué nos han traído aquí para mirar un cuadro?

¡Siglos!, pensó el Doctor. ¡Oh, Clara! Cuando viajas en el tiempo, nada es hace siglos.

—No lo hemos hecho —respondió Kate—. El cuadro solo sirve como las credenciales de Isabel. Prueba que la carta es de ella. No es por lo que estáis aquí.

El Doctor casi había olvidado el sobre que llevaba en la mano. Lo miró, el papel rígido y el antiguo sello de cera. ¡Isabel! ¿Cómo habían quedado las cosas con ella? Tenía el presentimiento de que no se había comportado del todo bien y que probablemente estaba enfadada con él. Se había encontrado con su versión anciana en el Globe Theatre una vez y había intentado matarlo. Pero eso no era algo extraño en ella y, a decir verdad, muchos de sus viejos amigos lo hacían cuando iba a visitarlos. Winston Churchill había cavado una tumba para él personalmente, pero le encantaba la jardinería.

Abrió el sobre y desdobló la carta. Su caligrafía era clara y firme como la mirada azul de sus recuerdos.

Por órdenes de S.M. la Reina Isabel.

Mi queridísimo amor, espero que el cuadro conocido como “Gallifrey Cae” sirva como prueba de que es tu Isabel quien esto te escribe. Recordarás que te comprometiste con la seguridad de mi Reino. Para esta tarea, te he nombrado Conservador de la Subgalería, donde está encerrado un peligro mortal para Inglaterra. Si alguna perturbación ocurre entre sus paredes, es mi deseo que seas convocado. Ve con Dios, mi gentil marido.

Dobló la carta rápidamente antes de que Clara pudiera leer la última palabra. ¿Marido? Siempre había tenido el presentimiento de que probablemente se casó con Isabel en algún momento, pero había tenido una vida ocupada y no sabía muy bien por qué o cuándo. Se preguntó si había sido un matrimonio feliz, pero entonces se dio cuenta de que las posibilidades eran pocas, dado que no la había visto hacía siglos y estaba muerta. Miró a Kate.

—¿Qué ha pasado?

—Es más fácil enseñártelo —dijo ella. Señaló con la cabeza a los soldados que hacían guardia junto al cuadro y salió de la estancia. Clara la siguió y, cuando el Doctor se dio la vuelta para hacer lo mismo, se percató de otro empleado de UNIT, un científico, a juzgar por la bata blanca, que miraba con el ceño fruncido la pantalla de su teléfono. Claramente acababa de responder y miraba con incredulidad el número que le llamaba. El Doctor no se habría dado cuenta de eso si el científico no lo hubiera mirado directamente a la cara durante unos segundos, sorprendido, antes de darse la vuelta. Cuando el Doctor avanzó detrás de los otros, escuchó al científico hablando por teléfono. Su voz era baja y urgente, con un ligero acento irlandés, pero hacía eco en el cavernoso pasillo:

—Pero eso no es posible, señor —dijo la voz del científico—. Está justo aquí.

—Soy profesora —dijo Clara, interrumpiendo sus pensamientos, como era habitual.

—Lo sé. Lo sé. ¿Lo sabía? Estoy seguro de que lo sabía.

—Soy buena leyendo caligrafía. Hasta del revés.

—Bien, genial, me alegro de que compartas eso. Ya que estamos discutiendo habilidades extrañas, con respecto al pogo saltarín...

—¡Marido! —dijo Clara.

«Oh», pensó el Doctor. Caminaron en silencio durante un rato, pero sabía que Clara no iba a dejarlo pasar.

—Marido —repitió—. La reina Isabel I te ha llamado marido.

—Sí, ¿verdad? Creo que algunas veces es solo un término cariñoso.

—No, nunca lo es. Ni siquiera en matrimonios. ¿Estás casado?

—Puede que sí. Llevo vivo mucho tiempo, Clara. Probablemente estoy casado con un montón de gente. A veces pasa —dijo, e hizo un gesto de desdén con la mano, para insinuar que casarse de vez en cuando no tenía más importancia que una multa de aparcamiento, y un segundo después se escuchó un jarrón romperse a su espalda. Tenía que controlar sus movimientos periféricos.

—Pero, ¿con ella?

—Con ella, con él, con quién sabe. Algunas veces la conversación se descontrola. Creo que estoy casado incluso con Jack Harkness, pero había mucha gente en la misma sala y era difícil llevar la cuenta.

—¿Qué Jack?

—Ya lo conocerás.

Delante de ellos, Kate abrió un par de puertas y, cuando se hizo a un lado para indicarles que entraran, el Doctor se detuvo. Fuera lo que fuera lo que esperaba ver en esa sala, no era eso.

Los ojos eran igual de letales y azules que siempre, el pelo una maraña rojiza y no había envejecido ni un solo día. La sonrisa que había llegado a conocer tan bien no estaba ahí, pero parecía que podía aparecer en cualquier momento y, como siempre, no revelaba nada. Se enderezó la pajarita, ordenando en silencio a su peinado que se comportara, y se tomó un momento para sacarle brillo a los zapatos en la parte trasera de los pantalones, como hacía siempre que entraba en presencia de su esposa, Isabel I de Inglaterra.

—¿Es ella? —preguntaba Clara. Normalmente no sabía comportarse según la situación, pero esta vez tuvo la decencia de susurrar. Él se limitó a asentir con la cabeza— ¿Quién es ese tipo delgado?

En las sombras, detrás de Isabel, había un hombre joven de rasgos afilados que le pareció familiar. Había tal gesto presuntuoso en sus ojos que molestó intensamente al Doctor, así que le devolvió lo que esperaba que fuera una mirada similar.

Kate avanzó. Extendió la mano hacia la reina y presionó algo detrás del marco, e Isabel y el extraño delgado desaparecieron cuando todo el cuadro se abrió como una puerta.

El aire frío y el olor a piedra húmeda surgieron de detrás del cuadro y la sala pareció oscurecerse, como si la puerta recién abierta estuviera absorbiendo la luz. Apenas visible se divisaba una escalera de piedra que conducía hacia abajo, al distante resplandor de las antorchas.

—Bienvenidos —dijo Kate—, a la Subgalería.

—¿La qué? —preguntó Clara.

—Aquí es donde Isabel I guardaba todo el arte considerado demasiado peligroso para el consumo público.

—Nada cambia —dijo Clara—. Siempre se encierra el arte.

Kate les entregó unas linternas y encendió la suya.

—En el caso de esta galería en particular, tenían un motivo —dijo, adentrándose en la oscuridad—. Tenían que evitar que escapara.

—El universo nació vivo —dijo el Doctor, en respuesta a la pregunta de Clara, mientras bajaban por el segundo tramo de escalones de piedra—, pero solo pudo ser consciente de sí mismo desarrollando sensores en su superficie, los conocidos como formas de vida, nosotros, cada uno de los cuales sufre un delirio de identidad separada durante la recolección de datos. Eso es lo que llamamos consciencia, pero en realidad no tiene más existencia individual que los pelos de tu antebrazo cuando te dicen que hay una corriente de aire...

—Te preguntaba —dijo Clara mientras descendían por más escalones—, sobre Isabel y tú.

—Dijiste que empezara por el principio.

—No el principio del universo.

—No especificaste.

—Estás intentando perder el tiempo. Estás evitando el tema.

—Ah, en eso te equivocas —dijo—. No puedes perder el tiempo porque el paso del tiempo es una ilusión creada por la discrepancia permanente entre tu memoria y tus circunstancias en todos los momentos experimentados simultáneamente a lo largo de tu vida. ¿A nadie más le molesta ese ruido?

—¿Qué ruido? —preguntó Kate, dándose la vuelta. Pero el Doctor se limitó a fruncir el ceño y sacudió la cabeza, y empezaron a descender los escalones de la siguiente planta.

Cada nivel en las profundidades de la Subgalería parecía más oscuro y frío que el anterior. Conforme descendían, quedaba claro que el propósito de ese lugar no era exhibir, sino contener. Todas las estatuas estaban sujetas y cubiertas por sábanas (las formas de las manos extendidas y sus rostros tensos a la luz de las linternas) y los cuadros estaban colgados de cara a la pared, con advertencias escritas en la parte de atrás. En uno de ellos se podía leer: NO DAR LA VUELTA SI ESTÁS SOLO. Por todas partes había estanterías con tapas de cristal, altas como armarios, con barrotes y cerradas con candados. Clara apuntó con la linterna a varias de ellas. En una vio estantes con dagas verdes cuyas hojas parecían reflejar sus ojos en cualquier ángulo que mirara. En otra, había hileras de cráneos que parecían humanos, pero cada uno de ellos tenía una única órbita central sobre los dientes sonrientes. Había estanterías con sendos libros cerrados con cuerdas, unos cuantos con clavos en el lomo y manchas oscuras rodeando los agujeros. Miró un espejo que solo le devolvió su espalda, y cuando se dio la vuelta, sintió que su propia cara en el espejo se daba la vuelta para observarla marcharse. De repente, en la luz de su linterna apareció un armario abarrotado de ratas momificadas, con las garras y los dientes extendidos hacia la puerta de cristal. Cuando retrocedió un paso, le pareció ver moverse la masa de ratas. Bajaron por otra escalera y se percató de que había muchos armarios abiertos y vacíos, como si hubieran sido desvalijados.

—Han tenido que trasladar algunas cosas a otro sitio —explicó Kate.

—¿Dónde? —preguntó Clara, apuntando con la linterna a unos cuantos armarios. Había una letra B en la puerta de cada uno de ellos.

—¿Y con qué autoridad? —añadió el Doctor.

—El Conservador.

—Pensaba que el Conservador era yo.

—Es complicado. Nunca estás aquí, así que el trabajo tuvo que dividirse.

—¿Entre quién?

—Es complicado.

—En serio —protestó el Doctor—, ¿ese ruido no molesta a nadie más?

—Tal vez si nos dijeras qué ruido —dijo Clara—. O a lo mejor, qué te traías con Isabel I y por qué te llama marido.

Él se detuvo y las miró con impaciencia durante un momento. Empezó a caminar sin moverse del sitio. Crac, crac, crac.

—El crujido. El crujidito. ¿Nadie más escucha el crujido? —apuntó con su linterna al suelo— Disculpad mi mente inquieta —dijo—, pero ¿sobre qué estamos caminando?

A la luz de sus linternas, vieron que el suelo estaba cubierto con lo que parecía gravilla o arena. Kate suspiró.

—Siento mucho si nuestras tareas de limpieza no cumplen con tus exigencias, Doctor...

—Eso es lo que pasa cuando eres el Conservador. No puedes darte la vuelta ni un minuto —el Doctor se arrodilló en el suelo y agarró un puñado de gravilla, que se escapó entre sus dedos—. Polvo —musitó—. Polvo de roca.

—¿Te refieres a arena? —dijo Clara.

—Polvo de roca. Polvo compuesto en su totalidad de pequeñas partículas de diferentes variedades de roca.

—Sí, arena.

—¡Arena! —declaró el Doctor, como si acabara de inventar la palabra.

—¿Crees que es importante? —preguntó Kate.

—No lo sé. Pero en mil doscientos años nunca he pisado nada que no lo fuera —lamió un poco del polvillo de sus dedos, lo saboreó y probó otro poco.

—¿Puedes detectar algo en el sabor? —preguntó Clara.

—No, solo tengo hambre —se enderezó y apuntó con la linterna a su espalda. La chica con la bufanda larga se sobresaltó a causa de la luz—. Tú —dijo—. ¿Eres científica o soldado?

La chica se alisó la bata blanca con timidez.

—Sí —farfulló y el Doctor pensó que si sus ojos se hacían más grandes, llenarían las lentes de sus gafas.

—Es científica —dijo Kate a su espalda—. Y es brillante.

—Genial, científico y brillante son mis palabras favoritas. ¿Tienes nombre? —preguntó.

—Sí.

—Estupendo, siempre quise conocer a alguien llamado “Sí”. Esa también es mi palabra favorita. Si tu nombre ya es “Sí”, me ahorrará mucho tiempo cuando haga sugerencias.

—Su nombre es Osgood y tiene un CI por las nubes. Y si vuelves a subestimarla, te cortaré a la altura de la pajarita —dijo Kate.

—Osgood es ahora mi nueva palabra favorita. Osgood, quiero que analices este polvo de roca. Dime de qué está hecho, dímelo todo.

—¡Sí! —dijo ella, antes de añadir— Sí —y después—, ¡Sí!

—Ya veo por qué te llaman así.

—¡Doctor! —advirtió Kate, y se giró hacia Osgood— Trae un equipo hasta aquí, lo más rápido que puedas. Analiza el polvo de roca, arena, lo que sea que sea.

—Sí —dijo Osgood, sin dejar de mirar al Doctor. Estaba respirando profundamente, lo que hacía rebotar las gafas en su nariz, y al Doctor le recordó a los motores de la TARDIS.

—¡El inhalador! —espetó Kate.

Osgood se llevó el inhalador a la boca y se marchó corriendo por donde había venido.

El Doctor la observó desaparecer en las sombras, preguntándose por qué la ponía tan nerviosa y si había algo que podía decir para que se relajara.

—¡Encantado de conocerte, Osgood! —gritó tras ella, con voz tranquilizadora— ¡Me gustaría ver tus tatuajes alguna vez!

Se escuchó un gritito en la oscuridad y una colisión.

—Por aquí —dijo Kate, con la decidida calma de una mujer que ha evitado pegar un puñetazo a alguien—. Casi hemos llegado.

—¿A dónde? —preguntó el Doctor, mientras Clara y él la seguían.

—Este es el nivel más profundo. La mayoría de las cosas de arriba se añadieron más tarde. Muchas de estas cosas son chorradas, trucos de feria y algunos intentos lunáticos de censura. —doblaron una esquina y Kate apuntó con la linterna a lo que parecía la puerta de la cámara acorazada de un banco, que estaba ligeramente entreabierta, dejando escapar una cuña de luz amarilla—. Pero aquí está el verdadero propósito de la Subgalería de Isabel.

—¿De ahí la seguridad moderna?

—Algo así. El mantener esta puerta sellada, en todas sus encarnaciones a lo largo de los siglos, es la orden ejecutiva de mayor duración en Inglaterra. Fue vigilada durante el bombardeo de Londres por un batallón de soldados, situados aquí permanentemente.

Clara frunció el ceño.

—¿Y por qué está abierta?

—Eso es lo que nos estábamos preguntando.

—¿No la abristeis vosotros?

—La encontramos así.

—¿Se llevaron algo? —el Doctor habló unos metros detrás de ellas. Kate miró a su alrededor y lo vio agachado junto a un armario, mirando en el interior con su linterna.

—No falta nada. Solo ha sido dañado.

—¿Qué, alguien entró y causó destrozos? —preguntó Clara.

—Básicamente.

—¿Qué destrozó? —dijo el Doctor. Mientras hablaba, apuntaba con el destornillador sónico a las puertas del armario. Cuando se abrieron, sacó algo del interior.

—Doctor —suspiró Clara—. No necesitas otro fez.

El Doctor la ignoró. Hizo girar el viejo sombrero una y otra vez entre sus manos, con el rostro preocupado, como si lo asaltara un recuerdo.

—¿Por qué habéis puesto bajo llave un sombrero? —preguntó.

—Te lo dije, hay muchas tonterías aquí abajo, probablemente no es nada.

—Nada... —repitió el Doctor, pensativo. Entonces captó la mirada preocupada de Clara, sonrió y se puso el fez en la cabeza— ¿Qué te parece?

—No necesitas otro, tienes cuatro en la TARDIS.

—No puedo llevar esos. Son regalos de Tommy. ¿Qué parezco?

—Un idiota.

—¡Premio!

—Si me permitís que os vuelva a poner en situación —dijo Kate—, y la razón por la que estáis aquí —señaló la puerta de la cámara—. ¿Queréis saber qué ha sido destrozado? —entró a la cámara.

En contraste con el resto de la Subgalería, la sala era blanca, bien iluminada y casi vacía. Una modesta selección de cuadros colgaba de las paredes, colgados de forma normal. Eran paisajes totalmente corrientes en su mayoría, y solo había dos cosas que los hacían inusuales. Una era que en

todos los casos, el cristal de los marcos estaba hecho pedazos y yacía en el suelo. La otra, Clara no pudo verlo hasta que no avanzó.

—Son en 3D —dijo—. Como el de arriba.

—Arte de los Señores del Tiempo —confirmó el Doctor—. O por lo menos arte hecho con la misma tecnología, aunque esos parecen ser paisajes de la Tierra. Periodo isabelino, probablemente. ¿Es parte de la misma colección que “*Gallifrey Cae*”? —le preguntó a Kate. Ella sacudió la cabeza.

—“*Gallifrey Cae*” es propiedad personal del Conservador.

—¿Te refieres a mí?

—Es complicado. Estas son de la colección privada de Isabel I. No hay informes de cómo llegaron a su posesión. Bajo sus órdenes, se almacenaron primero bajo el Palacio de Richmond, luego se trasladaron aquí para mayor seguridad, en 1826. Por orden real, deben estar guardadas bajo llave mientras Inglaterra exista y no se deben mostrar a nadie. Ni siquiera deben mencionarse en documentos escritos. Los cuadros que estáis viendo no han existido oficialmente desde 1562.

—¿Y ahora alguien ha entrado y roto el cristal? —dijo Clara.

—No —dijo el Doctor—. Me temo que eso no es para nada lo que ha ocurrido —miró a Kate—. ¿No es así?

—No lo parece, no.

—Mira el cristal, Clara. Creo que lo encontrarás interesante.

Clara frunció el ceño y se agachó para mirar los fragmentos del suelo.

—¿Por qué, porque está roto?

—No, desde dónde se rompió. Mira el patrón de la ruptura. El cristal de todos estos cuadros se rompió desde dentro.

—¿Cómo es eso posible?

—De muchas formas, ninguna de ellas buena. ¿Hay alguna teoría, Kate?

—No una teoría exactamente, pero hay una anomalía. Como puedes ver, todo son paisajes. No hay figuras de ningún tipo.

—De acuerdo, sí. ¿Y?

—Antes las había —Kate se había sacado el teléfono del bolsillo. En la pantalla, les enseñó fotografías de los cuadros que podían ver en la pared. Aunque eran los mismos paisajes, en las fotografías había figuras distantes repartidas por toda la zona.

Los ojos de Clara se centraron en el cristal del suelo.

—Algo ha salido de los cuadros —dijo.

—Muchos algo —dijo el Doctor. Se acercó a la puerta de la cámara y apuntó con su destornillador—. Esta puerta ha sido forzada desde dentro. Desde aquí.

—Sí, eso es lo que pensamos.

—No han entrado. Han salido —miró a Kate con el ceño fruncido—. Debo suponer que habéis registrado el lugar.

—No hay nada que no debiera haber. Y nada ha salido del edificio. Eso habría disparado todas las alarmas en UNIT.

El Doctor miró a Clara a los ojos y fue uno de esos momentos en los que el aire parece crepitar.

—Entonces, lo que sea que haya salido de los cuadros sigue aquí abajo. En la oscuridad. Con nosotros.

—Hemos hecho una revisión completa. No hay presencias hostiles.

—Hay muchísima arena.

—¿Estás sugiriendo que la arena es hostil?

—No, es arena. Es inerte, no está viva de ninguna manera, solo son partículas de roca —caminaba de un lado para otro, tamborileando con los dedos en el fez—. ¡Pero está por todas partes, todas partes, todas partes! ¡No lo estás entendiendo, Kate!

—¿El qué?

—Ni idea, yo tampoco lo entiendo. Clara, ¿qué no entendemos?

—No lo sé.

—Genial, ahora Clara tampoco lo entiende. ¡Podría la gente dejar de no entender cosas a todas horas!

Lo primero de lo que se dio cuenta fue que el fez salía volando de su cabeza y caía al suelo. Lo segundo fue que la arena en el pasillo empezó a moverse. Salió de la sala y se encontró con un vendaval que ahora azotaba toda la galería. Primero, olió madera vieja en un desierto, pero después fue el olor de un bosque inglés en primavera.

Se giró hacia la fuente, sabiendo lo que vería. Fue consciente de que Clara y Kate se acercaban a él. Probablemente también lo estaban mirando, pero no se dio la vuelta para comprobarlo.

—¿Qué es esto? —preguntaba Clara.

«Ahora no», pensó el Doctor. «Por favor, no vengas a por mí ahora. ¡Estoy ocupado!»

—Doctor, ¿nos vas a decir qué es eso? —preguntó Kate— ¿O no lo sabes?

Clara avanzó, curiosa. El Doctor la agarró del brazo y la alejó del turbulento vórtice de luz y nubes que ahora ocupaba el otro extremo del pasillo. Estaba ahí, girando en silencio, tal como había hecho en el granero hacía tanto tiempo, y más tarde en el bosque.

—¿Doctor? —decía Clara. Pero los recuerdos inundaban su cabeza, anulando el presente. Rose Tyler en el granero. Pero eso no era correcto, ella nunca había estado en Gallifrey. Dos Isabel en el bosque. Pero, ¿por qué había dos? No lo recordaba. Y ahora un hombre aparecía del cielo y caía justo a sus pies. ¿Quién era ese idiota con cara de plátano que se reía de él?

—¡Doctor! —dijo la voz de Clara.

—Lo siento —dijo él, obligándose a concentrarse—. Es solo... mi pasado, creo.

—¿Tu pasado?

—Sí, está jugando —un momento, había dicho eso antes. Había dicho antes esas mismas palabras, en una conversación muy similar. ¿Pero cuándo, cuándo, cuándo?

Ahora era Kate la que hablaba, en voz cada vez más alta.

—¿Doctor, puedes al menos teorizar qué es eso? Soy responsable de todo el personal de UNIT en este sitio. ¿Tiene algo que ver con los cuadros?

—No —respondió él—, esto es otra cosa.

Fragmentos de recuerdos salían a la superficie. Detalles, retazos. No todo, pero lo suficiente para saber que lo que estaba a punto de pasar era enorme.

—Clara, ve a buscarme el fez —dijo, antes de darse cuenta de la mirada que estaba recibiendo e ir a buscarlo él mismo. Se puso delante del vórtice, como hipnotizado por él. Era posible que las otras dos estuvieran hablando de algo, pero era muy difícil concentrarse ahora. Se preguntó cómo se las había apañado para escuchar a alguien con todos esos recuerdos martilleando en su cabeza.

—¡Doctor! —oh, esa era Clara otra vez— Doctor, ¿estás bien?

—Disculpadme ambas —respondió sonriendo—. Aquí es donde entro.

Echó el brazo hacia atrás y arrojó el fez tan fuerte como pudo. Giró por el vórtice hasta que fue absorbido, con un chasquido eléctrico y un olor a ozono. Pero, ¿dónde había aterrizado? El pasado, claro, pero ¿qué pasado? ¿El granero? ¿El bosque? Ambos, tal vez, ¿pero cómo? Clara y Kate seguían hablando, pero sonaban a kilómetros a su espalda ahora; el vórtice silencioso lo absorbía todo, agitando su pelo, vibrando en su sangre. Ese vórtice lo había seguido durante cientos de años. No recordaba exactamente por qué o cómo había empezado todo, pero sabía, con absoluta certeza, que estaba mirando el túnel de su propia vida; una maraña de días, que conducía al hombre que

alguna vez fue. Todos los caminos que había elegido para llegar al lugar en el que estaba ahora estaban abiertos de nuevo a sus pies; todos los errores y arrepentimientos y giros equivocados. No hay segundas oportunidades, le dijo a alguien alguna vez. ¿Era eso cierto? Era la hora, decidió, de un salto de fe.

—¡Gerónimo! —gritó el Doctor, y saltó a la historia.

Pensó que quizás caería por el vórtice durante un rato, pero fue más sencillo. La Subgalería desapareció, hubo una ráfaga de viento y luz del sol, y de repente los árboles giraban en su cabeza. Había empezado a preguntarse cómo podía estar volando en el aire cuando chocó contra el suelo. No reconocía ninguna de las estrellas que giraban alrededor de su cabeza, pero los pajaritos que piaban le resultaban familiares. Trató de centrarse en el suelo del bosque, que de alguna forma se las había apañado para colocarse vertical contra su cara. Probablemente se arreglaría solo en unos minutos, si se apoyaba y descansaba un poco. Le guiñó un ojo a uno de los pajaritos, que le devolvió el guiño.

—¿Quién es este? —exigió saber una voz que casi reconoció. Danos un momento, amor, acabo de llegar.

—Doctor, ¿quién es este hombre y qué está haciendo aquí? —la misma mujer. Sinceramente, tranquilízate, hay pajaritos y estrellas y el suelo está apoyado contra mí.

—Eso mismo me estaba preguntando —dijo la voz de un hombre que no reconoció en absoluto. Hizo un esfuerzo por concentrarse. Había cuatro reinas Isabel mirándole. Sacudió la cabeza para aclararse y se dio cuenta, aliviado, de que eran solo dos. ¿Dos? ¿Cuándo había habido dos? Pensó vagamente en ese cumpleaños en el que River se había clonado a sí misma, y entonces recordó justo a tiempo borrar ese incidente de cualquier escrito de sus aventuras. Se dio cuenta de que también lo miraban un par de Converse. Levantó la vista. Mirándolo con el ceño fruncido a unos metros de distancia, había un hombre que pensó que debía reconocer. Parecía vivaz y enjuto, con traje ajustado y corbata. Esos grandes ojos oscuros habrían parecido tristes de no ser por su cara impertinente. Estaba situado como si posara para la portada de un disco, con los pies bien plantados en el suelo, los puños cerrados a los costados y la cabeza ladeada para darle intensidad a su mirada; tan delgado, ingenioso e inteligente como el favorito de mamá en una *boy band*. Qué raro, pensó el Doctor... Recordaba haber descrito a otra persona así. ¿Quién había sido? Creía estar mirando a un espejo esa vez, y el hombre que describía era... Él mismo. Era él. El hombre del bosque, que le miraba desde una encarnación atrás, era él. El Doctor se puso de pie y miró con fascinación a su versión más joven.

—Este es delgado —fue lo único que pudo decir—. ¡Estás muy delgado! Nunca lo había visto desde fuera. ¡Hombre cerilla!

El Doctor caminaba hacia él y se sorprendió haciendo lo mismo. Aunque esos grandes ojos castaños estaban ahora cargados de desconcierto, se percató del aire presuntuoso en ellos, que lo irritó intensamente, así que le devolvió una mirada incluso más presuntuosa, hasta que fue recompensado con una mueca confusa.

—No eres... —dijo el Doctor, como si hubiera comprendido por fin quién era el recién llegado— No puedes ser... —esos ojos ahora parecían afligidos al mirar la pajarita del Doctor. El Doctor le devolvió la mirada afligida con una sonrisa. Ya te darás cuenta, amigo, pensó, las pajaritas molan, y rebuscó en su abrigo. Hizo una pausa al ver al Doctor rebuscar también en su abrigo de la misma manera, y detenerse también. Se quedaron ahí como las imágenes de un espejo durante un segundo, mirándose el uno al otro, hasta que sonrieron y sacaron los destornilladores sónicos. Los levantaron, como si fueran sus insignias oficiales.

El Doctor se dio cuenta de que su destornillador era bastante más largo que el modelo antiguo de la mano del Doctor, y sonrió. El Doctor le devolvió la sonrisa con un deje de desdén y preguntó: —¿Compensando?

—¿Por qué? —preguntó el Doctor.

—La regeneración —respondió el Doctor—. Es una lotería —volvió a guardar su destornilladorcito en su chaqueta—. Mira —dijo, tratando de que su voz sonara grave—, ¿qué está pasando? ¿Qué estás haciendo aquí, en mi zona temporal? —miró a las Isabel— ¡Estoy ocupado!

¿Su zona temporal? ¿A qué se refería con su zona temporal? Por un momento, el Doctor se preguntó quién pensaba que Doctor era, luego siguió su mirada hacia las dos Isabel, que los miraban, confundidas.

—¿Ocupado? ¿Así es como lo llamamos? —hizo su reverencia más elaborada— ¡Hola, señoras!

—No lo hagas —le advirtió el Doctor a su espalda.

—Una excursión privada, ¿no? ¿Solo parejas? ¿Solo vosotros tres? Bueno, ahora somos cuatro. Oh, es complicado. ¡Cita doble para dos!

—No empieces. Estoy en medio de algo.

—Ya lo veo, estás justo ahí —rió el Doctor—. Pero mira, juego justo, lo que recibes en la intimidad de tus regeneraciones es asunto tuyo.

—Una de ellas es un Zygon.

—No te estoy juzgando.

—¿Me estás escuchando? ¡Una de estas dos es un alienígena hostil que pretende conquistar el planeta!
—Bueno, en ese caso no me gustan.

Se escuchó un zumbido sobre sus cabezas. El Doctor se dio la vuelta y vio el vórtice del que acababa de salir retorciéndose en el aire.

—¿Qué le pasa? —le preguntó el Doctor.

—No lo sé —respondió.

—¿Qué está haciendo ahí, entonces?

—Tampoco lo sé.

—Bueno, tú eres el que cayó por él.

—Y tú eres sobre el que casi caigo —le espetó el Doctor, y se dio la vuelta hacia las Isabel—. Escuchadme, ambas. Esa cosa de ahí arriba probablemente es muy peligrosa. Ambas debéis salir de aquí.

Para disgusto del Doctor, ambas lo ignoraron y miraron al Doctor.

—¿Pero qué hay de la criatura? —preguntaron al unísono. El Doctor caminó hacia ellas, utilizando de forma injusta sus grandes ojos castaños.

—La que de vosotras sea la verdadera Isabel —dijo—, que gire y corra en dirección contraria a la de la otra Isabel.

Qué inteligente, pensó el Doctor, mientras escuchaba, y se preguntó si estaba siendo poco modesto. Las Isabel se miraron la una a la otra y, por turnos, rodearon al Doctor y le dieron un beso largo y ruidoso. Los besos se prolongaban muchísimo y el Doctor se sorprendió de pie junto a la otra Isabel, pidiendo disculpas, mientras ella observaba horrorizada las actividades de su versión más joven. El Doctor decidió que eso era un nuevo límite en el catálogo de sus humillaciones personales.

—Una era un Zygon —se recordó el Doctor, cuando las Isabel partieron en direcciones diferentes.

—Lo sé —dijo el Doctor, limpiándose discretamente la boca con la manga.

—Un ser rojo cubierto de ventosas, con veneno en la lengua.

—Sí, lo he entendido, sí.

—Creo que aún noto el sabor.

—Te crees muy gracioso.

—Viniendo de ti, eso es un cumplido.

Se escuchó otro chasquido en el vórtice y esta vez sonó una voz.

—Doctor, ¿eres tú?

¡Clara! Era la voz de Clara, sin duda.

—¿Clara? ¿Hola? ¿Puedes oírnos?

—Sí, podemos oírte. ¿Estás bien?

—Estoy bien, sí. ¿Sigues en la Subgalería?

—Por supuesto. ¿Dónde estás tú?

El Doctor se dio cuenta de que no lo sabía y miró al Doctor, que gritó:
—En Inglaterra, 1562.

—¿Quién es ese? —gritó Clara— ¿Con quién estás hablando?

Los Doctores se miraron el uno al otro y sonrieron.

—Conmigo —dijeron al unísono.

Ahora sonó la voz de Kate.

—El portal, o lo que quiera que sea, parece estar desestabilizándose.

—Puede ser —respondió el Doctor—. En este extremo también.

—Entonces debes volver de inmediato —dijo Kate, sonando más parecida a su padre de lo que creía posible—. Por si se cierra.

Tenía razón. El Doctor miró a su alrededor y recogió el fez del suelo.

—¿Desde dónde hablan? —le preguntó el Doctor— ¿Quién es esa gente?

El Doctor lo ignoró y volvió a gritar al vórtice:

—El paso físico puede no ser posible en ambas direcciones —explicó—. Dejadme intentar algo primero. Fez entrante —arrojó el fez al vórtice. Lo observó desaparecer de la existencia y esperó. Silencio—. ¿Lo tenéis? —preguntó— ¿Está ahí?

—¿Está aquí el qué? —preguntó Kate.

—¡El fez! Lancé el fez de vuelta.

—Nada ha salido por aquí.

Fue vagamente consciente de que el Doctor sonreía ampliamente justo junto a su oreja.

—Parece que hemos perdido el fez. Adelante, prueba ahora con la pajarita.

El Doctor no le escuchó. Se llevó la mano a la cabeza y casi pudo sentir las conexiones formándose en el interior. Ahora lo entendía. Sabía exactamente dónde estaba el fez. Había desaparecido en el vórtice, retrocedido en el tiempo y aterrizado en medio de sus recuerdos. Si estaba en lo cierto, ahora se encontraba a sus pies, en el suelo del granero, hacía mucho tiempo. El Doctor interrumpió sus pensamientos.

—De acuerdo, antes eras yo, ya has hecho esto antes. ¿Qué pasa ahora?

—No lo recuerdo —respondió.

—¿Cómo podrías olvidar esto?

—Espera, no es culpa mía. No estás prestando suficiente atención —se dio cuenta de que no era del todo cierto. Por mucho que se concentrara, el estar los dos juntos causaba estragos en las líneas temporales y hacía que fuera imposible formar recuerdos duraderos. Se vio a sí mismo, deambulando en una sala fría, explicando que las líneas temporales estaban anudadas y que su memoria estaba por todas partes. ¿Dónde había sido eso? Apartó el pensamiento y levantó el destornillador.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el Doctor.

—Invirtiendo la polaridad.

—¿Es lo que hacemos siempre? —dijo el Doctor, levantando su destornilladorcito mucho más pequeño— ¿No hay nada nuevo en el futuro?

El pequeño destornillador zumbó junto al suyo mientras ambos apuntaban al vórtice.

—No funciona —dijo, después de un rato.

—¡Ambos estamos invirtiendo la polaridad! —dijo el Doctor.

—¡Lo sé!

—Somos dos, ¡yo la estoy invirtiendo y tú la inviertes otra vez! Estamos cancelándonos el uno al otro.

—Entonces para.

—¡Para tú!

—¡No, tú!

Trató de agarrar el destornillador del Doctor al mismo tiempo que el Doctor trataba de agarrar el suyo. Su breve forcejeo fue interrumpido por un tremendo golpe a unos metros de distancia. Se miraron el uno al otro, evitando darse la vuelta para mirar. Había caído algo del vórtice sobre el suelo del bosque. No había habido ningún grito de dolor al impacto, pero escucharon gruñidos de esfuerzo y el chasquido de las rodillas de un anciano. Alguien se acababa de poner de pie. El bosque estaba quieto. Los pájaros cantaban, las abejas zumbaban y el viento susurraba. Siguieron sin darse la vuelta.

—¿Alguien ha perdido un fez? —dijo una voz, como seda áspera.

La piel de su rostro colgaba como el cuero de su chaqueta y sus ojos ahumados brillaban como cuchillas.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

POR FAVOR, RECUERDA QUE LA NUMERACIÓN DE PÁGINAS ES PURAMENTE PSÍQUICA Y PUEDE VARIAR DE VEZ EN CUANDO EN OBSERVACIÓN A TU VELOCIDAD DE LECTURA.

Mirad, esto se está descontrolando. Os estáis quejando mucho del Capítulo Nueve y los editores me obligan a tomar medidas. Mirad, os lo advertí, no es culpa mía.

Mientras me ocupo de eso, por favor, proceded al Capítulo Dos, “Los Niños del Doctor”.

Capítulo 2

Los Niños del Doctor

No sé qué me había esperado, pero no era esto. Los árboles que me rodeaban sugerían la Tierra y hacía un día precioso, aunque no llegaba a ser verano; la luz del sol era dorada, pero el aire seguía teniendo un frescor estimulante. El claro en el que me encontraba estaba casi desierto y cuando miré a mi alrededor no vi señal de ninguna TARDIS o cualquier posible iteración de mí mismo. ¿Había habido algún error?

Ella se había situado junto al vórtice, sonriente, y me había dicho que el futuro me esperaba al otro lado. Lo había cruzado, más por curiosidad que por esperanza. Pero ahí estaba, solo. Bueno, casi solo. Miré otra vez a los dos niños de doce años idénticos que había a pocos metros de mí, al parecer teniendo una pequeña riña. Esta vez me di cuenta de que iban vestidos un poco diferente, tal vez para que la gente pudiera diferenciarlos; uno de ellos llevaba un abrigo grande con una pajarita y el otro claramente había robado un traje del armario de su padre, aunque solo había encontrado un par de zapatillas para conjuntar. Era obvio que estaban jugando a los disfraces. Niños magos, tal vez, correteando por el bosque en busca de demonios contra los que pelear. En mi antigua vida, siendo el Doctor, me gustaban esos libros, y habría habido un tiempo, hacía siglos, en el que me habría encantado jugar con ellos. Tal vez habría creado algo de magia con el destornillador sónico. Pero hoy tenía trabajo que hacer. Me aclaré la garganta y, al darme cuenta de que mi repentina aparición entre los árboles podía alarmarlos, hablé con suavidad.

—¿Alguien ha perdido un fez? —levanté el maltratado sombrero rojo, que seguramente arrojaron desde aquí mismo.

Me miraron, aterrorizados. Estaba acostumbrado a eso. El tiempo y la guerra no habían sido gentiles con mi aspecto.

—Tú —chilló uno de los niños—. ¿Cómo puedes estar aquí?

—Es más, ¿por qué estás aquí? —chilló el otro.

Miré sus grandes ojos tristes y me pregunté por qué la Interfaz había elegido este lugar y a estos dos para mi visión del futuro.

—Buenas tardes —dije, tan amable como pude—. Estoy buscando al Doctor.

—Pues has venido al lugar adecuado —dijo Traje de Papá.

—Bien, sí —dije. Entonces conocían a mi futuro yo, eso aceleraría las cosas. Y dondequiera que estuviera mi futuro yo, se hacía llamar Doctor otra vez, lo cual era interesante—. ¿Quiénes sois, muchachos? —pregunté, tratando de sonar jovial— ¿Sus acompañantes? —añadí con una risa.

—¿Sus acompañantes? —chilló Pajarita. Sonaba un poco indignado y, a juzgar por sus caras dolidas, me di cuenta de que me había divertido demasiado la idea de que cualquiera de ellos fuera tripulante de la TARDIS.

—Cielos —dije, sonriéndoles con amabilidad—. ¡Cada vez son más jóvenes! Si pudierais indicarme más o menos la dirección del Doctor...

Me miraron, desafiantes. Ambos tenían una varita mágica en las manos y me la ofrecieron para que las inspeccionara. Contuve un suspiro y traté de parecer impresionado. Hasta sonreí con aprobación, pero seguían con las varitas extendidas. Mientras esperaban a que reaccionara, me di cuenta de la pizca de atrevimiento que había en sus ojos, que encontré tremendamente irritante, pero dada su juventud resistí el impulso de responderles con una mirada muy similar. En cuanto volví a mirar sus varitas mágicas, me di cuenta de algo. ¡No eran en absoluto varitas mágicas! De hecho, estaba mirando un par de destornilladores sónicos. Las implicaciones de eso tardaron unos segundos en aclararse en mi cerebro.

Es justo decir que durante esos segundos, por primera vez en mi larga y a menudo complicada vida, entendí por qué la gente lleva petacas en el bolsillo.

Volví a mirar sus caras. No tenían doce años, ahora que los miraba bien. De hecho, eran más altos que yo. El de las zapatillas tal vez incluso se afeitaba. Una terrible posibilidad me pasaba por la cabeza, pero no estaba listo para dejar que se asentara.

—¿En serio?

—¡Sí! —dijo uno.

—¡En serio! —dijo el otro.

—Sois... —dije, pero se me cortó la voz— Sois... —pero, una vez más, no pude completar la frase. Miré sus caras en busca de algún rastro de dignidad, de sabiduría, de cualquiera de las cualidades de las que presumía haber dispuesto a lo largo de mis vidas. No vi nada, excepto un vacío perfectamente modulado. ¡Era como ver la televisión! Me armé de valor y pronuncié las palabras necesarias aunque descabelladas— ¿Sois yo?

—¡Sí! —declararon ambos, con un agudo de indignación que podría haber alertado a los perros a kilómetros a la redonda.

—Los dos.

—¡Los dos!

Señalé al de la pajarita y pregunté:

—¿Incluso este?

—¡Sí!

Aunque lo intentaba, no podía asimilar esa idea.

—Sois... —mi voz se quebró de nuevo, pero me preparé para el asalto final— ¿Sois... mis futuros yoes?

—¡Sí!

Busqué las palabras adecuadas. Esos dos rostros lisos, apenas usados, sin marcas de carácter ni historia; todo ese pelo, claramente cuidado e incluso peinado; las zapatillas; la desesperación de la pajarita... La Interfaz me había mostrado mi futuro y estaba delante de mí, listo para presentar *Blue Peter*.

—¿Estoy teniendo una crisis de madurez? —espeté y entonces me di cuenta de que tal vez había hablado con demasiada brusquedad. Ambos retrocedieron, alarmados y apuntaron hacia mí con sus varitas mágicas. No, varitas no, recordé. Destornilladores sónicos— ¿Por qué apuntáis así vuestros destornilladores? —exigí saber— ¡Son instrumentos científicos, no pistolas de agua! —solo entonces se me ocurrió que los destornilladores no me apuntaban a mí, sino sobre mi hombro. Escuché una voz que gritaba a mi espalda.

—¡Rodeadlos, prendedlos!

Maldije. Era una vergüenza que el veterano más duradero de la Guerra del Tiempo fuera sorprendido así. Me di la vuelta y me sentí aliviado al no ver nada más peligroso que un gran número de soldados armados. Salieron de entre los árboles y nos rodearon. Me fijé en que eran isabelinos, probablemente del 1560 a juzgar por la longitud de sus espadas, 32 de ellos, 172 cm de media, solo espadas y perros. En circunstancias normales, ni siquiera me habría molestado en dejar de comer mi sándwich, pero hoy estaba ocupado. Miré a mi alrededor y, por supuesto, estaban dando brincos y apuntando con sus destornilladores al azar a los recién llegados, como si pudieran conseguir algo con eso.

—¿Queréis dejar de apuntar con esas cosas? —rugí— ¡Son destornilladores! ¿Qué vais a hacer, montar un armarito contra ellos?

—Estáis rodeados —declaró un hombre joven, con una cara tan poco memorable que ni siquiera pude retenerla mientras miraba—. ¿Cuál de vosotros es el Doctor? —exigió saber.

—¿Quieres decir que tú no lo eres? —respondí— Menudo alivio.

—Quiero la cabeza del Doctor —declaró.

—Escoge —respondí—. Este tiene toda la pinta de ser tu día de suerte. ¿Qué ha estado tramando la cabeza del Doctor, si me permites que pregunte?

—La Reina de Inglaterra está hechizada.

—Ah, Isabel I, espléndido. Una mujer estupenda, aunque no he tenido el placer de encontrarme personalmente con ella —creí escuchar una risita a mi espalda, pero la ignoré—. ¿De qué forma está embrujada?

—Puso al Doctor en el patíbulo, después le perdonó la vida y lo aceptó como su amante. Debe haber brujería en eso.

Solté una carcajada. ¡Amante!

—Le aseguro, señor, que el Doctor es un viejo... amigo mío, digamos, y aunque interfiere con la historia, tiene límites en cuanto a interferir con... —me interrumpí, porque miré a mi espalda y vi que uno de los Harry Potter parecía un tanto inquieto. El otro se encogió de hombros y me dedicó una mirada de disculpa.

—Para ser justos —dijo—, puede que fuera el calamar. Es un 50-50.

—¿Qué es eso? —el grito alarmado provino del joven poco memorable (supongo que era el mismo, pero no tenía manera de saberlo). Los soldados miraban el vórtice que había sobre sus cabezas. Había empezado a zumbar y a brillar, y atrajo su atención. Me pregunté si las anclas dimensionales se estaban soltando. No tenía mucho tiempo si quería volver por ahí.

—¿Qué brujería es esta? —gritó el joven (una vez más, probablemente el mismo).

—Sí, es brujería, de hecho —dijo una voz, cargada de autoridad. Me di la vuelta, sorprendido. Pajarita estaba caminando hacia el centro del círculo de soldados, haciendo gala de una calma y una autoridad que no había creído que poseyera—. Ooh, brujería brujil —prosiguió, destruyendo el efecto por completo, con lo que solo puedo describir como un bailoteo. Se movió hacia el vórtice y gritó—. ¿Hola? Hola, ¿hay alguien? ¡Perdona, hola! ¿Hablo con la bruja malvada del pozo?

Solo hubo silencio, por supuesto. ¿Qué pensaba ese estúpido que podía conseguir con...?

—¿Hola? —dijo una voz en el vórtice— Perdón, ¿qué estabas diciendo? —era una joven la que hablaba, pero no era la voz de la Interfaz del arma, eso seguro, ya que hasta ahora no había dejado escapar ni una pizca de acento de Blackpool. Pero, ¿cómo era posible esto? No había nadie más en el granero. A menos, por supuesto, que la abertura dimensional llevara a múltiples localizaciones. Lo cual era, a mi parecer, totalmente factible.

—Intento hablar con la bruja malvada, de hecho —dijo Pajarita al vórtice.

—¿Por qué soy yo la bruja?

—Ah, ahí estás, bruja malvada. ¿Te importaría decirles a estos charlatanes mortales que se larguen de aquí?

El vórtice volvió a zumbar y brilló. Recé en silencio para que aguantara.

—Lo que ha dicho —dijo la voz de la chica al fin.

—Un poquitín más de emoción —insistió Pajarita.

Incluso entre la división dimensional fue posible detectar un suspiro. La chica prosiguió con voz alta y firme:

—Charlatanes mortales, será mejor que os vayáis u os convierto a todos en ranas —sonaba como una profesora.

—Ranas, bien. Ya la habéis oído —los chicos estaban agitando los dedos hacia los soldados, que se las arreglaron para parecer impresionados. No era una división de élite, entonces.

—Doctor, ¿qué está pasando? ¿Qué haces en 1562? —gritó la voz.

—Os, no es nada, no importa —respondió Pajarita, agitando una mano que se acercó mucho a golpearme—. Es una cosa del tiempo.

—¿Una qué? ¿Una cosa de qué? —dije.

Sentí que me tocaban el brazo y Traje de Papá me dirigió una mirada solidaria.

—No tengo ni idea de dónde saca esas palabras.

—¡La reina! —gritó uno de los olvidables, y por un momento me desconcertó ver a todos los soldados arrodillarse. Entonces, de entre los árboles a nuestra espalda, surgió una voz, clara como una campana y de un refinamiento exquisito.

—Vosotros no os arrodilláis. Qué tremendamente valientes sois.

Me di la vuelta. No era tan alta como esperaba, ni tan arrogante en sus formas, pero bajo la alegría de sus ojos, sentí una fuerza y una decisión que rara vez me encuentro. Tenía que ser una aliada si la reina Isabel de Inglaterra entraba así en el claro, pensé. Estaba a punto de presentarme y hacer la reverencia apropiada cuando Traje de Papá se puso delante de mí a pavonearse.

—¿Cuál eres tú? —exigió saber con su voz chillona.

—Soy Isabel —respondió ella.

Pajarita agitó las manos a su alrededor.

—¿Qué le ha pasado a la otra?

—Está indispuesta.

—¿Qué significa eso? —espetó uno u otro (estaba perdiendo la capacidad de distinguirlos). Vi una sonrisa en el rostro de Isabel que me hizo temer por cualquiera que la hiciera enfadar.

—Larga vida a la reina —dijo.

—¡Larga vida a la reina! —repitieron los soldados arrodillados.

—Arrestad a estos hombres —dijo Isabel, señalándonos a los tres con la mano—. Llevadlos a la Torre.

Traje de Papá dio una vuelta para mirar a los soldados que empezaban a levantarse. Señaló a Isabel e hizo una pose con un dramatismo tan estudiado que me pregunté si esperaba una máquina de viento.

—¡Esta no es la reina de Inglaterra, es un duplicado alienígena!

—Y podéis creerle —añadió su compañero de juegos—, porque lo ha comprobado.

—¡Oh, cállate!

—Bolsas de veneno en la lengua. Es lo único que digo.

—En serio, cállate.

—No, espera, espera —Pajarita agitó las manos por todo el lugar, como si sus manos estuvieran teniendo ataques separados—. La Torre, ¡has dicho la Torre! Brillante, me encanta la Torre. Exijo que me encarcelen en la Torre con el resto de mi banda. Sí, ya sé lo que estáis pensando, pero este una vez limpio es un encanto —dijo, dándome un golpe en el brazo—. Directos, gracias. Vamos, vamos, si me disculpáis la expresión. Tomaremos el desayuno a las ocho, por favor. ¿Hay Wi-Fi? —hizo un intento de expresar con las manos el concepto de Wi-Fi y dos de los soldados se vieron obligados a agacharse.

—¿Eres capaz de hablar sin aletear con las manos? —pregunté.

—Sí —dijo, y una de sus manos esquivó por poco su nariz—. No —añadió, un poco abatido.

—Silencio —ordenó la reina, para mi alivio—. La Torre no debe tomarse a la ligera. A menos que tengáis prisa por perder la cabeza.

—¿Qué es una cabeza? —rió Pajarita— ¿Qué es una torre? Un día más en la oficina —y me pareció que al decir la palabra «oficina», guiñaba un ojo al vórtice que seguía girando sobre nosotros.

Los soldados nos agarraron a cada uno de nosotros. No le vi ningún beneficio a resistirme por ahora, así que permití que me llevaran con los otros dos. Cuando empezaron a sacarnos del claro, escuché otro zumbido proveniente del vórtice. Ahora sonaba más discordante, casi quebradizo. Cuando miré, lo vi flexionarse y oscurecerse, y giró hasta desaparecer con un suave suspiro. El vórtice se había cerrado. Mi ruta de escape principal había desaparecido.

Mientras avanzábamos entre los árboles, mis pensamientos eran sombríos. Estaba atrapado en este lugar por ahora, y casi seguramente a punto de ser decapitado. Peor que eso, me recordé, estaba a punto de ser decapitado tres veces. Había empezado el día con la certeza absoluta de mi propia muerte. Era una sorpresa ver lo rápido que se había deteriorado la situación.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

SI ESTÁS LEYENDO UN EJEMPLAR PRESTADO DE ESTE LIBRO, INFORMA A TU FAMILIA QUE PUEDES SER VÍCTIMA DE VIOLENTOS EPISODIOS PSICÓTICOS Y ROBARLO.

A petición del Editor, el Capítulo 9 ha tenido que ser aplazado. ¡No, no os cabreéis todos a la vez! No he dicho cancelado, he dicho aplazado. De hecho, preparaos, vamos a entrar ahora mismo.

Una advertencia. Al leer este libro habéis confirmado que sois estudiantes concienzudos del Doctor y sus aventuras. Es posible que os hayáis formado opiniones muy fundadas sobre muchas de las controversias que le rodean: la razón exacta por la que la TARDIS explota durante el incidente de la Pandórica; la fecha precisa de su exilio en la Tierra a finales del siglo XX; por qué en un planeta como Gallifrey su nieta tiene un nombre como Susan; el rumor de si es medio humano. Estas controversias han llegado a su fin, ya que serán todas resueltas en este Capítulo 9. Cuidado: Tendréis que concentraros, ya que lo que estáis a punto de leer implica un encuentro con la misteriosa orden a veces conocida como Los Sacerdotes del Silencio. Estas criaturas han desarrollado una forma de ocultación conocida como “A prueba de memoria”: son capaces de inducir una amnesia completa sobre ellos mismos en cualquier forma de vida que se encuentren. También son más popularmente conocidos como el

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

SI ALGÚN ASPECTO DE ESTE LIBRO TE ESTÁ ENOJANDO, POR FAVOR GOLPEATE SUAVEMENTE LA CABEZA CONTRA UNA PARED PARA RESTABLECER LA PERSPECTIVA.

Y finalmente llegamos al Capítulo 3, considerado por muchos como el más desafiante de los Documentos del Doctor. Por favor recordad nuestros temas generales: quién ha escrito esto sobre el Doctor y sobre qué Doctor lo han escrito. Los momentos en los que el Doctor elige usar o no usar su nombre preferido son, como siempre, reveladores.

Dependiendo de vuestro punto de vista, el Doctor ha estado encerrado en una mazmorra durante dos horas o cuatrocientos años. Se encontraba sin amigos, sin la TARDIS y mientras que en apariencia había tres de ellos allí, en realidad estaba solo.

Consideradlo entonces, el Doctor solo.

(Nota: Aún estamos recibiendo quejas sobre el Capítulo 9, que todos habéis leído. No, no nos hemos olvidado de publicarlo, vosotros habéis olvidado prestar atención a la advertencia. Si dudáis de mí, intentadlo de nuevo)

Capítulo 3

400 Años del Doctor

La mazmorra era oscura, cuadrada y fría, y se ha quedado en mi memoria, como una trampa. Cada puerta que he cruzado desde entonces, cada esquina que he doblado, todavía espero que las paredes de esa cámara se cierren a mi alrededor de nuevo. Si eso parece descabellado, piensa en ello: desde el momento en que llegué allí, supe que estaba destinado a regresar. Mi futuro parado delante de mí, dos veces. Incluso si, de alguna forma, lograba escapar, si encontraba el camino a la TARDIS y atravesaba las galaxias, si corría hasta los límites del universo y me escondía en el vacío más oscuro, con el tiempo mi senda me llevaría de regreso a este lugar y a esos hombres en los que estaba destinado a convertirme. Supe que este lugar sería mi prisión, no solo hoy, si no una y otra vez. Estoy escribiendo este relato para tal vez, finalmente, pueda dejarlo atrás.

Hice ese viaje desde Richmond a la Torre tres veces. O mejor dicho, lo hice una vez y lo vi a través de tres pares de ojos distintos. La primera vez, tirado en la parte de atrás de la carreta, sentado en frente de mis dos futuros yoes, me pareció todo intolerable. Si mis manos no hubieran estado atadas, podría haberme quitado mi propia vida, estrangulándolos a los dos.

Al principio, Pajarita estaba misericordiosamente callado; simplemente estaba sentado ahí, con una gran sonrisa que en la mayoría de los rostros habría sugerido una ligera conmoción —o, en todo caso, habría alentado una a cualquiera con una mano libre— mientras que Tonto del Bote le lanzaba una mirada tras otra, hasta que finalmente dijo:

—Estás muy callado.

—Me han atado las manos —le expliqué y, para mi sorpresa, se echó a reír.

—Un mal hábito, reírnos de nuestros propios chistes —dijo Pajarita antes de echarse a reír de su propio chiste.

—He visto el guiño —dijo Traje de Papá—, le guiñaste un ojo al vórtice. ¿Qué fue eso?

—Comunicación no verbal —respondió Pajarita—. Deberías probarlo.

No podía estar más de acuerdo.

—Fue un guiño, un guiño de verdad. Sé lo que significa un guiño, sobre todo cuando soy yo el que guiña. Salvo que no sé lo que significa, ¿qué significa ese guiño? ¿Tienes un plan?

—Sí, podría tener un plan.

A esto le siguió una conversación rápida de veinte minutos abarcando las ventajas de los planes, el peligro de revelar tus planes demasiado pronto, la opción de fingir tener un plan y esperar que surja algo con lo que puedas fingir que ese era tu plan desde el principio, la necesidad de que este plan en particular se aclare lo antes posible, un recordatorio claro de que posiblemente el conductor de la carreta hubiera escuchado el plan y una petición del conductor de bajar la voz un poco.

—Mira, a mi me gustan los planes —siseó Traje de Papá con una voz solo ligeramente más baja—. Me encanta un plan, yo, estoy hecho de planes. Pero realmente me gustaría saber cuál es este plan porque, en caso de que no lo hayas notado, ¡estamos a punto de que nos corten la cabeza a todos!

—En este momento —dije—, ¿existe la más remota posibilidad de que dejerais de hablar? —me miraron ofendidos— Porque he presentado la solicitud —continué—, para no estar en la siguiente pica.

En dos horas habíamos llegado a la Torre y fuimos conducidos a una mazmorra en lo más profundo. Una vez dentro, Hernández y Fernández no malgastaron el tiempo. Traje de Papá empezó a correr por las paredes, en lo que parecía ser un intento inútil de Parkour, mientras que Pajarita se arrastró desesperadamente por el suelo un rato, hasta que encontró un viejo clavo oxidado, que me mostró con todo el deleite y el orgullo de un niño pequeño que ha encontrado un ratón muerto en una botella de leche.

Me volví y aporreé la puerta.

—¡No podéis encerrarme con estos dos! —me oí gritar— Me quedo con la decapitación ahora mismo, díles que ya estoy listo, ¡me libraré de todo! —apenas me sorprendió su falta de respuesta.

Ahora escuché unas raspaduras detrás de mí, me volví para ver que Pajarita estaba ocupado rascando la pared con el clavo que había encontrado. El otro se paró en su hombro y ladeo la cabeza perplejo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Es el plan.

—¿Qué plan?

—El plan de la oficina —dijo Pajarita.

Hubo una mirada de naciente comprensión en el rostro del otro.

—Oh, ¡eso es ingenioso! Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

—¡Se te ocurrirá! —y los dos empezaron a reírse juntos. Me volví hacia la puerta y me refugié en analizarla con mi destornillador. Traje de Papá estaba a mi lado en un instante

—El Sónico no funciona en eso —dijo—. Es demasiado primitivo.

—Quizás podríamos pedirles una puerta más sofisticada para poder escapar —saltó Pajarita.

—Estoy estudiando alternativas —dije—, a escucharos a los dos. Por lo visto no hay ninguna.

—Muy bien, resumamos, ¿de acuerdo? —podía oír ahora a esas ridículas zapatillas de tenis paseando por el suelo— La Reina de Inglaterra ahora es un Zygon, pero eso no es lo que me interesa. ¿Sabes lo que me interesa? ¡Tú! —no me di la vuelta, pero podía sentir sus ojos clavados en mí— Tú, Abuelo.

Continúe trabajando sobre la puerta. Me imaginaba lo que se avecinaba. Estaba paseando de nuevo.

—Así que así está la cosa. Aquí es dónde se supone que yo debo estar. Rastreando Zygons en la Inglaterra isabelina, esta es mi parte de la línea temporal, mi parcela. Entonces se abrió esa especie de vórtice y básicamente mi pasado y mi futuro me cayeron encima de la cabeza. Muy Cuento de Navidad. Pero, ¿por qué?

Comencé un escaneo a fondo de la puerta, principalmente porque así tenía una razón para no mirarle.

—Te estoy preguntando por qué, Abuelo.

La raspadura se había detenido. Sentí los dos pares de ojos en mi espalda pero no me di la vuelta.

—¿Por qué no le preguntas a tu pequeño amiguito? Se supone que tampoco debería estar aquí —dije.

—No. El Barbillas y yo estábamos sorprendidos. Pero tú viniste buscándonos. Sabías lo que iba a pasar. ¿Quién te lo dijo?

—¿No lo recuerdas?

—¡Eh! —se escuchó una voz lastimera— ¿Barbillas?

—Por supuesto que no lo recuerdo. Nuestra línea temporal está atada con un nudo en esta habitación, nuestros recuerdos están por todo el lugar. Ya sabes cómo funciona. Amnesia selectiva. Si te encuentras contigo mismo, no retienes ningún recuerdo hasta que el evento detonante se repite.

—¿Barbillas? —repitió Pajarita.

—Amigo, sí que tienes barbilla.

—Bueno, eso es algo de esperar.

—Estoy reservando tiempo extra de afeitado.

—Esta puerta —dije—. Hay una forma de cruzarla, ¿sabes?

—No cambies de tema, intento preguntarte algo.

—Intento cruzar una puerta. Tres de nosotros retenidos en un mismo espacio con el tiempo podría provocar anomalías desagradables —me volví hacia ellos, preparado para sus miradas—. En teoría podría detonar una onda sónica aislada entre las moléculas y la puerta se desintegraría.

—Tendrías que calcular la resonancia armónica exacta de toda la puerta a un nivel subatómico —dijo Pajarita y me sorprendió que ya no pareciera tan joven—. Incluso el sónico tardaría años.

—No —le corregí—, tardaría siglos —activé el destornillador—. También podríamos empezar. Nos ayudaría a superar las cosas del tiempo.

Intercambiaron miradas, después Pajarita volvió a su trabajo fuera el que fuese y Traje de Papá retomó su interminable merodeo por la habitación. En mi mano, el destornillador zumbó, los cálculos estaban comenzando. Siglos, pensé. ¡Imposible! Suspiré y observé a los otros dos por un momento.

—Cosas del tiempo —repetí—. ¿Tenéis que hablar como niños? ¿Qué os avergüenza tanto de ser adultos?

Traje de Papá dejó de pasear. Pajarita dejó de rascar. Dos pares de ojos se volvieron hacia mí y la mirada que me lanzaron, a través de la habitación, a través de cientos de años que se interponían entre nosotros, no me dejó ninguna duda en cuanto a su respuesta: yo. Era la fuente de su vergüenza.

—El modo en que me miráis —dije—. ¿Qué pasa? Intento pensar en una palabra mejor que pavor.

Sus expresiones no cambiaron y, en el silencio que siguió y se alargó, empecé a preguntarme por la mirada que estaban viendo en mi rostro. ¿Qué veían estos dos jóvenes perturbados cuando les miraba? ¿Cómo estaba respondiendo mi cara al miedo en las suyas? ¿Cómo podría ser tan aterrador? Pasarían muchos años antes de que lo entendiera.

Esa mirada de pavor permaneció nítida en mi mente durante los años que siguieron a mi primera visita a la mazmorra. Mis recuerdos de la conversación fluctuaron con el paso del tiempo (ahora la tengo más clara), pero la imagen de

esos dos jóvenes enojados, mirándome fijamente, odiándome desde mi propio futuro, nunca se borró. A veces esa mirada llena de pavor me encontraba de nuevo, pero solo cuando era lo suficientemente imprudente como para detenerme frente a un espejo. Ni siquiera la regeneración y una nueva cara disminuyeron el veredicto en mis ojos. Una noche hice pedazos todos los espejos de la TARDIS intentando escapar de la acusación de mi propia mirada, pero, como todo viajero del tiempo sabe, el pasado nunca acaba. El embrollo de las líneas temporales había borrado gran parte de mis recuerdos, pero los detalles importantes permanecieron nítidos. Había abandonado esa mazmorra, había regresado al granero y allí de pie solo, los había asesinado a todos. Y mientras mi mundo gritaba y moría, había salido caminando del fuego, increíblemente vivo. No importaba cuántos espejos rompiese, esa mazmorra seguía esperando en mi futuro y algún día tendría que enfrentarme de nuevo a mi propio juicio.

Viajé por el espacio y el tiempo como un maníaco. Sonreía, reía y daba vueltas, y esperaba que nadie viera a través de mi disfraz. Ayudé donde pude, luché donde contaba y logré la paz por dondequiera que pasé. Salvé vida tras vida y sabía que estaba intentando compensar por cada uno que había matado. Más que nada, estaba intentando no contar cuántos niños había habido aquel día en Gallifrey.

Había veces que pensaba que estaba obsesionado. Una vez piloté la TARDIS a través de una supernova para salvar a un payaso robot y después me pasé una semana tratando de restablecer sus funciones cerebrales superiores. Lo único que hacía era estar sentado ahí entonando “¿Qué tal me veo?” una y otra vez.

—Mejor que yo, amigo —dije. Lo solté por los pasillos de la TARDIS y me fui a buscar a otro al que rescatar. Sabía que todo lo que hacía era en penitencia por los crímenes que había cometido, pero también sabía que nunca nada sería suficiente.

Mis recuerdos de la mazmorra se volvieron cada vez más débiles —por un tiempo apenas podía recordar cómo había llegado allí o cómo la dejé—, pero nunca perdí de vista un único hecho inmutable: un día iba a volver.

Mi segundo viaje a la Torre fue muy diferente al primero. Esta vez me senté en el otro lado de la carreta y me estudié a mí mismo, sentado enfrente no parecía alguien que inspirase pavor, no en ese momento en todo caso. Parecía viejo y cansado; un soldado cansado de la batalla, pensé, en el ocaso de su guerra. Pero entonces sus feroces viejos ojos se encontraron con los míos y rápidamente aparté la mirada.

—Estás muy callado —dije a Chico del Futuro, sentado junto a mí sonriendo con su pajarita.

—Me han atado las manos —espetó el viejo soldado. Mientras decía estas palabras, recordé estar sentado allí diciéndolas y después recordé que me había sorprendido la risa de mi yo futuro, que estaba sentado exactamente donde estaba sentado yo ahora y me reí porque, algunos días, el viaje en el tiempo simplemente no sabe cómo comportarse y el viejo soldado me miró, sorprendido por mi risa.

Chico Prodigio parecía ofendido y empezamos una estúpida discusión sobre los planes. Realmente no escuché lo que ninguno de nosotros estaba diciendo —después de todo tendría otra oportunidad—, en cambio me encontré estudiando esta versión futura de mí. Cuando me senté al otro lado de la carreta, pensé que era un zoquete inepto. De cerca, todavía era un payaso, pero no todo el tiempo.

Cuando fruncía el ceño era un petulante niño de nueve años, pero cuando sonreía, notabas de sus ojos. Era como si encontrara el universo infinitamente cruel, pero era demasiado amable para mencionarlo. Sentado allí junto a él, me pregunté cómo me vería a través de esos ojos viejos y tristes y cuánto tiempo pasaría hasta que lo descubriera.

En el momento en que la puerta de la mazmorra se cerró tras nosotros, comencé a inspeccionar las paredes. Me dije a mi mismo que estaba evaluando la densidad de la piedra a través de una serie controlada de impactos suaves, pero en realidad solo me mantenía en movimiento, reprimiendo mi terror al encontrarme de nuevo aquí, la prisión del pasado y el futuro; la mazmorra del una y otra vez. Había olvidado el olor a rancio, las ratas que se escabullían y el constante sonido de goteo.

Chico Prodigio ahora estaba husmeando por el suelo, buscando algo, y el anciano estaba gritando en la puerta sobre reprogramar su decapitación. ¿Había pasado eso la última vez? Sí, ahora lo recordaba. Estaban emergiendo fragmentos del pasado, pero nunca hasta que llegaba el momento: cuando comenzó la conversación fue como si cada palabra, cada mirada intercambiada, se encendiera en mi memoria, pero solo cuando volvía otra vez, de modo que cada instante que pasaba se volvía antiguo al segundo que llegaba. Cuando finalmente se hizo la pregunta, sentí que había esperado toda una vida.

—El modo en que me miráis —llegó mi propia voz de hace tiempo—. ¿Qué pasa? Intento pensar en una palabra mejor que pavor —finalmente, muchos años después, me vi allí de pie: era pequeño, frágil y con miedo. Había esperado un general con cara de piedra, no esto. Y sin embargo, mirándome a mí mismo, aún sentía todo ese pavor que recordaba haber visto en mi rostro y estaba comenzando a entender por qué.

—Debe de ser muy reciente para ti —dije para romper el silencio.

—¿Reciente? —preguntó.

Fruncí el ceño, mis recuerdos parpadeaban. Vagamente, sabía que había venido aquí desde el granero, desde el último día de la Guerra del Tiempo... pero, ¿exactamente cuándo? ¿Era esta la consecuencia olvidada de la explosión de la que, de alguna forma, había sobrevivido?

—La Guerra del Tiempo —dijo Chico Prodigio—. El último día. El día que los mataste a todos.

Le lancé al chico una mirada.

—El día que los matamos a todos.

—Es lo mismo —respondió.

—No es lo mismo —le dije. Mis palabras seguían rebotando en las paredes y me di cuenta de que estaba gritando. Chico Prodigio me estaba mirando de una manera extraña. Me pregunté que estaba sintiendo y cuánto tiempo pasaría hasta que yo también lo sintiera—. ¿Cómo de reciente? —dije, volviéndome hacia el anciano— El último día, el final de la Guerra del Tiempo. Te pregunto cómo de reciente es eso para ti.

—Nunca hablo de ello —dijo.

—No estás hablando de ello —señalé—. No hay nadie más aquí.

Se calló y miró al suelo, así que lo dejé ahí. El chico casi había terminado de rascar la cadena de numerales en la pared. Era un buen plan, tenía que admitirlo.

—¿Los contasteis? —El anciano había encontrado un banco a un lado de la habitación y estaba sentado. Su mirada descansaba en el suelo y su voz era baja.

—¿Contar qué? —preguntó Chico prodigio.

—Los niños —la mazmorra debía haber estado fría desde el instante en que llegamos, pero esta era la primera vez que lo sentía—. ¿Alguna vez contasteis cuántos niños había en Gallifrey aquel día?

Hubo silencio. Y a medida que crecía en la habitación, tuve un débil recuerdo de lo que iba a decir. Vagamente, recordé la ira y los gritos, mi propio rostro, mirando con incredulidad. Pero, ¿qué rostro?

El silencio goteaba, se escabullía y marcaba el paso. Era un anciano, sentado, mirando al suelo y esperando una respuesta que nunca quería oír.

Estaba paseando por el mismo suelo, muchos años después, deseando hablar y fracasando. En un futuro lejano, me quedé paralizado en la pared con un clavo viejo en la mano y los números grabados en la piedra frente a mí. Aún así no hablé. Sabía qué estaba a punto de responder y tras eso se desataría una tormenta, pero ¿cómo podría atreverme a decir aquellas palabras?

—¿Alguna vez los contaste? —preguntó River Song, unos pocos años después, cuando estábamos de picnic con los antiguos Dioses. Estaba haciendo un truco con una pata de pollo, solo para irritar a Thor.

—Es una larga historia —dije—, ¿has escondido mi Converse?

—No, pero en serio, ¿alguna vez los contaste? —volvió a preguntar, unos años después de eso, en el Subpozo de Jim el Pez.

—¿Qué has hecho con todas mis pajaritas? —pregunté.

—Cielito, por favor dime —preguntó por vigésima vez en más de cien años—. ¿Alguna vez los contaste? —estábamos en el taller de la TARDIS para una noche de mantenimiento básico y kebabs. River me estaba ayudando haciendo todo el trabajo y pinchándome con un palo cuando necesitaba que le pasara algo.

—¿Importa?

—Claro.

—¿Claro, por qué?

—Porque nunca hablas de ello.

—¡Ay!

—Conectores Zeus.

—Ya te los he pasado.

—Esto son castañuelas.

—Tuve que adaptarlos para una fiesta de emergencia con Madame de Pompadour. ¿Qué tal va?

Las manos del payaso robot se retorcían mientras yacía en el banco, pero las luces no se habían encendido en sus ojos.

—No hay funciones cerebrales superiores que restablecer —dijo—. Creo que es un robot de terapia para niños muy básico.

—¡Ay!

—¿Madame de Pompadour?

—¿Celosa?

—Por supuesto que estoy celosa. Mantén tus manos apartadas de ella.

—De acuerdo, un robot de terapia para niños...

—Fue muy popular en las colonias exteriores por un tiempo. Los niños les contarían relatos que les daba demasiado miedo contárselo a los adultos.

—¿Y qué hacían los robots?

—Según el manual, quitarles el dolor.

—Pero si solo deambula, preguntando qué tal se ve.

—Sí, está bloqueado en su última sesión de terapia. Estoy intentando liberarlo de un bucle en una subrutina.

—¿Quién recibe terapia de un robot?

—Gente que no es tan afortunada como tú —me lanzó la mirada habitual—. Gente que no tiene a alguien como yo. ¿Algún mal recuerdo que quieras compartir, cielito?

—He encontrado dos de mis pajaritas cortadas por la mitad.

Me lanzó otra de su selección de miradas y reanudó su trabajo con el robot. Solo River podía volver a conectar interfaces neuronales de mal humor.

—¿Qué haremos con él cuando lo hayas arreglado? —pregunté tras varios minutos de silencio.

—Supongo que dejarlo en algún lugar dónde lo podrían necesitar.

—Buena idea.

—Te diré qué más es una buena idea —continuó soldando, sin levantar la vista—. No. Nunca contaste cuántos niños había en Gallifrey aquel día. Y si ya los contaste, hiciste lo que pudiste para olvidarlo.

—¿Por qué?

—Porque vives en una máquina del tiempo. Toda la historia aún está ocurriendo fuera de esas puertas. En una buena noche, significa que todos los que alguna vez has conocido aún están vivos y no puedes esperar a verles de nuevo. En una mala noche, significa que todo el mundo está muerto y quieres corretear alocadamente por el universo, fingiendo que puedes hacer algo al respecto —levantó la vista hacia mí—. ¿Sé qué versión de ti prefiero?

Y allí estaba, tan viva de nuevo. La recordaba retorcida, quemada y muerta en las profundidades de La Biblioteca.

—¿Y si hay gente que murió por mi culpa? —pregunté— ¿Y si hay gente a la que habría salvado?

—La gente muere. Todas las personas, en todas partes. Nos afligimos y seguimos adelante. Así es cómo respetamos a los muertos. Así es cómo nos perdonamos en su presencia y en su ausencia.

Se había inclinado de nuevo a su trabajo y estaba muy contento de que no pudiera verme la cara.

Sabía que volvería a lo de los niños de Gallifrey, una y otra vez. Pero solo hubo una conversación que tendría al respecto. Las líneas temporales se habían asfixiado en mi memoria como antes, pero sabía que había un silencio en una mazmorra, esperando ser roto. Lo que iba a decir, cuando volviera allí, iba a provocar ira.

La tercera vez que hice el viaje de Richmond a la Torre fue el más extraño, tal vez porque sabía que era el último. Los otros dos parloteaban y cada vez que hablaban, sus palabras aparecían en mi memoria dos veces, a diferentes distancias. Me unía a ellos cuando se suponía que debía hacerlo, mis líneas llegaban a mi cabeza cuando las decía. Era tan mecánico como el payaso robot. Sabía que sería diferente en la mazmorra. Habría silencio y después habría ira y, por más que lo intenté, no pude recordar por qué. Cuando la Torre apareció a la vista, junto al río, sentí miedo como nunca lo había sentido antes. Era la hora de la tercera y última parte de mi sentencia.

Esta vez recordaba el acusado olor a rancio y la huida de las ratas. El viejo colega estaba golpeando la puerta y gritando y el Capitán Fanfarrón estaba golpeando las paredes de la mazmorra, fingiendo que estaba evaluando la densidad de la piedra o lo que fuera que me había dicho a mí mismo en ese momento. Hice mi parte y busqué un clavo por el suelo; sabía desde hacía cientos de años que así era como iba a enviar un mensaje a Clara y Kate. Comencé a rascar los números en la pared y dejé que los otros dos siguieran con ello, uniéndome cuando mi propia voz aparecía en mi memoria. Aún así, no podía recordar cómo se había roto el silencio y quién de nosotros se había enojado tanto.

—¿Tenéis que hablar como niños? —estaba diciendo el viejo amigo—
¿Qué os avergüenza tanto de ser adultos?

Era la hora de darme la vuelta y mirarle: para decirle la verdad con una mirada. Tú. Tú eres la razón de que estemos avergonzados. De nuevo, esa cara perpleja en respuesta.

—El modo en que me miráis —estaba diciendo hace muchos años—.
¿Qué pasa? Intento pensar en una palabra mejor que pavor.

Cientos de años después, me volví a mirarme a mí mismo. Era tan normal. Roto y humilde. Incluso desesperado. Esos ojos no eran espadas, estaban heridos. Esperaba el rostro de un asesino. En cierto modo, eso es lo que hubiera querido. Hubiera sido mucho más fácil verlo como el carnicero de miles de millones; para juzgar la parte de mí olvidada y odiada que extirpé y abandoné en el pasado. Pero el anciano que estaba de pie allí no era eso; era amable, valiente y estaba herido. En Karn me dijeron que me harían un guerrero, pero fuera lo que fuera lo que creyese que era ese hombre y lo que sea que hubiera hecho en nombre de esa creencia, nunca había sido un guerrero en el fondo de sus corazones. ¿Me había mentido la Hermandad? ¿Qué había contenido aquel cáliz? Algún día, si sobrevivía, se lo preguntaría a Ohila.

Pero por el momento comprendí el pavor en mi propio rostro; ese hombre era yo. No alguna otra mutación o alternativa extraña, sólo el Doctor. El hombre que se volvió contra los de su especie y masacró a los niños de todo un mundo, fui, y siempre lo fui, yo. Simplemente yo. El pavor en mi rostro era la vida que pasaría viviendo con ello. Me volví hacia la pared. Estaba en el último número, pero ahora mi mano temblaba. Capitán Fanfarrón estaba preguntando qué reciente era, pero el viejo colega no comprendía.

—La Guerra del Tiempo —expliqué, sin querer mirarle—. El último día. El día que los mataste a todos.

—El día que los matamos a todos —espetó Fanfarrón. Lo sé, quería gritar. Lo sé.

—Es lo mismo —dije porque mi recuerdo me decía que debía hacerlo.

—¡No es lo mismo! —me gritó.

Me volví para rascar el último número en su lugar y esperé la pregunta.

—¿Los contasteis? —esa baja voz cansada. ¿Cuánto tiempo hacía desde que había preguntado eso?

—¿Contar qué? —me obligué a decir, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Los niños. ¿Alguna vez contasteis cuántos niños había en Gallifrey aquel día?

No respondimos. El viejo amigo se sentó, esperando y el silencio crecía como un trueno. Seguí rascando. Fanfarrón siguió paseando. Aún no estaba preparado para hablar, lo que no me sorprendió porque, varios cientos de años después, todavía no lo estaba. Suspiré. Si quieres que algo se haga, hazlo tú mismo, pensé, sin embargo, en esa mazmorra, había pocas alternativas. Saqué el clavo de la pared. Ahora. Dilo ahora. Me volví y me enfrenté a él.

—No tengo ni la menor idea.

Oí que el paseo se detenía, pero mantuve los ojos en el viejo amigo. Estaba mirándome, fascinado. Tal vez incluso horrorizado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó finalmente. Me encogí de hombros.

—No lo sé, perdí la cuenta —regresé al rascado de la pared—. Mil doscientos o así, creo. A no ser que esté mintiendo. No recuerdo si miento sobre mi edad, así de viejo soy.

—Cuatrocientos años mayor que yo y nunca te has preguntado cuántos había. ¿No los contaste ni una vez?

Completé el último número, volví a encogerme de hombros.

—¿De qué serviría? —sentí sus ojos encima de mí, así que le miré. No soltaría mi mirada.

—Uno debería vivir con sus propios pecados —dijo.

—Dos mil cuatrocientos setenta millones —dijo una voz muy cerca de mí.

Me quedé paralizado. No quería mirar a mi alrededor.

—Los contaste —dijo el anciano, sonando muy lejano.

—Dos mil cuatrocientos setenta millones, —dijo la voz, sonando de hecho muy cerca. ¿Cómo podía saber eso? ¿Cuándo hice...?

Una mano se colocó frente a mí, me agarró de la camisa y me dio un tirón. Ahora sus grandes ojos marrones no se veían para nada dulces; se veían más enojados de lo que jamás recuerdo haber estado.

—¡Dos mil cuatrocientos setenta millones! —las solapas de mi abrigo estaban en sus puños y ya no era el favorito de mamá— ¡Dos mil cuatrocientos setenta millones de niños! —estaba gritando ahora, justo en mi cara— Por supuesto que los conté. ¿Cómo podría no contarlos? ¡Por supuesto que lo hice! ¿Y tú lo olvidaste? —rugió en mi cara— ¿Cómo se olvida eso? —y después tengo la sensación de que podría haberme arrojado al otro lado de la habitación. De todos modos, una pared se interpuso de repente en mi camino y, al mismo tiempo, todas las luces comenzaron a parpadear. Cuando me deslicé hasta el suelo, caí en la cuenta de que no había luces en la mazmorra.

La oscuridad no fue un problema por mucho tiempo, porque fuera de la TARDIS estaba soleado y River se estaba riendo mientras se agarraba a mi brazo. Estábamos viendo al payaso robot cruzando los campos hacia un pequeño asentamiento agrícola.

—Es ingenioso cómo funcionan —estaba diciendo—. Cuéntale tu peor historia y corrige los restos desagradables de tus recuerdos —sonrió, de esa manera en que lo hacía cuando había hecho algo que no debería, lo que, para ser justos, era de la única manera que había sonreído siempre.

Después, de alguna forma, un anciano pareció inclinarse sobre mí, con aspecto de estar preocupado y, de repente, no estaba seguro de dónde estaba exactamente...

—Siempre les digo a los jóvenes que tengo a mi mando que no se culpen cuando el día sale mal —dijo el anciano mientras me ayudaba a ponerme de pie—. Estaría agradecido de poder seguir mi propio consejo.

Fanfarrón estaba paseando arriba y abajo al otro lado de la mazmorra, todavía gritando. Nunca pegaba a la gente, estaba chillando. Pegar a la gente iba en contra de sus principios. Pero, ¡dos mil cuatrocientos setenta millones de niños! Se lanzó hacia mí de nuevo, pero el viejo amigo lo interceptó con sorprendente velocidad.

—Seguí adelante —estaba gritando—. No hay otra opción, tienes que hacerlo.

—¿Cómo se puede seguir delante de esto? —gritaba una y otra vez. Ahora estábamos dando vueltas el uno al otro, con el viejo amigo en el medio con las manos levantadas.

—Caballeros, esto no tiene sentido —continuó diciendo—. Esta actitud es impropia.

Y entonces Fanfarrón pasó por encima de él empujándole y de repente yo estaba inmovilizado. Él estaba gritando.

—¿Cómo pudiste olvidarlo? ¿Cómo pudiste olvidarlo?

No sé por cuánto tiempo continuó, pero cuando al fin terminó, yo estaba demasiado aturdido para comprender por qué. Estaban retrocediendo, mirándome. Fanfarrón estaba disgustado, pero el viejo amigo estaba simplemente perplejo. ¿Tenía algo en la cara? Me pregunte. Comprobé que mi pajarita estaba derecha.

—¿Hay algo divertido? —preguntó Fanfarrón— ¿Me he perdido algo gracioso?

Solo entonces me di cuenta de que me estaba riendo, riéndome tan fuerte que tuve que apoyarme en la pared para ponerme en pie.

—¿Qué es lo gracioso? —volvió a preguntar— ¡Dime!

—Míranos —dije—. ¡Vamos, mira! Tú estás tratando de destrozarme, él está tratando de separarnos y ahora yo tengo un ataque de risa tonta.

—¿Por qué demonios es tan divertido? —tronó, pero su rostro estaba tan herido y confuso que casi quería abrazarle.

—Porque —le dije—, así es cómo soy cuando estoy solo.

Tardamos mucho tiempo en dejar de reírnos. Cuando lo hicimos, nos sentamos en fila en el pequeño banco en el lateral de la mazmorra y nos preguntábamos de qué podíamos hablar. En verdad, entre lo que todos sabíamos de todas maneras y lo que los otros dos no debían saber todavía, no había mucho que pudiéramos decir. Así que hablamos de los viejos tiempos de Gallifrey, de por qué nos fuimos y de lo que les debía haber sucedido a los otros. Habían pasado varias horas, cuando mi destornillador zumbó.

—¿Tienes un mensaje? —preguntó el viejo amigo con una mirada mordaz.

Miré el destornillador. Había zumbado así, una vez hacía mucho tiempo. Pero, ¿cuándo?

—Ya lo había hecho antes —dijo Fanfarrón, tan desconcertado como yo—. Lo recuerdo.

Miré al viejo amigo.

—La puerta —dije—. Ibas a calcular la resonancia armónica de la puerta a nivel subatómico.

—En teoría, podríamos desintegrarla. Pero los cálculos tardarían siglos.

—¿Los empezaste? ¿Los cálculos?

—Sí —respondió, comprobando su destornillador.

Mire el destornillador de mi propia mano. La funda era nueva, pero las unidades principales y el software eran los mismos que los del viejo amigo. De hecho había sido los mismos desde hacía cientos de años. Un montón de ideas saltaban como locas arriba y abajo en mi cabeza y algunas de ellas estaban vitoreando.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí? —pregunté.

—Aproximadamente un día, creo.

—No —dije—. No hemos estado eso —me levanté. A pesar de mis mejores esfuerzos, una sonrisa estúpida se abrió camino en mi rostro—. Hemos tenido una buena charla, ¿verdad? —dije— Con altibajos, pero buena de vez en cuando, ¿no? Podría interesarnos saber —continué—, que desde mi

punto de vista, hemos estado hablando durante aproximadamente cuatrocientos años —levanté mi destornillador. Zumbó de nuevo, recordándome que ya estaba listo—. O dicho de otro modo, ¡cuatrocientos años después, los cálculos están completos! Hagan las maletas, señoritas, es día de mudanza.

El Capitán Fanfarrón y el Capitán Viejo se me quedaron mirando. Se pusieron de pie.

—Podremos tener nuestras diferencias —dije, mientras preparaba el destornillador para desintegrar la puerta—, lo que es sorprendente en estas circunstancias, pero a la hora de la verdad, sea lo que sea que alguien diga de mí, vamos a salir de esta celda porque somos tres Señores del Tiempo increíblemente inteligentes.

Para subrayar la cuestión, me giré en redondo y con una gran floritura (¡sí, yo también puedo hacerlo, Capitán Fanfarrón!) apunté el destornillador directamente a Clara Oswald.

Creo que probablemente me quedé parado y mirándola por un momento. Parecía haber neumáticos deteniéndose chirriando en algún lugar, pero podría haber sido el sonido de mi cabeza mientras procesaba lo que tenía justo en frente de mí.

Clara Oswald. De pie en la entrada de la mazmorra. Con la puerta abierta.

Obviamente quería saber cómo había llegado hasta allí y cómo había encontrado el camino hasta la celda, pero, en ese momento, lo que más me confundía era la llave de la mazmorra. Concretamente, el hecho de que no parecía tener una.

—¿Cómo has abierto la puerta? —le pregunté.

Tengo cuatrocientos años de recuerdos sobre esa mazmorra; el tiempo que pasé dentro de ella y los muchos años que viajé en su sombra. Pero creo que el más vivido de todos —y el más importante porque me pareció la lección final de aquellos cuatrocientos años de mi vida— es a Clara Oswald mirándome perpleja y diciendo:

—No estaba cerrada.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

**POR FAVOR MANTÉN SECO ESTE LIBRO EN TODO MOMENTO O
PODRÍA TERMINAR CON TODAS LAS PÁGINAS EMPAPADAS.**

Hablemos, entonces, sobre UNIT...

No, lo siento, ya hemos superado el Capítulo 9. Estoy seguro de que lo hicisteis lo mejor que pudisteis, no es nada fácil para los más inteligentes de nosotros. Volvedlo a intentar, si es que realmente debéis hacerlo, pero los cerebros humanos no están preparados para esta clase de cosas. Seguid mandando mensajes y culebrones, yo lo hago.

Bien entonces: UNIT tiene protocolos estrictos respecto...

No, de verdad, desconectad. Todos habéis leído el Capítulo 9, cada uno de vosotros. Tengo los registros aquí, mirad. Oh, no podéis verlos, no he encendido la Cámara Web. Bueno, lo siento, no quiero usarla hasta más tarde, es un asesinato a la banda ancha.

Oh, esperad, acabo de recibir un email de los editores (bueno, he dicho “acabo”. Como ya expliqué, escribo desde diez años en el futuro, así que, en realidad, me estoy poniendo al día con mis mensajes una década más tarde, lo que es bastante bueno para mí). Ah bien, esto es interesante. Debido a que todos vosotros os quejáis tanto, están añadiendo un extra al libro. Al final, encontraréis una página en blanco adicional (me temo que el precio en portada lo reflejará). La próxima vez que leáis el Capítulo 9, volved aquí y haced una marca. De esa manera podéis aseguraros, sea cuál sea el estado de vuestra memoria, de que habéis leído el capítulo en cuestión. ¿Satisfechos? Estupendo, estupendo.

Bien, UNIT tiene algunos protocolos estrictos respecto al material escrito que cubre cualquier aspecto de sus diversas misiones, viejos tontos caracoles. Nunca se puede tener nada en el ordenador o en cualquier forma de almacenamiento digital. No, los únicos relatos que encontraréis de la actividad de UNIT están escritos a mano por uno o más de los participantes. Están convencidos, benditos sean, que la escritura a mano no puede piratearse (¡ji, ji!) o corromperse (¡Oh, que me duelen los costados, para!)

Una vez, durante una de mis muchas visitas, le pregunté al viejo Alistair (¡Lethbridge-Stewart, mantened el ritmo!) cuál era la cualidad más importante en un mando de UNIT. Lo pensó por un momento, a su manera sería habitual, y dijo: “¡Buena Letra!”

Oh, nos reímos. Pero él y yo siempre nos reímos, hasta el final. ¡Las travesuras que hacíamos! Pero mirad, no estáis leyendo este libro para oír hablar sobre dos viejos amigos que se ríen juntos en una residencia, me doy cuenta de ello, el hecho es que me da igual. Era un buen amigo, el soldado más valiente y un demonio con las damas hasta su último día. Dios mío, ese hombre podría bailar tango, pero tan pronto entraba una chica guapa, me apartaba de un empujón de su camino.

Kate era la niña de sus ojos, por supuesto. Para él no podía hacer nada malo. Sin embargo, cuando iba a visitarle a la residencia, le decía que era su única visita, para que viniera con más frecuencia. ¡Viejo perro! A veces yo estaba allí, escondido debajo de la cama.

Bien, la letra de Kate, debo decir, es excepcionalmente buena (ah, veis cómo vuelvo a lo que interesa), como vais a ver por vosotros mismos. O más bien no, ya que esta es una versión impresa. Ya os dije que la ley prohíbe la existencia de cualquier cosa que no sea relatos manuscritos de las operaciones de UNIT, pero hay muy buenas razones para esta excepción y tengo una gran confianza en que muchos de vosotros no seréis arrestados por poseer este libro. Recordaréis que el Doctor, en uno de sus aspectos, se encontraba en las profundidades de la National Gallery investigando el misterio de los cuadros al óleo con las figuras desaparecidas, antes de saltar por un misterioso vórtice temporal y verse envuelto en las artimañas del Zygon isabelino (que forma más deliciosa de describir el día de uno)

Afortunadamente, un relato de cómo se desarrollaron los acontecimientos en su ausencia ha llegado hasta nosotros con la impecable letra de dos de lo más selecto de UNIT. Tal vez os preguntéis, mientras leéis, por qué, cuándo e incluso cómo se escribió este relato. Todo se aclarará a su debido tiempo. O no, si me olvido de explicarlo. Es una montaña rusa, ¿verdad?

Aquí está el Capítulo 4, titulado con acierto “En Ausencia del Doctor”.

Capítulo 4

En Ausencia del Doctor

LOG 34445986++8U

SOLO EXTRACTO

ESTADO: CONFIRMADO

CONTENIDO: RESTRINGIDO

AUTOR: KLS2

INICIO EXTRACTO

Mi primer recuerdo es un pájaro posado en una pierna en la playa.

Mi recuerdo más triste es el de mi padre, sentado junto a la chimenea, sosteniendo un vaso de whisky. Tenía lágrimas en los ojos y mi madre me estaba sacando de allí.

La visión se desvaneció y me concentré. Me llamo Kate Lethbridge-Stewart.

...Puse la sábana otra vez en su sitio y me sostuve en la pared. Podía sentir el sudor en la palma de la mano contra la fría piedra. ¿Por qué esos recuerdos en concreto?, me preguntaba, ¿y por qué aquí y ahora? Hice un esfuerzo de concentración y me obligué a regresar al presente: estaba en los niveles inferiores de la Subgalería, a veinticuatro metros bajo las calles de Londres. Siete pisos de artefactos históricos prohibidos se apilaban entre la luz del sol y yo. ¿Habría algo aquí, posiblemente alienígena, que pudiera afectar a un cerebro humano? Me di cuenta, sin sorpresa, que me acababa de referir a mi misma como un cerebro humano, el contacto alienígena, con el tiempo, a menudo ocasiona procesos cognitivos disociativos. Decidí realizarme una evaluación psíquica a la primera oportunidad. Encontré un pañuelo y cuidadosamente me sequé el sudor de la cara y las manos. Tenía un equipo de respuesta de UNIT bajo mi mando, la Subgalería había sido asaltada y el Doctor acababa de desaparecer, necesitaba mantener las apariencias.

—Se supone que no debemos tocarlas —vino una voz inmediatamente detrás de mí. Petronella Osgood. Me acordé de una nota en su expediente y

tuve que reprimir una sonrisa. Petronella tiene talento para estar bajo tus pies antes de que incluso sepas que está en la habitación. También era, en ausencia del Doctor, el activo táctico numero uno de UNIT—. Las estatuas, se supone que no debemos acercarnos ni tocarlas —dijo. Sus ojos se movieron hacia el pañuelo que estaba metiendo en el bolsillo y después de vuelta a la figura cubierta detrás de mí. Debe haberme visto ajustando la cubierta cuando llegó.

—Es solo una estatua —dije encogiéndome de hombros—. Echa un vistazo.

—No estamos autorizados a...

—Tenemos una incursión, se suprimen los protocolos habituales. Examina las estatuas, examina lo que quieras, pero la piedra en polvo del suelo es en lo que el Doctor quería que te centrases. ¿Conseguiste un equipo?

—Hay unos cuantos más dirigiéndose hacia aquí desde la Base de la Torre, McGillop ya me está ayudando, pero está siendo un poco...

—¿Un poco qué?

—No quiero decirlo.

—Bueno, de alguna forma lo dijiste.

—Me detuve antes de decir el adjetivo, estoy mejorando. ¿Dónde está el Doctor? ¿Aún está abajo?

Consideré qué decirle. Aunque tenía un coeficiente intelectual tan alto que la Base de Ginebra había rechazado los resultados de la prueba tres veces, su carácter podía ser impredecible. Recordaba haber dicho que ella estaba tan tensa que era una maravilla que sus pies consiguieran llegar al suelo. Pensé en la mejor manera de explicarle que justo un piso más abajo de nosotras se había abierto un portal temporal, que llevaba a la Inglaterra isabelina, y el Doctor lo había atravesado saltando sin medios para regresar.

—Ha salido del edificio —resumí—. Vuelve al trabajo.

—¿Cómo podría haber salido del edificio?, estaba abajo y la única salida es...

—Ha salido del edificio —repetí—. Piedra en polvo, puedes irte. ¡No, no, espera un momento! —me acordé que Clara estaba oyendo al Doctor hablando en el otro lado del portal.

—Creo que ahora hay tres —dijo y después pareció perpleja al saber que existía un precedente de eso.

—En realidad te estaba buscando —continuó—. ¿Tengo razón al decir que existe un precedente de la presencia de tres encarnaciones del Doctor en la misma zona temporal?

—Sí, tenemos registros de eso. Los Expedientes Cromer. Pero solo ocurre en las emergencias más graves —dijo “emergencias más graves” abriendo dramáticamente los ojos, como si practicara todas las noches en el espejo. En su expediente personal alguien había añadido “fangirl” a su lista de cualificaciones—. Ya sabes, cuando el peligro es muy terrible, incluso el Doctor no puede afrontarlo solo.

—Inhalador.

—Sí, lo siento.

—Envíame toda la información que tengas sobre las ventajas estratégicas de tres Doctores simultáneamente en juego —dijo—. Después analiza esa piedra en polvo. Será mejor que vuelva allí abajo.

—Entonces, ¿está Clara sola? Porque has dicho que el Doctor había salido del edificio...

—¡Vuelve al trabajo!

Me apresuré a bajar las escaleras. Si la presencia activa de tres Doctores indicaba una emergencia mayor de lo normal, posiblemente era la hora de que tomásemos medidas más enérgicas. Clara aún estaba de pie frente al portal, escuchando, y podía oír la voz del Doctor parlotando.

—Espera, la Torre, ¿has dicho la Torre? Oh, sí, brillante, me encanta la Torre. Exijo que me encarcelen en la Torre con el resto de mi banda.

Clara notó mi llegada.

—Está diciendo estupideces. Eso significa que tiene un plan.

Archivé la información.

—¿Ha hecho algún intento de volver?

—El fez no lo hizo. Supongo que él tampoco puede.

—No es fácil encontrar viajes en el tiempo en la Inglaterra isabelina.

Más allá del portal, una voz de mujer estaba diciendo algo de que el Doctor no debería tomarse la Torre a la ligera, a menos que tuviera prisa por perder la cabeza.

—Oh, ¿qué es una cabeza? —se oyó la voz riéndose del Doctor— ¿Qué es una Torre? Solo otro día más en la oficina.

Clara me miró frunciendo el ceño —creo que acaba de guiñarme un ojo. Cuando ha dicho “oficina”, me ha guiñado un ojo.

—No puedes verle —dije.

—Su voz hace algo cuando guiña un ojo.

—¿Guiña un ojo de forma audible?

—Sí, lo hace.

Busqué en mi memoria cualquier posible clave en la palabra “oficina”. Había una lista conocida de palabras en clave usadas por el Doctor que me distrajeran por un momento, hasta que se me ocurrió lo obvio.

—Dios mío, ese hombre es inteligente —dije—. ¡Vamos!

Corrí hacia las escaleras. Detrás de mí, oí a Clara gritando:

—¡No, Kate, espera! Creo que el portal se está cerrando.

—No necesitamos el portal —grite a mi vez—. ¡Ven conmigo!

—¿A dónde vamos?

—A mi oficina —dije—, también conocida como la Torre de Londres.

—El Cuartel General de UNIT está ubicado en la Torre de Londres —le expliqué en la parte trasera del coche.

—Que es a dónde acaban de llevarse al Doctor —respondió Clara. Ahora estaba frunciendo el ceño, tratando de recomponer todas las piezas. Recordé lo rápida e inteligente que había sido en su última visita.

—Hace casi quinientos años, sí.

—Bueno, sé que tiene una esperanza de vida larga, pero se pone de mal humor si duerme en...

—Como estoy segura que has notado, podemos hacer algo mejor que dejarlo allí durante cientos de años —apreté un interruptor y se levantó una pantalla de vidrio que nos aisló del conductor—. Clara Oswald, tengo que informarte que La Fuerza de Inteligencia Unificada no sabe ni aprueba ni tiene acceso a ningún medio de viaje en el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque eso hacemos y estoy mintiendo. Discúlpame.

Ignorando su mirada de desconcierto, agarré el teléfono y di las órdenes necesarias. Debían registrarse las mazmorras de la Torre.

—Números, les dije, una secuencia de números, rayados en una pared o en el suelo. En cuanto los encontrasen, debían enviarlos directamente a mi móvil. Tuve cuidado de no decirles mi ubicación actual o que había abandonado la Subgalería. La operación había entrado en una fase crítica y toda información era ahora tácticamente ponderada.

Para cuando les había informado a todos, habíamos llegado a la Torre. Cruzamos la puerta de la Sala de las Joyas y entramos en el laberinto de pasillos. Estaba usando mi Pase Cero para que mi llegada no fuese detectada. Evitando la sala de operaciones y las cámaras de seguridad, conduje a Clara por la ruta más enrevesada a la Entrada Negra. Frunció el ceño ante lo que parecía un par de puertas de armario y después se me quedó mirando fijamente mientras las abría. Quince metros de pasillo se extendían frente a nosotras, tan altos y estrechos como un cañón. El polvo pendía en la débil luz como un enjambre y unos círculos amarillos se agrupaban en el suelo bajo unas lámparas de color verde. En el otro extremo había una puerta de hierro y un hombre con la cara ensombrecida y una camisa blanca. Estaba sentado en una mesa y permaneció inmóvil como un maniquí mientras comenzamos a caminar hacia él.

—¿Qué te parece? —pregunté a Clara.

—Un poco Segunda Guerra Mundial —dijo.

—Esa fue la última reforma, sí. Justo antes, en realidad. ¿Dónde crees que estamos?

—¿Debería saberlo?

—Creo que probablemente lo estarás averiguando. Puedo oír cómo chirrían los engranajes.

Clara se encogió de hombros.

—En la Subgalería, esos armarios vacíos... toda la plantilla se trasladó a unas instalaciones más seguras.

—¿Sí?

—Había una letra B junto a todos esos armarios. Se llame como se llame este sitio, supongo que empieza por B y es dónde pones todas las cosas que crees que son peligrosas.

Lista, pensé, y no le importa que lo sepan, lo que equivale a decir: inteligente, pero no prudente.

—El Archivo Negro. Tiene el mayor nivel de seguridad del planeta. A todo el personal se le borra la memoria al final de cada turno —señalé la iluminación—. Filtros automáticos de memoria en el sistema de iluminación.

Habíamos llegado a la mesa. Atkins levantó la vista hacia nosotras. Sus ojos estaban tan llorosos y llenos de miedo como nunca recordaba haberlos visto y parecía más delgado y devastado que nunca. Los borrados repetidos de memoria a diario tenían sus consecuencias; podría haberle parecido necesario alguna vez a alguien, pero cara a cara con el resultado en vivo, simplemente parecía de bárbaros.

—Acceso, por favor —dije.

Atkins inclinó la cabeza a cada una de nosotras por turno, con cuidado:

—Madame. Madame —concentrándose con fuerza, como un niño recordando instrucciones, se dirigió hacia la puerta de acero detrás de él con la llave ya en la mano.

—Atkins, ¿verdad?

—Sí, madame, Atkins. Es mi primer día aquí.

—¿Cómo se siente?

—Aún me estoy acostumbrando a este lugar, madame. Es mi primer día aquí —repitió sin darse cuenta.

Miré a Clara.

—Lleva aquí diez años —susurré y señalé con la cabeza las luces. Parecía conmovida y no la culpaba—. Es un voluntario —dije—. No es que lo sepa ya.

Venía una corriente helada desde la puerta abierta y Atkins se apartó a un lado para dejarnos pasar.

—Gracias, Atkins.

—No hay problema, madame. Es mi primer día aquí —nos lanzó a ambas una mirada de desconcierto, como si intentase recordar algo. Estaría haciendo eso el resto de su vida.

Hice pasar a Clara al almacén. La habitación era un enorme cubo negro y las paredes brillaban como granito pulido. Mire a mi alrededor. No había estado en este lugar desde hacía mucho tiempo. Ahora estaba repleto de estanterías, cajas de embalaje y algunos armarios de la Subgalería. A parte de ser más alto y más espacioso de lo que el edificio que le rodeaba permitía (ventajas de la tecnología robada), podría haber sido cualquier hangar de almacenamiento en cualquier lugar. Hasta que, por supuesto, mirabas más de cerca lo que había en los estantes o ponías la mano en las lisas y brillantes paredes y sentías su calor. Décadas de contacto alienígena habían dejado a UNIT con una extraordinaria cantidad de tecnología extraterrestre en las manos. Dado que la mayor parte se había recogido durante intentos de invasión extraterrestre, un

alto porcentaje de la tecnología era algún tipo de armamento. El Doctor había querido destruirlo o sacarlo del planeta, pero UNIT había sido demasiado rápido para él. Ahora, como una cuestión de procedimiento, todo era almacenado aquí, en el único lugar del planeta al que la TARDIS del Doctor nunca podría ir. Quienquiera que tuviera el control de esta habitación, tendría el control efectivo del planeta Tierra. Lo que podría, reflexioné, resultar ser el del error clave estratégico de toda la raza humana.

Clara miraba a su alrededor y me di cuenta de que estaba decidida a no dejarse impresionar. Era fácil de leer, en algunos aspectos, y me preguntaba si sabía lo peligroso que podía ser.

—El depósito más grande de tecnología alienígena abandonada y redistribuida de todo el planeta —le dije.

—Y se encuentra todo bajo solo una cerradura y la llave, un poco básico, ¿no?

La seguí la mirada hasta la puerta abierta. A través de ella, podía ver a Atkins alcanzando el teléfono de su mesa. Sus movimientos eran lentos y nerviosos.

—No podemos permitirnos seguridad electrónica aquí abajo, tenemos que bloquear al Doctor —dije—. Toda la Torre es a prueba de la TARDIS. Realmente no aprobaría la colección.

—¿Y me dejáis entrar a mi?

Ahora Atkins había descolgado el teléfono. Era uno de esos viejos teléfonos con dial giratorio, probablemente estaba aquí desde la Segunda Guerra Mundial, y durante un momento parecía confuso sobre qué hacer con él.

—Tú tienes el nivel máximo de seguridad desde tu última visita —le dije y señalé con la cabeza unas fotografías que estaban en la pared. Les echó una mirada y después se las quedó mirando fijamente, visiblemente estremecida. Podía verse a sí misma en varias de las fotografías, de pie en el mismo lugar, en la misma habitación en la que creía haber entrado por primera vez—. Filtros de memoria —me disculpé. Volví a mirar a Atkins, todavía dudaba con el teléfono en la mano. Ahora, confuso, lo volvió a colgar. La mano le temblaba cuando la retiró. El pobre hombre estaba hecho un lío terrible.

—¿Y por qué estaba aquí? —estaba preguntando Clara.

—Tenemos que examinar y entrevistar a todos los asociados conocidos del Doctor. No podemos permitir que ninguna información del Doctor y la TARDIS caigan en las manos equivocadas. El conocimiento público sobre él podría tener consecuencias desastrosas —señalé a las dos carátulas de películas que estaban en la pared y vi que sus ojos se abrían como platos.

—¿Peter Cushing interpretando al Doctor? ¿El tipo de La Guerra de las Galaxias?

—Oh, sí. Dos veces. Intentamos ocultar las películas, pero seguían apareciendo en días festivos.

—¿El Doctor las ha visto?

—¿Verlas? Le encantan. Le prestó un chaleco a Peter Cushing para la segunda película, son grandes amigos. Aunque nos dimos cuenta de que cuando Cushing comenzó a aparecer en las películas, lo hizo mucho después de su muerte.

—¿Qué está haciendo eso aquí? —preguntó. No me di cuenta de lo que estaba hablando hasta que seguí su mirada. El cuadro “Gallifrey Cae”, el que se le mostró al Doctor cuando llegó, estaba apoyado contra la pared, como si alguien acabara de dejarlo allí.

—No lo sé. Es extraño, no he ordenado que se trasladara.

—¿Eso importa?

¡Estamos en medio de una invasión!, quería gritar, ¡todo importa!.

—No lo sé, comprobaré lo que está pasando en un momento. Por aquí —la conduje al centro de la habitación dónde había una pequeña cámara de acero, un pequeño cubo dentro del cubo más grande del Archivo. Había una puerta, que solo podía abrirse con un escáner de mi retina. Activé la cerradura y conduje dentro a Clara. Se encontró mirando lo que parecía ser una muñequera de cuero montada en un soporte. Logró permanecer tan poco impresionada como siempre.

—Un manipulador del vórtice —dije—. Legado a los archivos de UNIT por el Capitán Jack Harkness en el momento de su muerte. Bueno, una de ellas.

—¿Qué es?

—Para viajar en el tiempo. Para que un hombre viaje en el tiempo, básicamente. Tiene el nivel más alto de seguridad que cualquier artículo aquí, nadie puede saber que tenemos esto, ni siquiera nuestros aliados.

—¿Por qué no?

—¿Estás de broma? ¿Americanos con la habilidad de reescribir su historia? Ya has visto la cobertura de sus noticias.

—De acuerdo. Entonces, ¿así es como vamos a rescatar al Doctor?

—No podemos. Dudo que tenga suficiente potencia para un viaje de ida y vuelta. Y en cualquier caso, no sabemos el código de activación. El Doctor

sabe que tenemos esto, así que siempre nos ha ocultado el código. Si quiere que lo ayudemos, va a tener que cambiar de opinión.

Finalmente Clara comprendió.

—Y está en el mismo edificio que nosotras, hace quinientos años —sonrió—. Nos va a dejar un mensaje.

—Tallado en una pared, supongo. Tengo a un equipo buscando una secuencia de dígitos en las antiguas mazmorras. Me enviarán lo que encuentren —Conecté el teléfono al nodo de contacto en la pared—. La única forma en que se podía recibir una llamada dentro del Archivo Negro. Tal vez porque mi mente estaba con el teléfono, oí el giró del dial, incluso al otro lado de la habitación

—Perdóname —le dije a Clara—. Tengo que hablar con Atkins.

Atkins seguía marcando cuando llegué a su mesa. Tan suavemente como pude, le quité el auricular de la mano y lo volví a colgar en la horquilla.

—Por favor, no informe de mi presencia aquí —dije.

—Es el protocolo, es el procedimiento.

—Se convirtió en procedimiento porque yo lo hice procedimiento. Lo que le estoy diciendo ahora es que hoy no es el procedimiento.

—Es mi primer día aquí. Es el procedimiento. Lo siento. Es mi primer día aquí.

Le miré por un instante. Lo que se le había hecho a este hombre, en aras de la seguridad, iba más allá de la crueldad. UNIT tenía mucho que explicar.

—Escuche, Estamos en estado de emergencia. En momentos como este, la información sobre mi paradero se vuelve de tal valor estratégico que se oculta a todo el mundo. Por la seguridad de todo el planeta. ¿Lo entiende?

Lo intentó. Podía verlo en su rostro. Pero sus ojos se nublaron de nuevo.

—Es mi primer día aquí.

Mi mandíbula se tensó. Después de tantos años de servicio, aún sentía la misma ira cuando era testigo de los ultrajes que tan a menudo visita a los valientes.

—Venga aquí —dije.

—¿Perdone, madame?

—Levántese y venga aquí, por favor.

Hizo lo que le ordené, por supuesto, y se paró, aterrorizado, en frente de mi. Podía sentir cómo temblaba mientras le envolvía con mis brazos.

—Madame, ¿qué está haciendo?

—Le estoy abrazando, Atkins, ¿le parece bien?

Dudó.

—Es mi primer día aquí.

—Lo que le han hecho es inaceptable y, en la medida que me corresponde, me disculpo en nombre de las personas que se lo hicieron. ¿Lo entiende?

—Creo que sí, madame.

—Lo lamento —apreté fuerte y le sentí relajarse—. Lo lamento —dije de nuevo. Lo volví a sentar en su silla, le limpié un poco de baba de la comisura de la boca y le gire la cabeza para que no fuera obvio, al menos a lo lejos, que le había roto el cuello.

Mientras me giraba para irme, sentí que mi sangre se congelaba. Un par de ojos brillantes como diamantes me miraban desde la oscuridad. A unos centímetros de mí, protegido en la sombra, había un Zygon.

Sentí un ataque de pánico, pero lo controlé. Esto no podía suceder, ¡ahora no! Tenía que ser más cuidadosa. Cerré los ojos y me concentré.

Mi primer recuerdo es un pájaro posado en una pierna en la playa.

Mi recuerdo más triste es el de mi padre, sentado junto a la chimenea, sosteniendo un vaso de whisky. Tenía lágrimas en los ojos y mi madre me estaba sacando de allí.

Me llamo Kate Lethbridge-Stewart.

Cuando abrí los ojos, el Zygon se había ido y Kate estaba de nuevo devolviéndome la mirada desde el espejo. Me sequé el sudor de la cara. Por la ira y el estrés, había permitido que la huella corporal se escapara y eso no podía volver a ocurrir. Me había adentrado con éxito en un importante objetivo estratégico del planeta Tierra y el armamento más poderoso de la raza humana estaba en mis garras. Ahora, más que nunca, tenía que guardar las apariencias.

Volví a entrar en el Archivo negro y esta vez cerré la puerta. Había podido dar a Atkins una muerte sin miedo y tenía muchas esperanzas de poder hacer lo mismo por Clara Oswald.

FIN EXTRACTO

LOG 46667300++6U

SOLO EXTRACTO

ESTADO: CONFIRMADO

CONTENIDO: RESTRINGIDO

AUTOR: PO2

INICIO EXTRACTO

Todo está un poco revuelto en este momento, pero escribirlo probablemente será útil. O no. Pero tengo que escribirlo de todos modos, así que, ya sabes, allá va.

Recuerdo que estaba acurrucada en una esquina y podía oírlos moverse. Ya no se oían gritos, así que supuse que los tenían a todos y que al final me encontrarían. Estaba tan asustada que creía que podría saltar en pedacitos. Pero también estaba enfadada conmigo misma y creo que el Doctor también habría estado enfadado. ¡Porque era todo por mi culpa! Yo fui la que se dio cuenta. ¿Por qué no mantuve cerrada mi estúpida boca?

Estábamos tres pisos más abajo en la Subgalería y McGillop estaba siendo un poco algo, pero logré no decir nada al respecto. No es que estuviera agradecido, por supuesto, lo que era típico. Me había propuesto ocultar mis sentimientos TODO EL DÍA, pero él seguía sin notar nada.

El Doctor nos había pedido analizar la piedra en polvo/el polvo de roca/los depósitos de arena, pero el problema era que la piedra en polvo/el polvo de roca/los depósitos de arena en realidad no eran muy interesantes y McGillop siguió hablando al respecto.

—Es arena. Solo arena. ¿Qué importa la arena?

Oh, pensé, ¡mira quién es el pony más vulgar del prado! Pero decidí mantener ese tipo de lenguaje solo para mí porque a veces es bastante atractivo (aunque bajo). El resto del equipo había llegado y había equipamiento por todas partes y cables diseminados (¿es eso una palabra?) por todo el lugar. Creo que probablemente estaban trabajando lejos, pero no estaba segura porque no recordaba la mayoría de sus nombres y tenía que evitar el contacto visual. A veces se paraba en frente de mí, lo que significaba que tenía que cerrar los ojos. No creo que alguien lo haya notado, pero es difícil saberlo cuando no puedes ver.

—¿Qué importa la arena, Oz, tienes una teoría? —preguntó McGillop, a su manera habitual, porque es irlandés (lo que está bien)

—¿Por qué iba a saberlo?, —pregunté.

—Porque uno de nosotros es bonito y uno de nosotros es un genio y, desgraciadamente para mí, ambos son tú.

Probablemente estaba siendo sarcástico de alguna manera ingeniosa, pero no pude averiguarlo, así que decidí que me enojaría más tarde.

—Realmente lo digo en serio —dijo con una bonita sonrisa (sospechoso).

Decidí ignorarle completamente. Y después decidí que no.

—La composición es interesante —le dije, haciendo correr un poco de piedra en polvo/polvo de roca/depósito de arena por entre los dedos—. Mármol, granito, muchas rocas diferentes, pero ninguna es del material del edificio.

—De acuerdo, ¿Y?

—¿Y de dónde proviene? No viene de las paredes ni el techo. Estas son instalaciones seguras y sabemos que toda esta arena no estaba aquí antes. Entonces, ¿cómo llegó?

—¿Tal vez algo se rompió?

—¿El qué? ¿El qué se rompió? ¿Un gran montón de diferentes clases de roca se rompió y después se distribuyó uniformemente por todo el suelo de la Subgalería? Incluso si hubiera habido un montón de rocas aquí, que no las había, ¿quién las machacó y distribuyó la arena? —ahora estaba frunciendo el ceño, así que le lancé una bonita sonrisa.

—Tal vez lo que sea que vino a través los cuadros —dijo—. Pero eso no tiene sentido. Sé que debemos mantener la mente abierta, pero ¿qué hay en los cuadros al óleo isabelinos que quiera romper y machacar rocas?

Fue entonces cuando comencé a reflexionar. No había ninguna roca aquí que pudieran haber roto, pero si lo pensabas, había una gran cantidad de piedras.

—¿Puedo servir un poco de té? —preguntó McGillop.

—¡No te estoy sirviendo té! —espeté.

—No, tu no, yo te estoy sirviendo té, porque ese es mi trabajo cuando estás pensando y ya veo que has encendido los motores.

Podía oír como lo vertía, pero no podía mirar porque mi cerebro estaba yendo muy deprisa. Ahora estaba de pie en frente de mí, ofreciéndome una taza. La sostuvo con el asa hacia mí para que no me quemase cuando la agarrara, lo que probablemente significase que se estaba quemando su propia

mano mientras estaba parado ahí. Me di cuenta que eso era amable, pero ¿era también paternalismo? Decidí que tomaría una decisión al respecto más tarde y le enviaría emails.

—Gracias, lo siento. Solo estoy haciendo sumas —después le cogí la taza de té porque creía que podría comenzar a llorar.

—¿Quieres que te traiga tu portátil? —preguntó.

No tardé en hacer los números. Calculé el área total del suelo de la Subgalería, estimé la profundidad media de la arena y con una buena idea del volumen cúbico presente en la Subgalería, lo modelé en diferentes formas. Ejecuté patrones de distribución posibles antes de darme cuenta de que había suficiente arena en la galería para hacer cincuenta y dos montones del tamaño de un hombre. Hice una referencia cruzada con mi fichero sobre la Subgalería y me di cuenta de que había exactamente cincuenta y dos estatuas aquí. Todas ellas estaban cubiertas. Nueve estaban rodeándonos en este pasillo ahora mismo.

—He dicho —estaba diciendo McGillop—, que si quieres que te traiga tu portátil.

Mire la taza de mi mano. La superficie del té temblaba, como esa escena de Parque Jurásico en la que había un dinosaurio aproximándose dando pisotones. Aunque no era un dinosaurio, era yo, temblando. Miré las estatuas cubiertas que se alineaban en las paredes del pasillo. Comprobé las salidas. Había sólo una, a seis metros de distancia y tenías que saltar sobre todos los cables y cajas de embalaje que habíamos traído.

—¿Oz? ¿Te encuentras bien? —McGillop me estaba mirando, pero descubrí que no podía mirarle porque de repente había olvidado cómo usar los músculos del cuello. Me concentré en hablar.

—Debemos irnos —dije—. En este momento, en este instante.

—¿Qué pasa?

—Los seres de los cuadros. Sé por qué rompieron las estatuas —mi voz era un poco temblorosa y ya estaba pensando que no debería estar diciendo esto en voz alta.

—¿Por qué? —preguntó McGillop.

—Porque necesitaban un lugar para esconderse —dije abruptamente.

Por un instante no pasó nada, después todas las estatuas bajo las sábanas comenzaron a relajarse y enderezarse, como niños al final de un juego al escondite. Y después, lentamente, todas las cabezas cubiertas se volvieron hacia nosotros. Ya estaba corriendo antes incluso de pensarlo.

—¡Primero corre —decía siempre el Doctor—, gana tiempo, piensa bien! —salté sobre las cajas de embalaje y subí corriendo las escaleras. A mi alrededor, las sabanas estaban cayendo de las estatuas y extrañas y grumosas manos se extendían hacia mí en la oscuridad. Corrí y corrí y no grité ni una vez. Me estrellé contra un armario y, de repente, el suelo se llenó de ratas, saltando y arañando, pero aún así no grité. Ahora estaba mirando a una pared.

—Al final —había dicho el Doctor—, todos se quedan sin pasillo.

Podía oírle detrás de mí. Me giré. Medía alrededor dos metros de alto, era rojo y de aspecto húmedo. Su piel estaba cubierta de ventosas, tenía una enorme cabeza de bebé y ojos diminutos y brillantes. Parecía que sonreía, pero creo que era solo la forma de sus dientes. En el fondo de mi mente se abrió un archivo. Zygons, el Lago Ness, metamorfos.

Se detuvo a unos pasos y se me quedó mirando. Al principio pensé que no iba a pasar nada, después una gotita de un pringue amarillo le bajó por entre los ojos, dejando un rastro de baba y con un fuerte crujido, toda la cara comenzó a separarse. Cuando se abrió, la carne se expandió como una pizza de queso en medio de la lenta separación de las dos mitades. No grité, pero de repente la pared me presionaba con fuerza contra la espalda. Toda la cabeza se había abierto, deshaciéndose en segmentos como una naranja pelada y con un horrible gorgoteo de succión, una nueva cabeza comenzó a crecer en medio del muñón del cuello. Al principio era del tamaño de un puño, sin rasgos distintivos solo con una boca redonda. Después se retorció, creció y un par de pequeños ojos humanos se abrieron y me miraron directamente. Las facciones ahora se estaban formando alrededor de los ojos y en pocos segundos comprendí a quién estaba mirando.

—Hola Petronella —rechinó una replica de mi propia boca en rápido crecimiento—, soy Petronella.

Cerré los ojos porque no quería ver la parte siguiente. Cuando los volví a abrir de nuevo, un duplicado perfecto de mi estaba de pie allí. Incluso había una mancha química verde en la manga izquierda de mi bata de laboratorio, que nunca iba a salir (¡Cálate, mamá!) Busqué mi inhalador, después me di cuenta de que ya estaba en mi boca. La otra Osgood sonrió y me tendió la mano.

—¿Podrías prestarme el inhalador, por favor? No parece que haya copiado eso. Un trabajo apresurado, lo siento —le dio la tos sibilante que yo conocía tan bien—. Oh, detesto cuando me lo dan con un defecto.

Por un momento sentí como si estuviera en nuestras dos cabezas, mirando por ambos pares de ojos. Me di cuenta de que ella todavía estaba concentrada directamente con mi mente y probablemente aún me estaba descargando. Me estaba robando el último detalle particular que era mío. Simplemente sacándolo de mi cerebro y apropiándose. Todos mis estúpidos

secretos, todas las cosas que me avergonzaban. Era la primera vez que realmente quería gritar.

La siguiente parte fue bastante confusa. De repente se escuchó un ruido terrible por todas partes y tarde mucho tiempo en darme cuenta de que venía de mi otra yo. Estaba gritando y gritando, no como si estuviera asustada, si no como si estuviera furiosa. Y después apareció esa expresión rabiosa en sus ojos y se abalanzó sobre mí. Me eché contra la pared, convencida de que estaba a punto de morir, pero lo único que hizo fue pasar junto a mi y correr, todavía gritando, por el pasillo.

Por un momento pensé que debería seguirla, pero después me encontré apoyada contra la pared e instantes después deslizándome hacia abajo. Me senté ahí, acurrucada y temblando, y me pregunté qué podría haber hecho para asustar a un Zygon. ¿Mis recuerdos eran realmente tan espeluznantes? ¿Eran tan embarazosos? Sin embargo tenía que ser sensata, podía haber algo que aprender de ello y el Doctor querría saberlo. Pero esperaba que no fuera ese incidente con mi hermana y las tortugas muertas. No sé cuánto tiempo estuve sentada allí, pero solo McGillop me encontró, ¡gracias a Dios! —Todas las estatuas eran Zygons —le dije cuando me ayudó a ponerme en pie—. Son metamorfos, ¡me han copiado!

—Sí —dijo McGillop—. También me han copiado a mí.

—¿Qué le ha pasado a tu duplicado? ¿Dónde se encuentra ahora?

McGillop me lanzó una sonrisa triste que siempre me había gustado (pero no realmente, sólo como amigo).

—Parado frente a ti. Me temo que soy el duplicado.

¡Oh! Eso era muy malo, pensé. Y después me enfadé un poco y pensé que era mejor que no hubieran lastimado a McGillop en modo alguno (porque era un valioso colega, como muchas otras personas, mujeres incluidas)

—De acuerdo —dije y le miré a los ojos, justo como lo haría el Doctor—. Bueno, ya he asustado a uno de vuestros duplicados Zygons, puedo hacerlo de nuevo.

—No, me temo que no puedes.

—Sí, lo hice, corrió justo por ese pasillo. Gritando.

Aún me estaba sonriendo tristemente.

—Lo siento —dijo—. Esa era Osgood.

Tuve el momento ¡Vaya! más grande de mi vida. ¡Por supuesto! ¡Oh, por supuesto! No era Petronella Osgood en absoluto, ¡era el Zygon! A veces era complicado descargar todos esos recuerdos a través de un pequeño enlace

psíquico. A veces la mente del donante podía abrumarte, especialmente si había involucradas emociones intensas. Además, me di cuenta de que esta mente era enorme. La mente más grande que había ingerido jamás. Había millones de pensamientos aleatorios dando vueltas por todos lados, como una estampida de ponis de dibujos animados. Era tanto que no podía hacer otra cosa que agacharme.

—Probablemente sería mejor matar a Osgood súper rápido —dije—. Es terrible, terriblemente inteligente y apenas hay espacio para mí aquí dentro. Además, se llevó mi inhalador.

—Será un placer —dijo McGillop—. Pero tenemos nuevas órdenes: tenemos que reunirnos con el comandante. Hemos penetrado en el Archivo Negro, pero la asociada del Doctor, Clara Oswald, ha desaparecido de ahí.

Apenas escuchaba. El tamaño de esta mente, seguía y seguía. Una inteligencia como esta no debía simplemente apagarse.

—¡No, espera, no lo hagas! —dije.

—¿Que no haga qué?

—Encuentra a Osgood, pero no la mates. Mientras esté con vida, tendré acceso a sus recuerdos y habilidades. Y es mega-ultra brillante-lista.

—Habla como una mema —dijo McGillop groseramente.

—¡No hace falta que me lo digas, mister Salchicha Gruñona! Pero, en serio. Es tan inteligente que figura oficialmente como el activo táctico número uno de UNIT.

—¿De verdad?

—Sí, en serio. Bueno —agregué encogiéndome de hombros—, en ausencia del Doctor.

FIN EXTRACTO

LOG 46667300++6D

SOLO EXTRACTO

ESTADO: CONFIRMADO

CONTENIDO: RESTRINGIDO

AUTOR: PO1

INICIO EXTRACTO

Por un momento sentí como si estuviera en nuestras dos cabezas, mirando por ambos pares de ojos. Me di cuenta de que ella todavía estaba concentrada directamente con mi mente y probablemente aún me estaba descargando. Me estaba robando el último detalle particular que era mío. Simplemente sacándolo de mi cerebro y apropiándose. Todos mis estúpidos secretos, todas las cosas que me avergonzaban. Era la primera vez que realmente quería gritar.

Así que lo hice. Grité, directamente a su estúpida cara. Pareció algo sorprendida por un instante y fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Si todavía estaba enlazada conmigo, tal vez estaba sintiendo el mismo miedo que yo sentía. Podrías pensar que eso nos haría iguales, pero estarías equivocado. El miedo es solo una desventaja si lo que quieres es atacar, pero es brillante si lo que quieres es huir. Así que simplemente me abalancé sobre ella. Y tenía razón. Tropezó apartándose de mi camino, pareciendo muy asustada y corrí hacia ella. Me aseguré de seguir gritando y gritando.

—Grita mientras vas huyendo y continúa haciéndolo —me dijo una vez Sarah Jane Smith (era la una de las compañeras del Doctor y fácilmente mi segunda igual favorita)—. De esa forma sabrán exactamente lo lejos que estás.

—¿Por qué es eso bueno? —pregunté.

—Porque después dejas de gritar y vuelves por dónde has venido. Unos minutos más tarde les verás pasar corriendo por delante de tu escondite, nunca se molestan en mirar bien si creen que estás más lejos —después dijo—. ¡Agacha la cabeza, querida, creo que tus ojos están haciendo planes! —pero eso es otra historia.

Sarah Jane era super-impresionante —había crecido queriendo ser ella— y también tenía razón. Poco después oí a mi otra yo y al otro McGillop pasando justamente por el armario donde me estaba escondiendo.

—¿Por qué el Archivo Negro? —me oí decir.

—Comprueba tus recuerdos. Ahí es donde almacenan toda la tecnología armamentística alienígena, el mejor depósito de armas del planeta.

—Por lo tanto el primer lugar que el Doctor intentará defender.

¡Bien dicho, otra yo!

—El Archivo Negro es a prueba de TARDIS, no puede entrar allí.

¡Oh McGillop! pensé. Dile al Doctor que hay una pared que no puede escalar y se reunirá contigo al otro lado.

—¡Oh McGillop! —estaba diciendo mi otra yo—. Dile al Doctor que hay una pared que no puede escalar y se reunirá contigo al otro lado.

Oh, es lista.

—¿Por qué me llamas McGillop? —preguntó el otro McGillop mientras sus voces se desvanecían por el pasillo.

Salí como pude del armario. Sabía exactamente dónde tenía que ir ahora porque tenía una teoría y tenía que ver si tenía razón. Un poco antes, me había encontrado a Kate volviendo a colocar la cubierta en una de las estatuas. Me había dicho que no había visto nada interesante debajo de la sábana, pero, lógicamente, debería haber visto un Zygon debajo y estoy segura de que Kate habría recordado haber visto algo así (aunque siempre estaba perdiendo el teléfono y resguardos). Así que la teoría: era una copia Zygon de Kate. Pregunta: ¿Qué había debajo de la cubierta que le había visto volver a colocar? Tarde unos minutos en encontrar la estatua correcta. Tiré de la sábana. Y, ¡oh, Dios mío, allí estaba Kate!

Estaba atada con horribles cosas rojas y gomosas (como una cuerda, hecha de Zygon) y al principio pensé que estaba muerta. Entonces gimió y comencé a arrancar las cosas fibrosas.

—¡Kate! Oh cielos, no estás muerta de verdad —le aseguré—. Son unas noticias tremendamente buenas —dije para mantener fluyendo la información positiva.

—¿Petronella...? —dijo Kate muy débilmente. Solo me llamaba Petronella cuando estaba estresada.

—¡Así es! —dije— Petronella. La verdadera Petronella, al igual que tú eres la verdadera Kate —las cosas rojas y fibrosas se rompían con facilidad, pero tenía que tener cuidado porque la sostenían y no quería que se cayera encima de mí y causar una tensión sexual inapropiada en el lugar de trabajo (de lo que estoy en contra)—. Esas criaturas son Zygon y pueden convertirse en copias de personas. Pero creo que tienen que mantener al original vivo para poder recargar la imagen, por así decirlo.

—¿A dónde... a dónde han ido? —murmuró. Estaba escupiendo algo rojo por la boca, lo que fue un poco desagradable.

—A la Base de la Torre. Al Archivo Negro.

—¿Qué dices? ¡Eso no es posible! —su cabeza estaba casi liberada por completo de esa cosa asquerosa y estaba intentando enfocarme.

—Me temo que es posible. No solo te roban la cara, se apropian de tus recuerdos, un poco embarazoso cuando lo piensas, así que todo lo que tú sabes, ellos lo saben. Pueden acceder al Archivo —rompí la última de las cosas fibrosas y Kate se derrumbó hacia delante. Afortunadamente me quité de en medio y pudo golpear el suelo, sin situaciones comprometidas.

—Eso es, descansa un poco ahí abajo —dije mientras se ponía en pie con dificultad y comenzaba a correr por el pasillo. Realmente era tremendamente genial a veces. Básicamente siempre he querido ser Kate. Aunque algunos días no quería ser nadie más salvo yo, lo que es algo triste cuando lo piensas, así que no lo hago (excepto ahora, sin querer).

—Si esas criaturas han conseguido acceso al Archivo Negro —estaba gritando—, ¡puede que hayamos perdido el control del planeta!

—Probablemente sea mejor que bajes la voz —dije, la mayor parte dentro de mi inhalador—. Este lugar está infestado de ellos.

—No, no lo está —espetó—. Han estado atrapados aquí durante cientos de años y acaban de deshacerse de un equipo de respuesta de UNIT armado. ¡No van a quedarse y jugar a la canasta! Ya estarán en el cuartel general de UNIT, asumiendo el control.

Kate es verdaderamente inteligente respecto a todo lo militar, aunque es principalmente una mujer de ciencia (y jardinería) y tenía razón (aunque debería buscar qué significaba canasta) Todo el lugar estaba desierto. Para cuando llegamos a la cima, Kate había llamado a uno de los números especiales y un coche llegó zumbando y Kate, McGillop y yo nos amontonamos dentro (olvidé mencionar que fui a buscar a McGillop cuando Kate estaba haciendo la llamada, pero solo en caso de que necesitáramos ayuda extra. Lo encontré bajo las sábanas de una de las estatuas, en mi cuarto intento. Estaba todo tembloroso y tenía los ojos muy abiertos, pero estaba ileso y Kate estaba fundamentalmente de acuerdo con el pequeño retraso y probablemente no debería haber gritado)

—¿Qué son? —seguía preguntando McGillop en la parte trasera del coche— ¿Qué son esas cosas? —lo rodeé con mi brazo, pero solo porque pensé que podría estar a punto de llorar (irlandés).

—Zygons. Tienes que haber leído sobre ellos, están en los expedientes.

—No he memorizado todos los malditos expedientes, ¿sabes? —dijo, secándose las lágrimas con la manga (lo que yo hago a veces)—. No soy como tú.

—Oh, basta, yo no he memorizado todos los expedientes —dije—. A propósito —añadí.

Entonces me miró y comenzó a reírse de un modo realmente altisonante y no sabía qué hacer. Pero le sostuve la mano, lo que parecía ser lo correcto. Creo que nunca he querido ser McGillop, aunque es muy popular y tiene muchos amigos, bueno, quizás un poco.

El coche iba muy rápido (aunque el conductor se perdió un atajo, así que anoté su número para darle observaciones constructivas más tarde) y estuvimos en la Base de la Torre en muy poco tiempo. Pero cuando llegamos al Archivo Negro, supimos que era demasiado tarde. Atkins, que siempre era muy amable, estaba sentado afuera como de costumbre, pero cuando no se puso en pie ni dijo nada, Kate se acercó y le tocó el brazo. Su cabeza simplemente cayó de lado sobre su hombro y fue horrible.

Nunca había visto a un muerto antes, así que me temo que vomité (en una papelería). Cuando levanté la vista de nuevo, Kate le había tapado con su abrigo.

—Lo triste es —dijo—, que pensó que había muerto en su primer día aquí.

McGillop y yo nos miramos y él estaba blanco como una sábana y creo que yo también (aunque él temblaba más). Kate había cogido la llave de repuesto del cinturón de Atkins y ahora estaba abriendo la puerta. Mientras la abría, pudimos escuchar una voz proveniente del interior. Y fue totalmente raro porque era la voz de McGillop.

—El equipamiento aquí es fenomenal —decía y había conseguido su acento perfectamente, a pesar de que era regional—. Los humanos no saben qué hace la mitad de todo esto. Podríamos conquistar su mundo en un día. Si fuese de por aquí, diría que es Navidad.

—No —dijo Kate, pasando delante de nosotros hacia el Archivo—. Me temo que no lo harías.

McGillop me estaba mirando.

—Tenemos que ir con ella.

—¿Ah, sí? —pregunté, lo que estuvo mal por mi parte, pero estaba muy asustada.

—Porque te necesita y donde tú vayas, iré yo —me había agarrado el codo, como si fuera a guiarme a la habitación—. Eres el activo táctico número uno de UNIT, ¿recuerdas?

No pareció que nos moviésemos a ningún sitio y la mano en mi codo se sacudía con mucha fuerza.

—Creo que tendrás que empujar un poco —dije—. O realmente no llegaremos a ningún lado.

—Lo sé. Lo intento.

—¿Sabes qué? Tú mantén agarrado mi codo y yo remolcaré.

—De acuerdo.

Nos encaminamos a la habitación. El activo táctico número uno de UNIT, estaba pensando. En realidad no. No en un buen día. Solo en ausencia del Doctor.

FIN EXTRACTO

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

**DEBIDO A LAS RESTRICCIONES DE PAPEL PSÍQUICO, NO
PODEMOS IMPRIMIR NINGUNA DE LAS SIGUIENTES PALABRAS:**

... .. Ups, ¡hola, lo siento! Aquí estáis de nuevo. Soy un anciano, mi memoria es mi televisión. Aunque, para ser honestos, también lo es mi televisión.

¿Habéis disfrutado? No, calla, retórico. Todos podéis ir a escribir vuestras reseñas en Internet., no quiero que malgastéis el espacio aquí.

Encuentro que la prosa Zygon es siempre fascinante. Nunca me canso de imaginar esas enormes manos rojas y descuidadas sosteniendo lápices. Aunque, en este caso, no fue así cómo realmente ocurrió. Prometo que lo explicaré más tarde. A no ser que me olvide, me dé pereza o que resulte que note algo reluciente.

Estaba pensando en Alistair de nuevo. Lo hago mucho porque disfruto sonriendo. Le dije que estaba pensando en escribir este libro, por supuesto, y pensé que le complacería. Por el contrario, hizo una especie de asentimiento sombrío y seguimos jugando al Risk en silencio por un rato (él siempre tenía que ser los Daleks, lo que era un poco injusto)

—¿Qué ocurre? —dije finalmente.

—Es una brecha de seguridad —dijo a través de su bigote más ordinario.

—No es culpa mía —protesté—. Dejaste a Italia indefensa.

—No, tu libro. Tu libro es una clara brecha de seguridad. Allí dentro hay material clasificado.

—He pensado en eso —dije—. Y tengo un astuto plan.

Puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Voy a poner “ficción” en el dorso.

—¡Oh, por el amor de Dios!

—No, en serio. Se publicará como ficción y se venderá solo en los departamentos de ficción de las librerías. De esa manera, todos pensarán que no es verdad.

—Pero no es ficción, ¿verdad? Son hechos.

—Hechos, ficción, son lo mismo —le dije.

—¡Por el amor de Dios, no lo son! —golpeó la mesa con su puño grande y absurdo y todos los pequeños Daleks del tablero saltaron al unísono, como si se hubieran asustado. Creo que me estuve riendo durante cinco minutos.

—Hechos y ficción no son lo mismo. Por favor, no seas tan ridículo.

—Oh, Alistair, piénsalo. El universo es vasto y durará mucho tiempo. ¿Y sabes lo que significa eso? Significa que todo lo que pueda pasar, pasará en algún lugar al final, esa es la regla. Eso significa que cada historia que puedas inventar, sucederá de verdad algún día en algún lugar en el espacio y el tiempo. La única diferencia entre un libro sobre hechos reales y uno de ficción es que los libros sobre hechos reales se escriben después de los acontecimientos y los libros de ficción se escriben antes de los acontecimientos. Lo que hace que la ficción sea más útil, ¿no lo ves? Cuando estás escribiendo hechos, solo estás copiando. Cuando escribes ficción, estás viendo el futuro.

Nos quedamos sentados allí un rato y el me lanzó muchas miradas. Me incliné y recogí el Dalek que había tirado y lo volví a poner en el tablero. Me había dado justo en la nariz, aunque tengo que admitir que no es un blanco difícil.

—¿Por qué existen los Documentos del Doctor? —preguntó— ¿Por qué escribir esa aventura? ¿Por qué no cualquiera de las otras?

Sabía que iba a preguntar eso y la temía un poco.

—Tal vez para reflexionar —dije—. O para recordar. Las líneas de tiempo están todas enmarañadas, era necesario recogerlas antes de que todo se borrara de la memoria, posiblemente como una chuleta para la próxima vez. Aunque, por supuesto, no es muy útil una chuleta que no sabes que tienes porque no recuerdas haberla escrito.

Ahora estaba de pie en la ventana, mirando los jardines. Me preguntaba si estaba ocultando mi rostro. No me gustaba que me viera inseguro o preocupado.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo Alistair.

El sol apenas comenzaba a ponerse y una madre estaba conduciendo a un niño pequeño por el camino, alejándose del viejo y triste edificio. Podía oír sus pies crujendo sobre la grava. El chico estaba agarrando la cuerda de un globo rojo que se balanceaba sobre ellos como si tratara de escapar. Miré la pequeña mano con la cuerda enrollada alrededor.

—El Doctor tiene que retenerle —dije.

—¿Retener qué? —preguntó Alistair.

—Al Doctor.

—No tiene ningún sentido.

Suspiré. ¿Cómo explicarlo?

—No fue una aventura —dije—. Fue un día. Un día que duró mucho tiempo y que sucedió una y otra vez —el chico se giró para ver el edificio. Pensé en todas las ventanas que podía ver desde ahí abajo y me pregunté si estaría pensando sobre todas las personas detrás de ellas, arrojadas en sus camas, desvaneciéndose lentamente de sus vidas. Le lancé una sonrisa y un saludo para mostrarle que no estaba tan mal, pero volvió a mirar hacia delante de nuevo y siguió caminando por el camino. Muy bien, pensé. Aléjate de aquí, ríete, juega, comete errores y nunca jamás dejes de correr. Suficiente tiempo para este lugar, pensé. Suficiente tiempo.

—¿De qué estás hablando? —dijo Alistair— No una aventura, un día... ¿Qué se supone que significa eso?

Miré la puesta de sol y me calmé.

—Fue el día en el que el Doctor comprendió quién tenía que ser siempre el Doctor.

Alistair no dijo nada durante un largo rato. Después un Dalek golpeó la ventana junto a mi cabeza.

... ah, lo siento. Me he perdido en mis recuerdos, os lo he advertido. Soy muy viejo ahora, es difícil de controlar. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, Capítulo 5. Esta vez escrito por el Doctor. Ah, pero, ¿cuál de ellos? ¿Cuál de ellos?

Capítulo 5

La Boda del Doctor

—Al principio pensé que yo le gustaba —dijo Clara Oswald y después se interrumpió. Iba más allá de lo extraño, pensó. Miró a los tres: el anciano gruñón, que parecía llevar con él el humo de la batalla; el enojado y nervioso, que sabía que era más frío que los otros dos; y el de ella, que en ese momento estaba perdido en la contemplación de las articulaciones de sus propios nudillos. Desde que le conocía, parecía ver sus dedos con cierto grado de sospecha y algunas veces incluso saltaba cuando se movían. Era ridículo, pensó, mirándolos de nuevo de uno a otro, pero de alguna manera se podría decir, sin ni siquiera intentarlo, que todos eran el mismo hombre. Tan diferente y sin embargo tan clara y obviamente él. Ni siquiera podía darles nombres diferentes en su cabeza. Eran solo el Doctor, el Doctor y el Doctor.

—Clara, ¿te encuentras bien? —preguntó el Doctor y tuvo que comprobar que era el suyo.

—Sí, lo siento...

—Estabas explicando lo de Kate Lethbridge-Stewart —dijo el nervioso.

—Sí, sí lo sé —se obligó a concentrarse—. De acuerdo, así que al principio pensé que yo le gustaba o algo así. Honestamente, era raro. Cada vez que yo decía algo o incluso hacía una mueca, podía sentir que me estaba mirando. Fue algo así como cuando alguien piensa que estás buena. Ya sabes, cuando alguien está por ti. Y cada vez que te ríes o hablas o haces cualquier cosa, puedes sentir que sus ojos te miran fijamente. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Me temo que no, una sílaba solitaria —suspiró el Doctor.

—Encuentro que la gente siempre actúa así —sonrió el Doctor.

—Sí, también me pasa todo el tiempo —el Doctor frunció el ceño—. Sobre todo cuando derribo cosas.

El Doctor miró a los otros dos con absoluto desprecio y luego se volvió hacia Clara.

—¿Debo entender por esa colección aparentemente aleatoria de palabras, que pensaste que esa Kate estaba... atraída por ti? —su rostro se había arrugado en una especie de fastidiosa tristeza, como si esos asuntos se hubieran vuelto ligeramente desagradables para su edad. Los otros dos pusieron los ojos en blanco y se alejaron.

—Bueno, supongo que sí.

Asintió.

—Y entonces concluiste que tenía que ser un duplicado alienígena. Ya veo.

—No, concluí que tal vez deberíamos tomar una copa algún día. Pero cuando pensé en ello, algo estaba mal. Porque la primera vez que nos vimos, apenas me miró. Entonces, ¿qué era diferente ahora? La gente no comienza a estar interesada en ti de repente porque resulte que salgas un poco con ella. Salvo en las comedias románticas. Escritas por acosadores —una sucesión de muecas de perplejidad había pasado por el rostro del anciano. Reprimió una sonrisa—. Así que cuando salió por un momento, bueno, espíe lo que hacía.

—Un trabajo bueno e inteligente. Es un placer conocerla, señorita... Oswald, ¿verdad? —dijo el Doctor. Cuando sonrió, sus ojos desaparecieron entre las arrugas.

—Llámame Clara.

—Peligroso, pero proactivo, Clara, lo apruebo. Así que fuiste testigo de la transformación Zygon. Una visión inquietante, lo sé.

—Un poco extraño.

—Te felicitarán por tu valentía y perspicacia. ¡De Primera Clase! Necesitaba unos cuantos hombres como tú en el campo.

—Abajo, chico —dijeron los otros dos Doctores a la vez.

—Así que corrí —continuó Clara—, pero no había dónde ir. Entonces sonó su teléfono, lo había dejado en una especie de plataforma en la pared y vi que tenía un mensaje. Una foto —señalo los números que el Doctor había tallado en la piedra—. De esos números de ahí. Así que pensé que era el código de activación para esto —levantó el manipulador del vórtice en su muñeca—. Y ¡bum!, aquí estoy —tocó el cuero chamuscado—. Aunque creo que ha reventado.

—Excelente. Lo has hecho sumamente bien. Sea cual sea el que esté viajando contigo de estos dos jóvenes, ha hecho una excelente elección —se dio cuenta de que llevaba puesta una cartuchera alrededor del pecho. Le quedaba bien, pensó, pero un día iba a llevar una pajarita. Miró hacia dónde estaba ahora la pajarita y vio que el rostro que tenía encima la estaba mirando, sonriendo.

—¿Te encuentras bien, Clara? —dijo.

—Solo aclarándome las ideas. Entonces, ¿estos dos tíos son tú? —le preguntó.

El Doctor miró a los Doctores. Se encogió de hombros y sonrió.

—Sí, me temo que sí. Ediciones previas. Capitán Gruñón y Fanfarrón. Mis ex. Bueno, no mis ex. Pero mis ex si ves lo que quiero decir. Realmente no sabemos por qué...

—Yo vine aquí localizando una colmena migratoria Zygon —interrumpió el Doctor. Todavía estaba paseando, ahora más rápido, como si sus pies se estuvieran enfadando por el ritmo—. Pero de acuerdo con lo que acabas de contarnos, hay Zygons activos en el siglo XXI también. ¿Cómo se explica? No poseen el viaje en el tiempo.

—Muchachos, parece que habéis olvidado como era la Guerra del Tiempo —espetó el Doctor—. La tecnología gallifreyana se robaba sin parar. Mucha gente acabó con el viaje en el tiempo y se suponía que no debían tenerla.

—¡Esperad! —dijo Clara— Tres de vosotros en una celda. Tres Doctores en una pequeña habitación, ¿y ninguno pensó en comprobar la puerta? ¿Ninguno de vosotros, ni siquiera un poco?

Hubo una complicada sucesión de miradas entre los Doctores que parecía sugerir que estaban a punto de comenzar a culparse entre sí, antes de que cada uno descubriera lo inútil que sería.

—No es nuestra culpa —dijo su Doctor—. La puerta debería haber estado cerrada. ¿Por qué no estaba cerrada?

—Porque —llegó una voz clara y aguda—, me fascinaba ver lo que haríais para escapar —todos se volvieron hacia la entrada. Había un torbellino de oro más allá en las sombras y una mujer de cabello rojo fuego con un vestido resplandeciente entraba en la habitación.

Clara la miró. Solo podía ser una persona.

—Aunque parecíais notablemente reacios a ir a algún lado —dijo Isabel, barriendo a todos con una mirada—. ¿Qué timidez es esta? Una recuerda una mejor clase de prisionero —ensartó al Doctor con la mirada—. ¿Qué respondes, prometido mío?

—Tengo normas —dijo—. Sólo escapo por puertas cerradas. Y por cierto, querida, no me llames tu prometido. Le propuse matrimonio a la Reina Isabel, no a un Zygon con un gran vestido.

Se lo quedó mirado un instante, después se acercó a él, examinando su rostro, como si fuese la primera vez.

—Tengo entendido que le tenéis cariño a este mundo —dijo finalmente—. Creo que es hora de que veáis lo que le va a ocurrir —se dio la vuelta y cruzó la puerta—. Por aquí —llamó—. Es plena noche y algo se está agitando bajo Inglaterra.

Isabel les guiaba más y más profundamente en el interior de la Torre. Caminaba a toda velocidad por la total oscuridad, sin perder nunca un paso ni un giro. Cuando uno de los Doctores había intentado iluminar el camino con su destornillador, le había pegado para apagarlo.

—No deseamos llamar la atención. Si tus pies no están seguros en las sombras, sígueme, no sufro los inconvenientes de los ojos mortales.

Clara tocó el brazo del Doctor y solo se dio cuenta de que tenía el equivocado cuando oyó su voz.

—¿Sí, querida?

—He estado aquí abajo antes —susurró.

Se oyó una afortunada risita de viejo.

—Eso acabas de decirnos, pero en realidad no lo has hecho. Técnicamente aún no has estado aquí abajo.

—Pero este es el camino al Archivo Negro.

—No. Lo será. El Archivo Negro no existirá hasta cientos de años después. Estamos a punto de ver el lugar dónde UNIT eligió construirlo. Lo que plantea preguntas intrigantes, ¿no crees?

Delante de ellos, el Doctor de Clara había estado escuchando.

—Es más el Archivo Rojo, ahora —estaba señalando. Al final del pasillo había una puerta, una luz roja sangre se derramaba alrededor del marco. Delante, Isabel se volvió para mirarlos con la mano en el pomo.

—Sugiero que os serenéis. Estáis a punto de ver el secreto más oscuro del Reino. Tras esta puerta, se va a plantar una semilla que, en tiempos venideros, florecerá en la perdición de toda Inglaterra.

Abrió la puerta.

Fue como entrar en una boca gigante. Primero hubo un hedor caliente y húmedo, como orquídeas podridas, y después las paredes y el suelo se curvaron a su alrededor, rosadas, húmedas y vivas, como una lengua llena de chupones y nódulos colgantes. Los propios Zygons fueron apenas visibles por un instante, lentos y silenciosos en el vapor ascendente de su base de carne, como muchos fetos flotando alrededor de un útero.

Fetos con dientes, pensó Clara cuando uno de los Zygon se volvió hacia ellos. Incluso de lejos, sus pequeños ojos brillaban. Cuando les vio, sus labios se retrajeron en aparente ira, pero luego su mirada se posó en Isabel y pareció vacilar. Tras un momento, hizo lo que podría confundirse con una pequeña reverencia.

—Atiende tus tareas encomendadas —ordenó la Reina—. Hay mucho trabajo por hacer si Inglaterra va a ser nuestra —el Zygon volvió a su trabajo.

—Zygons —dijo el Doctor, enderezándose la pajarita, como siempre hacía a la vista de los enemigos—. Toda una colmena de Zygons.

—Sí, Zygons, lo que os he estado diciendo —replicó el Doctor—. Les seguí hasta aquí, esa era mi misión.

—¡Sabemos todo sobre tu misión! Bolsas de veneno en la lengua.

—¡Cállate!

Fueron interrumpidos por un gruñido malhumorado del Doctor.

—Los Zygons perdieron su mundo natal en los primeros años de la Guerra del Tiempo. Tal vez, si dejásemos de hablar todos, podríamos recibir una explicación de lo que están haciendo aquí.

—Necesitamos un nuevo hogar —dijo Isabel.

—¿Por eso queréis este? —preguntó Clara.

—Aún no —respondió—. Demasiado primitivo.

—Sí, eso tiene sentido —gruñó el Doctor—. Los Zygons insisten en cierto nivel de comodidad —su boca se arrugó en la palabra “comodidad” como si la idea le resultara más inquietante que la conquista. Miró a Clara—. Así que, querida, las paredes, ¿qué observas?

—Son como... carne o algo así. Carne húmeda, como si este lugar estuviera hecho de encías.

—Exactamente, sí, muy bien dicho. Una cámara de soporte de vida Zygon. Sin embargo, una vez abandonada, se calcificará en una sustancia brillante similar a roca negra. ¿Te suena?

—Las paredes del Archivo Negro.

—Precisamente, señorita Oswald. Tallaron su estúpido archivo en el sedimento de este lugar. El Archivo negro no solo contiene tecnología alienígena, está construido a partir de ella.

Isabel estaba ahora mirándole, con ojos de piedra.

—Anciano, ¿por qué tratas tu peligro actual como si fuera una oportunidad educativa?

—Porque, madame, nunca me he encontrado un peligro que no lo fuera.

Sus ojos se entrecerraron, pero fue interrumpida por otro Zygon que llegó hasta ellos. De cerca, el olor era abrumador y Clara sintió que le escocían los ojos. El Zygon hizo una pequeña reverencia a Isabel y habló en susurros.

—Comandante, si se me permite preguntar, ¿por qué están aquí estos humanos?

—Digo que deberían estar y por lo tanto están. Solo porque ahora tenga forma humana, no pretendas cuestionar mi juicio o te sacaré los ojos. Como ya sabes, he tenido que hacer eso una vez hoy y no me gusta repetirme.

—Mis más sinceras disculpas, comandante.

—Tomo nota. ¿Cuántos han sido trasladados hasta ahora?

—Casi todos, comandante. Soy el último de la nidada de invasión.

—Muy bien —asintió Isabel—. Me quedaré con los demás para asegurar su seguridad. Es hora de que tú también seas trasladado.

El Zygon bajo la cabeza en señal de asentimiento e Isabel le puso una mano en el hombro, como si le consolara.

—No temas el extraño mundo al que vas ahora —dijo—. Porque allí tú serás el comandante, no yo. Mi papel es sólo abrir la puerta. Tú la atravesarás hacia la gloria.

Si un Zygon podía parecer conmovido, este sí lo estaba.

—Comandante —dijo.

—Para tu misión, valiente viajero —dijo, más severa ahora—. Hay humanos presentes, como los habrá en el futuro. Debes mantener las apariencias en todo momento.

—Se hará —siseó el Zygon. Comenzó a avanzar hacia la pared de detrás de ellos. Al volverse para mirar, Clara vio lo que se había perdido antes. Todos los cuadros de paisajes de la Subgalería estaban dispuestos desordenadamente alrededor de la puerta por la que habían entrado, cada uno de ellos sujeto por una ventosa fibrosa que sobresalía de la pared de carne.

—Paisajes con figuras —dijo el Doctor, ahora junto a ella—. ¿Lo ves? Son los mismos cuadros que vimos en la Galería, pero con figuras todavía en ellos.

—No es tan malo como decías —dijo Clara.

—¿Quién?

—Tú —Clara señaló al anciano que estaba examinando los cuadros ahora.

—Observa esto, Doctor —estaba diciendo Isabel—. Creo que lo encontrarás fascinante.

El Zygon se había encaminado hacia un nódulo fibroso que crecía en el suelo. El nódulo terminaba en un círculo de dedos, que sujetaba una brillante esfera plateada. El Zygon colocó la mano en la esfera, hubo una serie rápida de clicks, el aire que rodeaba al Zygon pareció fallar por un instante y después todo el Zygon simplemente se plegó y desapareció de la existencia.

—Bien, ¿qué opinas? ¿Mi prometido lo aprueba? —preguntó Isabel, deslizando su brazo por el del Doctor.

—Eso es tecnología de los Señores del Tiempo —le espetó el Doctor a su vez—. Tecnología robada de los Señores del Tiempo.

—Y pensar que sales con esta gente —dijo el Doctor.

—Vosotros, chicos, realmente no tenéis memoria, ¿verdad? —suspiró el Doctor, quejumbroso como siempre— Como ya os recordé, mucha de nuestra tecnología fue robada durante la guerra, fue uno de los principales peligros. Tal vez si pasaseis menos tiempo aleteando con las manos o posando dramáticamente podríais desarrollar algún tipo de recuerdo útil.

—Pero, ¿a dónde ha ido el Zygon?

—Mira los cuadros —dijo Isabel.

Mientras Clara miraba, uno de los paisajes brilló. La figura aborregada del Zygon se estaba materializando en una colina.

—Ese es él. Ese es el Zygon, ahora en el cuadro.

—No es un cuadro, querida —dijo el Doctor, lanzándole otra sonrisa arrugada. El anciano parecía disfrutar explicándole cosas—. De hecho es un cubo de estasis. Arte de los Señores del Tiempo, ¿sabes? Instantes congelados en el tiempo, más grandes por dentro. Como una fotocopia tridimensional de un acontecimiento cuatridimensional. Pero como puedes ver, también se puede almacenar materia viva en su interior. Aunque, ¿por qué querrías hacer eso?

—¡Animación suspendida! —gritó el Doctor. Se volvió hacia Isabel que aún estaba envolviendo su brazo— Oh, eso es muy bueno. De primera clase. Tus Zygons entran todos dentro de los cuadros, esperan varios siglos hasta que el planeta sea un poco más interesante y entonces salen. ¡Caray con tu grupo! No vas a invadir ningún lugar que no tenga una banda ancha decente.

—¡Sí, sí, sí! —gritó el Doctor con las manos ahora moviéndose entre sí, como si estuvieran firmando un combate aéreo para sordos— ¿Lo ves, Clara? Están almacenados en los cuadros en la Subgalería, como Sopa Instantánea. Salvo que no añades agua, si no tiempo. Añades agua-tiempo a la sopa-cuadro. Si te puedes imaginar eso. Nadie puede imaginar eso. Olvidad que he dicho Sopa Instantánea.

—De acuerdo, lo pillo —dijo Clara—. Allí en el futuro, cuando fuimos a la Subgalería, los Zygons decidieron que finalmente valía la pena conquistar el mundo. Básicamente, se disparó la alarma y salieron de los cuadros.

Ahora el Doctor se estaba desenganchando su brazo del de Isabel. La miró, ahora con frialdad.

—Bien, bueno, ahora que todo está arreglado, es hora de que te diga algo, —dijo—. ¿Sabes por qué sé que eres una falsificación, reinita? Porque

eres una copia muy mala. No es solo por el olor o el poco convincente pelo o los atroces dientes o los ojos un poco demasiado juntos o el aliento que podría aturdir a un caballo, es porque mi Isabel, la verdadera Isabel, nunca habría sido tan estúpida como para revelar su propio plan. Honestamente, ¿por qué lo harías?

Por un momento, Isabel no dijo nada. Después se inclinó un poco más cerca de todos ellos y bajando la voz, habló en los tonos más dulces.

—Porque —dijo—, no es mi plan y soy la verdadera Isabel.

Hubo un silencio. Por primera, segunda y tercera vez en su vida, el Doctor no pudo encontrar nada que decir.

—Entonces, parece que mi reino está infestado de demonios que pueden robar los rostros de los hombres mortales y que Inglaterra está condenada a sufrir su dominio en los años venideros, que el hombre cuya propuesta de matrimonio acabo de aceptar es un espía de otro mundo que cree que soy un demonio disfrazado, y que el olor de mi aliento podría aturdir a un caballo. Soy de la firme opinión de que este no ha sido un buen picnic.

Estaban en el dormitorio de la Reina y a Clara le hizo gracia la manera en que el Doctor se había colocado en la habitación. El anciano, sentado en una silla a un lado con aire de un dignatario presidente. Miraba a su alrededor de vez en cuando, pareciendo ligeramente divertido o ligeramente disgustado por todo lo que veía excepto cuando miraba a Clara, a quien siempre le daba una sonrisa arrugada y asentía. A este odiado fantasma del pasado parecía gustarle y para su sorpresa, también a ella le gustaba. Justo cuando pensaba en eso, él la miró y después volvió a apartar la mirada, como si la hubiera escuchado. Sabía que su Doctor echaba un vistazo a veces al interior de su cabeza y se preguntó si sus yoes previos también lo hacían.

El Doctor que había propuesto matrimonio a Isabel estaba paseándose por la habitación con las manos metidas en los bolsillos, como un colegial enfurruñado. Dios mío, sí que paseaba ese hombre. Era como si cada suelo en el que estuviera parado, estuviese demasiado caliente para sus pies. Estaba emitiendo una corriente constante de explicaciones, excusas y disculpas, que nadie parecía escuchar y menos aún él.

Su Doctor estaba tendido en la cama, como agotado por los esfuerzos de sus yoes anteriores, con los ojos cerrados y dormitando aparentemente. Clara se preguntó que recordaría de estar en esta habitación, en dos ocasiones anteriores. Principalmente parecía sorprendido de lo que sucedía a su alrededor, pero, de vez en cuando, lo sorprendía mirando a los demás, claramente atormentado por un recuerdo. Se tumbó en la cama junto a él con la cabeza apoyada en la mano y sus ojos seguían volviéndose hacia la extraordinaria mujer que les había traído a todos aquí.

La Reina se había acomodado en el asiento de la ventana, con el sol naciente detrás de ella. En algún lugar, un pintor de retratos se estaba perdiendo una oportunidad majestuosa.

—Sí, sí, de acuerdo —dijo el Doctor abriendo de repente los ojos e interrumpiendo la corriente de excusas—. Pero todavía no nos has explicado que le ha pasado a tu otra yo. ¿Dónde está tu versión Zygon?

—¡Estaba hablando! —dijo el Doctor.

—Aún lo haces —respondió el Doctor.

—Mi copia está muerta en el bosque, como creía haberte dicho.

—No nos has dicho cómo terminó así —dijo el Doctor, retorciéndose hasta quedar sentado en la cama—. No explotan como globos, los Zygons.

—Permíteme disentir —dijo Isabel. Había sacado un puñal de algún lugar de su vestido—. Sea lo que sea un globo —lanzó una mirada al Doctor—. Estaba de picnic con un hombre desconocido, naturalmente tomo precauciones.

—Yo tomo sandwiches.

—Querido, recibiste a un Zygon y aquí estamos todos. Una vez regresé aquí, las otras criaturas Zygon nunca consideraron la posibilidad de que fuese yo quien sobreviviese al conflicto en lugar de su propio comandante. Es la arrogancia típica de su especie.

—¿Quién, los Zygons? —preguntó Clara.

—Los hombres —dijo Isabel.

Clara sonrió.

—¿Y de verdad has matado a uno de ellos? ¿En combate cuerpo a cuerpo?

—Puedo tener el cuerpo de una frágil y débil mujer, pero, en aquel momento, el Zygon también. Por lo tanto, pude asumir el mando de los otros sin dificultad...

—Perdón, espera, espera, ¡espera! —protestó el Doctor, dejando de pasear por un momento— ¿Estás diciendo que acabas de asumir el mando de toda una colmena Zygon del espacio exterior?

—Sea cual sea su aspecto, son soldados. Como todo soldado, tienen el defecto de carácter de la obediencia, que confunden con el propósito más elevado del deber. Es fácil dar órdenes a los que están acostumbrados a ellas. En muchos sentidos, es por su bien.

—Pero del espacio exterior —repitió el Doctor.

El Doctor estaba ahora riéndose a carcajadas en su silla.

—Me di cuenta, Majestad, que parecían haber aceptado la reverencia. No he visto a los Zygons hacer eso antes.

—Confieso que eso fue una innovación mía.

Se rió aún más fuerte.

—Majestad, estoy deseando profundamente conocerla.

Isabel lo miró brevemente, después le volvió a mirar con más intensidad. Señaló la brillante esfera que descansaba sobre la mesa al lado de dónde estaba sentado el Doctor.

—Esto proviene de la guarida Zygon.

—Sí, Majestad. Lo robé cuando nos fuimos —lo recogió y lo hizo botar en la mano—. Pertenece a mi pueblo. Una reliquia familiar, se podría decir.

—Pero, ¿cuándo lo has robado? No vi nada.

—Con todo el respeto, Majestad, eso es lo que puedes esperar ver cuando robo algo.

Entornó los ojos.

—Tu arrogancia me es familiar —dijo y después se volvió hacia el Doctor, que aún estaba recostado en la cama—. Como lo es la tuya, señor, te sirves de las comodidades de mi dormitorio, como si pertenecieras a este lugar. Siento que hay algo de importancia que no percibo —miró a los tres hombres con el ceño fruncido

—De acuerdo —dijo Clara para romper el silencio—. Pero si estás al mando de los Zygons, ¿por qué sencillamente no les ordenaste irse del planeta o algo así?

—Eso habría sido inesperado y por lo tanto cuestionado. No se debe estimular a los enemigos a que piensen, mientras estás en medio de un engaño. En cualquier caso, la mayoría de ellos estaban decididos a meterse dentro de esos extraños cuadros, dónde, entiendo, que se quedarían durante muchos cientos de años. Alenté la prisa en este proyecto, sabiendo que estaríamos más seguros sin ellos. Tengo recursos suficientes para deshacerme de los pocos que se han quedado atrás.

—No, no, ¡no! —dijo el Doctor— Vamos, te conozco, me has torturado. ¡No te deshaces de la gente! Esas criaturas están varadas aquí, tienes que encontrar la forma de hacer la paz.

—La única paz que encontrarán en suelo inglés es debajo de él.

—No, lo prohíbo...

—¿Lo prohíbes, señor? Eres menos osado. Tus ojos son lo suficientemente bonitos donde están y yo tengo suficientes pendientes. De

ahora en adelante, por favor trata de recordar que... —su voz se elevó a un bramido— ¡Yo estoy al mando aquí!

Por un momento a Clara le pareció que las ventanas vibraban. Después, en el silencio que siguió, Isabel volvió a doblar las manos en su regazo y su sonrisa regresó a su dulzura anterior.

—Espera. Ojos —dijo Clara—. Abajo dijiste que habías sacado los ojos a un Zygon...

—Fue una cuestión de disciplina, tuve que comportarme como su comandante.

—¿Eso es lo que hacen los Zygons?

—No tengo ni idea, me vi obligada a improvisar —se volvió hacia el Doctor—. ¿Puedo confiar en que cumplirás con tu deber, amado mío?

—Depende de lo que creas que es mi deber.

—Me ocuparé de los Zygons que quedan aquí y ordenaré que los cuadros se encierren dónde no causen ningún daño. Viajarás al futuro y te enfrentarás a cualquier diablura que pretendan desatar cuando emerjan.

Los Doctores intercambiaron miradas, claramente preocupados.

—Puedo tener buena mano con los picnics —dijo el Doctor, al fin—, pero, ¿quién dijo que puedo viajar en el tiempo?

—Tú lo hiciste. Has hecho muchas observaciones frívolas sobre otras épocas que has visitado. La frivolidad a menudo es una verdad escondida, exhibida por un hombre demasiado confiado. Y parece que estoy rodeada de tres de esos —ahora se puso en pie—. ¡Doctor! —le dijo al hombre de la silla— ¡Doctor! —le dijo al hombre sentado en la cama— Y Doctor —le dijo al hombre que ahora la miraba asombrado—. El futuro de mi reino está en peligro. ¿Puedo confiar en tus servicios?

—Tienes algo abandonado este lugar —se quejó el Doctor cuando entró en la TARDIS con el Doctor.

—No es mi TARDIS, es la suya —replicó el Doctor, señalando con la cabeza al Doctor, que ahora estaba corriendo alrededor de la consola, golpeando palancas y encendiéndola—. La he reparado un par de veces desde esta versión —continuó—. Se deshizo del coral y se volvió algo metálica, te encantará.

El Doctor gruñó en respuesta.

—Sería mejor que hubiera más de las cosas redondas —murmuró.

Isabel no perdió tiempo en hacer los arreglos necesarios. La TARDIS había sido transportada desde el bosque, dónde había estado aparcada

durante varios meses y, después de una breve ceremonia, la Reina les había apremiado a todos a que se pusiesen en camino.

—Inglaterra depende de ti. ¡Recuerda tu promesa, Doctor!³

—Entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó Clara mientras la TARDIS volvía rugiendo a la vida— ¿Al Archivo Negro? Porque es ahí donde hay un Zygon justo ahora. Bueno, en ese momento. Bueno, dentro de unos cientos de años.

La TARDIS se tambaleó y todos se agarraron a la consola.

—Desgraciadamente —dijo el Doctor en los controles—, el Archivo Negro es el único lugar de la Tierra a dónde no podemos ir.

—Pero creía que la TARDIS podía ir a cualquier parte.

—A todas partes —respondió—, salvo al Archivo Negro.

El Doctor encontró una silla en un lateral de esta vergonzosamente mugrienta versión de su TARDIS —¿de verdad una pasada rápida con una esponja era inadmisibile?— y contempló a los dos muchachos, corriendo alrededor de la consola, chillando y dando saltos como cerebritos de dibujos animados. En serio, continuó pensando. ¿Esos?

Uno de ellos no paraba de hablar de poner en fase la TARDIS a través de las subdimensiones y el otro no estaba de acuerdo, porque sería mejor adaptar el circuito camaleón, pero nada de eso valía la pena escuchar. Nada sería suficiente y el Doctor lo sabía. Para estos muchachos la Guerra del Tiempo fue hace mucho tiempo. Habían olvidado que lo a prueba de TARDIS funcionaba.

Suspiró. ¿Por qué le había traído aquí el Momento? ¿Cuál era el propósito? Ver su futuro no había cambiado nada acerca de su dilema. Pronto tendría que regresar al granero, cometer un asesinato en masa y terminar la guerra. Y después, aparentemente, descendería a su segunda y tercera infancia. No se había alterado nada por esta visita, salvo que ahora entendía que estaba condenado a sobrevivir.

El Doctor frunció el ceño. Y sin embargo algo había cambiado. Algo dentro de él era ahora diferente, pero de momento no lograba identificar qué era.

—¿Por qué la TARDIS no puede entrar en el Archivo Negro? —preguntó Clara. Se había unido a él, sentándose en el brazo de su silla y pareciendo igual de desconcertada con todos esos chillidos alrededor de la consola— Kate dijo que la Torre era a prueba de TARDIS o algo así. Bueno, la Kate Zygon.

La miró un instante. Una chica esplendida. Se había encontrado a sí mismo mirando el interior de su mente de vez en cuando, lo que era un hábito

3 ¿Qué promesa? Es más, ¿qué ceremonia? ¿Está el Doctor omitiendo aquí ciertos detalles? Volveremos a este tema después de acabar el capítulo. La sección parece extrañamente apresurada, ¿verdad?

atroz, por supuesto, uno que tendría que eliminar. Pero había algo casi familiar en ella, como si ya fuesen compañeros de viaje.

—El miedo nos hace compañeros a todos nosotros —dijo en voz alta y Clara frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, querida. No sé por qué he dicho eso. Algo en tu voz me lo ha traído a la mente. Soy un anciano, mi memoria es un terrible revoltijo.⁴

—No tan anciano como vas a llegar a ser —dijo, mirando a los otros Doctores.

O tan joven, pensó, después recordó que le había hecho una pregunta.

—En la Guerra del Tiempo muchas especies se volvieron expertas en impermeabilizarse contra la intrusión de una TARDIS. Dañar los motores es más fácil de los que crees. Los Zygon eran especialmente buenos en ello.

—¡Y el Archivo Negro fue construido dentro de los restos de una base Zygon!

—Eso es. Su razonamiento parece claro. Querían evitar la atención de las Beverley Sisters de ahí —señaló con la cabeza a los otros Doctores—, que sin lugar a dudas no aprobarían el acopio de tecnología alienígena.

—No soy una experta —respondió Clara—, pero las Beverley Sisters eran tres.

—Creo que tienes razón, pero me temo que me estás eludiendo.

—Entonces no lo estoy haciendo muy bien. Así que, ¿no hay forma de que podamos entrar en el Archivo?

—Oh, pero debemos hacerlo, querida. Los Zygons están ahí dentro, hay que detenerlos.

—Pero acabas de decir que no podemos entrar.

—¿No podemos? —centelleó el Doctor. Levantó la esfera plateada que se había llevado de la guarida Zygon— No existe el “no podemos” —sonrió. Se puso en pie y se acercó a los otros dos, que ahora parecían estar destrozando la consola.

—Este cableado es un tremendo lío, deberías ordenarlo —se quejaba Pajarita.

—Bueno, al parecer voy a hacerlo.

—Sí, déjame todo a mí.

—Bueno, eso es más o menos lo que va a pasar.

4 Para una explicación de la confusión del Doctor, ved Doctor Who: Listen, disponible a principios de 2195.

—Caballeros —interrumpió el Doctor—. Ya ha habido suficiente cháchara. No podemos vencer el “a prueba de TARDIS”, pero hay otra forma —hacía botar la esfera plateada en su mano—. ¡Sopa Instantánea! —frunció el ceño— ¿Qué es Sopa Instantánea?

—¿De qué estás hablando? —exigió Pajarita.

—¿No es hora —dijo el Doctor—, de que volvamos el armamento elegido por nuestro enemigo en su contra? Ese es nuestro Modus Operandi, ¿no? Después de todo, somos el Doctor.

Sus oídos zumbaron, la sangre se detuvo en sus venas y casi dejó caer la esfera. ¡Eso era! ¡Eso es lo que había cambiado! Pero, ¿cuando había comenzado a hacerlo? ¿Cuándo había empezado a llamarse de nuevo el Doctor?

—¿Tienes una idea? —estaba preguntando Traje de Papá.

—Compártela con la clase, ¿quieres? —dijo Pajarita.

Podía sentirlo dentro de él. Todo había regresado, como si nunca se hubiera ido. Estaba listo para ir al rescate, hacer algunas bromas, trincar algunos artículos de papelería y ¡burlar a los monstruos en sus propias trampas! Había mirado para otro lado y dejado la puerta abierta, y en ese momento, fíjate quién se había colado otra vez. Era de nuevo el Doctor. Debería haberse indignado, por supuesto, pero alguien en algún lugar había comenzado a reírse y, para su sorpresa, se dio cuenta de que era él.

—¿Me he vuelto a perder algo gracioso? —preguntó Traje de Papá.

—¿De verdad que tienes un plan, Abuelo?

—¿Un plan? ¡Sí, tengo un plan! ¡Por supuesto que tengo un plan! Siempre tengo un plan, soy el Doctor. Pero debo advertíroslo, chicos —dijo y se preguntó si la sonrisa en su rostro dejaría de crecer alguna vez—. ¡Es un poco cosas del tiempo!

Y empezó a rugir de risa de nuevo. Los otros dos se lo quedaron mirando, sin duda pensando que se había vuelto loco, pero no le importó lo más mínimo. Porque en ese maravilloso momento, girando por el tiempo y el espacio en la TARDIS con el Doctor, el Doctor y Clara Oswald, había exactamente un único pensamiento dando vueltas una y otra vez por mi cabeza.

¡El Doctor una vez más!

ESTABLECIENDO CONEXIÓN

CONEXIÓN ESTABLECIDA

CONEXIÓN ESTABILIZADA

POR FAVOR GUARDA ESTE LIBRO EN POSICIÓN CERRADA PARA IMPEDIR QUE SALGAN LOS ÁNGELES LLOROSOS.

Entonces, ¿qué vamos a hacer con eso? Tal vez el tema más candente en la beca del Doctor (o, más probablemente, tal vez no) es este: ¿se casó el Doctor con Isabel I? ¿Cuál fue la naturaleza de la ceremonia a la que tan brevemente alude? ¿Era él su padrino? ¿También él entregó a la novia? Obviamente, a estas alturas habéis leído el discurso del padrino en el Capítulo 9 —sí, lo habéis hecho, lo siento, calmaos— y aunque es sumamente divertido, extraordinariamente conmovedor e incluso revelador de formas bastante inesperadas (¡Susan!), supongo que es posible que sea falso. Entonces, ¿qué pruebas concretas tenemos para la unión con menos posibilidades de la historia?

Existe una duda considerable sobre cuánto tiempo pasaron los tres Doctores y Clara Oswald en la Inglaterra isabelina antes de emprender su misión hacia el futuro. Podíais suponer que tenían prisa, pero, dado que su transporte era una máquina del tiempo, el propio tiempo no era un problema. Así que, ¿se demoraron los Doctores? Y más importante aún, ¿el Doctor coqueteó?

Muchos han señalado que algo debe haber sucedido porque el Doctor claramente está siendo evasivo cuando se trata de la “ceremonia” y de las exactas circunstancias de su partida. Uno no puede evitar un tema a menos que haya un tema que evitar. También está el problema de que Isabel se dirige a él como “esposo” en su carta de instrucciones.

Para muchos, no cabe duda de que el Doctor está mintiendo, pero pensad: esto no significa necesariamente que la boda haya sucedido alguna vez, solo que el Doctor creyó que lo hizo.

Pensad también en Isabel: una mujer de inmenso talento e inteligencia, acostumbrada a manipular los muchos egos que compiten por su atención. ¿Es posible que haya fingido una ceremonia secreta de boda solo para atar al Doctor a su servicio?

Puede que nunca lo sepamos con certeza, por supuesto, pero tengo mis sospechas y una vez las compartí con un viejo amigo. La señorita Clara Oswald a menudo aparecía a tomar el té esos días. La conozco desde hace mucho tiempo, aunque me gusta fingir que no puedo recordar por qué y ella es feliz de seguir el juego. Le pregunté una vez si el Doctor, un Señor del Tiempo de reconocida inteligencia y perspicacia, realmente podía haber sido engañado tan fácilmente, incluso por Isabel.

—Sí, sé a qué te refieres, pero confía en mí —dijo Clara—, besa fenomenal.

Nuestro siguiente capítulo, “Queridísima Petronella”, está en forma de carta. Las circunstancias de su composición, se aclararán en la lectura.

Capítulo 6

Queridísima Petronella

Queridísima Petronella,

Hola tú. U hola yo. Soy Petronella. Para cuando leas esto, creo que estarás a punto de abandonar tu forma humana, pero me pregunto si no te importaría esperar un poco. ¿Podrías leer esta carta mientras sigues siendo yo? Hay algo que quiero explicarte.

Tenemos muchos recuerdos en común, ¿no? Toda mi vida en tu cabeza. ¡Qué embarazoso! Pero no nos explayemos, tú sabes todo de lo que estoy hablando. Tu rostro estará lo suficientemente rojo cuando vuelvas a ser un Zygon. Ups, humor metamorfo, ¿verdad? Pero solo entre nosotras.

Si es que de verdad eres una chica. ¿Eres una chica? ¿Hay Zygons chicas y chicos como nosotros o sois todos iguales? Creo que todos iguales sería mucho mejor. Piensa en el espacio de baño que nos ahorraríamos. Honestamente, ¡lo que la raza humana podría haber ahorrado si no tuviéramos que duplicar la fontanería!

En cualquier caso... me desvíó, me desvíó. Ya me conoces, vaya, de verdad me conoces, ¿no? Nunca nadie me conocerá como tú. Lo que, de alguna manera, es el objetivo de esta carta.

Mientras escribo, aún estás inconsciente. Es curioso, mirándote, porque algo que nunca ves en persona es qué aspecto tienes cuando duermes. No hay baba, lo cual es un alivio, pero estás roncando un poco. Me sigo disculpando en nuestro nombre, lo que es un poco extraño, pero, ¡no tenía ni idea de que fuera tan ruidosa!

Ya sabes que hay quién dice que los efectos pueden tardar más tiempo en desaparecer para ti, porque eres un metamorfo y es un poco más complicado. Además, es posible que tu memoria de lo que sucedió no se restablezca por completo porque... bueno, tienes el doble de recuerdos que cualquiera de nosotros. Todos los míos además de todos los tuyos.

Así que en caso de que hayas olvidado lo que ha sucedido en las últimas horas y lo que nos dijimos una a la otra, aquí está todo. Desde mi punto de vista. Que, por ahora, también es tu punto de vista.

RECAPITULACIÓN. (Me encantan esos, ¿no? Bueno, SÉ que a ti sí)

Entonces, acabábamos de encontrar a Atkins muerto (muy difícil de perdonar, perdón por mencionarlo) y Kate había entrado a zancadas en la habitación porque siempre hacía eso —ya lo sabes, creo que lo que quiero más

ser es Kate— y McGillop había agarrado mi codo, protector. Desgraciadamente, no podía mover las piernas debido a todo el terror, así que tuve que avanzar arrastrándolo, mientras seguía protegiéndome el codo.

FIN DE LA RECAPITULACIÓN

Mientras cruzábamos la puerta, pude oír a Kate hablando.

—No estoy armada. Ni las dos personas que entran ahora al Archivo. Va en contra de nuestro código de conducta y nuestra disposición iniciar cualquier acto que atente contra un visitante extraterrestre, y si dudas de mi palabra al respecto, por favor consulta los recuerdos que has descargado de mi cabeza.

Podíamos verles ahora. Kate estaba de pie en medio de la habitación frente a un duplicado exacto de ella misma. Eso fue bastante raro, pero detrás de ella había otro McGillop y junto a él había... bueno, estabas tú. O yo. O tú/yo. Te volviste y me miraste y me lanzaste una extraña mirada, pero no supe decir lo que significaba. Entonces me di cuenta de algo. Nunca nadie aprende a leer su propia cara, ¿verdad? La verdadera Kate miró por encima de su hombro.

—Petronella, quiero que cierres la puerta por favor. No debe entrar nadie.

¡Me estaba llamando Petronella! ¡Esa no era una buena señal! Había dejado la llave en la puerta, así que eso fue bastante fácil, pero mis manos temblaban tanto que tardé siglos. McGillop trató de sostenerme la mano, pero él no estaba mejor y simplemente nos alejamos juntos como un carrito de bebidas durante unas turbulencias. Detrás de nosotros pude oír a la otra Kate respondiendo.

—Después de haber descargado tus recuerdos, también estoy al tanto de la actitud general de la población residente hacia los visitantes. Ya tienes problemas más que suficientes con tu propia especie, y mucho menos con la nuestra.

—Si se me permite señalarlo: estáis invadiéndonos.

—Mis duplicados Zygons ya están asumiendo el control de UNIT. La invasión casi ha terminado.

—Con el armamento que hay en esta habitación, seríais imparables.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, lamento informarte de que estáis a punto de ser detenidos. ¿No os importará si me siento? —había una mesa de reuniones en medio de la habitación y Kate sacó una silla y se sentó. Sonrió a su doble y le indicó con la mano el asiento de enfrente. La copia de Kate no se movió por un instante.

—No estáis armados. Somos Zygons, nacimos armados. Esta habitación es nuestra, así que tu planeta también.

Kate simplemente se encogió de hombros.

—Técnicamente el planeta es vuestro, sí. Espero que disfrutéis de vuestro reinado, ya que estaréis muertos en poco más de cinco minutos. Por favor, siéntate.

La copia de Kate ahora fruncía el ceño y yo conocía esa mirada, de alguna manera el control se le escapaba de las manos. Después de un momento, sacó una silla y se sentó frente a Kate. Después, el otro McGillop se posicionó en su hombro y después llegaste tú y te paraste en el otro hombro. Era como un póster de una película sobre un negocio familiar o la mafia (o unos presentadores de televisión enfadados).

McGillop y yo nos miramos. Oh, bueno, pensamos, y nos pusimos exactamente en las mismas posiciones detrás de la verdadera Kate. Todo era muy aterrador, pero también algo ridículo. Pósters de películas uno frente a otro.

Te miré, preguntándome como te estabas sintiendo y tú ya me estabas mirando y eso fue muy gracioso, porque en el mismo momento exacto ambas hicimos el gran sonido sibilante. Buscamos nuestros inhaladores, pero por supuesto solo lo tenía yo. Espero no haber parecido demasiado engreída, pero creo que probablemente sí. Kate estaba hablando de nuevo. —Si buscas en los recuerdos que me has quitado, te darás cuenta de que hay protocolos que protegen este lugar. El armamento de esta habitación es tan peligroso que no puede permitirse que caiga en tus manos o perderemos el control de nuestro propio planeta. ¿Osgood?

Esta era mi parte, aunque no estaba deseando que llegara.

—En caso de una incursión alienígena, los contenidos de esta sala son tan peligrosos que se autodestruirán en... —¡mi boca se me acababa de pegar! ¡No podía decirlo!

Kate tenía un teléfono y pulsó algo. En la pared, se iluminaron unos grandes números. Los miré, pero estaba tan asustada que no podía encontrarles ningún sentido. Simplemente se mezclaron delante de mí, como si mis ojos estuvieran dando saltos.

—Cinco minutos —dijo Kate.

La copia de Kate también tenía un teléfono y lo estaba mirando. Estábamos a punto de morir y en lo único que podía pensar era: ¿cómo podía tener un teléfono? ¿Los Zygons también copiaban teléfonos? ¿Era un teléfono hecho de Zygon? Un almacén holográfico activo, pensé. Buena teoría, pensé, impaciente conmigo misma, pero no importa eso ahora.

—Este es uno de los equipos más sofisticados y poderosos de las siete galaxias —estaba diciendo la copia de Kate—. Vuestros explosivos apenas los rayarían... ¡Oh!

—Exacto —dijo Kate—. Veo que acabas de recordar que hay una cabeza nuclear a seis metros bajo nosotros. ¿Estás sentada cómodamente?

—¿Destruirías Londres?

—¿Para salvar el mundo? Sí, lo haría.

—Es un farol.

—¿Lo crees de verdad? En algún lugar de tu memoria hay un hombre llamado Brigadier Alistair Gordon Lethbridge-Stewart —no podía ver su cara desde donde estaba, pero sabía que estaba poniendo esa sonrisa—. Soy su hija.

La copia de Kate entrecerró los ojos, como si estuviera evaluando el rendimiento anal y se reclinó un poco hacia atrás en la silla. Tamborileaba con los dedos en la mesa. Después sonrió.

—Yo también —dijo.

Esto es de locos, pensé. Esto es ridículo y sin sentido.

—Entonces, me temo que estamos en un punto muerto —dijo Kate.

—No por mucho tiempo —dijo la copia de Kate.

Esto los destruirá a todos, pensé. Asesinarán a millones. ¡Nosotros también! ¿Qué? ¿Qué significaba, nosotros también? ¿Por qué estaba pensando eso? Salvo, espera un momento, ¡no estaba pensando eso! Esos pensamientos simplemente estaban apareciendo en mi cabeza. Pero, ¿desde dónde?

Por supuesto, fue entonces cuando miré al otro lado de la mesa y te vi. Y me estabas mirando a través de tus grandes y graciosas gafas. ¿Cómo podías tener gafas? Me pregunté. ¿Eran gafas hechas de Zygon?

Te lo he dicho... armazón holográfico activo.

Oh, esa fuiste tú.

Por supuesto que era yo.

¿Aún estamos enlazadas? ¿Psíquicamente?

He reabierto la conexión, sí.

¿Podéis hacer eso?

Normalmente no. Esto es distinto.

¿Por qué?

Porque fui capaz de descubrirlo. Tu cerebro es asombroso, Petronella. Nunca he estado en un lugar tan grande.

¿En serio? ¿Te gusta?

Me encanta. Aunque, ¿cómo te las arreglas? ¡Todos esos pensamientos! Es como perseguir una manada de ponis.

Me encantan los ponis.

Soy consciente. ¿Regresamos al fin del mundo?

Oh, de acuerdo, sí, lo siento.

La copia de Kate estaba hablando.

—La orden se puede cancelar, por supuesto. Una palabra podía cancelar la detonación.

Eché un vistazo al contador de la pared y tú también. Teníamos tres minutos.

—Así es.

—Se activa con tu huella de voz.

—Y solo la mía.

—No, ya no —dijo la copia de Kate—. Cancelar la detonación —gritó.

—¡Revocar!

—¡Cancelar la detonación!

—¡Revocar!

La copia de Kate se quedó mirando a sí misma. Estaba negando con la cabeza.

—Solo tenemos que ponernos de acuerdo para vivir.

—Estoy de acuerdo. Lo único que tienes que hacer es rendir todas tus tropas.

—¡Nunca!

—Entonces solo podemos estar de acuerdo en morir.

Ahora estaban ambas de pie, mirándose la una a la otra. Kate era la persona más obstinada del mundo, nunca retrocedía ante nada. Esa terquedad había salvado a muchas personas, muchas veces, pero ahora estaba cara a cara consigo misma. La fuerza imparable se encuentra con el objeto inamovible, pensé, después me di cuenta de que eso procedía de ti.

Estabas mirándome de nuevo.

¿Crees que tiene un plan?, preguntaste.

¿Quién?

¿Quién crees?

El Doctor ni siquiera puede entrar aquí.

Negaste con la cabeza.

Dile al Doctor que hay una pared que no puede escalar...

Y se reunirá contigo al otro lado, sí, lo sé. Pero, ¿cómo iba a hacerlo?

Mira por encima de mi hombro.

Cuando miré, lo único que pude ver fue un cuadro apoyado contra la pared. No, espera, no es cualquier cuadro. Era el cuadro de "Gallifrey Cae" procedente de la National Gallery. El que habíamos mostrado al Doctor hacía poco.

Pero, ¿qué está haciendo aquí? Pregunté. No se puede mover, salvo bajo ordenes específicas de Kate Lethbridge-Stewart.

O del Doctor, me recordaste.

Pero, ¿cuándo pudo haber hecho eso el Doctor? Pregunté. Miraste a la copia de McGilop y me di cuenta de que él me estaba mirando también.

Hemos copiado a tu compañero, McGilop, explicaste, así que también tenemos todos sus recuerdos. Vamos a enviarte un injerto de memoria de algo que sucedió hace unas horas.

La copia de McGilop no paraba de mirarme fijamente ahora y, estaba a punto de preguntar qué era un injerto de memoria, cuando...

Estaba de vuelta en la National Gallery, cuando habíamos mostrado el cuadro al Doctor y Clara por primera vez. Todo era exactamente igual, salvo que estaba de pie en un lugar ligeramente diferente y mi boca sabía un poco raro. Me sentía un poco resacosa (espera un momento, no bebo) pero aún estaba deseando ver a Agnus y Ferdinand esa tarde, excepto que no sabía quienes eran Agnus y Ferdinand. Y después, ¡me di cuenta! Yo era McGilop. Estaba dentro de su memoria. Esto era un injerto de memoria y yo era él. ¡Oh, cielos! ¡Todo era tan distinto! Incluso los colores, los olores y la sensación de mis pies en el suelo... nada en ningún sitio era igual. Cuando miré al Doctor, ya no estaba llamándolo el Doctor, lo llamaba Cretino-con-Pajarita. Cuando miraba a Clara Oswald, era de repente Pequeña-Mandona. Cuando Kate empezó a hablar, era Doña-Alegría. Después tuve un gran pensamiento triste y pensé (con acento irlandés) "Oh, no puede quitarle los ojos de encima, ¿verdad?" Al principio no lo entendía —¿Quién no podía quitarle los ojos de encima a quién?— y después me encontré mirándome a mí misma y, sí, estaba mirando fijamente al Doctor. Y, Dios mío, de repente me llamaba Princesa.

¿Princesa? ¿Por qué McGilop me estaba llamando Princesa? Eché un rápido vistazo a sus recuerdos —¡¡asqueroso!!— y simplemente había toneladas de mi allí, ¡y siempre llamándome Princesa! ¿No sabía que yo estaba en contra de toda la monarquía constitucional (excepto el príncipe Enrique)? Claro está,

tenía que admitir, que no lo estaba diciendo en el mal sentido. En realidad era en un sentido muy bueno. No sabía muy bien qué hacer conmigo misma. Me habría sonrojado si hubiera tenido mi propia cara. ¿Significaba eso que me gustaba? En el momento exacto que me hacía esa pregunta, me di cuenta que me estaba mirando el trasero.

No, no, no, pensé. Oh, McGillop, deja de hacer eso. Seguía y seguía y, francamente, era embarazoso.

Cretino-con-Pajarita había acabado de leer la carta de la Reina.

—¿Qué ha pasado? —le dirigí una breve mirada al Doctor y después, zas, de vuelta a mi trasero.

—Es más fácil enseñártelo —una breve mirada a Doña-Alegría, después, zum, ¡trasero! ¡Oh, contrólate, McGillop! ¿Era esto lo que había estado pasando todos estos años? ¿Estaba cosificándome cada vez que me daba la vuelta (lo que de hecho parecía ser un requisito)?

Afortunadamente sonó mi teléfono —no, quiero decir que sonó el teléfono de McGillop—. Una voz familiar dijo.

—Mira el número de teléfono y confirma con quién hablas.

La pantalla del teléfono mostraba que el propio Doctor estaba en línea. Pero, ¿cómo era posible? Yo —no, McGillop— miré a Cretino-con-Pajarita que estaba pasando justo detrás de él, seguido de Doña-Alegría, saliendo de la habitación. Ahora Princesa le seguía justo detrás. ¡Zum, trasero! ¡Oh, McGillop! ¿Qué creía que guardaba ahí detrás?

—Pero eso no es posible, señor —estaba diciendo McGillop—. Está justo aquí.

—Sí, ya sé que estoy, lo recuerdo —respondió el Doctor por el teléfono—. Soy un viajero del tiempo, imagínatelo. Ahora mismo estoy en vuelo en la TARDIS y necesito que lleves el cuadro de “Gallifrey Cae” directamente al Archivo Negro. Prioridad Búfalo Uno. Y no le digas a nadie que esto ha ocurrido.

—Entendido, señor.

—Ni siquiera a mí. ¿Todavía lo entiendes?

—¿Por qué estoy haciendo esto, señor?

—Porque el futuro del planeta Tierra depende de ello —dijo el Doctor y la línea se cortó. McGillop miró hacia el pasillo, dónde aún podía vernos alejarse y ¡juum!...

Estaba de vuelta en el Archivo negro. Miré el contador. Me había ido durante menos de un segundo (bueno, realmente no, pero ya sabes a lo que me refiero)

—Lo único que tenéis que hacer es dejar este planeta —estaba diciendo la verdadera Kate.

—Bien, nos iremos. Pero nos llevaremos todo este equipo —dijo la copia de Kate.

—¿Para así poder quemarnos desde el espacio?

—No, para evitar que nos derribéis mientras nos marchamos.

—No lo haremos.

—Lo habéis hecho antes. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Nos estáis invadiendo. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Entonces, tenemos un problema.

—Un problema mutuo.

—Pero no por mucho tiempo.

—Me temo que por exactamente cinco diecinueve segundos.

—Yo también lo temo —dijo la copia de Kate con la sonrisa más triste.

Te miré. Así que fue el Doctor quien trasladó el cuadro aquí. ¿Estas pensando lo mismo que yo?

Por definición, dijiste. Si el Doctor ha encontrado la habilidad de ponerse a sí mismo dentro del cuadro...

¿Recuerdas que nunca terminaste esa idea? Se escuchó un tremendo estruendo de cristales rotos y la parte delantera del cuadro estalló hacia la habitación. El aire se llenó de repente de un extraño zumbido chirriante, que te aterrorizaba solo con escucharlo, seguido de un trueno bajo, tan profundo que se podía sentir en el estómago y después un túnel azul que daba vueltas salió como el rayo de un reflector a través del cuadro, girando y aullando mientras llenaba la habitación. Me protegí los ojos y miré hacia el túnel. Pude ver, recortados contra el caleidoscopio de giratorias sombras azules, a tres hombres saliendo del cuadro hacia nosotros.

Tengo la estúpida sensación de que podría haber habido una lágrima en mi ojo, lo que probablemente creas que es tonto (o tal vez no, por supuesto, siendo yo). Pero, ya ves, sabía lo que significaba. Es difícil de describir, pero sabía, incluso entonces, que todo iba a salir absolutamente bien. Como si de repente fuese el día de Navidad y Santa Claus estuviera aterrizando en el techo. También sabía que ya no era el activo táctico número uno de UNIT.

¡Ya no estábamos en ausencia del Doctor!

¿Recuerdas algo de eso, Petronella? Creo que empezará a complicarse ahora, debido a lo que el Doctor nos hizo a todos. Pero espero que puedas

recordar a esos tres hombres saliendo del cuadro y entrando en la habitación. Supe de inmediato que todos eran el Doctor. Le he estudiado toda mi vida, pero esa no era la razón: podías verlo en cierto modo. ¡El Doctor, el Doctor y el Doctor!

Ahí estaba el que conocimos hoy, todo tonto y adorable, con su pajarita y sus manos aleteantes. Y estaba el que vestía el traje (!!) ajustado y las Converse. Mi madre vio una vez una foto suya y me dijo que le ponía (lo que era un poco asqueroso, ¿no?). Y había otro al que nunca había visto en ninguna foto. ¡El misterioso Doctor extra! ¡Era como encontrar una tarjeta secreta Top Trumps de la que nadie más sabía! Era muy diferente a los otros dos. Más viejo y arrugado. Cuando te miraba, era como si fuera grandioso y frágil al mismo tiempo. Sin embargo todavía era él, no cabía ninguna duda. Llevaba una cartuchera alrededor del pecho, que pensé que sería difícil de replicar, así que probablemente iría a las tiendas de antigüedades.

—Hola —dijeron todos.

—Soy el Doctor.

—Soy el Doctor.

—Soy el Doctor.

Honestamente, podía oír vitorear a mis tatuajes (disculpas por ellos, por cierto)

—Siento el desastre —dijo el anciano.

—Y la jactancia —dijo una voz. Miré a mi alrededor para ver a Pequeña-Mandona Clara Oswald saliendo también del cuadro.

—Kate Lethbridge-Stewart, en nombre de la cordura, ¿qué estás haciendo? —dijo el Doctor Pajarita (se lo dijo a la equivocada, pero supongo que cuando hay tres tús en la habitación, ¡dejas de preocuparte por ese tipo de cosas!)

—Hay un protocolo para cuando este lugar es allanado... —empezó a decir la verdadera Kate.

—Sé lo de vuestro estúpido protocolo —dijo el Doctor Converse—. Nunca pensé que alguien fuera tan idiota como para activarlo.

—La cuenta atrás solo puede detenerla una orden mía personal, no hay nada que puedas hacer.

Todos los Doctores miraron los números en la pared. Teníamos poco más de un minuto. Había leído cada expediente que había sobre ese hombre, sabía que seguiría hasta el último segundo, solo por el efecto dramático.

—Te diré lo que puedo hacer al respecto —dijo el Doctor Converse—. Podemos hacer que las dos aceptéis detenerla.

—Ni siquiera los tres juntos —dijo Kate.

—Estas a punto de asesinar a millones de personas —espetó el Doctor Viejo.

—Para salvar a miles de millones —dijo Kate—. ¿Cuántas veces habéis hecho ese cálculo?

—Si nunca hubierais tenido esta estúpida colección en primer lugar...

—¡Irrelevante! —gritó Kate— Repito: ¿cuántas veces habéis hecho ese cálculo?

Todos los Doctores se miraron entre sí y había algo horrible en sus caras.

—Esta es una decisión con la que nunca serás capaz de vivir —dijo el Doctor Converse (cuando dijo eso, me di cuenta de que el Doctor Viejo lo miraba y la mirada en sus ojos era tan grande y tan triste que casi fui a abrazarlo).

—Entonces, bien —respondió Kate—, suerte que no tenga que hacerlo. Doctor, ¿cuántas veces?

Los Doctores se miraron entre sí. Sabía la respuesta que iban a dar. ¡Nunca! Eso es lo que no querían decirle. Tal vez porque no querían parecer superiores o que pensase que la estaban juzgando, pero si ser el Doctor contaba para algo, sabía que...

—Una vez —dijo el Doctor.

El suelo se balanceo bajo mis pies. ¿Qué había dicho?

—Una vez —repitió. Habló el de la Pajarita. Quería que parase porque lo que estaba diciendo no podía ser, nunca podría ser, verdad—. Una vez hace mucho tiempo, hice exactamente lo que estás a punto de hacer ahora y te dices a ti mismo que estaba bien —deja de hablar, quiero gritar, calla, calla, ¡calla!—. Me convirtió en el hombre que soy ahora. Y ni siquiera estoy seguro de quién es.

—Te dices a ti mismo que estaba justificado. Todo el tiempo, cada minuto, te dices eso —ahora era el Doctor Converse. Estaba completamente borroso y los ojos me estaban picando—. Pero es mentira. Lo que hice aquel día estuvo mal. Muy mal.

Me sequé los ojos con la manga. A unos pocos centímetros detrás del Doctor Converse, pude ver al Doctor Viejo. Había extendido la mano para apoyarse en la pared y había vuelto la cara. De repente parecía débil y me pregunté si también estaba llorando. Mientras le miraba, se desplomó en una silla y se sostuvo la cabeza con la mano. ¿Recuerdas que podías decir que era el Doctor? Bueno, fue extraño, porque de repente ya no era verdad.

—Así que, en cualquier caso, esa es la cuestión —dijo el Doctor Pajarita—. Porque lo hice mal, voy a hacer que tú lo hagas bien —de repente estaba todo animado otra vez, como si nada de lo que acababa de decir importase—. ¿Cuánto tiempo tenemos, Doctor?

—Oh, unos cuarenta segundos, Doctor —dijo el Doctor Converse—. ¿Empezamos de inmediato o nos tomamos primero una taza de té?

—No, hagámoslo ahora, Doctor, podemos alargarlo para rellenar el tiempo.

Miré el reloj. No tenían cuarenta segundos, tenían unos treinta. ¿Estaban mintiendo a propósito para hacerlo más dramático?

—¿Ventajas, Doctor? —dijo Pajarita.

—Bueno, un genio incomparable, destornilladores de diferentes tamaños y, por supuesto, el sistema de iluminación.

—Ah, sí, el sistema de iluminación de amnesia. Podemos trabajar con eso, ¿verdad?

—¡Yo diría que sí!

Oh, esfuérzate y recuerda esta parte, Petronella. Exactamente al unísono, como si lo hubieran estado practicando, sacaron dos sillas al final de la mesa, se sentaron golpeando sus pies, de uno en uno, sobre la mesa y después se recostaron hacia atrás y sonriéndonos a todos. En el reloj de la pared no dejaba de pasar el tiempo y lo estaban desperdiciando deliberadamente para presumir. Era tan “Doctor” que casi me olvidé de lo que nos acababan de decir. Al otro lado de la mesa, las dos Kates se miraban una a la otra, como si esperaran que la otra hiciera algo al respecto, pero ninguna de las dos tenía idea de qué.

—¡Bien! —dijo el Doctor Pajarita— Déjanos decirte lo que va a suceder.

Kate dio un paso adelante, como si quisiera protestar, pero no se le ocurrió nada que decir.

—En cualquier momento vais a detener esa cuenta atrás, ¡las dos juntas! —dijo el Doctor Converse.

La copia de Kate también dio un paso adelante, pero tampoco salió nada de su boca.

—Y después vais a negociar el tratado más perfecto de todos los tiempos.

—Protecciones por todas partes, completamente justo para ambas partes.

—Y la clave para una negociación perfecta...

—Es no saber de que lado estás.

Echaron hacia atrás sus sillas y después los dos se subieron a la mesa. Hicieron girar sus destornilladores en sus manos y después los apuntaron al sistema de iluminación. Las dos Kates se miraron entre sí con las caras desconcertadas.

—Durante las próximas horas...

—Hasta que decidamos dejaros salir de aquí...

—Nadie en esta habitación será capaz de recordar...

—Si son seres humanos...

—O si son Zygons.

Los dos destornilladores zumbaron y ambos Doctores se echaron a reír. Fue una cosa curiosa porque realmente no pareció suceder nada. Las luces se hicieron más brillantes por un instante, todo se volvió un poco lechoso y, de repente, allí estábamos todos, simplemente parados como lo estábamos antes. Por un momento me pregunté si algo había salido mal. Pero cuando te miré, me di cuenta de que no podía recordar cuál de nosotras era cual (es una sensación extraña, escribir esto, recordar no recordar). Una de nosotras era un Zygon y una de nosotras era un ser humano, pero no sabía quién era quién y se podía decir por la mirada en tus ojos que tú tampoco lo sabías. Después las dos miramos el contador de la pared, justo cuando hacía click a cero.

—Cancelar la detonación —gritaron las dos Kates a la vez.

Las siguientes horas fueron tan extrañas como te puedes imaginar. Debes tener partes en la cabeza, creo. Los dos Doctores merodeaban como guardianes de una prisión, mientras los seis nos sentábamos en esa mesa y oh, como negociamos. El Doctor tenía razón, por supuesto: si te dan la labor de dividir algo por la mitad, pero no te dicen con qué mitad vas a terminar, haces un esfuerzo especial extra para hacerlo bien. Sabía que éramos crueles porque éramos egoístas y teníamos miedo, así que usó nuestro miedo y egoísmo para obligarnos a ser amables.

De vez en cuando veía a uno de los Doctores detenerse junto a un estante y meterse algo en el bolsillo o dejándolo inservible con el destornillador o sacándole la batería. Me preguntaba si el Archivo Negro volvería a ser tan problemático.

El otro Doctor, el anciano, simplemente se quedó dónde se había arrugado en su asiento, con la cabeza aún en las manos. Me miró una vez y juro que tenía los ojos húmedos. ¿Cuál era él? ¿Dónde entraba en la numeración?

Tuvimos una charla, tú y yo, durante uno de los descansos y supongo que de eso es de lo que realmente quiero hablar. Estaba diciendo que si era un Zygon con un caparazón holográfico activo, ¿eso significa que mis zapatos eran hologramas? Y, si era así, ¿cómo los limpio y qué pasaría si me llevo el par equivocado en la bolera? Te reíste y la risa se convirtió en el temido jadeo sibilante. Saqué mi inhalador y te lo pasé. Y ambas nos paralizamos, por supuesto. Porque eso significaba que yo era el ser humano, tú eras el Zygon y se había revelado el secreto. Me preguntaba si todo se derrumbaría en ese momento. Pero solo sonreíste, te llevaste un dedo a los labios y cogiste mi

inhalador. Fue bastante divertido salvar el mundo juntas, con algo tan pequeño y tonto.

—Pareces algo triste —dije, algunos minutos después—. Al menos creo que es mi cara triste. ¿Esa es mi cara triste?

—Me gusta ser tú —dijiste con uno de mis encogimientos de hombros, cuando intento decir que básicamente estoy bien, pero en realidad no—. Supongo que ahora tendré que parar.

Y fue entonces cuando me di cuenta de algo muy importante. ¡Oh, Petronella! ¡No somos iguales!

Te acabas de mover y murmurar ahí. No creo que permanezcas dormida por más tiempo, así que será mejor que me dé prisa y escriba esto. Una vez que habíamos establecido una especie de tratado —tardamos diez horas— los Doctores volvieron a acribillar las luces para restaurar nuestros recuerdos. Esta vez nos dejó fuera de combate y me temo (sin ofender) que los humanos se recuperan más rápido que los Zygons. Así que aquí estoy, escribiendo al lado de tu cama.

He aprendido mucho hoy, Petronella. El Doctor siempre ha sido mi héroe, pero es absurdo y equivocado esperar que sea un héroe todos los días porque esa no es la verdad sobre él. Así como sé que nunca podré estar con McGillop porque piensa que soy una princesa y esa tampoco es la verdad sobre mí. Nunca he entendido por qué la gente quiere ser amada así porque al final estás destinada a ser una decepción. Pero si no somos héroes o princesas, supongo que podemos mejorar algo con lo que tenemos, ¿verdad?

Dije que no somos iguales. Esta es la razón. Toda mi vida, todos los días, he deseado ser otra persona. He querido ser Kate, Sarah Jane Smith, Amy Pond o cualquiera en realidad. Pero eres un metamorfo, has sido muchas otras personas, y quieres ser yo. Creo que eso te hace una mejor Petronella Osgood que yo.

Creo que me gustaría ser una versión mejor. Si el Doctor no puede ser siempre un héroe, vamos a necesitar algunos más, ¿verdad?

Queridísima Petronella, si te gusta ser yo, ¿por qué no continuas? Quédate. Por favor, quédate, sé mi amiga y enséñame, si puedes, cómo ser tú.

Con todo mi amor,

Petronella Osgood (Bueno, una de ellas)

Conectando transmisión.

Transmisión conectada.

Transmisión estabilizada.

POR FAVOR, NO DEJES ESTE LIBRO DEBAJO DE TU CAMA, YA QUE A LA NOCHE SE VUELVE HAMBRIENTO.

Hay un dicho que dice que si los cuervos alguna vez dejan la Torre de Londres, entonces Inglaterra caerá. Tonterías, por supuesto. Y de todos modos, los verdaderos se fueron hace años. Me temo que los que están ahora son réplicas robot (lo siento, la junta de turismo me preguntó, y el semi—retiro se vuelve aburrido de vez en cuando). Pero no importan las aves, aunque sean excelentes físicos teóricos, ¿qué hay de las Osgoods? Desde ese día ha habido dos Petronella Osgood de turno en la Torre, manteniendo el mundo a salvo. Realmente creo que la humanidad podría caerse si alguna de ellas se fuera.

Los estudiantes serios sabrán (y si no lo sabes, es mi tristeza informarte) que una de las Petronellas murió en el cumplimiento del deber unos años más tarde. Nadie ha sabido cuál de ellas pereció, y Petronella mismas está bastante segura de no contárselo nunca a nadie. Digo “mismas” porque otro residente de la Tierra, un Zygon, tomó el lugar de la Petronella caída, así que había dos de ellas nuevamente.

Todo lo que importa es esto: Osgood vive, y mientras las fangirls hagan guardia en las puertas de la humanidad, nosotros también lo haremos.

Hasta el día de hoy, hay Zygons viviendo entre los humanos, en paz, y, debe admitirse, en secreto. No es ideal, pero es mejor que luchar. Y Kate Lethbridge—Stewart finalmente tiene un viaje de vacaciones de primera clase. Sin embargo, los Zygons la encuentran un poco agotadora y se turnan para ser ella. Lo importante es que nunca se puede ver ninguna diferencia en la escritura.

Ahora nos acercamos al Capítulo Siete. Espero que este volumen hasta ahora te haya dado las habilidades que necesitas para lidiar con las preguntas de autoría que estás a punto de conocer, mientras te embarcas en “El Día del Doctor”.

(Como de costumbre, estaré aquí cuando termines. Y mantén el ruido bajo al leer, estoy intentando conectar mi cámara web. Con un poco de suerte, tendré un regalo especial para ti)

Capítulo 7

El Día del Doctor

En la mesa, las negociaciones habían entrado en su novena hora, y ambas Kates parecían listas para caer boca abajo. Clara notó que las Osgood se estaban tomando un descanso y parecían compartir el mismo inhalador, lo que seguramente presagiaba la paz en la Tierra. Los dos Doctores más jóvenes (¿o mayores?) vagabundeaban por los estantes, jugaban con cosas y, de vez en cuando, chismorreaban sobre algunas fotografías de sus diversos acompañantes que habían encontrado clavadas en un tablón de anuncios. Hubo un período feo cuando descubrieron una cinta VHS de la película “Daleks: Invasión de la Tierra” y habían insistido en verla. Casi descarrilaron las negociaciones gritando, vitoreando y uniéndose, y luego pasaron la siguiente hora llamándose “Dr. Who” y hablando como Peter Cushing. Clara tuvo la sensación de que su Doctor podría quedarse así.

—¡Me encantan sus piernas agachadas! —había dicho, imitando la caminata del Dr. Who sin hacer ningún aparente cambio.

—¡Lo noté! —dijo el otro.

—¿Cómo?

Cuando encontraron un DVD de la otra película (¡Remasterizada!) habían intentado que el anciano se uniera, pero él sonrió y les hizo un gesto para que se marcharan. Clara frunció el ceño, pensando en la sonrisa. Solo puedes decir cuán triste está alguien cuando sonríe, reflexionó. Entonces, cuando comenzó la novena hora, ella preparó una taza de té y fue a sentarse con él.

—Has estado espiando dentro de mi cabeza otra vez —dijo.

— Lo siento mucho, sí, lo hice —respondí—. Me detendré inmediatamente, debes perdonarme. Por favor, comprende, nunca miraría nada personal.

—Lo sé —se encogió de hombros—. Mi Doctor también lo hace, a veces. Usualmente en una crisis, sin embargo. ¿Por qué lo estabas haciendo?

—Estaba buscando al Doctor —admití—, quería entenderlo.—Pero tú eres el Doctor.

Quería decirle que no lo era. En cambio, dije:

—Vine aquí para descubrir al hombre en el que me convertiré. Lo encontré en tu mente.

—¿Entonces de eso trata todo esto? ¿Es por eso que apareciste?

—Bien hecho, sí. Los chicos parecen haberse olvidado de hacer esa pregunta. La desventaja de su nivel de azúcar permanente, creo.

Clara sonrió.

—Fueron las películas las que lo hicieron. Creo que ahora están hablando por teléfono con Peter Cushing, para lanzar una tercera parte.

—Creo que mis seres futuros ansían la distracción de los recuerdos que no pueden perder.

—Sé que lo ansían —respondió ella—. Por lo menos el mío. Siempre lo he sabido.

Ellaladeó su cabeza hacia mí, como si sopesara las palabras que estaba a punto de decir. Entonces dudó.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

—El Doctor, mi Doctor, siempre habla del día en que lo hizo. El día que aniquiló a los Señores del Tiempo para detener la guerra.

—Uno lo haría —asentí, un poco evasivo. ¿Cómo podría decirle que no sabía nada del arrepentimiento del Doctor, ya que todo estaba en mi futuro? ¿Cómo podría explicar que este todavía era el último día de la Guerra del Tiempo, y el asesinato de 2,47 mil millones de niños todavía estaba por delante de mí. Ella estaba mirándome ahora. Si hubiera mirado dentro de su mente, creo que habría visto solo mis propios pensamientos, tan atentamente estaba estudiando mi rostro.

—Tú no lo harías —dijo al fin—, porque aún no lo has hecho. Todavía está en tu futuro.

Me pareció, por un momento, que solo había Clara Oswald en el mundo, y que todo a su alrededor estaba cayendo en la oscuridad.

—Estás muy segura de ti misma —le dije, y deseé que se pudiera decir lo mismo de mí.

—Lo lamenta —dijo—. Lo veo en él todos los días, haría cualquier cosa por cambiarlo.

—Incluyendo salvar a toda esta gente —dije—. ¿Cuántos mundos crees que ha salvado su arrepentimiento? Mira allá. Zygons y humanos, trabajando juntos en paz. Ese es el arrepentimiento del Doctor en acción. Esa es la penitencia que cumpliré, y la salvación de tantos.

Había luces alrededor de ella ahora, pero no las luces del Archivo Negro. En cambio, al principio débilmente, vi rayos de luz solar que se inclinaban a través de las grietas en un antiguo muro de un granero. "Estoy listo", pensé. Estoy listo para esto.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté.

Clara parecía estar entrecerrando los ojos ahora, como si me fuera volviendo más difícil de ver.

—Tus ojos —dijo—. Eres mucho más joven.

Y el establo se hizo más brillante, y aunque ella no se movía, Clara parecía cada vez más lejos.

—Entonces, considerando todo, es hora de que crezca —le dije.

Clara levantó su mano como para agarrarme y evitar que me fuera.

—No lo hagas —dijo, y se había ido. El calor del establo se cerró a mi alrededor, y la caja que mataría a los niños de Gallifrey estaba otra vez a mis pies. Había algo nuevo encima. Me quedé de pie en el aire caliente y el zumbido de las moscas, y miré la nueva adición.

—Bueno —me dijo la Interfaz al oído—, querías un gran botón rojo.

No tengo idea de cuánto tiempo estuve allí. Una hora quizás. O un minuto, o un día. El tiempo adquiere un significado diferente cuando se mide en los latidos del corazón de los miles de millones que estás a punto de destruir.

La Interfaz estaba frente a mí, y podría haberme equivocado, pero parecía haber compasión en sus ojos. ¿Podría la interfaz de control del arma más letal del universo realmente tener compasión?

—Una gran explosión —estaba diciendo—. No más Daleks, no más Señores del Tiempo. ¿Estás seguro?

—Estaba seguro desde llegué aquí por primera vez. Estoy seguro ahora —dije—. No hay otra manera.

—Viste a los hombres en los que te convertirás.

—Sí, los vi —pensé en ellos por un momento—. Y fueron extraordinarios —continué, y de repente me di cuenta de que era verdad—. Eran valientes, amables y brillantes, y todo lo que necesitaban ser.

—Ellos eran tú.

Negué con la cabeza.

—No. Ellos son el Doctor.

—¿No lo entiendes, incluso ahora? —¿era posible que una interfaz de armas se impacientara?— ¡Tú también eres el Doctor!

—No —le dije—. Los grandes hombres son forjados en el fuego. Es el privilegio de los hombres menores encender la llama —levanté mi mano hacia el gran botón rojo—. No importa el costo.

Pensé en los niños de todo Gallifrey. Esperaba que fuera rápido, y que no tuvieran miedo.

—Antes de hacer esto —dijo—, quiero que jures algo.

—¿Que jure qué? —dije— ¿Qué podría importar ahora?

—¿Conoces el sonido que produce la TARDIS cuando aterriza? ¿Ese resuello, gemido?

—Sí.

—Yo lo amo. ¿Y tú?

—Por supuesto que lo amo.

—Entonces jura esto —dijo, tomando mi mano—. Jura que donde sea que se escuche ese sonido, traerá esperanza.

—Lo juro.

Su agarre en mi mano era más fuerte ahora.

—No, júralo y dilo en serio. Jura que cualquiera, en cualquier lugar, que escuche ese sonido se volverá y mirará, y sabrá que no está solo.

Sonreí ante la idea. Era un buen sueño. Podía escuchar los motores de la TARDIS rugiendo en mi cabeza. El Doctor, en la TARDIS, cabalgando a través de las estrellas al rescate. Nunca podría ser ese hombre, por supuesto, pero podría ponerlo en su camino.

—Lo juro. Juro por mis corazones, y por toda mi vida, que quien escuche ese sonido sabrá que no está solo.

Ella sonrió.

—Te creo. Y sé que lo dices en serio. Y, sobre todo, sé que mantendrás tu palabra. Entonces, mi querido y pequeño rompible mortal... te has ganado esto.

—¿Ganado qué?

Ella se inclinó hacia mí, y su voz era un susurro.

—Gírate, Doctor —dijo ella—. Gírate y mira.

Me giré. Me temo, en ese momento, que mis ojos estaban calientes, y mi rostro estaba mojado. Confieso que tal vez haya temblado.

El sonido de los motores de la TARDIS no estaba en mi cabeza: no una, sino dos hermosas cabinas de policía azules estaban en el otro extremo del establo, y frente a cada cabina había un hombre que también era yo.

Era el último día de la Guerra del Tiempo. Era el peor día de mi vida. Pero no estaba solo.

Ese momento pareció girar y mantenerse en el aire, y yo permanecí congelado, incapaz de hablar. Entonces, Clara Oswald salió corriendo de la TARDIS.

—¿Veis? Os lo dije —dijo—, ¡todavía no lo ha hecho!

Su voz rompió mi trance. Me aclaré la garganta, y esperaba que mi desorden no fuera obvio.

—Señores, se aprecia vuestra presencia y vuestro apoyo aún más. Pero esto es para mí y solo para mí. Volved a vuestros tiempos y lugares señalados, con todas mis bendiciones.

Era el tipo de pedido que había ignorado toda mi vida, y ahora supe que siempre iba a hacerlo.

—Estos eventos deben ser de tiempo limitado —dijo el del traje—. No deberíamos haber podido venir aquí.

—Entonces, algo nos dejó pasar —dijo el que tenía la pajarita.

—Chicos inteligentes, ¿verdad? —susurró la Interfaz en mi oído— No te preocupes, no pueden verme, estarían muy confundidos si pudieran. Especialmente el Rayado.

¡Rayado, pensé! Pajarita y Rayado, eso funcionaba. En otras circunstancias, podría haberme reído, pero en cambio les di la espalda a los dos. Si no podían recordar el miedo que sentía ahora, no quería que lo hicieran dejando que vieran mi cara.

—Marchaos —les dije—. Regresad a vuestras vidas. Marchaos y sed el Doctor que yo nunca podría ser. Haced que valga la pena —puse mi mano sobre el botón. Era hora de que se fueran, y yo sabía que no querrían quedarse y ser testigos de esto.

Por un momento, no hubo movimiento detrás de mí. Entonces oí que se acercaban.

—Todos esos años, enterrándote en mi memoria —dijo Rayado.

—Fingiendo que no exististe —dijo Pajarita—. Manteniéndote en secreto, incluso de mí mismo.

—Fingiendo que no eras el Doctor, cuando eras el Doctor más que cualquier otra persona.

—Tú fuiste el Doctor el día en que no fue posible hacerlo bien.

Ahora estaban a mi lado, con la caja entre ellos. No podía mirar a ninguno de ellos a la cara, así que mantuve los ojos en mi mano, descansando sobre el botón.

—Pero esta vez... —dijo Rayado, mientras su mano aparecía y descansaba sobre la mía.

— ...no tienes que hacerlo solo —completó Pajarita, mientras su mano descansaba encima de las otras dos.

Debería haberles dicho que corrieran. Debería haber ordenado que se escaparan de este lugar, y dejarme a mi deber. Pero estaba viejo y cansado, y estaba a punto de matar a miles de millones. Entonces todo lo que dije fue:

—Gracias.

Miré a la Interfaz, y vi que ella me estaba mirando. Era imposible, por supuesto, pero me pareció que había lágrimas en sus ojos. Por un momento, no pude ver nada excepto su cara. Muchos años después, usando un nuevo cuerpo, conocí a Rose Tyler y me pregunté, por un largo tiempo, por qué su rostro me perseguía.

Más tarde aún, me encontré atrapado en el piso 500 de la Game Station, mientras el Emperador Dalek se burlaba de mí.

—¿Eres cobarde o asesino? —había exigido.

Pensé en el granero y en lo que había hecho ese día, y luego me alejé de las palancas que habrían desatado la muerte tanto para Daleks como para los humanos.

—Cobarde —le dije—, cualquier día.

Recordé el gran botón rojo bajo mi mano, y lloré, porque sabía que no siempre había sido cierto.

En el planeta Messaline, sostuve un arma en la cabeza de un asesino, mientras mi hija yacía muerta por su mano, y luego perdoné su vida.

—Nunca lo haría —le dije—, ¿lo entiendes? ¡Nunca lo haría!

Soy el hombre que nunca lo haría, se lo dije a todos, pero sabía que era el hombre que lo había hecho.

Pasaron tantos años y, con el tiempo, volví a estar en ese establo, atrapado de nuevo en el último día de la Guerra del Tiempo. Puse mi mano sobre la mano del hombre que una vez había sido. Recordé que era un cobarde, no un asesino, pensé en ser el hombre que nunca lo haría. Y luego dije:

—Lo que hacemos hoy no es por miedo u odio, sino porque no hay otra manera.

Y cuando lo dije, todavía sabía que era verdad. A pesar de todo lo que había hecho o intentado creer, todavía no había otra manera.

Y luego vinieron Amy Pond y Rory. Escapé de Pandorica y luché contra el Silencio. Descubrí el verdadero nombre de River Song, conocí a Clara Oswald y vi mi tumba en Trenzalore. Traté de ser el cobarde, no el asesino, y todos los días me decía que era el hombre que nunca lo haría. Pero sabía, en todo momento, que estaba mintiendo, porque el hombre que era estuvo en un establo, dos veces, y cometió un terrible error.

Pasaron los siglos y volví a ese establo por tercera vez. Otra vez, puse mi mano sobre la mano del hombre que una vez fui. Tomé aliento, me preparé y dije:

—Esto se hace sin alegría ni triunfo, en nombre de las muchas vidas que no podemos salvar.

Miramos cada uno sobre el espacio de los siglos, y asentimos. Estábamos listos. Estábamos cometiendo un error, pero no había otra forma, y nunca la hubo.

Y luego, por segunda vez ese día, Clara Oswald dijo:

—No.

Ella estaba mirándome, llorosa ahora. Como si las lágrimas pudieran marcar la diferencia en un día como este.

—¿No? —dije— ¿Qué quieres decir con "No"? ¿De qué sirve decir "No"?

—No sé —dijo, sus palabras cayeron—. Simplemente no, no hagas esto. Esto no eres tú. Esto nunca puede ser tú. No hagas lo que sea que estás por hacer.

—Clara —dije—. Esto sucede. Esto siempre ha sucedido. Nunca he mentido al respecto, siempre te he dicho lo que hice y es esto, pasando ahora.

Ella se había apartado de mí y me di cuenta de que había estado gritando. En el silencio que siguió, ella solo miró al suelo. En todo el tiempo que la había conocido, ella nunca había evitado mi mirada.

—¿Qué pasa? —le pregunté, más amable ahora.

—Nada —dijo, pero no levantó la vista.

—No, es algo —dije—. Dime.

Ella todavía no me miraba.

—Me dijiste que habías borrado a tu propia gente, lo sabía. Yo nunca... nunca te imaginé haciéndolo, eso es todo.

—¡Mírame!

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no estás aquí —dijo, su voz se rompió—. Porque el Doctor no está en la habitación.

—El Doctor es... —comencé— Es solo un nombre, no es... —comencé de nuevo.

Me calmé, ordené mis pensamientos.

—Soy un Señor del Tiempo, mi nombre es... es una especie de promesa. Y no siempre puedes cumplir tus promesas. Clara, ¡mírame!

—Está bien —dijo, y levantó los ojos del suelo.

Pero en vez de mirarme, ella miró por encima de mi hombro.

—Veo a un anciano que piensa que es un guerrero.

Ella movió sus ojos.

—Veo a otro tipo que piensa que es un héroe.

Entonces, finalmente, ella volvió su mirada hacia mí.

—Y te veo a ti.

Estaba caminando hacia ella ahora. Quería que no me mirara, porque me asustaba cuando no podía.

—¿Y qué soy yo? —pregunté.

—¿Lo has olvidado realmente?

—Sí. Quizás, sí.

—Tenemos suficientes guerreros —dijo—. Cualquiera viejo idiota puede ser un héroe.

—¿Entonces, qué hago yo? —sonaba patético en mis propios oídos, como un

niño aterrorizado.

—Lo que siempre has hecho. Lo que haces cada día.

Sus ojos habían caído hacia mi pajarita. Extendió la mano y la enderezó, como si de alguna manera eso lo arreglara todo. Luego me miró otra vez, y esta vez sonrió.

—Sé un Doctor —dijo.

Traté de hablar, pero descubrí que no tenía nada que decir.

—Si tu nombre es una promesa —continuó—, dime cuál fue la promesa —una vez más, traté de hablar, pero todavía no pude.

—Nunca cruel, nunca cobarde —vino una voz de detrás mío. El héroe.

—Nunca rendirse, nunca ceder —dijo el guerrero.

Los ojos de Clara nunca dejaron los míos.

—Este es el día en que cumples tus promesas. Debido a que este es el día para el que fueron tus promesas. Doctor —dijo—, sé un Doctor.

Y, por extraño que parezca, después de cuatrocientos años, eso fue todo lo que necesitó. El suelo se balanceaba debajo de mí, el aire se hinchó en mis pulmones, y el Doctor estaba de vuelta en la habitación.

Nos quedamos allí durante una hora más o menos, Clara y yo, aunque tal vez solo fueron unos segundos. Fui a enderezar mi pajarita, pero descubrí que estaba más derecha de lo que jamás había estado. Le di a Clara un guiño de aprobación y me volví para mirar a los demás. Creo que debía haber estado sonriendo, porque me miraron horrorizados.

—No estás sugiriendo... —comenzó el Capitán Fanfarrón.

—¿Sugiriendo qué, querido? —pregunté.

—Me preguntaba si estabas a punto de sugerir que cambiemos nuestra propia historia personal.

Tenía los ojos muy abiertos y parecía estupefacto. Se veía bien en él. Especialmente la boca. Me encogí de hombros.

—Cambiamos la historia todo el tiempo. Estoy sugiriendo algo mucho peor.

—¿Qué exactamente? —exigió el Capitán Gruñón, y se veía tan serio que casi le hice cosquillas debajo del mentón.

—Caballeros —dije—, he tenido cuatro siglos para pensar en esto. Al diablo con cambiar la historia, estoy cambiando de opinión.

Saqué mi destornillador, lo apunté a la caja de madera y la apagué. El gran botón rojo desapareció de la vista, como si la caja acabara de devorarlo. Por un momento, en ese establo, se produjo el silencio más hermoso. Nos miramos el uno al otro. Todo era diferente ahora. Una nueva realidad encajaba a nuestro alrededor. De repente, estábamos fuera del mapa, y no sabíamos qué diablos pasaría ahora. Supongo que es por eso por lo que todos comenzamos a sonreír.

—Espero que te des cuenta —dijo el Capitán Gruñón, forzándose a fruncir el ceño— que todavía hay mil millones, mil millones de Daleks allá arriba, atacándonos.

— Sí —dijo el Capitán Fanfarrón, quien estaba empezando a perder el control de una gran sonrisa—. ¡Pero hay algo que esos mil millones, mil millones de Daleks no saben!

—¿Qué? —preguntó Clara, quien, pobrecita, no estaba siguiendo el paso — ¿Qué no saben los mil millones, mil millones de Daleks?

—Esta vez —le dije—, hay tres de nosotros.

—¿Qué diferencia hacen tres de vosotros? —preguntó Clara, que siempre podría ser tan deprimente en momentos como este, y realmente necesitaba desafiar sus ideas (tengo una vaga sensación de que soy un poco irrazonable aquí, pero fue muy emocionante).

—Oh, no sé —dije—. Pero, básicamente, tenemos unos veinte minutos para detener el ataque Dalek más grande de la historia, salvar a Gallifrey y acabar con la Guerra del Tiempo para siempre.

—Sí —dijo el Capitán Fanfarrón—. En vista de la urgencia de la situación, ni siquiera voy a sugerir poner la tetera.

—¿Podéis los dos tomaros esto en serio?! —tronó el Capitán Gruñón.

—Nos lo estamos tomando en serio —dije—. Así es como lo tomamos en serio. Suponemos que todo va a funcionar, luego calculamos cómo va a funcionar. Ya conoces el Modus Operandi.

—Pero, ¿cómo lo solucionaremos? —demandó.

—Dínoslo tú —dije—. Tú eres el genio militar. Eres el mejor general que jamás he sido. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Cómo...? ¿Cómo podría...?

Pensé que tal vez balbucearía hasta la muerte, si no lo interrumpía.

—Mira, ¡cállate y averígualo, Abuelo! ¿Cuáles son nuestros bienes? ¿Qué tenemos? Y deja de pensar como un viejo guerrero aburrido, ¡piensa como un Doctor!

Estaba a punto de tomar aliento para decirme lo idiota que era, cuando vi una idea incendiarse en sus ojos.

—¡Oh! —dijo, y se golpeó la frente con tanta fuerza que pensé que podría caerse— ¡Oh! —dijo de nuevo— ¡Eso es bueno! ¡Eso es muy, muy bueno!

Cual sea que fuera la idea, se fue incendiando a través de los años y se encendió dentro del Capitán Fanfarrón.

—Oh, ahora lo entiendo —dijo—. ¡Eso es brillante! ¡Eso es totalmente, totalmente brillante!

La idea se encendió y cientos de años después estalló como una bomba en mi cabeza. De repente, saltaba, gritaba y golpeaba las paredes (casi por accidente).

—Increíble. ¡Eso es asombroso!

—¿Qué es increíble? —suplicó Clara.

—Ella no me mostró ningún antiguo futuro —el Capitán Gruñón estaba desvariando—. Ella me mostró exactamente el futuro que necesitaba ver. ¡Ella me mostró la respuesta! ¡Ella me mostró cómo arreglarlo! ¡De eso se trataba todo esto! ¡Ella me estaba ayudando!

—Por favor, por favor decidme —dijo Clara— ¡Alguien, solo decidme de lo que estáis hablando!

El viejo muchacho se volvió hacia ella.

—Las flotas Dalek están rodeando Gallifrey, disparando constantemente. Las trincheras del cielo se sostienen, pero aquí está un pensamiento. ¿Qué pasa si todo el planeta simplemente desaparece?

—Una pequeña pregunta —dijo Clara.

—Sí, pero si pudieras hacerlo, imagina lo que pasaría —dijo Fanfarrón—. Si repentinamente no hay planeta, los Daleks se dispararían el uno al otro. Todos esos discos de curvatura en todas esas naves, atrapadas en la misma tormenta de fuego. ¡Supernova! Se destruirían en su propio fuego cruzado.

—Gallifrey se habría ido, los Daleks serían destruidos, parecería al resto del universo como si se hubieran aniquilado mutuamente —dijo Gruñón.

—¿Y dónde estaría Gallifrey? —preguntó.

—¡Congelado! —le dijo— ¡Congelado en un instante, seguro y escondido! —ella me miró. Lo deseaba tanto, pero aún no lo entendía— Como una pintura, Clara —dijo—. Como una pintura al óleo en 3D.

Para ser justos, el general ya estaba teniendo un mal día, y había sabido por varias horas que sería el último. La Guerra del Tiempo estaba llegando a su fin y no sería bueno.

Esa mañana, el guerrero anteriormente conocido como el Doctor había dejado un mensaje para Daleks y Señores del Tiempo por igual, que la guerra había terminado para todos. El tono había sonado ominoso, y el intento, apocalíptico, especialmente cuando el Doctor había irrumpido en las Bóvedas del Tiempo y había robado el arma más mortífera del universo. El Armagedón era inminente, el General estaba seguro, pero en el caos estremecedor y la mampostería que caía de la última sala de guerra superviviente de Gallifrey, intentó no mostrarlo en su rostro. "Mantenlos enfocados, mantenlos peleando", siempre decía. Pero tanto si el final provenía de los Daleks que se

concentraban en el cielo, o del Doctor que destruye Daleks y Señores del Tiempo por igual, estaría aquí muy pronto.

—No muy pronto —se contuvo, murmurando por lo bajo.

Entonces, cuando Androgar se acercó a él para decirle que había otro mensaje del Doctor, apenas sintió un destello de interés.

—¿Estás seguro de que el mensaje es de él? —preguntó.

—Sí, señor —respondió Androgar. El Sub-Coronel había estado en la sala de guerra en desintegración por tanto tiempo, que parecía como si estuviera tallado en polvo sólido—. Definitivamente es el Doctor.

—¿Que dijo?

—Vélo por ti mismo.

El General se volvió para ver dos palabras esparcidas en relucientes hologramas en el aire lleno de polvo sobre la mesa de guerra. Parpadeó con asombro.

—¿De qué está hablando ese loco ahora?

"GALLIFREY RESISTE", parpadeaban los hologramas.

—Gallifrey resiste —suspiró—. ¿De qué habla? ¡Ya hemos caído!

—¡Hola! —llegó una voz alegre, llenando la habitación— Hola, Alto Comando de Gallifrey, soy el Doctor.

Una de las pantallas parpadeó, y había una cara sonriente y juvenil sobre una ridícula selección de corbatas.

—Hola, también soy el Doctor, ¿pueden oírme? —en otra de las pantallas, había otro joven idiota sonriente.

—¡También el Doctor!

Y allí estaba, en otra pantalla, el viejo guerrero maltratado que el general conocía tan bien, con su cara curtida y sus ojos rasgados. "Extraño", pensó el General, "generalmente no se hacía llamar el Doctor".

—Preparado —dijo el anciano.

El general se sintió apoyado contra la mesa.

—Dios mío —dijo—, ¡hay tres de ellos! Todas mis peores pesadillas a la vez.

—¿Preparados para qué? —preguntó Androgar.

—General, tenemos un plan —dijo uno de los dos Doctores más jóvenes.

—Para ser justos —dijo el otro—, es un plan bastante terrible.

—Y casi con certeza no funcionará, estaba contento con "bastante terrible". Lo siento, pensaba en voz alta.

El viejo guerrero estaba rodando los ojos.

—Caballeros, el tiempo apremia. ¿Podemos seguir?

—Lo siento, Abuelo —dijo uno de los jóvenes, ajustándose la corbata—. General, estamos volando nuestras tres TARDIS hacia la atmósfera superior de Gallifrey.

—Nos estamos posicionando a intervalos equidistantes alrededor del mundo —era su turno de enderezar su corbata— "Equidistante", ¿suena tan crecido!

—Y estamos casi listos para hacerlo —dijo el Anciano.

—¿Listos para hacer qué?

Hubo un latido de silencio, como si ninguno de ellos quisiera decirlo. Fue el que llevaba la ridícula corbata el que finalmente habló.

—General, vamos a congelar a Gallifrey.

—Lo siento, ¿qué? ¿Haréis qué? —dijo el general.

En la pantalla, Corbata estaba sosteniendo algo, para que pudieran verlo. Una esfera plateada.

—Tengo en mis manos una de estas —dijo—. Usando esto, y nuestras TARDIS, vamos a congelar Gallifrey en un solo momento en el tiempo.

—Ya sabes, como esos cubos de estasis —dijo el anciano—. Un momento único en el tiempo, suspendido en su propio universo de bolsillo.

—Excepto que se lo haremos a todo un planeta. Y a todas las personas que haya.

El general miró alrededor de las tres caras, cada una encendida con confianza demente.

—Incluso si eso fuera posible... y no lo es... ¿por qué harías tal cosa?

—¡Porque la alternativa es arder! —dijo el viejo.

—Y lo he visto —dijo uno de los jóvenes.

—Y no quiero volver a verlo —dijo Corbata.

—Estaríamos perdidos en otro universo, solos para siempre —protestó el general—. No tendríamos nada.

—Tendríais una oportunidad —dijo Corbata—. Y ahora mismo, eso es exactamente lo que no tenéis.

El general de repente se dio cuenta de que todos en la sala lo miraban y había algo terrible en sus caras. Era esperanza, se dio cuenta. "Oh, Doctor, no les des esperanza, ¡no seas cruel!".

—Es delirante —dijo—. No se puede hacer. Traducir cada detalle de un planeta entero, una población completa, es imposible.

—Mi TARDIS podría hacerlo.

—No con el tiempo que tienes. ¡Solo el cálculo tomaría cientos de años!

—Oh, cientos y cientos —dijo el otro joven—. Pero no te preocupes, ¡empecé hace mucho tiempo!

Otra voz estaba haciendo eco alrededor de la habitación ahora.

—¡Llamando al Consejo de Guerra de Gallifrey! Soy es el Doctor. Estoy en un acercamiento final ahora, soy el Doctor! —otra pantalla cobró vida y apareció un anciano con largo cabello blanco— ¿Me escuchan? Soy el Doctor. He recibido su mensaje y estoy aquí para ayudar.

El general lo miró. Él conocía esa cara de hace siglos. El niño de ojos oscuros que afirmó que vivía en un granero. El adolescente que seguía desapareciendo en las montañas. El estudiante que había irrumpido en los niveles más profundos de los Claustros y nunca había hablado de lo que había visto. El joven que había robado la luna y la esposa del presidente. Parecía más viejo y severo ahora, como si intentara parecer respetable, pero el general recordó la crisis que se produjo el día en que este hombre había huido de Gallifrey, no solo porque había robado una TARDIS, sino porque se había llevado consigo...

—Ese es el original, ¿no? —dijo Androgar, interrumpiendo sus pensamientos— ¿El primero, el primer Doctor?

El general puso los ojos en blanco. El Doctor se había convertido en la obsesión de todo el ejército y conocían todas sus caras de corazón. En voz alta, dijo:

—¡Hay cuatro de ellos! —y suspiró pesadamente.

—Comenzando el cálculo —dijo el Doctor original. Androgar estaba agarrando el brazo del General ahora.

—¿Ve lo que ha hecho, señor?

"Sí, por supuesto que sí", pensó el general.

—Extendió la carga de trabajo a través de su línea de tiempo. Tendrá tiempo para hacerlo. La computadora de su TARDIS tendrá siglos para completar los cálculos, ¡podrá hacerlo!

—¡Escúchenme, por favor, escuchen! —el general gritaba ahora a las cuatro caras en las pantallas— ¿Entienden lo que significará traducir un planeta entero a otra dimensión, los estragos que causará? Los polos podrían cambiar. Habrá terremotos, maremotos. Podríamos perder a la mitad de la población. ¡Podríamos perder a todos!

—Soy consciente de los peligros —dijo Pajarita—. Los abordaré luego.

—¿Luego? ¿Cuándo es luego?

—El cálculo está completo. ¡Gracias, Doctor número uno! Lo siento, General, estamos moviendo las TARDIS a su posición ahora. La traducción comenzará en dos minutos. Prepárate.

Las cuatro pantallas se apagaron. El general golpeó con su puño la mesa de guerra.

—¿Prepárate? ¿Cómo se supone que haga eso? ¡Destrozaré a Gallifrey más rápido que los Daleks!

—Dijo que iba a hacer algo luego.

—No hay luego —espetó el general.

—Entonces, ¿qué tal ahora? —sugerí.

Ambos hombres se volvieron. Era la primera vez que se daban cuenta de que estaba en la habitación y me miraban horrorizados. Pudieron haber sido mis cejas, a menudo tenían ese impacto.

—¿Doctor? —dijo Androgar, mientras el general solo murmuraba algo sobre "hay cinco de ellos".

—Señor, no puedes estar aquí —continuó Androgar.

—Oh, ¿tú crees? —le dije, sobre todo porque suena muy bien en un acento escocés— Bueno, esas son malas noticias, porque aquí estoy.

Levanté la vista y siguieron mi mirada. La pantalla grande en la parte más alta de la pared se llenó con una vista del cielo sobre el Capitolio, y ahora, a través del fuego y el humo, diminutos objetos azules giraban hacia nosotros.

—Pronuncié la palabra —le expliqué. Androgar estaba mirando los objetos giratorios.

—¿Qué son esos? —pero el general ya lo sabía.

—¿Cuántos hay ahora? —preguntó débilmente.

—Es difícil de decir —respondí—. Montones , muchos. De toda mi línea temporal. ¿Cuál es el sustantivo colectivo para esos de todos modos? ¿Qué tal una ventisca? ¿Nos gusta "ventisca"? —nadie respondió, solo miraron hacia arriba—Está bien, a trabajar. Gallifrey está a punto de desaparecer por un desagüe, y va a ser un paseo tremendo. Necesitaré un suministro vivo continuo de cada área de desastre en el planeta. Literalmente, literalmente, estoy hablando de esto.

Por un momento, no dijeron nada. Simplemente se pararon y miraron hacia arriba, mientras los cielos rasgados de guerra de Gallifrey se llenaban con una ventisca de cajas telefónicas de policía.

Llevó la mayor parte del día traducir el mundo de Gallifrey de un plano de realidad a otro, y el general tenía razón. El planeta gritaba, ardía y bramaba. Había una ciudad, en la orilla sur del lago Calasper, desgarrada por un terremoto gigante. Nadie debería haber sobrevivido, pero en todas partes donde la gente corrió, encontraron una cabina telefónica de la policía parada frente a ellos, abriendo sus puertas. Un tornado atravesó una aldea diminuta, hasta que un círculo de cajas azules giró en torno a la tormenta en dirección opuesta, encogiéndola contra el suelo. A medida que las ciudades, los pueblos y las aldeas ardían en todo el planeta, cajas azules se precipitaban a través del humo, rescatando a la gente de las ventanas y los tejados. Un transportador aéreo, que se lanzaba hacia el corazón del Capitolio, de repente estaba siendo pilotado por un hombre divertido con grandes orejas y una chaqueta negra. Todos a bordo miraban por las ventanas, mientras trepaba por el ala, para volver a conectar uno de los motores. Un barco en alta mar, a punto de zozobrar, fue repentinamente capitaneado por un extraño hombrecillo con una levita y pantalones a cuadros, que no paraba de ofrecerle chismes a la gente y quejarse de que su tía estuviera mareada.

Había un hombre con un paraguas ridículo, que evacuó una escuela cuando una montaña se derrumbó hacia ella, y mantuvo a todos riendo mientras corrían. Un amable jugador de críquet tomó el control de un hospital en llamas, rescató a los pacientes y completó una operación, mientras las

llamas lamían la puerta del quirófano. Un hombre con una nube de pelo blanco y una capa que se arremolinaba estaba parado en una playa y, con una pequeña vara de plata, congeló un tsunami completo mientras tronaba hacia una ciudad. Un bufón risueño con un abrigo colorido condujo a un grupo de mineros fuera de los túneles que se habían derrumbado a su alrededor. Cuatro niños, atrapados en la ladera de un acantilado, sabían sin lugar a dudas que nadie iba a rescatarlos, hasta que el extremo de una bufanda absurdamente larga colgó delante de ellos. Estuve en todas partes en que me necesitaban ese día, durante toda mi vida, y creo que nunca he corrido tan rápido. Si parezco orgulloso, perdóname: es el inverso de la vergüenza que llevé durante tantos años. Este fue el último día de la Guerra del Tiempo, pero ya no era el peor día de mi vida. En cambio, este fue el día en que la gente de Gallifrey se levantó y puso a salvo a la cama a 2,47 mil millones de niños. Este fue el día en que recordé quién era y juré no olvidarlo nunca más.

Este fue el día del Doctor.

Conectando transmisión.

Transmisión conectada.

Transmisión estabilizada.

ADVERTENCIA: SI ESTAS PALABRAS SON VISIBLES EN LA PÁGINA, ESTÁS EN EL RADIO DE TRES METROS DE UN CYBERMAN.

Para la gente de Gallifrey, la traducción de una dimensión a otra tomó muchas horas, más de lo que el Doctor había estimado, de hecho, pero para los Daleks circundantes, activos en un gradiente de tiempo más lento, el planeta desapareció en un poco menos de dos segundos. Como el Doctor había planeado, una vez que su objetivo desapareció, los Daleks quedaron envueltos en la tormenta de fuego de sus propias armas, y el campo de batalla final de la Guerra del Tiempo estuvo marcado por una supernova que ardió durante más de mil años.

Ahora, el hecho es que hay muchos historiadores por ahí que sacuden la cabeza y fruncen el ceño, y no solo porque son un grupo divertido y heterogéneo de personas que solo ven el tiempo en una dirección y piensan que vale la pena alardear de ello. Ni siquiera es porque un semanal de Cheese & Wine Social es la única forma en que se les ocurre conocer nuevas personas. No, es esto: ¿cómo, los historiadores se demandan mutuamente, podrían todos los Daleks haber sido destruidos? La mayoría de ellos, sin duda. ¿Tal vez casi todos? ¿Pero es creíble que esta explosión, masiva como fue, pudiera haber terminado con la vida de cada Dalek del universo? Seguramente algunos de ellos debían haber sobrevivido. Esta pregunta ha causado acalorados debates al más alto nivel, y froideur en el Cheese & Wine. La verdad es que, por supuesto, sabemos que un número sobrevivió, y que continuaron molestando al Doctor en los años que siguieron al final de la Guerra del Tiempo. Pero aun así, dicen los historiadores, ¿puede esto dar cuenta del número probable de supervivientes? Tal vez no.

Sin embargo, podría ser útil imaginar lo que sucedió desde el punto de vista de los Daleks. Su campaña había ido bien hasta ese momento: habían llevado a los Señores del Tiempo de regreso a su mundo natal, que luego habían rodeado y estaban a punto de destruir. Con la victoria en sus manos, imagina lo que vieron los Daleks: en dos segundos acelerados de tiempo, su enemigo más temido, el Doctor en la TARDIS, volaba por todas partes a la vez, llenando los cielos del mundo que estaban a punto de destruir. Por un momento, hubo un planeta lleno de Doctores, y antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, toda su flota de batalla estalló. Que muchos de ellos perecieron en la explosión es cierto. Que algunos de ellos sobrevivieron para reagruparse

es conocido. Es mi fuerte sospecha, sin embargo, que el resto sigue corriendo por sus vidas. ¡Ahora! Te prometí un regalo. Tranquilos, y esperad sólo un momento. Hablad entre vosotros. ¡Sh! No, en serio, ¡sh!

He vuelto, pero debes estar muy callado. Tengo la cámara web encendida, pueden escucharnos. La he metido en la flor de mi ojal, y me siento como un espía. Emocionante, ¿no? Ahora mantén la voz baja, están a la vuelta de la esquina. ¿Quién está a la vuelta de la esquina?, preguntas en silencio (¡gracias!). Lo explicaré en un momento. Antes que nada, déjame explicarte cómo funciona esta cámara web. He encendido el traductor automático de prosa. Eso significa que todo lo que lea la cámara, lo leerás. No, lo siento, intentaré eso de nuevo. Todo lo que lee la cámara, lo leerás. Oh, cariño, hay un problema. Cada vez que digo la palabra "leer", el traductor en prosa automáticamente lo convierte en la palabra "leer", si lees lo que quiero decir. Oh, no importa. ¡Qué molestia! De acuerdo, una vez que los Doctores y Clara Oswald salvaron a Gallifrey, hicieron lo que siempre hacen los Doctores y Clara Oswald. Fueron a tomar una taza de té. Dio la casualidad de que todos fueron a la Galería Nacional para echar otro vistazo a la pintura de "Gallifrey Cae", que lo había comenzado todo. Y eso es lo que están haciendo a la vuelta de la esquina de mí, ahora mismo. Para ser sincero, esa es la verdadera razón por la que esperé todo este tiempo para escribir mis partes del libro. ¡Así podría darte una experiencia en vivo para la última de nuestras sesiones! ¡Silencio, escucha!

—Supongo que nunca sabremos si realmente lo logramos. Empujamos a Gallifrey a otra dimensión y lo mantuvimos a salvo en la transición, pero ¿cuánto tiempo podrán sobrevivir? ¿Dónde están todos? Aun así, en el peor de los casos fracasamos en tratar de hacer lo correcto, en lugar de tener éxito en hacer lo incorrecto.

¡Oh! Ese era el Doctor Guerrero (como lo llamaremos para evitar confusiones).

—Vida y alma, tú eres. Oh, descarado —esa es Clara Oswald, por supuesto. Vaya, lo siento, sigue hablando.

—Algo pasó. Y al menos los Daleks estallaron.

—Al menos lo hicieron.

¿Vamos a echar un vistazo a la vuelta de la esquina? Si puedo posicionar mi cámara espía... Oh, ahí están. Ahí está el tonto con la pajarita, parado al lado de la pintura. Se ve bastante apuesto, realmente, ¿no? También al lado de la pintura está el que lleva el traje apretado. Dios, es apretado, ¿no? No me

sorprende que se mantenga así. Y, oh, dulces, tienen sus gafas, para que puedan parecer inteligentes. Creo que funciona, ¿verdad? De hecho, yo tengo gafas así. Ese es el Doctor Guerrero, sentado en el banco, y esa es Clara Oswald junto a él. Sí, lo sé, ella es muy bonita. Tranquilícense, niños y niñas. A lo largo de la pared del fondo, puedes leer un espectáculo muy raro. Tres TARDIS cabinas de policía, de pie en una fila. La misma cabina, tres veces. Trae una lágrima a los ojos, ¿no? Lo siento si hay manchas.

Ten en cuenta que hay muchas tazas de té abandonadas en el lugar. Creo que hemos perdido a muchas personas. Mira, alguien dejó su paraguas. Sí, tienes razón, ¡el mango tiene forma de signo de interrogación! Bastante elegante, ¿no crees? Apareceré en Objetos Perdidos más tarde, estoy seguro de que ya sabes quién volverá a recibirlo. Espera, creo que están a punto de comenzar a hablar de nuevo. ¿Escuchamos? Mira, Traje Apretado está examinando la pintura.

—¿Cómo se llama en realidad? —dice.

Mira, ahí está Excéntrico, husmeando como un crítico de arte.

—Hay un poco de debate. Ya sea “No Más”, o “Gallifrey Cae”.

—No es muy alentador —oh, ese era el Doctor Guerrero, bebiendo su té. Estoy seguro de que siente que debería unirse a los otros dos en la pintura, pero creo que le gusta sentarse junto a Clara, ¿verdad?

—¿Cómo llegó hasta aquí? —pregunta Traje Apretado.

—No tengo idea —dice Excéntrico.

—Siempre hay algo que no sabemos, ¿verdad?

—Uno ciertamente debería esperar eso —dice el Doctor Guerrero.

Oh, cariño, la vieja salchicha está bajando su té y levantándose. Parece que se va, ¿no crees? Ahora, los estudiantes entusiastas pueden haber notado una especie de luz parpadeante en su mano. ¿Qué piensas que podría indicar? EN SILENCIO, por favor.

—Bien, entonces. Señores —está diciendo—, ha sido un honor y un privilegio.

—Igualmente —dice Traje Apretado.

—¡Doctor! —agrega Excéntrico, como si estuviera haciendo un cumplido.

Ah, mira al viejo Doctor Guerrero. Entiendes el argumento de Excéntrico, ¿no? Y está tan emocionado de ser llamado el Doctor de nuevo. Creo que

estoy teniendo un resfriado. Ops, ¡está a punto de dar un gran discurso, creo! Él se enderezó, y está mirando a los otros dos, todo en serio.

—Si alguna vez llego a ser la mitad del hombre que tú...

¡Mirad a esos dos chicos! Oh, pero el Doctor Guerrero se está alejando de ellos hacia...

—Clara Oswald, estaré feliz de hecho.

¡Digán "ah"! Él lo consiguió allí, ¿no? Pero Clara lo ama, ¿no? ¡Qué sonrisa!

—Así es —dice ella—. Apunta alto.

Oh, mira al viejo, ¡vete! El Doctor Guerrero la está besando en la mejilla ahora, el travieso diablo. ¡Y mira a los chicos! Creo que están tratando de enojarse mutuamente. Ah, ahora el Doctor Guerrero ha vuelto para hablar con ellos. Oh, él frunce el ceño. Es bueno en fruncir el ceño, ¿no?

—No recordaré esto, ¿o sí? —pregunta.

—Las secuencias de tiempo no están sincronizadas, no se puede retener, no —dice Excéntrico.

El viejo se ve triste, pero luego logra sonreír.

—Así que no recordaré que traté de salvar a Gallifrey, en lugar de quemarlo. Tendré que vivir con eso. Pero por ahora, por este momento... soy el Doctor de nuevo. Gracias.

Está mirando la fila de TARDIS. ¿Está teniendo un momento senil?

—¿Cuál es la mía?

Cariño, esto podría ser un poco embarazoso. Pero no, él se está riendo. Él estaba bromeando. Oh, querida y vieja alma, ahora es una risa por minuto, ¿no? Míralo, riendo, mientras regresa a su TARDIS. Es una pena que esté a punto de dejar de existir. Y está el ruido sibilante, gimiente, y sale volando. Lo siento, ¿qué? ¿Dejar de existir? Bueno, sí, por supuesto. ¿La luz parpadeante en su mano? Es demasiado viejo, ha estado reteniendo la regeneración durante años. No debería pensar que le queda mucho tiempo. Ahora no te preocupes, tranquilízate, él estará bien. Irá un poco al norte, y sus oídos no sabrán cuándo detenerse, pero después de un tiempo será el mismo tonto y viejo que siempre es. Ah, ahora los otros dos, están teniendo un poco de confabulación, ¿verdad? Si puedo subir el volumen... Oh, lo siento, dijo Trenzalore...

* * * * *

Perdón por los asteriscos, solo tuve que apagar la cámara por un momento. Trenzalore es un problema de seguridad y, en cualquier caso, no está en el programa de hoy. No te has perdido mucho. Traje Apretado está diciendo adiós a su yo futuro.

—¡Es bueno saber que mi futuro está en buenas manos!

Oh, eso fue algo agradable de decir, ¿no? Excéntrico está muy contento; estará en esa pajarita en cualquier momento. Pero Traje Apretado se ha vuelto hacia Clara.

—Sostenlo fuerte, Clara.

¡Oh! ¡Ay! Esa es la segunda vez abortada que Excéntrico tiene de ajustarse la pajarita del día. Y ahora Traje Apretado está besando la mano de Clara (todos están en ello, ¿no?) y caminando hacia la TARDIS.

—¡Trenzalore! —está diciendo. Oh, no presioné el botón de silencio a tiempo, pretendo que no lo leíste. ¡Secreto, secreto, secreto!

—Necesitamos un nuevo destino. Porque no quiero ir.

Oh, no prestes atención, él siempre dice eso. Y ahí está su TARDIS, desmaterializándose. Excéntrico se ve triste por un momento, luego sonrío.

—Él siempre dice eso. ¡Oh, demonios!

—¿Necesitas un momento a solas con tu pintura? —pregunta Clara.

Interesante. ¿Por qué está diciendo eso? Pero mira a Excéntrico. Parece que va a llorar.

—¿Cómo lo supiste? —dice.

Ella está acariciando su rostro ahora. Esos grandes ojos tristes, siempre lo sé. Supongo que puedes sentarte aquí todo el tiempo que quieras. Tú eres el Conservador, después de todo. Y ella le da un pequeño beso (hay demasiado de esto en estos días, ¿no?) y se va a la TARDIS. Adiós, Clara, creo que esa es su última aparición en el libro. No, no aplaudas, ¡ella lo oirá! Ahora, Excéntrico está solo. Oh, ¿deberíamos empezar a llamarlo el Doctor, ya que él es el único que queda? Bueno, vamos a esperar un poco, porque por lo que entiendo, algo muy interesante sucede ahora. De acuerdo con Myth and Legend (chicas encantadoras), el Doctor está a punto de conocer a un Misterioso Extraño. Posiblemente de su pasado, posiblemente de su futuro. Posiblemente de ambos. Esperaremos y leeremos quién aparece. Vaya, ¡hola!

El Doctor comenzó a hablar consigo mismo (¡supongo que ya debería estar acostumbrado a eso!).

—Sí —dice—, podría ser Conservador. Sería excelente para la conservación. Yo sería el gran Conservador. Podría retirarme y hacer eso.

Oh, ¡escúchalo! Tonto viejo Doctor.

—Podría retirarme y ser el Conservador de este lugar —dice.

¡Ja! ¿Sabes, Doctor? Realmente creo que podrías.

¡Oh! ¡Oh querido! Se volteó y me miró. Me acaba de mirar directamente. Debo haberlo dicho en voz alta. Oh, he sido increíblemente tonto. Esperemos y veamos si deja de mirar. No, lo siento, sigue haciéndolo. Y ahora se está levantando y caminando hacia mí. Oh, realmente lo siento mucho por esto, a todos. Me he ido y accidentalmente caí en el libro. Esto es estrictamente contrario a las reglas, se supone que no debo involucrarme en la narración. Él está mirando directamente a mi cara ahora. Para ser honesto, tiene motivos para hacerlo. Él solía tener una cara exactamente así. Bueno, era un poco más joven entonces, pero básicamente lo mismo.

—¡Nunca me olvido de una cara...! —dice.

Lo siento mucho, ahora estamos todos juntos en esto, ¡voy a entrar!

—Sé que no —ese soy yo hablando ahora—. Por supuesto que nunca te olvidas una cara. Y en los próximos años, quizás te encuentres revisitando algunas. Pero solo las viejas favoritas, ¿eh?

Le estoy guiñando un ojo. Lo siento, no puedes apreciarlo desde ese ángulo. Y lo siento si mi nariz se avecina en absoluto, lo hace. Oh, me está mirando, todo sorprendido. No lo culpo realmente, en estas circunstancias.

—Pero tú... ¿eres...? —dice— ¡Pero no puedes serlo!

—Sentías curiosidad por esta pintura, creo. La adquirí en circunstancias excepcionales.

Ah, sí, probablemente debería haberlo mencionado, soy dueño de esa pintura. Es una pieza sorprendente. Por supuesto, nadie entiende realmente cómo puede existir una pintura de la Guerra del Tiempo, o quién podría haber sido el artista, o cómo Isabel lo sabía. Bueno, yo sí. Pero esa es otra historia. Vaya, espera, creo que el Doctor espera que hable.

—¿Qué opinas del título? —le pregunto.

—¿Qué título? —dice—. Hay dos. “No Más” y “Gallifrey Cae”.

—Ah, no, ahí es donde todo el mundo está equivocado —le digo—. Es todo un título: “Gallifrey Cae No Más”. Ahora, ¿qué crees que significa eso? —Oh, mira su cara, mira toda esa esperanza.

—¿Que Gallifrey no cayó? ¿Funcionó, todavía está por ahí?

—Solo soy un humilde conservador, estoy seguro de que no lo sé.

—Entonces, ¿dónde está?

—¿Dónde está, ciertamente? —le digo— Perdido, tal vez. Las cosas se pierden, ¿sabes? Ahora, debes disculparme, tienes mucho que hacer.

Bueno, tengo que terminar este libro, para empezar. Está emocionado ahora, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué? ¿Es eso lo que se supone que debo hacer ahora? ¿Buscar Gallifrey? Prepárense, todos, voy por sabio y enigmático.

—Oh, eso depende enteramente de ti. Tu elección. Solo puedo decirte lo que haría, si fuera tú. Quizás yo fui tú, por supuesto. ¿O tal vez tú eras yo? O tal vez no importa de ninguna manera. Quién sabe. Quién sabe... Bien, ven conmigo, nos vamos. Quiero salir antes de que este libro se salga completamente de control. Todos terminaremos en la secuela si no tenemos cuidado. No, no mires atrás, ¡sigue caminando! A la vuelta de la esquina, eso es. Baja las escaleras, a través de la puerta, más allá del escritorio con la maceta gigante (si la planta te guiña un ojo, sólo devuélveselo). ¡Uf! No creo que nos esté siguiendo. Todos, respirad profundamente y relajaos. Bueno, entonces, espero que todos hayáis disfrutado. Porque me temo que soy yo por el día. Sí, no, lo siento. Es hora de té y bollos con Ohila e Isabel. Os dejo leer el último capítulo, es solo uno pequeño. Oh, algo muy pequeño antes de irme. ¿Todos adivinásteis quién soy? Vamos, ¿verdad? Sí, bien hecho, ¡está bien! Soy el Conservador de la Galería Baja. Claro que soy yo. ¿Quién más podría ser? Perdón, ¿qué fue eso? Sí, buen punto, supongo. El Doctor es el Conservador de la Galería Baja. ¿Significa eso que soy el Doctor? Bueno, ya sabes la respuesta a eso, ¿no? Es complicado.

Capítulo 13

El Doctor

—¿Era amigo tuyo? —le pregunté— ¿Un pariente?

Cass Fermazzi no respondió, pero tomó la bandolera que le tendí y se la ató al pecho. Estaba mirando al cielo, y había algo feroz en sus ojos.

—Parece que estás lista para una pelea —le dije.

—Estuve lista toda mi vida —dijo—. Solo lo estoy admitiendo ahora —me dirigió una pequeña sonrisa sombría.

—Gracias por cuidarlo —dijo, y comenzó a salir del cráter.

—¿Qué quieres decir con toda tu vida? —la llamé.

—Oh, ya sabes —dijo, sin volverse.

—No, realmente no —ella giró en el borde del cráter, y suspiró.

—Va a sonar estúpido.

—Bien. Odio las cosas que no lo son.

—Cuando era niña estaba en terapia.

—¿No lo estuvimos todos?

—No éramos ricos, sin embargo. Tuve uno de esos bots. Parecía un payaso. Dios sabe por qué. Se suponía que debía quitarme algunos de mis recuerdos, pero estaba tan lleno de los de otra persona, que todos seguían escupiendo.

Sentí que se me revolvía el estómago. Era exactamente lo que había descubierto, pero era escalofriante escucharlo.

—¿Qué tipo de recuerdos?

—Simplemente cosas vagas. Sobre pelear siempre por lo que es correcto, pero tratando de nunca lastimar a la gente. Nunca seas cruel, nunca seas cobarde, ese tipo de cosas. Cosa cursi, pero me llegaron.

"Sí", pensé, "a mí también".

—Es hora de ir y hacer como el payaso dice, supongo —ella lanzó otra sonrisa triste, y se fue.

Nunca podría salvarla, lo sabía. Ella estaba demasiado envuelta en mi propia línea de tiempo. Pero al menos, solo una vez, ella me miró sin odiarme. Y no puedes salvarlos a todos, me recordé. Solo tienes que salvar todos los que puedas. ¿Era eso lo que el Momento había querido enseñarme?

Pensé mucho en el Momento, y sabía que a veces se irritaba. Una vez, cuando estaba en un banco en el tercer jardín favorito de Enrique VIII, reflexionando sobre el tema, de repente ella se sentó junto a mí.

—¿Dejarás de pensar en mí todo el tiempo? —dijo, aún en la forma de Rose Tyler— ¡Se está poniendo molesto!

—¿Pero por qué lo hiciste? —le pregunté— ¿Qué ganas con eso?

Ella me sonrió, tan coqueta como siempre.

—Puedo ser la interfaz del arma más letal del universo, pero aún quiero lo mismo de una relación.

—¿Qué?

—No ser usada —y guiñó un ojo y se fue.

La próxima vez que la vi estaba de pie hasta las rodillas en una fuente, en el corazón de los plátanos de Villengard. Debió haber sido un año más tarde, pero ella reanudó la conversación como si no hubiera habido interrupción.

—Lo hice porque el universo necesita que el Doctor sea el Doctor, y tú estabas en peligro de detenerte. No tienes idea de lo importante que eres.

—No seas tonta —dije.

—En serio, Doctor. Si no existieras, tendríamos que soñarte.

—El Doctor no existe, solo una estúpida idea en mi estúpida cabeza.

—No, no, no, ¡siempre te estás equivocando! —ahora estaba salpicando y chapoteando, impaciente conmigo— El Doctor no es quien tú intentas ser, tú eres el Doctor, porque lo intentas.

—¿Estás absolutamente segura de que eres una interfaz de un arma? —le pregunté— Suenas muy parecida a una galleta de Navidad.

—¡Oh, cállate! —dijo, y desapareció, enfadada.

"Podría haberme estado halagando", pensé, mientras salía del cráter. Pero, ¿las interfaces de armas hacían eso? Bueno, de todos modos, suficiente melancolía, decidí.

"El día del Doctor" había terminado por fin, y era hora de recuperar mi cabeza en el juego. En algún lugar hay peligro, en algún lugar hay injusticia, y en otro lugar el té se está enfriando. Vamos, Doctor, trabajo por hacer.

Así que fui yo quien partió a través del campo de batalla fangoso hacia la TARDIS, pero fue la Doctora⁵ quien abrió la puerta, entró y la cerró de golpe detrás de ella.

5 Nota del traductor: en inglés "Doctor" es neutro y en la novela . no se revela que es la Doctora hasta el final cuando la narración habla de "ella". Por ello, hemos mantenido el nombre de "Doctor" en el diálogo anterior. Así no podíamos estropear la sorpresa.

WUOL

(Ayúdame)

Reporte de errores

No somos perfectos, todos nos equivocamos, y en Audiowho también. Si has detectado un error o algo que no cuadra en la traducción de esta novela puedes hacérselo saber en:

<https://github.com/Bigomby/audiowho-novelas/issues>

Para ello puedes hacer click en el botón “New issue” y describirnos el error indicando la página donde se encuentra. Te agradeceremos que nos lo hagas saber para corregirlo lo antes posible. Muchas gracias por colaborar.

Un saludo, de parte de Audiowho.